

Thomas Hardy  
Remedios  
desesperados



Cytherea Graye es una joven criada que descubre que su enamorado, Edward, está prometido con otra, por lo que decide aceptar la petición de matrimonio del oscuro y seductor Aeneas Manston. Para su horror, Cytherea descubrirá que su marido había asesinado a su primera esposa. Después de no pocas peripecias, equívocos y buenas dosis de peligro, y con la ayuda de su extravagante patrona, la señorita Aldclyffe, Cytherea queda libre para casarse con su verdadero amor. Un delicioso retrato de la campiña inglesa, escrito a la manera de Wilkie Collins, con las sutiles pinceladas sexuales que caracterizan la prosa de Hardy.



Thomas Hardy

# Remedios desesperados

ePub r1.0

Café mañanero 22-04-2022

Título original: *Desperate Remedies*  
Thomas Hardy, 1871  
Edición EPL, 2022  
Rige bajo normativa RAE 2010  
Traducción: Claudia Casanova

Editor digital: Café mañanero  
ePub base r2.1





epublibre

no Venó  
Aniversario



más libros, más libres

# REMEDIOS DESESPERADOS

Thomas Hardy

**80 I**  
**LO ACAECIDO EN TREINTA AÑOS**

## I. Diciembre y enero de 1835-36

En la larga e intrincada sucesión de circunstancias que merecen contarse sobre las experiencias de Cytherea Graye, Edward Springrove y otros personajes, el primer acontecimiento que dejó su impronta en esta historia fue una visita por Navidad.

En el año 1835, Ambrose Graye, un joven arquitecto que se había iniciado en su profesión en Hocbridge, un pueblo del interior, al norte de Christminster, viajó a Londres para pasar las vacaciones de Navidad con un amigo que vivía en Bloomsbury. Se habían matriculado juntos en Cambridge y, tras haberse graduado el mismo año, Huntway, su amigo, se ordenó pastor.

Graye era atractivo, franco y amable. Su mayor cualidad era la reflexión, que ejercitaba en el hogar con humor; en la naturaleza, con expresividad; y en lo abstracto, poéticamente. En las tres situaciones, con regularidad y libertad.

Con frecuencia olvidaba la mezquindad del mundo. Para muchas personas, descubrir maldad en un amigo es un hábito común; para él, una sorpresa.

En Londres conoció a un oficial retirado de la Marina llamado Bradleigh; vivía en una calle no lejos de Russell Square, con su mujer y su hija. Llevaban una existencia meramente desahogada, aunque la esposa del capitán procedía de una familia cuyo árbol genealógico enlazaba con algunos apellidos ilustres.

A ojos de Graye, la hija de Bradleigh era el ser más hermoso que había visto. La mayoría de las jovencitas del país compartían esa clase de belleza, excepto en un aspecto: ellas no tenían su porte y distinción. Un rasgo peculiar, al llamar la atención, se considera principal; de ahí que la viera como la perfección misma, por encima de sus rivales campesinas. Graye hizo algo cuya pretensión solo se eclipsaba por el riesgo: se enamoró de ella de inmediato.

Las presentaciones en sociedad, en su primera semana en Londres, le llevaron a encontrarse con Cytherea y sus padres en dos o tres ocasiones. La semana siguiente, la casualidad y el esfuerzo de un corazón enamorado hicieron más frecuentes las visitas. A los padres les gustaba el joven Graye y, como tenían pocos amigos (pues sus iguales en sangre eran superiores en posición económica), le recibían en los términos más generosos. Su pasión por Cytherea no solo crecía con fuerza, sino con exaltación: ella, sin animarle abiertamente, asentía al deseo de él de pasar más tiempo juntos. Su padre y su madre habían perdido toda confianza en la nobleza del origen si se presenta desprovista de dinero y veían con placidez la incipiente consecuencia de las miradas recíprocas entre ambos jóvenes, aunque no se mostraran explícitamente favorables.

El sueño apasionado de Graye terminó con un episodio triste e inexplicable. Después de tres semanas de dulces experiencias, llegó al último estadio, una especie de Gaza moral antes de sumergirse en el desierto emocional. En la segunda semana de enero el joven arquitecto se vio obligado a abandonar la ciudad.



En la relación con la dama de su corazón, ella había mostrado una peculiar actitud amorosa: si bien se deleitaba con su presencia, como cualquier enamorada, había reprimido el reconocimiento de la verdadera naturaleza del lazo que les unía, ciega al significado y a la tendencia natural, e incluso aparentaba sentirse amedrentada ante la posibilidad de que él lo manifestara. El presente parecía suficiente para ella, sin más esperanza, cuando lo habitual, al llegar la separación, es poder considerarla un comienzo gozoso.

A pesar de sus evasivas en forma de objeciones, que resultaron un acicate, Graye decidió no postergar el asunto. Fue a visitarla por la tarde. La acompañó hasta un pequeño porche en el rellano de la entrada y allí, entre los arbustos, a la escasa luz de unas pocas lámparas que realzaban el frescor y la belleza de las plantas, profirió una declaración de amor tan hermosa como esta:

—Amor mío, querida, ¡deseo convertirte en mi esposa!

Cytherea pareció despertar.

—¡Ah! ¡Llegó el momento de partir! —respondió temblorosa y angustiada—. Te escribiré.

Se liberó de su abrazo y se alejó presurosa.

Aturdido y ardiente, Graye se fue a su casa a esperar el amanecer. ¿Quién podría expresar su asombro y tristeza cuando llegó a sus manos una nota que contenía estas palabras?: «Adiós, para siempre adiós. Nos reconocemos amantes y algo nos separa eternamente. Perdóname, debería habértelo dicho antes, pero ¡era tan dulce gozar de tu cariño! No me menciones nunca».

Ese mismo día, con el fin de zanjar una dolorosa situación, padres e hija abandonaron Londres para hacer una visita largamente postergada a un familiar en un condado del oeste. Ninguna carta o mensaje de súplica obtuvo explicación. Ella le rogó, eso sí, que no la siguiera, y lo más asombroso es que su padre y su madre, a juzgar por el tono de la carta que enviaron a Graye, parecían tan molestos y tristes como él ante la súbita renuncia de su hija. Una cosa parecía evidente: sin admitir la razón de peso de su hija, ellos la conocían y no tenían intención de revelarla.

Una semana después, Ambrose Graye dejó la casa de su amigo y no volvió a ver al amor que lo había desconsolado. De vez en cuando, por carta, Graye preguntaba por ella y su amigo contestaba. Pero, para un amante, son escaso sustento las noticias de su amada filtradas por las cartas de un amigo. Huntway no podía confirmar nada con claridad. Decía que, según creía, había sucedido un flirteo anterior entre Cytherea y su primo, un oficial de infantería, dos o tres años antes de que Graye la conociera, con un abrupto final cuando el primo partió a la India y ella al continente con sus padres, a causa de su delicada salud, que duró todo el verano. Finalmente, Huntway anunció que las circunstancias se habían confabulado para que el amor de Graye fuera aún más difícil. La madre de Cytherea había heredado, inesperadamente, una gran fortuna y propiedades en el oeste de Inglaterra, tras el repentino fallecimiento de

varios parientes. Por eso habían abandonado la modesta residencia en Bloomsbury y, por lo visto, también a sus viejas amistades en ese barrio.

El joven Graye llegó a la conclusión de que Cytherea se había olvidado tanto de él como de su amor por ella. Pero él no podía olvidarla.

## II. De 1843 a 1861

Ocho años después, sintiéndose solo y deprimido —pues era un hombre sin parientes, muchos conocidos y ningún amigo—, Ambrose Graye conoció a una joven señorita de un tipo distinto, con bastante dinero y buenas cualidades. Le resultaba imposible sentir un cariño profundo por otra mujer tras la pérdida de Cytherea. Con todo, las cosas bellas de este mundo se vuelven aún más queridas cuanto más se nos escapan, pero en ciertas naturalezas la total ausencia de ellas es el singular acontecimiento que convertirá un amor pasajero en otro perdurable.

Graye contrajo matrimonio con esta dama. Que no amó entonces ni después a su esposa como debería haberla amado, era algo conocido. Pero pocos sabían que su corazón indomable jamás pudo superar el dolor de la pérdida de su primer e idolatrado amor.

Su carácter empeoró, que es lo que les sucede a las constituciones emocionales tras una larga decepción, cuando se confrontan con su destino soñado. Y, aunque su disposición era naturalmente amable y agradable, comenzó a no ser tan apreciado por sus conocidos, como les sucede a estas personas. La atractiva y sincera receptividad de sus primeros años se trocó, poco a poco, en un nerviosismo malhumorado; cuando no daba vueltas a ideas en las que no cabía la esperanza, caía víctima de una indescriptible depresión. El problema práctico derivado de dicho ánimo era la imprevisión, originalmente casi inconsciente, pues cada deuda contraída había sido mentalmente pagada con religiosa exactitud con los tesoros de las expectativas mencionadas. Pero, a medida que pasaban los años, seguía en el mismo derrotero por la falta de espíritu para olvidar una vieja pasión, aunque había visto que conducía al desastre.

En 1861 murió su mujer y quedó viudo con dos hijos. El mayor, llamado Owen, que acababa de cumplir diecisiete años, abandonó los estudios para entrar de aprendiz en el estudio de arquitectura de su padre. El otro vástago era una hija, un año más joven que Owen.

Se llamaba Cytherea, y no es difícil adivinar por qué.

### III. 12 de octubre de 1863

Dejaremos atrás los dos años posteriores para llegar al segundo acontecimiento clave en la existencia de estas personas. La escena tiene lugar en la población natal de Graye, Hocbridge, una tarde de lunes del mes de octubre.

El tiempo estaba despejado y soleado, pero el antiguo villorrio exhibía sus distintivos menos seductores. Primero, por la hora. Esa hora estancada entre veinticuatro en que la estridencia del día, si bien ya ha escapado de las largas y frescas sombras y de la vivida novedad de la mañana, aún no ha alcanzado los tonos apacibles que bendicen su declive. Después, porque era el día de la semana en que los negocios, no desprovistos de brillo romántico si se encauzan bajo las tejas de un añejo establecimiento de la campiña, ya habían sido resueltos. Finalmente, el pueblo se empeñaba en resultar atractivo a la afluencia de visitantes con la exhibición de una muestra del talento local para el recitado de poesía, y no hay nada más aburrido que un pueblo que quiere ser atractivo.

En este sentido, los pueblecitos son como niños: resultan más interesantes cuando exhiben inconscientemente su singularidad, sin prestar atención a los observadores. Si se descubren como objeto de atención, tratan de entretener con falsas payasadas y producen el efecto contrario: una desagradable caricatura que los malogra.

La esfera roída del reloj de la torre baja de la iglesia,alzada en la intersección de las tres calles principales, mostraba las dos y media al ayuntamiento, que se hallaba al otro lado de la calle, donde una lectura dramática de Shakespeare, muy comentada, estaba a punto de comenzar. Las puertas estaban abiertas y los que ya se encontraban dentro del edificio reparaban en los recién llegados, juzgaban su vestimenta en silencio, cuestionaban la falsedad de los dientes y del pelo, y estimaban la cuantía de sus fortunas.

Entre los últimos rezagados había una doncella excepcional; brillaba por encima del sopor como una amapola solitaria en un campo de rastros. Vestía una elegante chaqueta oscura, un vestido de color lavanda, un sombrero con lazos y ornamentos grises y guantes a juego. Caminó apresurada por el lateral de la sala, echó un rápido vistazo a la concurrencia y se sentó en el asiento que le correspondía.

La joven era Cytherea Graye; tenía alrededor de dieciocho años. Tanto al entrar como al tomar asiento, y con frecuencia mientras escuchaba al lector en el estrado, su apariencia constituyó un asunto de interés para los estudiosos ojos de varios vecinos.

Su rostro era muy atractivo, aunque artísticamente menos perfecto que su figura, que casi rozaba lo impecable. Pero incluso ese rasgo cedía ante la gracilidad de sus movimientos, que eran fascinantes y deliciosos en alto grado.

En efecto, el movimiento era su mejor atributo, ya se mostrara en la extendida progresión del cuerpo o en el detalle: en un parpadeo, en doblar los dedos, en un mohín de los labios. El porte de su cabeza —un movimiento dentro del movimiento, un sutil desplazamiento tras otro— era tan delicado como el de una brújula. Ninguna

regla le había impuesto esa flexibilidad y elasticidad, ni las había adquirido con la observación; *nullo cultu*<sup>[1]</sup>, se habían desarrollado en ella de forma natural, a una temprana edad. En la niñez, ante una piedra o un obstáculo del camino, en esa ocasión inevitable en que caían sus compañeros de juegos, ella emergía incólume y firme, escapando por poco gracias a las oscilaciones y piruetas que la mantenían en equilibrio. En las fiestas mixtas de Navidad, cuando apenas tenía doce o trece años y los jovenzuelos que se creían hombres no la tenían en cuenta por chiquilla, la ligereza de sus pies al bailar compensaba su incompleta feminidad y obligaba a esos jovenzuelos, a pesar de su oposición, a buscar en su aniñada figura una pareja de baile que no podían permitirse despreciar. Años después, cuando los instintos de su sexo habían demostrado que esa era su mejor cualidad, también supo cultivar los detalles de su presencia.

Su pelo reposaba alegremente sobre sus hombros, en una cascada de rizos, de un color amarillo maíz en sus tonos más ligeros, y del castaño de una nuez entre las sombras allá donde se oscurecía.

Sus ojos eran de un tono zafiro, aunque más oscuros que la piedra preciosa; poseían la chispa afectuosa y líquida de la lealtad y la buena fe, tan difícil de distinguir de la dura brillantez que solo expresa fidelidad al objeto que los confronta.

Pero resulta difícil obtener una visión completa de la persona de Cytherea Graye —en verdad, de cualquier mujer fascinante— en relación a una categoría cuantificable; sería como apreciar el efecto de un paisaje explorándolo de noche con una linterna, o de un acorde de música difundiendo las notas en sucesión. Sin embargo, debe creerse sin dudar, a partir de esta descripción, que, entre sus muchos rasgos atractivos, los más destacados probablemente eran:

Cuando le venía una duda placentera, sus ojos brillaban a hurtadillas y sonreían (como sonríen los ojos) con tanta claridad como sus labios, y en el espacio de un instante expresaban la colección completa de expectativas que yace en el ancho abismo que va de un «sí» a un «no».

Cuando escuchaba un secreto, al que involuntariamente acompañaba de un leve sobresalto, y la presión extasiada en el brazo, el costado o el cuello de su oyente, según lo dictase la posición o el grado de intimidad.

Cuando observaba ansiosamente a quien tenía afecto.

Repentinamente adoptó la postura que se ha indicado en el curso del actual entretenimiento. Su mirada se dirigió al otro lado de la ventana.

El motivo por el que los detalles de una joven dama en un espectáculo de, afrontémoslo, mediocre nivel, no cayeron en el olvido, adonde estaban destinados por su intrínseca insignificancia, y, en cambio, tanto ella como otros los guardaron en la memoria los años venideros que debido a que, sin saberlo, Cytherea se encontraba, por así decirlo, en el extremo de un tramo de su vida, en el extremo antes del cual el verdadero significado de la reflexión aún no ha aparecido. Era la última fase de una



experiencia que había disfrutado con una mente libre del conocimiento de ese laberinto en el que se adentraría poco después, para proseguir la trayectoria perpleja de sus dilemas en los veintinueve meses siguientes.

El ayuntamiento, en el que se sentaba Cytherea, era un edificio de ladrillo marrón y, a través de sus ventanales, se veían, desde el interior de la sala, los tejados y las chimeneas de las casas de la calle adyacente, y la parte superior de la aguja de la iglesia vecina, entonces a punto de terminarse bajo la supervisión del padre de la señorita Graye, arquitecto de la obra.

Los distraídos ojos de Cytherea habían descubierto con interés que la punta de la aguja era visible desde la sala y permanecía absorta contemplando la escena que sucedía en la cúspide, entre las nubes. Alrededor de la mampostería cónica se elevaba un andamio contra el cielo azul y en el andamio había cinco hombres: cuatro vestían del mismo blanco que la nueva edificación que se erigía bajo sus pies; el quinto iba ataviado con un traje oscuro propio de un caballero.

Los cuatro obreros de blanco eran tres masones y un aprendiz de masón. El quinto era el arquitecto, el señor Graye. Parecía que les había dado instrucciones y se había retirado tanto como lo permitía la estrecha pasarela, quedándose allí inmóvil. Así, la estampa que se presentaba a los ojos de los testigos que observaban desde el ayuntamiento era curiosa y llamativa, como una miniatura iluminada, enmarcada por los bordes oscuros de la ventana, cuyos tonos sombríos y definidos destacaban por contraste con la suavidad de los objetos que contenían.

La altura de la aguja de la iglesia era de treinta y seis metros y los cinco hombres que se afanaban en ella parecían ajenos a la esfera de las experiencias humanas. Eran solo un poco más grandes que las palomas y sus diminutos movimientos se ejecutaban en un cuidadoso silencio, casi espiritual. Su aspecto y concentración hacía emerger a propósito un pensamiento a aquellos que los observaban desde la calle: que eran indiferentes al mundo que se agitaba bajo sus pies, a todo lo que allí se movía, o quizá inconscientes. No apartaban los ojos de la plataforma ni de su tarea.

El señor Graye se dio la vuelta. Siguió inmóvil, observando atentamente el trajín de los obreros. Perdido en sus reflexiones, volvió la cara hacia la nueva piedra que estaban levantando.

«¿Por qué está así de pie?», pensó la joven. Graye permanecía quieto y despreocupado, como los antiguos tarentinos que, en una tarde parecida, observaban desde el teatro la entrada en el puerto de una potencia que derrocaría su estado. Cytherea se removió en la silla, preocupada. «Ojalá baje pronto», murmuró observando la escena dibujada contra el cielo. «Es peligroso andar distraído ahí arriba». En el momento en que se dijo estas palabras, su padre puso la mano sobre una de las estacas del andamio, como si quisiera probar su resistencia, y la soltó dando un paso atrás. Al hacerlo, resbaló. En un instante, se dobló hacia adelante y a un lado y cayó al vacío, perdiéndose de vista.

Su angustiada hija se levantó, convulsa. Entreabrió los labios y trató de tomar aire. Era incapaz de proferir el menor sonido. Una por una se levantaron las personas que la rodeaban, ignorantes de lo que había sucedido. Giraron la cabeza en la dirección que todavía hipnotizaba a la joven, y, al comprender lo que había acaecido, en sus rostros se pintó la alarma y la inquietud. Al cabo de un instante, la joven se desplomó.

Otro sobresalto que la impresionó fue verse acarreada desde un vehículo desconocido, al otro lado de la calle, hasta las escaleras de su casa por su hermano y un hombre de más edad. El recuerdo del accidente la golpeó al instante al cruzar el umbral por el que otra carga pesada, y aún más triste, había pasado minutos antes, y ante sus ojos emergió el cielo del suroeste, con los blancos rayos de sol entre las nubes como barcas en un río. Las emociones quedan impregnadas de las escenas que son simultáneas al sentimiento que nos invade, por distinta que sea la naturaleza de esas visiones, como los líquidos que cristalizan en briznas de hierba y en alambres de espino. Mucho tiempo después, los rayos de sol que cruzaban las nubes como un mar volvían a revivir en Cytherea la zozobra de haber sido testigo desde el ventanal del ayuntamiento, con muchísima más fuerza que otro recuerdo de aquella angustia.

## IV. 19 de octubre

Cuando la muerte entra en una casa, la acompañan el horror y la tristeza. La segunda procede de la esencia misma de la muerte; el horror, de las nubes de oscuridad que nos esforzamos en descifrar.

Ya habían oficiado el funeral. Abatido, pero resuelto, Owen Graye se sentó en el escritorio de su padre para revisar una colección heterogénea de documentos, herméticos y desabridos, sobre todo para quien, como él, se hallaba afectado por una gran pena. Láminas de hojas en blanco atadas con un cordel se mezclaban indiscriminadamente con otros papeles en blanco sujetos por cintas negras y protegidos por folios azules envueltos en una vulgar cinta roja.

Sometió las cartas, facturas y demás documentos a un cuidadoso examen, del que se extrajeron las siguientes conclusiones:

En primer lugar, que los ingresos de su padre derivados de su labor profesional habían sido exigüos y no cubrían más que la mitad de los gastos; y que sus propiedades y las de su finada esposa, con las que contaba el hijo para equilibrar las deudas, se habían perdido en préstamos imprudentes con hombres sin escrúpulos que habían hecho un buen negocio a cuenta de la buena fe de su padre.

En segundo lugar, que, al descubrir su error, el señor Graye había tratado de recuperarse económicamente adentrándose en el deslumbrante camino de la especulación. El ejemplo más notable de dicha decisión fue lo siguiente: en Plymouth, el pasado otoño, le convencieron para invertir su capital en un préstamo en la arriesgada ventura de un bergantín italiano que se hallaba en el puerto, en situación difícil. Los beneficios serían considerables, igual que el riesgo. Resultó que no había seguro y las circunstancias del caso la convertían en una maniobra especulativa muy desafortunada para un hombre de sus características, que lo ignoraba todo sobre el comercio marítimo. El barco se hundió y con él todo el dinero que le quedaba al señor Graye.

En tercer lugar, era evidente que los fracasos económicos le habían generado deudas que no podía pagar, por lo que, en el momento de su muerte, incluso las escasas libras del banco, en su cuenta, eran suyas solo de palabra.

En cuarto y último lugar, era patente que la pérdida de su esposa, dos años antes, le había hecho ver su propia locura financiera y el descuido de su deber de padre. Por eso había decidido volver con ahínco a su profesión de arquitecto y no a la especulación, para recuperar al menos una parte de la fortuna perdida.

Mientras su hermano examinaba los documentos, Cytherea le acompañaba y a menudo exclamaba, entristecida:

—¡Pobre papá! Fracasó en sus buenas intenciones por falta de tiempo, ¿verdad, Owen? Lo sucedido tenía excusa, aunque jamás lo habría admitido. Nunca olvidaré ese golpe descorazonados ni cómo de él brotaron los males de su vida. A eso respondía su abatimiento y su actitud relajada hacia los negocios en la que tan a menudo reparábamos.

—Recuerdo lo que me dijo una noche —replicó su hermano— que me quedé con él charlando. «Owen, no te enamores ciegamente; porque será ciegamente cuando suceda, si ha de suceder, pero un corazón bien disciplinado debe tener cuidado. Ojalá

que el tuyo no sea como el mío, —dijo padre—. Cultiva el arte de la renuncia». Y eso es lo que pienso hacer, Cytherea.

—Y una vez mamá dijo que la ruina de papá había sido una mujer excelente, porque él nunca quiso olvidarla cuando la había perdido. Me pregunto dónde estará ahora, Owen. Siempre nos dijeron que no intentáramos buscarla. Padre jamás nos reveló su nombre.

—Creo que fue a petición de ella, pero ahora no debemos pensar en esas cosas. No fue nuestra madre, después de todo.

La pasión amorosa que había supuesto el golpe fatal en la vida de Ambrose Graye era de la clase que los hombres apenas reparan, pero las damas jóvenes la guardan en su corazón y la encarecen largamente;

## V. Desde el 19 de octubre hasta el 9 de julio

Y así fue como las buenas intenciones de Ambrose Graye respecto a la recuperación de sus propiedades apenas habían progresado cuando sobrevino su repentina muerte, que terminó con ellas para siempre.

Facturas desmesuradas, que delataban la amplitud de sus obligaciones financieras, se precipitaron sobre la familia apenas concluyó el funeral, procedentes de lugares desconocidos y hasta entonces ignorados. No hubo más remedio que presentar una petición ante la Cancillería para que los bienes existentes, fueran los que fueran, pasaran a ser administrados por los tribunales.

«¿Qué será ahora de nosotros?», pensaba Owen.

En lo más recóndito del ser humano pervive una expectativa inextinguible que, en los momentos de mayor zozobra, persiste en deducir que, puesto que somos quienes somos, debe de existir un futuro especial que nos aguarda, aunque nuestra naturaleza y antecedentes sean semejantes a las de miles de personas. Por lo tanto, para Cytherea y Owen Graye cómo se desarrollarían sus vidas a partir de ese momento era el más profundo de los enigmas. Para quienes conocían su situación, por estar en la misma tesitura, la respuesta a la incógnita era de lo más sencilla: ¡igual que los demás!

Owen habló con su hermana para decidir su futuro común y transcurrió un mes esperando respuestas a sus cartas y reflexionando sobre planes más o menos fútiles. Las esperanzas repentinas, un arcoíris a primera vista, se desvanecían como la niebla al tacto de los dedos. Mientras tanto, los comentarios desagradables, por muy disfrazados que llegaran de las gentes con buena intención, flotaban a su alrededor. En verdad, eran hijos de un soñador que había perdido hasta el último penique y se había endeudado con sus vecinos; la hija no había recibido ninguna educación que le permitiera dedicarse a una profesión, y el hijo, que sí la había recibido, no había progresado en su carrera, y ambos podían terminar en el arroyo. Esa realidad difícilmente podía ocultarse para no herir sus sentimientos, debido a las circunstancias en que se hallaban. De hecho, de una forma u otra, adonde iban los saludaban con esos pronósticos. Sus escasos conocidos apretaban el paso al verlos. Los recién llegados que regentaban establecimientos y prósperos comercios permanecían en la puerta de sus negocios en las pausas ociosas, con las puntas de los pies asomando al peldaño de la entrada y sus orondas panzas cerniéndose sobre esos pies, y charlaban con sus amigos, de pie en la acera, sobre las desventuras financieras del fallecido y decretaban que las perspectivas económicas de sus hijos eran sombrías, en el mejor de los casos. Los hijos de esos comerciantes (que llevaban broches sarcásticos en la pechera y filmaban en pipas grotescas) clavaban su mirada en Cytherea abiertamente, perdido el respeto que antaño había mitigado su insolencia.

Es un hecho notable que no nos importe mucho lo que piensen los demás de nosotros, ni los humillantes secretos que descubran de nuestras finanzas, parentesco o propósito, siempre que reflexionen y actúen de forma aislada. Lo que más tememos,



en cambio, es que varios intercambien frases sobre nosotros; y por ello cien conocidos, cada uno separado de los demás, que sepan de nuestra miseria, por muy exclusivos depositarios de secretos que sean tales personas, no nos acucian tanto como una conversación entre media docena en una fiesta.

Quizá, aunque Hocbridge observara y murmurara, habría importado un ardite a personas en buena situación. Pero, desafortunadamente, la pobreza, cuando es nueva, antes de que la piel haya podido endurecerse, hace que la gente se vuelva inversamente susceptible a la oportunidad de protegerse de los demás. Owen poseía, en lugar del carácter impresionable de su padre, gran parte del orgullo que este no había tenido y un ápice de esa anticuada idea que, con un poco más de ceguera, podría erigirse como un prejuicio positivo. Para él la humanidad, sobre la que había reflexionado, se dividía en clases distintas que no se mezclaban entre sí. Por ende, debido a una secuencia de ideas fácilmente rastreable si fuera menester, detestaba o respetaba las opiniones de los demás, sin término medio, e instintivamente trataba de escapar a la fría sombra que la mera susceptibilidad habría tolerado. Era capaz de soportar la separación, la enfermedad, el exilio, la monotonía, el hambre y la sed con estoica indiferencia, pero el desdén le resultaba demasiado cruel.

Después de nueve meses tratando de obtener el ingreso como arquitecto sucesor de su padre, intento que fracasó por su inexperiencia, Graye llegó a una conclusión sencilla y definitiva. Abandonarían discretamente esa parte de Inglaterra, rompiendo con sus conocidos, los correveidiles, los que criticaban su situación y los acreedores, de cuyas desgracias no se sentían responsables, y escaparían de la posición que les acuciaba con la única vía que su pobreza les dejaba: procurándose un empleo lejos, dedicado a su profesión, si bien empezando de aprendiz de un aparejador.

Owen reflexionó sobre sus capacidades con la misma intensidad que acomete a un soldado que afila su espada antes de la batalla. Entre la falta de trabajo, debido a la pérdida de clientes de su difunto padre, y la ausencia de una presión directa para la obtención de resultados económicos en las tareas de aprendiz (que casualmente sucede cuando el aprendiz también es hijo del dueño), el progreso de Owen en el arte y la ciencia de la arquitectura no había sido digno de mención. Aunque no era un hombre perezoso, acababa de cumplir la edad en la que los hombres trabajadores que carecen de un látigo externo para animarles a adentrarse en el mundo se aplican ese látigo, por puro sentido común. De ahí que su conocimiento de los planos, las elevaciones, las secciones y las especificaciones técnicas no fuera mayor, tras dos años de prueba, de lo que habría aprendido en seis meses si fuera un joven de habilidad media (como era él), forzado a salir adelante en un estudio de arquitectos bullicioso y lleno de clientes en pleno Londres.

Pero al menos podría echarle una mano a alguien de la profesión —algún hombre en un remoto lugar— y allí cumplir con su deber. Además, había un motivo muy sólido para animarle a valorar esta opción. Conocía una persona que quizá cabría en

esa descripción —un tal señor Gradfield—, que ejercía en Budmouth Regis, un pueblo costero y lugar de reposo vacacional en el sur de Inglaterra.

Tras algunas dudas, Graye se decidió a escribir a dicho caballero; le planteó la ineludible cuestión aludiendo brevemente a la muerte de su padre y señalando que no había cubierto la mitad de su formación como aprendiz. Estaría dispuesto a completar su aprendizaje a cambio de un salario reducido durante dos años, siempre que el señor Gradfield pudiera garantizarle el pago del primer sueldo de manera inmediata.

La respuesta del señor Gradfield decía que en ese momento no precisaba de un pupilo como el que Owen describía en su carta. Pero añadió un comentario. Sí que necesitaba un joven en su estudio —por breve tiempo, quizá no más de dos meses— para trazar planos y ocuparse de tareas semejantes. Si el señor Graye no tenía reparos en ocupar una posición inferior, como la descrita por el señor Gradfield, y aceptar un salario semanal que a alguien con tales expectativas se le antojaría puramente nominal, el puesto le brindaría la oportunidad de aprender más aspectos de la profesión.

«Es un principio y, sobre todo, un lugar donde instalarnos lejos de la sombra que aquí planea sobre nosotros; así que aceptaré», se dijo Owen.

El plan para el futuro de Cytherea, intensamente simple debido a sus recursos aún más limitados, ya estaba trazado. Poseía una ventaja, y solo una, gracias a la dote de la que había disfrutado su madre: una educación exquisita. Sobre eso descansaba su plan: pensaba instalarse con su hermano en Budmouth y poner inmediatamente un anuncio para ofrecerse como institutriz. Había obtenido el permiso de un abogado establecido en Aldbrickham que se ocupaba de los asuntos de su padre y conocía su situación, para utilizar su nombre como referencia de su pasado y respetabilidad.

A primera hora de la mañana abandonaron la ciudad que les vio nacer, dejando atrás su vida anterior, y apenas quedó rastro de ellos a sus espaldas.

El pueblo lamentó la ceguera que les había empujado a marcharse. «¡Se han precipitado! Habrían ganado más dinero en Hocbridge, donde se les conoce y aprecia. No cabe duda».

¿Qué es la sabiduría? La gestión serena de los medios disponibles para garantizar los objetivos que sustentan nuestra felicidad, ni más ni menos.

Pero sea, o no, el fin perseguido el más habitual —una posición acomodada en la vida—, no suele llamarse sabiduría a otra cosa que a los medios empleados para alcanzarlo.

## **PARTE II**

# **LO ACAECIDO EN QUINCE DÍAS**

## I. El 9 de julio

El día de la partida fue de los más esplendorosos que el clima de una larga serie de calurosos veranos puede ofrecer. La ancha extensión del paisaje temblaba como la llama de un candelabro cuando se adentraban en él. En la distancia, los plácidos rebaños de ovejas recostados bajo los árboles parecían de un pálido color azul. Los campos de tréboles se veían lívidos con el resplandor del sol, que caía a plomo sobre el color rojo de las flores. Todas las carretas y carruajes perseguían la sombra, guiadas por sus precavidos dueños, y los depósitos de agua dulce se caían a pedazos; los cubos se dejaban en lo más profundo de los pozos, para impedir que les sucediera lo mismo, y por lo general el agua parecía más escasa en la campiña que la cerveza o la sidra de los campesinos que trabajaban u holgazaneaban.

Las personas que miran con ojos de niños asombrados un paisaje ordinario demuestran poseer la encantadora facultad de perfilar nuevas sensaciones a partir de una experiencia antigua; es una señal saludable, de una naturaleza animosa e imperecedera, muy rara en estos tiempos tan agitados.

Ambos hermanos tenían esa actitud, sobre todo Cytherea. Observaban los ondulantes campos de maíz, monótonos para los demás compañeros de viaje, y los terrenos de arcilla y roca que les sucedían, con sus cerros abruptos y angulares. Luego venían las marismas pantanosas, ahora secas y marchitas; donde normalmente se extendían las charcas se descubrían círculos de tierra desnuda y lisa, cubierta por una telaraña de innumerables y diminutas fisuras. Después se erguían las plantaciones de abetos, tan abruptamente interrumpidas por praderas limpiamente segadas, donde vacas de altas grupas y vivos colores, de espaldas rectas y horizontales como la techumbre de una casa, permanecían inmóviles o pastaban perezosas. Luego les interesaron los destellos del mar, cada vez más frecuentes, hasta que finalmente el tren se detuvo en el andén de Budmouth.

«Todo el pueblo nos estará esperando», había pensado Graye durante el viaje. Al llegar, llamó al señor Gradfield, el único que había sido informado de su llegada, y descubrió que los había olvidado por completo.

Sin embargo, este caballero —un burgués de unos sesenta años, de barba gris, corpulento y activo—, se había ocupado de los preparativos para que Owen empezara a trabajar en su estudio la semana siguiente.

Ese mismo día, Cytherea redactó y envió el siguiente anuncio para su publicación:

JOVEN SEÑORITA desea obtener un puesto de institutriz o acompañante. Puede impartir clases de lengua, francés y música. Buenas referencias. Dirigirse a C. G., Oficina de Correos, Budmouth.

Así, escrita sobre el papel, parecía describir una vida más sustancial que la suya propia. «¡Qué raro se me hace! No parezco yo», se dijo sonriendo.

## II. El 11 de julio

El lunes siguiente a su llegada, Owen Graye se presentó en el estudio del señor Gradfield para emprender sus tareas y su hermana se quedó por primera vez sola en sus habitaciones.

A pesar de los tristes hechos del pasado otoño, ese día una inesperada alegría animaba su espíritu. El cambio de escenario, magnificado por la inexperiencia viajera, en conjunción con la sensación de verse libre de supervisión ajena, revivió la chispa de su joven y cálida naturaleza, ya dispuesta a aprovechar cualquier circunstancia reparadora. Un simple dolor agudo suspende la felicidad un tiempo, mientras que el desánimo que procede del dolor anticipado y se desarrolla penosamente a lo largo de los días puede aniquilar la capacidad para sentir placer.

Empezó a figurarse extravagantes respuestas a su anuncio. Una familia próspera, que siempre había necesitado una institutriz como ella, se dibujaba en su mente, y esta, en su exuberancia, la empujaba a imaginar a sus miembros uno a uno, con sus posibles peculiaridades, virtudes y vicios, y durante un tiempo olvidó que estaría separada de su hermano, si obtenía dicho puesto.

Así cavilaba, y mientras esperaba su regreso a la tarde, fijó la mirada en su mano izquierda. Al parecer, entre las muchachas jóvenes que adoran los símbolos, la contemplación de su dedo anular izquierdo fomenta ideas románticas. Los pensamientos de Cytherea, todavía absorta en su futuro, tomaron ese camino. Se reclinó hacia atrás y, tomando el cuarto dedo, que había atraído su atención, lo levantó con los demás y observó el suave apéndice largo rato. Distraída, murmuró:

—Me pregunto quién y qué será. Si se trata de un caballero a la última, tomará mis dedos entre las yemas de los suyos y con el corazón levemente acelerado y un ligero temblor en el labio, deslizará el anillo suavemente, tanto que apenas me dará cuenta de que está allí, mientras contempla mis ojos fijamente. Si es un oficial guapo y atrevido, supongo que se dará la vuelta con orgullo, tomará el anillo como si tuviera el valor de la corona de Su Majestad y lo colocará en mi dedo con desesperación, así. Mientras lo hace, clavará sus ojos en mí, igual que mira al enemigo de frente (aunque, por supuesto, a mí me mirará con más cariño), y se ruborizará igual que yo. Si es un marino, tomará el anillo y el dedo así, y lo pondrá con ademán cariñoso y expresión tierna, como hacen los hombres de mar; tal vez incluso dé un beso al aire, como si fuéramos niños jugando y no nos encontráramos en la cúspide de la observación y envidia de una multitud que exclama: «¡Qué felices son!». Si fuera un hombre pobre, de carácter noble y afectuoso, pero pobre...

Los pasos de Owen subiendo rápidamente la escalera pusieron fin a las ensoñaciones de su hermana. Reprochándose su debilidad, incluso enfadada por haberse permitido divagar sobre esas cuestiones sin considerar la dureza de sus circunstancias, Cytherea se levantó para recibirlo y preparó el té. Su interés por saber



cómo le había ido a Owen con el señor Gradfield era grande. Antes de sentarse a la mesa ya empezó a interrogarlo con su habitual estilo.

—¿Qué tal te ha ido, Owen? ¿Cómo es el estudio y qué piensas del señor Gradfield? ¿Crees que te gustará trabajar con él?

—Oh, sí. Pero hoy no ha estado en el estudio. Solo he conocido al delineante jefe.

Las jóvenes tienen la costumbre, en la que no suelen reparar los caballeros, de dedicar su atención al drama de la persona que escogen en un momento determinado. El interés de Cytherea se transfirió del señor Gradfield a su segundo de a bordo.

—¿Qué clase de hombre es?

—Parece agradable, aunque, por supuesto, todavía no puedo afirmarlo con seguridad. Pero creo que es un hombre muy válido; no se anda con rodeos y aunque no ha recibido una educación formal, ha leído mucho y posee buen instinto artístico. De hecho, sabe mucho más y de más temas que muchos profesionales, cuyos conocimientos son más restringidos.

—Eso es decir mucho de un arquitecto, porque, por regla general, entre los hombres de oficio son los más profesionales.

—Sí, quizá sea así. Este posee una mente con tendencia a la melancolía, me parece.

—¿Tiene familia? —preguntó discretamente, al cabo de un rato, sirviendo más té.

—¿Familia? ¡No!

—Bueno, querido Owen, ¿cómo iba yo a saberlo?

—Es que, por supuesto, no está casado. Pero justamente hubo una conversación sobre mujeres en la oficina y oí su opinión sobre cómo debería ser su esposa perfecta.

—¿Su esposa perfecta? —repitió Cytherea con aparente falta de interés.

—Dice que debe ser una mujer sin artificios; pero que sería una pena que no tuviera un toque de sutileza femenina, que resulta tan incitante. Sí, dijo que así la desearía: que tuviera la inteligencia que solo tienen las mujeres. «Pero también me gustaría que se ruborizara si un insolente la mirara con fijeza —dijo—, y eso me lleva a pensar en una jovencita. Me debato entre una y otra, aunque supongo que aceptaré lo que venga, sea como sea, y daré gracias a Dios de que no sea peor». No obstante, añadió que le daría la siguiente indicación a la Providencia: que fuera joven para las alegrías y mujer para el dolor; esa era su petición.

—¿Eso dijo? Qué ser más complicado.

—Así se expresó, en efecto.

### III. Del 12 al 15 de julio

Como es sabido, las ideas del cerebro humano son tan elásticas que no hay una medida constante de su volumen real. Un pensamiento importante se comprime en una molécula debido a la imprevista masa de otras moléculas; y una idea insignificante crece y se multiplica en el ancho vacío que la mente le atribuye. El mundo de Cytherea se encontraba en ese momento bastante vacío y la imagen del joven dibujante del arquitecto no se le quitaba de la cabeza. Al día siguiente, el tema volvió a aparecer en la conversación.

—Se llama Springrove —respondió Owen a su pregunta—. Es un buen artista, pero, por lo que parece, un hombre de origen humilde hecho a sí mismo. Creo que es hijo de un granjero, o algo parecido.

—Bueno, no creo que tenga de qué avergonzarse.

—Desde luego que no. A medida que vamos cerro abajo, tropezamos con gente que sube por él —disimuló Owen, porque, de haber sido sincero, la procedencia de Springrove sí le parecía un poco vergonzosa.

—Debe de ser mayor.

—Oh, no. Tendrá unos veintiséis años, no más.

—Ah, ya veo. ¿Y cómo es, Owen?

—No puedo hablarte con detalle de su aspecto. Eso siempre me resulta difícil.

—¿Dirías que es bajito? Me parece que la mayor parte de los hombres lo son.

—De estatura media, pero como lo veo sentado en la oficina, no estoy seguro ni de su aspecto general ni de su constitución.

—Qué lástima. Me gustaría que pudieras estarlo.

—Quizá te gustaría, pero, como ves, no lo estoy.

—¡Claro que no! Me tomas el pelo, Owen. Esta mañana, en la calle, he visto a un caballero y he imaginado que se trataba de él; sin embargo, no veo por qué debía serlo. Tenía el pelo castaño claro, una nariz chata, una cara muy redonda y el curioso hábito de achicar los ojos hasta convertirlos en líneas cuando miraba atentamente.

—Oh, no. No era él, Cytherea.

—¿Seguro que no se le parecía en nada?

—No. Tiene el pelo oscuro, una nariz casi griega, dientes alineados y un rostro diríase que intelectual, en la medida que lo recuerdo.

—Ah, Owen, ¿ves qué bien lo has descrito? Pero supongo que no se le podría tildar de agradable o...

—¿Atractivo?

—No quería decir eso. Pero, bueno, ya que lo has dicho... ¿Es atractivo?

—Bastante.

—En conjunto, ¿destaca por su aspecto?

—Sí. Oh, bueno, quiero decir que... No. Tiene la fea costumbre de ir desaliñado: su chaleco, sus corbatas y hasta su pelo son un desastre.

—¡Qué apuro! Lo debe pasar mal, pobrecito.

—Es un ratón de biblioteca, la verdad sea dicha. Desprecia la poesía cursi y conoce todo Shakespeare de memoria, hasta las notas. En realidad, también es poeta, a su modesta manera.

—¡Qué delicia! —exclamó Cytherea—. Jamás he conocido a un poeta.

—Y aún no lo conoces —señaló Owen, con sequedad.

—Por supuesto que no —respondió ella, ruborizándose.

—¿Alguna respuesta a tu anuncio? —preguntó Owen, cambiando de tema.

—No —replicó su hermana, y regresó la olvidada decepción que se había pintado en su rostro toda la jornada.

Transcurrió otro día. El jueves, sin preguntarlo, descubrió más cosas sobre el delineante jefe. Owen y Graye habían hecho buenas migas y lo había convencido para mostrarle sus poemas, algunos serios y tristes, otros divertidos, que había publicado en una revista literaria. Owen se los mostró a Cytherea, y al instante comenzó a leerlos con atención y los calificó de muy hermosos.

—Springrove no es ningún tonto, desde luego —sentenció Owen.

—¿Tonto? Pues claro que no, si escribe poemas como estos —exclamó Cytherea sorprendida, levantando la vista del papel.

—¿Qué quieres decir? Bueno, no me refiero a los poemas, porque no los he leído. Me refería a lo que dijo cuando hablábamos esta mañana sobre el amor, en la oficina.

—¿Y qué dijo?

—Que el verdadero amante se agarra con firmeza y sin pensarlo a su amada, como el hombre que atrapa algo en la oscuridad. No sabe si es un murciélago o un pájaro, y lo arrastra hacia la luz dispuesto a averiguar qué es. La examina para ver si tiene la edad debida, y sea la que sea pensará que su amada es un premio. Más tarde quizá reflexione sobre si el premio es adecuado. Pero sea conveniente o equivocada, el amante la declara suya y ha de cumplir su palabra. Al cabo de un tiempo puede que se pregunte si tiene el temperamento, el pelo y los ojos que quería para su amada, asuntos en los que había resuelto no ceder. Si no es así, entonces hay un problema y...

—¿Y se casan y viven felices y comen perdices?

—¿Quién? Ah, la pareja. Creo que... Bueno, no recuerdo exactamente lo que dijo.

—Owen, ¡qué estupidez de tu parte! —suspiró la joven, decepcionada.

—Ya.

—Pero veo que tiene un talante sarcástico. No creo que me guste.

—Te equivocas. No lo es. Me parece más bien que, en el pasado, su naturaleza impulsiva le ha costado cara en alguna relación amorosa.

Así terminó la conversación el jueves, pero Cytherea volvió a leer los poemas en privado. El viernes, su hermano le contó que Springrove le había dicho que pensaba dejar el estudio del señor Gradfield para probar fortuna en Londres.

Una flecha de indescriptible tristeza atravesó el corazón de Cytherea. ¿Cómo podía sentirse así ante una noticia relativa a un hombre que no había conocido, cuando su espíritu era bastante flexible para recuperarse de golpes más profundos y verdaderos, como si no hubieran sucedido? No podía contestar la pregunta, pero era innegable: la noticia de Owen la había abatido.

## IV. 21 de julio

El jueves por la mañana se anunció por las calles de Budmouth una excursión popular en barco de vapor a Lulstead Cove, que daría comienzo a las seis de la tarde de ese mismo día. El tiempo era estupendo y, al ser la primera oportunidad de este tipo que se les presentaba de conocer, Owen y Cytherea no dudaron en apuntarse.

Llegaron a la cala y cuando llevaban paseando casi una hora tierra adentro, por el cerro que dominaba la orilla, Graye recordó que a dos o tres millas de distancia hacia el interior se erigían unas ruinas medievales. Las conocía gracias a un libro de arqueología que las mencionaba y, como tenía al alcance la posibilidad de verlas, quería verificar ciertas ideas que albergaba sobre ellas. Concluyó que había tiempo suficiente para ir y volver antes de que el barco abandonase el puerto y se despidió de Cytherea en el cerro, bajando por la ladera y adentrándose en un valle de brezos.

Su hermana permaneció en la cumbre hasta la hora de regresar, contemplando con atención cuanto la rodeaba. Hacia el sur se extendía plácidamente una panorámica del Canal, donde se reflejaba un azul más intenso que el cielo sobre su cabeza, y puntuando el horizonte se divisaba media docena de pequeñas embarcaciones con sus velas, un abanico de colores del blanco más radiante al marrón rojizo, cuyos tonos intermedios, por añadidura, variaban por efecto de los rayos del sol poniente.

Se oyó la lejana campana del barco, que anunciaba a los pasajeros que debían embarcar. A continuación, se oyó una melodía de arpas y violines que amenizaban la excursión, cuyos sonidos se mezclaban, sin apagarse, con el oleaje que rompía contra los bajíos y se aplacaba en la arena y los guijarros de la playa.

Cytherea volvió el rostro en la dirección en que Owen había partido y escudriñó la campiña en busca de alguna señal de su hermano. No se veía nada, excepto el paisaje inmóvil, que resplandecía vívidamente. La superficie cóncava yacía tras el cerro en esa dirección brillando bajo la luz del oeste y añadía una tonalidad anaranjada al resplandeciente púrpura del brezo, en lo más álgido de su floración, libre del envidioso marrón que tan pronto se desliza entre sus hojas. La luz intensificaba tanto los colores que parecían flotar sobre la superficie de la tierra, entre el suelo y el cielo, como una exhalación roja. Cytherea contempló los helechos de grueso tallo, que se elevaban a poco más de metro y medio; eran un atuendo brillante de color verde claro a lo largo del camino, igual que el riachuelo ondulante que discurría junto al barranco, en los valles más pequeños, entre los montículos y las crestas que diversificaban el contorno de la cuenca, sin alterar su extensión, hasta que el sendero se abría a los pastos. Entre los helechos brotaban arbustos de acebo de un verde más intenso que ninguna sombra oculta en ellos, y la estampa se salpicaba de pequeños hoyos cónicos, y aquí y allá charcos redondos secos y medio cubiertos de juncos.

Se oyó el último aviso de la campana del barco. Cytherea se había distraído con la belleza del paisaje y había olvidado la llegada de Owen. Angustiada por si partían sin

él, agarró el pañuelo donde había ido guardando ejemplares de conchas, plantas y fósiles locales, corrió hacia la playa y se mezcló con los visitantes allí congregados, procedentes de otros lugares de interés, como la taberna o las granjas cercanas, o de los transportes alquilados para una breve incursión por el interior. Todos subieron por la vieja y estrecha pasarela de madera sobre dos ruedas, las damas ayudándose con una cuerda. Cytherea se quedó en la orilla hasta que el último visitante subió a bordo; se resistió a seguirle, mirando alternativamente el barco y el valle que dejaba atrás. La indecisión llamó la atención del capitán Jacobs, un hombre rechoncho cubierto de manchas híbridas, provocadas por la combinación del agua y el fuego, una característica de los marinos de embarcaciones propulsadas a motor.

—Señorita, por favor. Lamento decirle que ya no hay tiempo. ¿A quién espera?

—A mi hermano. Salió a dar un paseo por el interior y no tardará en venir. ¿No puede esperar unos minutos?

—Me temo que no, señorita.

Cytherea miró al hombrecillo de cara redonda y al barco con una expresión tan luminosa en sus ojos, que logró transmitir claramente su sentir (el mismo que el del capitán, bien pensado), y, por un efecto de orgullo, por demostrar que su carácter era más humano de lo que se suponía —porque los trabajos de subrogación son sacrificios que seducen por esa vía—, decidió retrasar la partida con escasas molestias, hasta que algunos pasajeros empezaron a quejarse.

—No se preocupen —zanjó Cytherea—. Váyanse sin mí. Le esperaré.

—Se me hace muy duro dejarla aquí sola —respondió el capitán—. Creo que no debería esperarle.

—Habrá ido a la estación, seguro —dijo un pasajero.

—¡No! ¡Allí está! —exclamó Cytherea, observando la figura de un hombre que avanzaba a paso rápido por el camino entre la hierba y la orilla.

—No llegará antes de cinco minutos —intervino otro pasajero—. La gente debería ser más cuidadosa, respetar los horarios. La verdad...

—Vea usted, caballero —dijo el capitán en voz baja, como si se excusara—, que es su hermano, y la señorita está sola. Es natural que hayamos esperado unos minutos, y ahora que está llegando, pues... Imagínese que fuera usted una joven dama, como la señorita, y que tuviera un hermano como el caballero, y que estuviera sola en un lugar desconocido, como le sucede a la dama. Pues supongo que le gustaría que esperáramos un poco, ¿verdad que sí, caballero? Seguro que sí.

La persona que se acercaba rápidamente había quedado oculta de la vista de los pasajeros por una depresión del terreno y el acantilado proyectó una sombra que cubría la pendiente del camino. Se oían sus pasos ruidosos sobre el camino abrupto, a una distancia de unos veinte metros, detrás de la escarpadura. Para ganar tiempo, Cytherea hizo el ademán de subir al barco.

—Permítame ayudarla, señorita —se ofreció el capitán Jacobs.

—No, no. Por favor, no me ayude —dijo ella, moviendo cuidadosamente un pie menos de un centímetro y luego el otro, apretando los labios, concentrada en su tarea, la vista clavada en la plancha y agarrada a la cuerda con firmeza, preocupada por la estrechez de la tabla que soportaba su subida. Los pasos del hombre retumbaron en la parte inferior de la plancha y en un instante estuvo detrás de ella.

—Owen, ¡cuánto me alegro de que hayas llegado! —exclamó Cytherea sin darse la vuelta—. Cuidado, estás moviendo la plancha, no me toques o perderé el equilibrio. Ya está, por fin. ¿Qué te ha sucedido? —preguntó, en voz más baja, volviéndose cuando alcanzó la cubierta.

Al levantar la vista de los pies, que ya no requerían su atención, dado que estaba a bordo sana y salva, una serie de impresiones del recién llegado hicieron mella en su cerebro: pantalones desconocidos, chaleco desconocido, rostro desconocido. El hombre que tenía enfrente no era su hermano, sino un completo desconocido.

Los marinos retiraron la plancha, la rueda de paletas comenzó a girar, a trompicones, ahora sí, ahora no, en una confusión inicial que finalmente se resolvió en un avance emprendedor hacia alta mar.

Una o dos personas saludaron al desconocido:

—¿Qué tal está, señor Springrove?

Luego miraron a Cytherea para ver el efecto de su decepción. Apenas había captado el nombre del recién llegado cuando este se dirigió a ella.

—La señorita Graye, supongo —dijo, levantando su sombrero en señal de saludo.

—Así es —contestó Cytherea, que se ruborizó y trató de disimular su expresión culpable por lo que sabía de él.

—Soy el señor Springrove. Fui hace una hora a ver el castillo de Corvsgate y poco después me crucé con su hermano, que iba en esa dirección. No había calculado bien la distancia y estaba a punto de dar la vuelta y regresar sin ver las ruinas, pues tenía el pie o la pierna doloridos por una molestia repentina. Le propuse que siguiera adelante, ya que había llegado tan cerca del castillo, y que después, en lugar de regresar al barco, se dirigiera a la estación de Anglebury, a una distancia más corta y factible, para tomar el último tren y regresar directamente a casa. Me ofrecí a informarla a usted de lo sucedido, para evitarle la preocupación.

—¿Se ha lesionado, dice usted? ¿Es grave?

—Oh, no, en absoluto. Simplemente, ha hecho un esfuerzo excesivo. Pero era más prudente que tomara el tren, en lugar de seguir caminando.

Aliviada por el estado de salud de Owen, Cytherea pudo dedicarse a observar el aspecto de su informante —Edward Springrove—, que había optado por descubrirse la cabeza para refrescarse. Era más alto que su hermano. Aunque la parte superior de la cabeza y su cara eran atractivas, y poseían líneas suficientemente masculinas, el arco de las cejas era demasiado suave y fino para un varón. Sin embargo, si bien la suma de sus rasgos no demostraba que su dueño fuera a abrirse camino en el mundo, hombres que habían cosechado éxito tenían su misma apariencia. En la frente, por lo



demás perfectamente lisa, tenía una fina arruga y su saludable expresión indicaba que se había instalado allí de forma prematura.

Aunque le faltaban unos años para alcanzar la edad en que un espíritu preclaro se despidió de las últimas afecciones de una mente noble y se dedica a buscar una casa e invertir su dinero, Springrove había llegado a la fase de la vida en que los periodos eventuales, con nacimientos esperanzados y muertes decepcionantes, empezaban a acumularse y convertirse en tónica general. Su expresión parecía decir: «Ya he reflexionado sobre este asunto, con las mismas condiciones que lo experimentamos ahora». En otras ocasiones, su mirada abstraída indicaba: «Creo haber vivido un momento parecido».

Vestía con despreocupación un traje gris oscuro y, en lugar de corbata, llevaba un pañuelo negro alrededor del cuello; el nudo era burdo y estaba torcido. En uno de sus pliegues se había depositado un poco de polvo blanco.

—Lamento su decepción —prosiguió, sin apartar la vista de Cytherea. Al mirarse ambos, sus ojos se quedaron, por así decirlo, clavados en el rostro del otro, y, en el mínimo instante en que la educación y la decencia permiten mantener la mirada, se entrelazaron. Una mirada clara de comprensión les había flechado, alumbrando una de esas sensaciones inexplicables que llegan al corazón antes de que las manos se rocen o se digan elogios; impulsada por una fuerza superior a la prueba matemática, brota la convicción de que «un lazo nos ha unido».

Los rostros también delataban, inconscientemente, que sus dueños habían pensado largo tiempo el uno en el otro. Owen le había hablado al joven arquitecto de su hermana Cytherea con franqueza y detalle, igual que ella había preguntado por el caballero con infinita curiosidad.

Empezaron a hablar, una conversación solo para ellos, compuesta de las frases más triviales y consabidas. Entonces, la banda de arpas y violines tocó una animada melodía y la cubierta se despejó para que las parejas pudieran bailar. El sol se bañó en el horizonte y la luna se exhibió al cabo de un rato por la popa. El mar estaba tan calmado que se oía el suave burbujeo de la espuma que producían las palas del barco al avanzar. Los pasajeros que no bailaban, entre ellos Cytherea y Springrove, se sumieron en el silencio, recostados contra la pared de madera, o, puestos en pie, contemplaban las olas que producían las palas al sumergirse, mientras temblaba la cubierta bajo los pies de los bailarines.

Era noche cerrada cuando llegaron al puerto de Budmouth, resplandeciente con sus luces verdes, rojas y blancas, opuesto al refulgente reflejo de la luna del otro lado, que alcanzaba el horizonte hasta que el jaspeado de las pequeñas olas se reducía a destellos tan finos como polvo de oro.

—Iré a la estación a averiguar la hora en que llega el tren —dijo Springrove, sin perder un instante, en cuanto atracaron.

Ella se lo agradeció muchísimo.

—Quizá podemos pasear juntos hasta allí —sugirió él, vacilante. Cytherea le miró como si dudara y Springrove zanjó la cuestión señalándole la dirección de la estación.

Al llegar descubrieron que el primer día de ese mes el tren que Graye debía tomar no paraba en la estación de Anglebury.

—Siento mucho haberle informado mal —se lamentó Springrove.

—No estoy alarmada por Owen —dijo Cytherea.

—Sí, seguro que estará bien. Pasará allí la noche, qué duda cabe, y vendrá a primera hora de la mañana. Pero ¿qué hará usted, sola?

—No tengo razones para preocuparme: nuestra casera es muy amable. Ahora debo retirarme. Buenas noches, señor Springrove.

—¿Desea que la acompañe hasta su casa? —rogó él.

—No, muchas gracias. Vivimos muy cerca de aquí.

La miró como el camarero mira el cambio que está devolviendo, pero Cytherea se mostró inexorable.

—No... No se olvide de mí —murmuró él, y Cytherea no replicó—. Permítame que vaya a visitarla alguna vez.

—Quizá no lo haga. Ahora tengo que irme —contestó ella, en tono seductor. Y, tras torcer por la calle Cross, entró en la casa y subió presurosa las escaleras hasta sus habitaciones.

La repentina desaparición de algo que al principio es superfluo se vive no pocas veces como una pérdida esencial. Así lo sintió con la muchacha. Además, después de un encuentro tan agradable y placentero, ella había insinuado que quizá no podrían verse.

El joven la siguió discretamente, permaneció frente a la casa en la que había entrado y observó que se encendía la luz de sus habitaciones. Pero la contemplación se vio interrumpida cuando ella se acercó a la ventana y bajó la persiana. Edward se quedó pensando en la figura desvanecida, con un sentimiento de pérdida, el mismo que, según la lógica, experimentó Adán al ver ponerse el sol por primera vez, creyendo por ignorancia que no iba a volver.

Esperó hasta que la sombra de la joven cruzó la ventana dos veces; cuando comprobó que la encantadora aparición ya no regresaría, dejó la calle, cruzó el puente y regresó a sus solitarias habitaciones al otro lado del puerto, pensando vagamente (por razones imprecisas) que

una esperanza es como una desesperación  
para que la ahogue la prudencia.

# **PARTE III**

## **LO ACAECIDO EN OCHO DÍAS**

## I. Del 22 al 27 de julio

Pero nada es lo que parece. Un amor que respondía a Edward Springrove había brotado en el pecho de Cytherea, con los fascinantes atributos de una primera experiencia sin sustituir a otras emociones, como les sucede a los corazones más añejos, sino que había arraigado en tierra virgen, igual que, después de la puesta de sol, admiramos en el pálido cielo azul una estrella donde antes no había nada.

La joven repetía estas palabras, «No se olvide de mí», cien veces; aunque pensaba que eran más bien comunes, no podía resistirse a jugar con ellas — examinándolas desde todos los ángulos e insuflándoles amor y fidelidad—, entreteniéndose en sus intenciones como si fueran fábulas, aunque en su corazón se confesaba, por breves instantes, que quizá eran reflejos de una verdad más profunda. Y así, horas después de haberse separado, la razón de Cytherea coqueteó con su deseo como un gatito juega con una paloma, agradablemente y con dulzura, con gestos dóciles, hasta que se revela su naturaleza cruel e inflexible.

Para centrarnos en los medios materiales por los que transcurre esta narración, a la mañana siguiente se produjo una extraña circunstancia que, sin ser importante, adquirió una relevante posición entre el pasado y el futuro en los destinos que nos ocupan.

A la hora del desayuno, cuando Cytherea se había despedido del cartero sin que este trajera ninguna respuesta a su anuncio, como ella quería que sucediera, Owen entró en la habitación.

—Bueno —dijo, saludándola con un beso—, sé que no has estado preocupada. Springrove te avisó y al ir a la estación os enterasteis que no había tren, ¿verdad?

—Así es. Pero ¿por qué te dolía el pie?

—No lo sé. No habrá sido nada. Ya casi no me duele. Cytherea, espero que te gustase Springrove. Es un buen tipo, ¿sabes?

—Sí, así es. Solo que...

—Qué casualidad que me cruzara con él. Cuando llegué a la estación y vi que no había tren, ya me encontraba mejor. Empecé a caminar de vuelta y continué durante cinco millas por el camino paralelo a la vía del tren. De repente se me ocurrió que, si seguía andando, al día siguiente estaría agotado y que el pie me dolería más; así que busqué una posada donde alojarme, pero no vi ninguna. Finalmente encontré a un vigilante y su caseta, donde una carretera cruzaba la vía, y le pedí que me permitiera descansar allí.

Continuaron desayunando y Owen disimuló un bostezo.

—Me temo que no has dormido mucho en esa caseta, Owen —observó su hermana.

—Para ser sincero, no mucho. Era diminuta, muy estrecha. Esas casetas son pequeñas y el pobre hombre solo podía ofrecerme su propia cama. Ah, por cierto, Cytherea, tengo algo extraordinario que contarte. ¡Por Júpiter, casi me olvidaba!

Mira, como te decía, había solo una cama y yo no podía mostrarme remilgado, porque era un hombre muy cordial, aunque algo raro. Así que acepté y él se preparó un camastro en el suelo. De todos modos, no podía conciliar el sueño y me maldecía por haberme quedado allí, pero estaba muerto de cansancio. Por un lado, los trenes de carga me despertaban con su traqueteo infernal en las primeras horas de la noche. Pero lo peor era que el tipo hablaba en sueños, toda la noche, y daba patadas aquí, allí, golpeando la cama y haciéndola temblar. Lo pasaba tan mal que al final le desperté y le pregunté qué estaba soñando, porque no me dejaba pegar ojo. Me rogó que le perdonase y me confesó que un nombre que yo había mencionado al llegar le había hecho pensar en un caballero que había conocido hacía tiempo, también con el mismo apellido, y en algunos incidentes relacionados con esa visita. El suceso había tenido lugar hacía muchos años, pero mi alusión le había hecho recordarlo como si fuera ayer. «¿Qué palabra he dicho?», pregunté yo. «Cytherea», respondió. «Cuénteme esa historia», le pedí entonces. Procedió a contarme que, cuando era joven y vivía en Londres, pidió prestadas unas libras, las añadió a sus ahorros y abrió una posada en Hammersmith. Una noche, cuando la posada llevaba abierta unos dos meses, todos los vecinos corrían hacia Westminster. El Parlamento estaba ardiendo.

»No quedó un alma en el salón de la posada, excepto él, y empezó a recoger las pipas y los vasos que los clientes habían abandonado al salir. Pasado un rato, llegó una joven de unos diecisiete o dieciocho años. Preguntó si la esperaba una dama y dijo que se llamaba Jane Taylor. Le respondió que no, y le preguntó si quería esperarla. Accedió. Le mostró el camino al salón interior, separado del bar por un panel de cristal, de manera que podía ver si la gente que esperaba allí necesitaba alguna cosa. El comportamiento de la muchacha mostraba una curiosa mezcla de melancolía e incomodidad, por lo que mi informante se interesó varias veces por su estado mirando discretamente a través del panel. Ella parecía cansada y permanecía sentada con la cara hundida entre las manos. Era obvio que no estaba acostumbrada al ambiente de una posada. Una mujer mucho mayor llegó por fin y la saludó por su nombre. Y oyó claramente que la joven le preguntaba:

»—¿Por qué no ha venido contigo?

»—Está enfermo. No creo que sobreviva a esta noche.

»Al oír esta frase, la joven se desmayó, horrorizada por la noticia. El posadero corrió hacia ella y la levantó del suelo. Hizo lo que pudo, pero como la joven no despertaba, comenzó a alarmarse. “¿Quién es?”, preguntó a la otra mujer. “La conozco”, respondió, con un tono que daba a entender muchas cosas. La mujer madura y la joven parecían aliadas, pero al mismo tiempo extrañas entre sí.

»Por fin, la joven volvió a dar signos de vida y pensó que, en ese estado, podría obtener algún dato fehaciente sobre la muchacha. Se acercó a su oído y murmuró:

»—¿Cómo se llama?

»Me dijo que no es fácil cazar a una mujer en una mentira, ni siquiera medio muerta. “Pero yo lo hice”, aseguró. Cuando le preguntó el nombre, respondió al

instante:

»—Cytherea.

—¡Mi mismo nombre! —exclamó Cytherea.

—Sí... Tu nombre —dijo Owen—. Bueno, pues el vigilante me contó que pensó que quizá era un nombre inventado, como lo había sido el de Jane, para que no pudieran localizarla. Pero creo que debió decir la verdad, pues, según él, en el momento de confesárselo la joven exclamó: «¡Dios! ¡Qué he hecho!», y se mostró muy afectada, con el miedo reflejado en el rostro. Estaba claro que le preocupaba que la otra mujer dudara de la veracidad de su nombre, y era ella la razón que la había llevado a ocultarlo. El posadero también dedujo, por lo que dijo la otra mujer, que no era la primera vez que se veían y que la falsedad del nombre de Jane Taylor no la había puesto en duda la dama de más edad. La joven se recuperó y descansó otra hora en la posada. Se despidió perentoriamente de su acompañante (lo que al vigilante se le antojó bastante raro) y al irse le ofreció todo el dinero que llevaba encima para que no contara a nadie lo sucedido. Jamás la volvió a ver y yo le pregunté si había descubierto algo más después del incidente.

»—Nada de nada. Ni una sílaba.

»¡Mucho menos después de tanto tiempo transcurrido!

»—¿Y llegó a saber su apellido? —insistí.

»—Bueno, bueno. Ese es mi secreto —respondió misteriosamente—. Quizá nunca habría conocido esta parte del mundo si no hubiera sido por eso. No me fue demasiado bien con la taberna, ¿sabe?

»Supuse que le habían encomendado el puesto de vigilante y que alguien se había hecho cargo de sus deudas en compensación por su silencio, pero no puedo decirlo a ciencia cierta —dijo Owen—. Al cabo de un largo rato, prosiguió: “¡Ah, sí! Nunca había oído ese nombre hasta esta noche, y por eso la figura de esa dama desmayada se ha cruzado en mi sueño”. De repente, dejó de hablar y se adormeció. Igual que al Antiguo Marinero, debió aliviarle contar su historia, porque no volvió a mover un músculo ni soltar un ronquido el resto de la noche. ¿No te parece una extraña historia, hermanita?

—Lo es, sin duda —murmuró Cytherea—. Muy muy extraña.

—¿Por qué diría la joven ese nombre tan poco común? —siguió preguntándose Owen en voz alta—. El hombre decía la verdad, evidentemente, porque no tenía motivos para inventarse algo así.

Cytherea miró largamente a su hermano.

—¿No te suena nada de esta historia?

—¿Qué me había de sonar?

—¿Recuerdas que nuestro padre una vez contó que Cytherea era el nombre de su primer amor en Bloomsbury, el de la mujer que tan misteriosamente renunció a él? La intuición me dice que esa mujer y la dama de tu vigilante son la misma persona.

—No lo creo. Es muy improbable —respondió su hermano, escéptico.

—¿Por qué? No existe en Inglaterra otra mujer con ese nombre. ¿En qué año dejó a nuestro padre?

—En 1835.

—¿Y cuándo se quemó el Parlamento? Espera, voy a mirarlo. —Buscó en un anuario la fecha del acontecimiento—: «El Parlamento ardió la tarde del 16 de octubre de 1834».

—Un año y cuatro meses antes de que conociera a nuestro padre —observó Owen.

Guardaron silencio.

—Si nuestro padre estuviera vivo, esta historia le habría resultado del mayor interés, estoy segura —dijo Cytherea al cabo de un rato—. Y de qué maneras tan extrañas nos llegan las noticias... Podríamos haber investigado años, removiendo cielo y tierra en busca de una pista que nos condujera a ella, sin encontrarla. Si realmente quisiéramos saber más sobre la triste historia de desamor de nuestro padre, habríamos ido a Bloomsbury. Pero, como no fue así, viajamos a doscientas millas de distancia y he aquí que el relato de ese extraño incidente se nos entrega, por así decirlo, en nuestro regazo. ¿Qué crees que sucedió en realidad, Owen?

—Solo el cielo lo sabe. Pero, si es la misma mujer, haber descubierto un poco más sobre ella es una enorme coincidencia, aunque nada más: algo que podremos contar a nuestros amigos, si algún día volvemos a tenerlos. Sin embargo, dudo que podamos descubrir nada más allá de este episodio, créeme.

Cytherea permaneció callada, reflexionando.

—Tampoco has recibido ninguna respuesta a tu anuncio esta mañana, ¿verdad? —preguntó Owen, cambiando de tema.

—Ninguna.

—Lo he deducido por tu aspecto, cuando he entrado.

—Espero que llegue alguna —dijo ella, entristecida—. Habrá gente que querrá emplear a una institutriz, después de todo.

—Sí que las hay, pero los que pueden permitírsela generalmente la obtienen con la recomendación de sus amigos; y los que no la pueden pagar, se aprovechan de sus familiares más pobres.

—¿Qué puedo hacer?

—No importa. Sigue viviendo conmigo. Y no permitas que las dificultades te preocupen; te pasas el día pensando en eso, lo sé. Puedo mantenerte, Cythie, aunque te ofrezco una vida sencilla. Mis veinticinco chelines a la semana no dan para mucho, es verdad, pero hay gente que vive con menos, como los mecánicos, sin ir más lejos... ¡Vivimos tan frugalmente como ellos! Es una vida sin lujos, nada esplendorosa, y es nuestro destino —añadió Owen lúgubremente—, pero es más tolerable que esa acuciante sensación que nos asolaba en Hocbridge, con todo el mundo avergonzado de nosotros.

—No sería capaz de volver allí —convino su hermana.

—Yo tampoco. Oh, no lamento nuestra decisión ni un instante. Hicimos muy bien apartándonos y *desapareciendo del mundo*. —El sarcasmo de la frase era excesivamente elaborado para ser real—. Además, estoy seguro de que mis perspectivas mejorarán pronto. Desearía que mi puesto estuviera garantizado más allá de dos meses y confío en que así sea, si bien, por el momento, aún no estoy seguro.

—Quisiera poder hacer algo; es más, lo haré —dijo Cytherea firmemente—. Supón que, como es bastante probable, no te necesiten más allá de octubre, es decir, el tiempo que estipuló el señor Gradfield. ¿Qué será de nosotros si no tenemos más ingresos que los tuyos todo el invierno?

Siguieron debatiendo los medios de una joven dama para ganarse la vida decentemente, más o menos factibles y convenientes, pero reconocieron que aún tenían que esperar. Esta vez, no obstante, optaron por probar suerte en un trabajo más sencillo. Cytherea sospechaba que había sido una temeridad presentarse, siendo tan joven, como una institutriz cualificada, y tal vez por eso las damas no confiaban en su anuncio. Redactaron otro, más humilde, con la siguiente formulación:

INSTITUTRIZ DE NIÑOS O ACOMPAÑANTE. Joven dama se ofrece para los puestos mencionados. Salario muy moderado. Sabe coser. Dirección G., calle Cross 3, Budmouth.

Salieron por la tarde a enviar la carta y luego caminaron un rato por el paseo. Se encontraron con Springrove, lo saludaron y siguieron andando. Owen reparó en el color grana del rostro de su hermana; curiosamente, al cabo de unos minutos, volvieron a toparse con Springrove, quien se ofreció a pasear con ellos. Edward conversó ostensiblemente con Owen, aunque sin perder de vista en ningún momento el efecto que sus palabras causaban en la muchacha, en quién fijaba disimuladamente la mirada y ella a su vez escuchaba atentamente, con la vista en el suelo. Se suele decir que los hombres aman con los ojos y las mujeres con los oídos.

Como Owen y Springrove no eran más que conocidos, y a este último le faltaba el aplomo que muchos jóvenes de su edad ya tenían, se hacía necesario o bien despedirse de los hermanos o bien encontrar una buena razón para seguir al lado de Cytherea. Se le ocurrió proponer un paseo en barca por la bahía y el plan fue aceptado. Se dirigieron al embarcadero, subieron a uno de los botes alegremente pintados y partieron, remando. Cytherea se sentó en la popa, al lado del timón.

Remaron juntos esa tarde, y la siguiente, y la otra, y Cytherea siempre se sentaba en la popa, con los cabos del timón en la mano. Las curvas de su figura se fundían a la perfección con las de la frágil embarcación, en un continuo perfecto, mientras se amoldaba con gestos deliciosos al vaivén de las olas y parecía conformar un todo orgánico con la embarcación.

Owen quería probar su habilidad remando en una canoa. A Edward no le gustaban las canoas y, después de que Owen subiera a bordo, le propuso seguirlo con un par de remos, pero como no se consideraba preparado para remar frente a un desfile de paseantes, con las olas agitadas y sin nadie al timón, suplicó que Cytherea se ocupase



de ello, como hacían cuando eran tres en la barca y no dos. Así lo hizo, y siguieron obedientemente la canoa de su hermano. De este modo transcurrió la quinta tarde de paseo en barca.

El resultado fue que la agradable pareja disfrutó de una compañía más íntima y de un vínculo más privado.

## II. El 29 de julio

Había llegado un día triste para Cytherea: el último de Springrove en la empresa del señor Gradfield, y la última velada antes de su regreso a casa de su padre desde Budmouth, paso previo de su partida a Londres.

El arquitecto había pedido a Graye que fuera a estudiar una parcela de terreno a unas veinte millas de distancia y, con el trayecto de ida y vuelta, la tarea le ocuparía todo el día y no regresaría hasta bien entrada la noche. Durante la ausencia de su hermano, Cytherea pasaba las horas en compañía de su casera, y compartía con ella las comidas y las tardes. A mediodía, ya estaba aburrida. Pasó la tarde sola, mirando por la ventana, a la espera de no sabía quién o qué. Las cinco y media era el fin de la jornada laboral de Springrove. Dos minutos después, Springrove pasaba delante de su casa.

Cytherea permaneció sola otra media hora y no pudo soportarlo más. Esperaba, aunque prefería decirse que temía, que Edward hallara una excusa para visitarla, pero parecía que no era así. Se vistió precipitadamente y salió, y en la calle se repitió la farsa de una casualidad. Edward fue a su encuentro tras la primera esquina, y como el gran duque Fernando en *La estatua y el busto*:

La miró como solo mira un amante;  
Ella a él como quien acaba de despertar.  
El pasado era un sueño y su vida empezaba<sup>[2]</sup>.

—¿Un paseo en barca? —preguntó él, impulsivamente.

Qué apacible es al principio. Quizá el único placer en el curso del amor que merece calificarse de paradisiaco es el que prevalece inmediatamente después del fin de la duda y antes de instalarse la reflexión en los amantes. Es el amanecer de la emoción, diríase, cuando aún no se reconoce su nombre y, por tanto, la deferencia del amor no ha alumbrado la consideración de las dificultades que suele crear cuando, por parte del varón, la mujer se erige como una estampa pintoresca, indefinida, bajo la luz de una mañana fresca y de las suaves sombras del atardecer; cuando solo lleva un atavío, su propia personalidad, la figura de una sola postura, la que mira de determinada manera, la que profiere una frase de ternura; cuando, por parte de la mujer, es tímidamente cuidadosa de lo que hace y dice, para que no se malinterprete o menoscabe ni la sombra de un cabello.

—¿Un paseo en barca? —insistió él, más suavemente, al no responder la primera vez y seguir mirando el suelo con fijeza. Se ruborizó varias veces, una tras otra, y casi le pareció que estaba a punto de salir corriendo mostrando los habituales signos de perplejidad en el ámbito de las emociones.

Owen había estado con ella en ocasiones anteriores, y ahora tenía delante la fuerza de la costumbre, que, con cándida inocencia, la empujó a aceptar, considerando que un paseo en barca era natural, bajo cualquier circunstancia. Sin

pronunciar palabra, bajaron las escaleras hasta el embarcadero. Springrove la ayudó a subir a la barca con delicadeza, tomó asiento y empujó la embarcación en silencio, alejándola de la playa, lejos del puerto.

Allí estaban, sentados uno frente al otro en la elegante barquichuela amarilla; los ojos de él se suspendían en las profundidades de los ojos de ella. La embarcación era tan pequeña que, cuando empujaba los remos adelantando las manos, se acercaba tanto a ella que, en su vivida imaginación, Cytherea creía que de un momento a otro la envolvería en un abrazo apasionado. La sensación cobró tanta fuerza que no era capaz de enfrentar sus ojos en esos instantes críticos y se dio la vuelta para inspeccionar el horizonte; luego se arrepintió de apartar la vista y recuperó su posición natural. En ese momento, él se inclinaba hacia delante y clavó en ella su mirada ardiente. Un impulso involuntario de vergüenza adolescente hizo que tirara sin querer de la caña del timón, lo que provocó que la barca diera la vuelta hasta parar en dirección al puerto, de regreso. La mirada de Springrove, hasta entonces ocupada en la de Cytherea, se dirigió a su destino.

—¿Ha girado el bote, señorita Graye? —exclamó, mirando por encima de su hombro—. Mire el rastro que dejamos en el agua, un gran semicírculo, precedido de una serie de zigzags hasta donde alcanza la vista.

—¿Es culpa mía o culpa suya? —respondió Cytherea, observando los trazos en el agua—. Mía, ¿verdad?

—No puedo negarlo.

La joven dejó caer la cuerda del timón, levemente ofendida ante la respuesta.

—¿Por qué suelta el cabo?

—Si no lo hago bien...

—Oh, no. El giro lo ha realizado magníficamente. ¿Desea regresar?

—Sí, por favor.

—Por supuesto, ahora mismo.

—Me preocupa lo que la gente pueda pensar de nosotros, yendo de aquí para allá de un modo tan absurdo, conmigo al timón.

—No debe importarle lo que piense la gente. —Springrove hizo una pausa—. No será usted tan delicada para permitir que le afecte lo que piense la gente sobre un asunto como este, ¿verdad?

Quizá eran palabras demasiado firmes y duras para la joven Cytherea, pero qué importa. Por primera vez, la muchacha experimentó la deliciosa sensación, aunque fuera sobre un tema insignificante, de que el hombre que amaba le pedía su opinión. Owen, aunque menos exigente físicamente y de carácter más práctico, no poseía la independencia intelectual suficiente para hablar así a una mujer. Cytherea respondió, pues, con calma y honestidad, la misma con la que un minuto antes había afirmado lo contrario:

—Claro que no me importa.

—Voy a soltar el cabo del timón, para que no tenga que preocuparse nada más que de sostener su sombrilla —prosiguió Springrove, y se levantó para ejecutar la operación, inclinándose necesariamente sobre ella, queriendo evitar el riesgo de que la embarcación volcara al estirar las manos hacia popa. Su cálido aliento le rozó el rostro como una caricia, ocupado en su tarea. Se volvió a sentar, y ella parecía culpable. Leyó en su rostro lo que había sucedido: que la joven había sentido placer por su proximidad física. Pero se limitó a echar un vistazo por encima del hombro, coger los remos y avanzar en línea recta hacia el embarcadero.

Cytherea se dio cuenta de que él había leído en su rostro lo que su corazón ocultaba y, a pesar de eso, no había dicho nada.

Estaba preocupada, pues no quería que sus palabras sobre regresar a casa se tradujeran en una acción inmediata; tampoco le complacía haber revelado su secreto. Pero le molestaba que Springrove hubiera descubierto la verdad y permaneciera impasible.

Le esperaba la más absoluta tristeza. Bajarían de la barca, se despedirían y, a la mañana siguiente, Springrove partiría hacia Londres y lo perdería para siempre. No podía adivinar que, al mismo tiempo, la mente de él alumbraba pensamientos similares.

Estaban a casi diez metros del puerto, luego a cinco. Él esperaba a que la marea se calmase para acercar la barca. El amor, el dulce amor, no merece una muerte así; eso pensaba la dama. Estuvo a la altura de la ocasión —las mujeres siempre lo están— y exclamó:

—¿Desea regresar tan pronto, señor Springrove? —clavando sus ojos violeta en los ojos de él, con un leve, levísimo anhelo.

—¿Yo? En absoluto —respondió él, asombrado ante su pregunta, sin apenas reprimir el sutil brillo que había despertado en su expresión—. ¿Y usted?

—Creo que es una lástima, ya que estamos aquí y la tarde es tan agradable —repuso ella dulce y amablemente—. Me gustaría seguir un rato más, si a usted no le importa. Trataré de guiarle mejor, si eso le facilita la tarea. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Era el turno de él: en su rostro se leía lo que pensaba: «Amada mía, ¡nos entendemos! ¡Nos entendemos perfectamente!». Giró la embarcación y la condujo otra vez hacia la bahía.

—Dirija la barca por donde quiera —dijo en voz baja—. No importa si vamos recto o damos vueltas. Vaya adonde quiera.

—¿Qué le parece Creston? —dijo ella, señalando un tramo de playa al norte de la explanada de Budmouth.

—Creston, bien —dijo él, agarrando los remos. Cytherea recuperó los cabos del timón con suavidad, y emprendieron el camino hacia la izquierda.

Durante largo rato solo se oía el chapoteo de los remos en el agua y su movimiento en los escálamos. Por fin, Springrove habló:

—Mañana debo irme —dijo, tentativamente.

—Así es —repuso ella, en voz baja.

—Voy a abrirme camino en mi profesión, en Londres.

—Sí, lo sé —reconoció ella, con la misma suavidad preocupada.

—Pero no lo lograré.

—¿Por qué dice usted eso? La arquitectura es una profesión fascinante. Dicen que el trabajo de un arquitecto es como un juego de niños.

—Y lo es, pero avanzar en una profesión artística no depende del dominio que tengamos. Solía creerlo así, pero no es verdad. Los que se hacen ricos no precisan la menor habilidad artística.

—¿Y qué tienen?

—Una especie de energía que los hombres con afición al arte raras veces tienen: les gusta hacer amistades y les encanta frecuentarlas. Se entregan en cuerpo y alma al arte de salir a cenar, después de memorizar unos cuantos hechos rudimentarios que les proveerán de tema de conversación. ¿Le parece, después de decirle esto, que tengo la menor oportunidad de labrarme una reputación en Londres?

—Me parece que es probable que cometa un error.

—¿Cuál?

—Dar credibilidad a un sentimiento latente hoy entre los desconocidos; que, por el hecho de que algunos hombres de éxito son necios y estúpidos, los hombres que no logran sus objetivos son unos genios.

—Una reflexión muy sutil para una dama tan joven —admitió él, lentamente—. Por lo que dice, juraría que tiene, o ha adquirido, una buena porción de experiencia.

Cytherea se limitó a replicar:

—Intente tener éxito. —Y lo miró con aprecio y una expresión pensativa.

Springrove se ruborizó ante la intensidad de sus palabras y se quedó callado un rato.

—Entonces, como Catón el Censor, haré lo que más desprecio: viviré según la moda de los tiempos... —respondió, al fin—. Bueno, con esa conclusión, ¿sabe qué hice? Amo apasionadamente la poesía, así que seguí leyéndola con pasión. Y me dediqué a escribirla, también. Si hay algo que estropea a un hombre para el ejercicio de una actividad útil, y para que sienta satisfacción ante el éxito de cualquier profesión, sin duda es escribir poesía sobre las emociones. Más me valdría haber arrojado al olvido mis impulsos poéticos.

—¿Sigue escribiendo poesía? —preguntó Cytherea.

—No. He dejado atrás mis días de poeta, como suele ocurrir. Rimar es una etapa en la vida de las personas como yo, igual que afeitarse la barba, creer que el mundo les trata injustamente, o que por nada merece la pena vivir.

—Entonces, la diferencia entre un hombre común y un poeta es que uno se ha sentido engañado y ha superado esa ilusión, y el otro sigue sumido en el engaño hasta el fin de sus días.

—Lo que acaba de decir contiene tanta verdad que es insoportable. Sin embargo, eso importa más bien poco, ahora que *solo dependo de la infiel Musa...*

Hizo una pausa, como si pensara a qué dedicar ahora su tiempo.

Cytherea recordó los versos del poema que había citado Springrove y su sorprendente paralelismo con la situación que les ocupaba le hizo creer que «jugaba» con ella, igual que el poeta con Amaryllis, y en su expresión se pintó la sorpresa. Springrove adivinó lo que pensaba y simplemente dijo:

—Así es.

Guardaron otra vez silencio, hasta que él añadió:

—Si hubiera sabido que Amaryllis estaría aquí, no habría pensado en marcharme.

Cytherea consideraba intolerable tanta ligereza mezclada con la idea de «juego». Una mujer ve solo el lado serio de su pasión, aunque el amante más entregado tenga la sensación de perder su dignidad y su tiempo en frivolidades.

—Pero, dígame, ¿no tratará de abrirse paso en Londres? Oh, inténtelo, una vez más, insista —murmuró ella—. Yo lo haré algún día. He puesto un anuncio para conseguir un empleo.

—Claro que lo haré —respondió él, rápido y sonriente—. Pero no olvidemos que la fama del mismísimo Christopher Wren<sup>[3]</sup> se debe al accidente del incendio en Pudding Lane. Mis éxitos no parecen tener prisa, y a menudo pienso que, antes de que llegue mi momento, vendrá la hora de mi muerte. Sin embargo, lo intentaré: no iré tras la fama, sino en busca de una vida sencilla, razonablemente cómoda.

Es una verdad melancólica de las clases medias que, a medida que desarrollan con el estudio del arte y la poesía su capacidad para el amor conyugal más elevado y puro, también limitan sus posibilidades de ejercerlo, pues al hacerlo reducen sus opciones de acceder a los medios necesarios de lograr un buen matrimonio.

El hombre que solo lucha por conseguir un buen sueldo no tiene tiempo para aprender cómo amar de la manera más solemne; y el que lo ha aprendido, no tiene tiempo de hacerse rico.

—Y si fracasa, si fracasa estrepitosamente en su búsqueda del bienestar económico razonable —añadió Cytherea, ansiosa—, no se preocupe. La verdadera grandeza no está en el punto medio; el hombre alcanza la fama o permanece en la oscuridad.

—La oscuridad —dijo él—, si sus ideas han podido florecer en un terreno suficientemente ancho. Famoso si han sido exclusivas o convergentes.

—Así es, y me temo que mi afirmación le ha desanimado, aunque pretendía reconfortarle. Quizá no me he sabido...

—Depende de a qué se refería con verdadera grandeza. Pero, en fin, lo esencial es que hay que dedicarse en cuerpo y alma a un solo asunto para tener éxito en él, sin dejarse deslumbrar por las flores de los jardines ajenos, y me temo que ese ha sido mi error.

Contempló el horizonte y se quedó en silencio. Para persistir con la energía suficiente en alcanzar el éxito, es necesario que las mentes capaces también cuenten en general con un poder común, que no suele hallarse en dichos individuos: convencerse de que en los caminos aledaños, que parecen más brillantes que el propio, se dan igualmente grandes amarguras que no se perciben por la distancia desde la que se ven.

Se hallaban frente a la costa de Ringsworth. Los acantilados ofrecían un contraste absoluto con los de la bahía, más alejada, pues bajo el agua profunda las rocas sustituían a la arena y los guijarros, y entre ellas el mar se deslizaba sin ruido, sin el menor asomo de oleaje, tan impresionante era la calma. La brisa había desaparecido, con lo que había dejado la superficie del agua extrañamente pulida, como un espejo sin el más leve rastro del aire. En ese espejo había reflejos púrpuras y azules de distintas tonalidades, según las ondulaciones se inclinaban al este o al oeste. El lecho rocoso se divisaba a unos seis metros de profundidad y exhibía una exuberante flora de algas de diversos tamaños, salpicadas de criaturas pulposas que reflejaban, en sus ojos, un brillo plateado.

Por fin Cytherea lo miró, tratando de descubrir si sus palabras de ánimo habían tenido éxito. Springrove había dejado de remar y la embarcación estaba inmóvil. Bajo el cielo todo parecía sumido en una pausa contemplativa, como si esperara escuchar una confesión de labios de él. Entonces, pareció querer romper una promesa mantenida celosamente. Dejó su asiento en mitad del bote y se instaló con cuidado a su lado, en el estrecho banco del timón.

La respiración de Cytherea se agitó, cálida. Edward tomó su mano derecha en la suya y ella no la retiró. Puso la izquierda en la nuca de la muchacha, hasta casi alcanzar su mejilla izquierda, y no fue rechazado. La acercó suavemente y, cuando sus labios estaban a punto de juntarse con los de Cytherea, en el mismo instante, como si un embrujo le hubiera inmovilizado, formuló en un susurro tímido una pregunta que era igual para él que para ella:

—¿Me permites?

La intención de Cytherea fue decir «no», una negativa tan desprovista de entidad y de firmeza que la naturaleza apenas la reconocería; en otras palabras, un «no» tan cercano a la frontera del «sí» que podría haberse entendido como afirmación. Su respuesta fue susurrada; tardó casi un cuarto de minuto en proferirla, una vocal apenas audible, como el suave arrullo de una paloma con su pareja. Consciente de su éxito al emitir la palabra que había deseado pronunciar, Cytherea temía a la vez la reacción de Edward. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de dudar, pues, en menos de un latido, él la besó. Y luego siguió besándola, más largamente.

Fue el momento más feliz de su experiencia común. En ambos, la «púrpura luz» y el «nacimiento de la emoción» se fortalecieron y sus corazones apenas podían creer la prueba que tenían en sus labios.

—Te amo, y tú me amas, Cytherea —murmuró él.

La joven no lo negó, y todo parecía estar bien. Los suaves sonidos que les rodeaban, que llegaban desde los montes, los valles, el pueblo lejano, la costa cercana, el agua que se mecía a su lado, y el beso, el largo beso, eran al unísono «las múltiples voces de una sola delicia» y latían al mismo ritmo que sus corazones.

Pero la mente de Edward voló hasta la desagradable idea de la resolución que un minuto antes había roto.

—Podría convertirme en esclavo de mi profesión por ti, Cytherea. Trabajaría en las tareas más humildes y honestas para estar cerca de ti y, por supuesto, para poder llamarte mi mujer. Cualquier cosa... Haría cualquier cosa. Pero no te lo he contado iodo. No sabes lo que debo revelarte. ¿Eres capaz de perdonar, como eres capaz de amar?

Cytherea se alarmó y palideció al escuchar a Edward.

—No, no digas nada —siguió él, enfebrecido—. Te he ocultado algo y se ha convertido en fuente de un gran malestar. No tenía ningún derecho a amarte, pero lo he hecho. Algo me lo impedía.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Algo me lo impedía, digo... Hasta el beso, sí, hasta que llegó el beso, ¡y ahora nada se interpondrá entre tú y yo! Habrá esperanza, a pesar de todo. Pero debo hablar con tu hermano, querida mía. Será mejor que esperes en tu casa mientras hablo con él en la estación y se lo cuento todo.

El breve momento de felicidad de Cytherea se borró de un plumazo. Si hubiera sabido la consecuencia del instante de pasión, ¿le habría permitido cruzar la barrera que les habían separado, de conocidos a amantes? ¡Jamás, jamás!

—¿Por qué no me lo cuentas? —preguntó, con voz débil. La duda, la duda indefinida, la más corrosiva, se había apoderado de ella.

—Ahora no. No quiero que te alarmes innecesariamente —dijo con ternura—. La única razón por la que he guardado silencio es que, por lo que sé hasta la fecha, quizá al hablar podría decir cosas inciertas. Quizá no haya nada que contar. De hecho, es culpa mía haber mencionado este asunto, apremiado por lo que nos ha sucedido. Perdóname, querida mía, perdóname.

El corazón de Cytherea estaba a punto de estallar, incapaz de contestar. Edward volvió a su asiento en la embarcación y empuñó los remos.

Regresaron al Paseo, que ahora se erigía como una banda de color gris oscuro, con sus hileras de casas contra el cielo iluminado del oeste. El sol se había puesto y una o dos estrellas comenzaron a titilar. Se acercaban a su destino y, mientras remaba, Edward no apartaba los ojos de las rayas rojas del chal de ella, que se le antojaban negras a medida que la luz del atardecer se convertía en noche. Cytherea observaba la larga hilera de farolas del paseo marítimo, que ahora parecían pequeñas y amarillas, y arrojaban raíces de fuego temblorosas hasta lo más profundo del mar. Por fin alcanzaron el embarcadero. La ayudó a bajar del bote, igual que antes, y la encontró fría como el agua que les rodeaba. Hasta que no llegaron a la puerta de la casa de



Cytherea, Edward no la soltó. Sin embargo, su seguridad no había reducido la tensión de la actitud de ella: se dio cuenta de que, en silencio, con la mirada, le acusaba de lo sucedido, como un gorrión prisionero. Cuando se quedó solo, se dirigió al paseo y se sentó en un banco.

Cytherea no podía confinarse en su solitaria habitación, pues al separarse de Springrove una terrible opresión hizo mella en su ánimo. Se dio la vuelta, justo a tiempo de verle doblar la esquina y sentarse en el paseo. Se acercó en silencio, manteniendo una distancia prudencial, pero sin envolverse en mármol como la Melancolía marchando entre sus súbditos. Oía sin oír las notas de los pianos y la gente que cantaba en las casas acomodadas a su espalda y el bullicio de la fiesta de las ventanas abiertas. La luz de las farolas pugnaba por sumarse a la de la luna llena de tintes anaranjados, elevada frente a la bahía. Edward se levantó y caminó arriba y abajo por el paseo. Cytherea, temiendo ser descubierta, dio la vuelta y regresó a su casa, mirándolo por última vez al girar el temido recodo. No hubo promesas de cartas, ni por parte de él ni de ella, nada, excepto una indefinida expresión de esperanza frente a un temor del que ignoraba los pormenores. ¡Dios mío, Dios mío!

Cuando Owen regresó a casa, no la encontró en el pequeño saloncito y subió a su habitación con una lámpara, donde descubrió a su hermana dormida sobre unas mantas, con el sombrero y el abrigo puestos. Allí se había arrojado, en efecto, al entrar, y había sucumbido a la insólita opresión que acompaña el despertar del amor. Se distinguía el húmedo rastro de las lágrimas en sus largas pestañas.

El amor es una delicia triste, y un profundo dolor,  
una muerte en vida y una vida muriendo.

—Cytherea, hermana —murmuró Owen, saludándola con un beso.

Ella se despertó y, de súbito, sin medir lo que decía, exclamó:

—¡Se ha ido!

—Así es, y me lo ha confesado todo —dijo Owen, suavemente—. Su tren parte a primera hora de la mañana. Es una lástima que por él nos hayamos alejado tú y yo, y una crueldad por tu parte mantener tu afecto en secreto.

—No había más remedio —dijo ella, y prosiguió—: Owen, ¿te lo ha contado todo, dices? ¿Todo?

—Vuestro romance, de principio a fin —dijo él, simplemente.

Edward, entonces, no le había dicho todo, y debería haberlo hecho; Cytherea no podía condenarle, pero lucharía contra sus cadenas. Temblaba ante la idea de que pudiera engañarla.

—Owen —continuó con dignidad—, ¿qué es él para mí? Nada. Debo luchar contra la debilidad y, créeme, así lo haré. Debo concentrarme en algo más importante. He examinado mi situación con frialdad y es imperativo que me gane la vida. Voy a poner otro anuncio.

—Eso no ha servido de mucho.

—Ahora será distinto. —Owen se sorprendió del tono decidido de su hermana, cuando esta tomó un papel de la mesita y se lo mostró. Amargamente, dijo—: Mira, esto es lo que voy a anunciar.

Así rezaba su tercer intento:

CRIADA. Sin experiencia. Dieciocho años. G., calle Cross, número 3. Budmouth.

Owen, el respetable Owen, se quedó boquiabierto. Repitió sin cesar, en diversos tonos, la palabra:

—¡Criada! ¡Criada!

—Sí, criada —dijo Cytherea, valiente—. Es una profesión honrada.

—Pero tú, Cytherea... ¿Tú, una criada?

—Sí, yo. ¿Quién soy yo?

—Jamás serás una criada, de eso estoy seguro.

—Al menos lo intentaré.

—Qué desgracia, qué deshonor...

—¡Tonterías! No es ningún deshonor —replicó ella, enfadada—. Sabes muy bien...

—Está bien, está bien. Haz lo que quieras —le interrumpió él—. Pero ¿por qué pones «sin experiencia»?

—Porque es la verdad.

—Eso no importa. ¡Bórralo! Somos pobres, Cytherea, ¿no es cierto? —murmuró, al cabo de un rato—. Y parece que no me voy a quedar aquí, transcurridos los dos meses de contrato.

—Sabremos vivir siendo pobres —dijo ella—, si nos permiten trabajar para vivir. Así es, ansiamos como una bendición lo que se nos antoja una carga, ¡y hasta eso se nos niega! No te desanimes, Owen, ¡vamos!

Para ser justos con los hombres desesperados, haremos bien en recordar que el vigoroso ánimo de las mujeres en épocas de escasez, con todo lo valioso, dulce y angelical que llega a ser, no solo se debe a la esperanza natural que brota de sus espíritus, sino también a la incapacidad de ver las razones de plomo de la desesperación.

## **PARTE IV**

# **LO ACAECIDO EN UN DÍA**

## I. 4 de agosto hasta las cuatro de la tarde

La primera parte de la semana siguiente trajo consigo una respuesta a la última nota de esperanza de Cytherea. No procedía de un punto a cientos de millas, en Londres, Escocia, Irlanda o el Continente, como Cytherea creía que tenía que ser, para estar a la altura de su circunstancia, sino del mismo vecindario en el que vivía: una residencia en la campiña, a menos de veinte millas. La respuesta rezaba así:

KNAPWATER HOUSE  
3 de agosto de 1864

La señorita Aldclyffe precisa de una joven como doncella. Los deberes del puesto no son excesivos. La señorita Aldclyffe visitará Budmouth el jueves y, si G. aún se encuentra disponible, le gustaría entrevistarse con ella en el hotel Belvedere, en el Paseo, a las cuatro de la tarde. No es necesaria una respuesta.

Un poco antes de la hora, Cytherea se dirigió al hotel, ataviada con una chaqueta de seda negra y un sombrerito modesto. La expectación, el aire puro del mar, los paisajes alegres y dilatados, tiñeron de un delicado rosa sus mejillas y dotaron a sus pasos de la flexibilidad que sus cuitas y la preocupación por Edward le habían arrebatado. Entró en el vestíbulo y se acercó al bar.

—¿Está la señorita Aldclyffe? —preguntó a una camarera bien vestida que hablaba con una encargada cubierta de cadenas, pulseras y ornamentos de oro.

—No —replicó la chica, algo maleducada.

Cytherea parecía demasiado bonita para la ropa que llevaba. —Pero está a punto de llegar— dijo la encargada a una tercera persona, fuera del campo de visión de Cytherea, con la inflexión de quien lleva varios días informada—. Prepara su habitación, y date prisa.

Por el tono tajante con que dio la orden y el resultado, a Cytherea le pareció que la señorita Aldclyffe debía de ser persona de importancia.

—¿Ha quedado aquí con la señorita Aldclyffe? —preguntó la encargada.

—Así es.

—Entonces más vale que espere, señorita —prosiguió la otra. Con la intuición del que sabe ganar dinero, había adivinado que Cytherea no dejaría ninguna moneda en su recuento de ganancias.

La acompañaron a una salita gris, en la parte más oscura del edificio, que parecía hacer de sala de estar o de dormitorio, según lo requiriese la circunstancia; había más estancias al final del pasillo del primer piso. El color de las paredes, las cortinas, la alfombra y los tapetes de los muebles era de un azul más o menos indefinido, y la fría luz del cielo del norte realzaba su palidez, al caer desde unos tragaluces del tejado de pizarra. Pero debajo de la puerta que comunicaba la salita con la habitación se vislumbraba un contraste, infinitesimalmente pequeño, pero muy potente: una

finísima línea de luz natural, que demostraba que el sol caía con más fuerza en la estancia vecina. Esa línea radiante era lo único que animaba aquel espacio.

En la espera se componen pensamientos y actos bastante infantiles; el campo de batalla vital queda vallado temporalmente por la línea dura de la entrevista. Cytherea desplazó la mirada distraídamente por la línea de luz y se imaginó un paraíso al otro lado de la puerta, el origen de ese rayo esplendoroso; y eso le recordaba la bondad de un mundo malicioso.

Mientras observaba las partículas de polvo que flotaban sobre la brillante hendidura, oyó un carruaje detenerse frente a la puerta. Después, el frufrú de unas faldas por el pasillo que llegaron a la habitación de al lado. La línea dorada se desvaneció, como el estallido fosforescente de una cerilla; se oyó un paso ligero al otro lado y luego una pausa. Entonces, un pie golpeó el suelo con impaciencia, y una dama exclamó imperiosamente:

—¡Aquí no hay nadie!

—No, señora. Está en la habitación de al lado. Voy a buscarla —dijo la criada.

—Está bien. O mejor, no. Iré yo.

Cytherea se había levantado y avanzaba hacia la puerta mientras la criada se retiraba. Apenas puso la mano en el pomo, este se alejó de ella, al abrirse la puerta desde el otro lado.

## II. Las cuatro en punto

El resplandor del sol de la tarde, en parte refractado por las cortinas carmesíes de la ventana y realzado por los reflejos del papel de la pared, también carmesí, y una alfombra del mismo tono, brilló ardiente, envolviendo la forma de una dama frente a Cytherea, con la mano en la puerta. A ojos de la jovencita —después del azul plumizo de la sala, con la ayuda de su febril imaginación—, la mujer era una esbelta figura negra que emergía de las llamas. Una mujer de constitución atractiva, delgada en sus proporciones no angulares.

Involuntariamente, Cytherea se protegió los ojos con la mano y dio un paso o dos hacia atrás. Entonces distinguió los rasgos de la señorita Aldclyffe, además de su figura, gracias a una lámpara de luz más suave que se reflejaba en los paneles barnizados de la puerta. No era joven, pero poseía una notable belleza, propia de la fase otoñal y majestuosa de una dama.

—Oh, acérquese. Venga —dijo la señora, y Cytherea la siguió hasta la tronera de la ventana.

Ambas mujeres se mostraban bajo una luz más favorecedora a medida que se acercaban al sol anaranjado que entraba por la ventana; cada una revelaba la expresión de haber quedado impresionada por el aspecto de la otra. El tinte cálido añadía al rostro de Cytherea una voluptuosidad que la juventud y la vida sencilla no le habían permitido revelar diariamente, y suavizaba los rasgos de la otra mujer, restándole adustez o dureza y dotándola de un aire admirable; en suma, devolviendo a su complexión madura el esplendor juvenil que había poseído.

No parecía tener más de treinta y cinco años, aunque podía ser diez o doce años mayor. Tenía ojos claros y seguros, una nariz romana en su forma más pura; también el mentón redondo y prominente de la efigie de los Césares marmóreos. La boca expresaba suficiencia y tendencia hacia las emociones fuertes, controlada por el orgullo. En las líneas exteriores de esa expresión se adivinaba una severidad casi masculina. No traslucía un ápice de debilidad femenina, excepto en la curva de su frente y de sus cejas, y allí se mostraba clara y distinta. Llevaba un chal de encaje, un vestido de seda marrón y un bonete con flores azules.

—¿Es usted la chica del anuncio ofreciéndose de doncella, que firmó como G., de la calle Cross?

—Sí, señora. Graye es mi apellido.

—Sí, sé su nombre. La señora Morris, mi ama de llaves, la mencionó y me mostró su anuncio.

Era un dato sorprendente, pero Cytherea no tuvo tiempo de reparar en él.

—¿Cuál fue su último empleo? —preguntó la señorita Aldclyffe.

—Nunca he sido doncella antes. Vivía en mi casa.

—¿Nunca? Al verla, pensé, en efecto, que parecía muy joven para haber trabajado antes. Pero, entonces, ¿por qué se anunció diciendo que tenía experiencia? Eso es

engañar a la gente.

—Lo siento. Yo quería poner «sin experiencia», pero mi hermano dijo que era absurdo anunciar mis defectos y que no lo permitiría.

—Pero supongo que su madre sabía que eso no estaba bien, ¿verdad?

—No tengo madre, señora.

—¿Su padre, entonces?

—Tampoco.

—Bueno —dijo, más amable—. Sus hermanas, tías o primas.

—No.

—Tampoco les preguntó, imagino.

—No.

—Tendría que haberlo hecho. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque tampoco tengo.

La señorita Aldclyffe se mostró sorprendida.

—En ese caso, es comprensible —dijo en un tono seco, pero afectuoso—. Sin embargo, me temo que usted no es lo que busco, pues necesito una persona mayor. Quiero una doncella con experiencia, que conozca bien las tareas del servicio. —Iba a añadir que le gustaba su aspecto, pero le pareció ofensivo decirle algo así a la joven que tenía enfrente y optó por decir—: Aunque me gusta usted mucho.

—Siento haberle hecho perder el tiempo, señora.

La señorita Aldclyffe no respondió, perdida en sus pensamientos.

—Buenas tardes, señora —dijo Cytherea.

—Adiós, señorita Graye. Espero que tenga suerte.

Cytherea se volvió hacia la puerta. Era uno de los gestos de su mejor repertorio natural. Era tan bello como preciso, una pequeña coquetería compatible con la belleza. Al girarse miró por encima del hombro a la dama con un suave reproche. Aquellos que recuerden la pintura *La cabeza de la joven*, de Greuze<sup>[4]</sup>, sabrán evocar la mirada de Cytherea al girarse. No corresponde a un varón instruir a las que arrojan sus redes sobre los hombres acerca de cómo graduar sus fascinantes virtudes para obtener la mejor cosecha; pero el acto con mayor repercusión en un observador sensible es el dulce hábito con que Cytherea se giró, pues roba la visión de su pecho al tiempo que ofrece sus ojos al que queda atrás.

Hay que puntualizar que la señorita Aldclyffe no era un grumete al timón. Cuando Cytherea cerró la puerta tras de sí, permaneció inmóvil unos instantes, escuchando el sonido apagado de los pasos de la joven al alejarse. Se dijo, finalmente: «Vale la pena tomarse la molestia de enseñarle el oficio, por el puro placer de tener a una criatura capaz de flotar de esa manera cerca de mi cuerpo indolente y suntuoso, y ofrecerme esa mirada. ¿Cómo serán sus dedos al acariciar suavemente el cuello y la cabeza? Qué recatada y qué joven. ¡Irse de esa manera!». Hizo sonar la campanilla.

—Llamen a la jovencita que acaba de irse y díganle que venga —ordenó—. ¡Rápido, o desaparecerá!

Cytherea se hallaba en el vestíbulo; pensaba que, si hubiera contado su verdadera historia, quizá la señorita Aldclyffe la habría aceptado; pero lo que ella quería, precisamente, era ocultar esos hechos a los desconocidos y construir una nueva vida.

Cuando la avisaron para que volviera, lo hizo sin demasiada sorpresa. Aunque no sabía bien qué, algo había advertido y se había retirado consciente de que no iba a ser la única vez que vería a la señorita Aldclyffe.

—Tendrá referencias, claro está —soltó la dama, cuando Cytherea entró en la salita.

—Sí. El señor Thorn, abogado en Aldbrickham.

—¿Sabe coser bien?

—Dicen que sí.

—Entonces escribiré al señor Thorn —dijo la señorita Aldclyffe, con una ligera sonrisa—. Es cierto que esto es muy irregular, pero mi doncella se va el lunes y ninguna de las cinco que he entrevistado hasta la fecha me ha convencido... Bien, escribiré al señor Thorn, y si su respuesta me satisface, me pondré en contacto con usted. Por tanto, hará bien en prepararse para estar disponible el lunes.

Cuando Cytherea volvió a salir, la señorita Aldclyffe pidió papel y pluma para redactar la carta enseguida. Empezó a jugar con la pluma. «¿Y si la recomendación del señor Thorn es negativa? Este contacto superficial con la joven se vería revocado por el conocimiento de su carácter, y eso me obligaría a no contratarla. Y lamentaría no haberle dado una oportunidad, a pesar de los prejuicios de los demás. Todo lo que me ha contado es suficiente. Sí, lo veo en su rostro. Me gusta el rostro de esa muchacha».

La señorita Aldclyffe no hizo uso de la pluma y dejó el hotel sin solicitar referencias de Cytherea Graye al señor Thorn.



**PARTE V**  
**LO ACAECIDO EN UN DÍA**

## I. 8 de agosto, mañana y tarde

A la hora de la entrega del correo, el lunes siguiente, Cytherea esperaba tan ansiosamente la llegada del cartero que, según se aproximaba el momento, la vivida expectativa de la muchacha era apenas un grado menor a la experiencia de la presencia de su amado. Pasado un segundo, apareció. Traía dos cartas para Cytherea.

La primera era de la señorita Aldclyffe, en la que declaraba que Cytherea había sido contratada a prueba y debía presentarse en Knapwater House el lunes por la noche.

La otra era de Edward Springrove. En ella decía que Cytherea era la luz de su vida; que su existencia era más importante que la suya propia; que jamás había conocido el amor hasta que la encontró a ella. Confesaba haberse sentido, de vez en cuando, atraído fugazmente por otros rostros, pero había sido una débil inclinación hacia esas miradas, según iban apareciendo. De ella, en cambio, amaba su pasado y su futuro, además de su presente. Se la imaginaba de niña, y la amaba. Imaginaba sus años de sabiduría, y la amaba. Pensaba en sus problemas, y la amaba. Una sencilla amistad impregnaba su amor, sin la cual todo amor se desvanece.

Tenía algo triste que confesar. Debido a hechos que escapaban a su control (una larga historia, que no podía contar), un obstáculo impedía llevar a cabo sus deseos. El día de la separación, le abrumó esa cruel realidad, más que ahora, y fue la causa de su abrupto comportamiento, y por ello le suplicaba perdón. Creía haber encontrado una manera honorable de liberarse y se había decidido a escribirle. Mientras se solucionaban sus problemas, ¿le permitiría albergar la esperanza de poseerla en un futuro feliz, podría pensar que, gracias al duro esfuerzo al que le empujaban sus palabras de ánimo, se hallaba en un lugar merecedor de compartir la vida con ella?

Deliciosa cartita: Cytherea la aferró con cariño. Para una jovencita, una carta de amor es más importante que para un hombre. Springrove era, de un modo inconsciente, un buen escritor de cartas, y un hombre con ese talento puede convertirse en un héroe para la mente impresionable de la mujer que le ama sin saber demasiado de él. Así, Springrove era unas pulgadas más alto, en la imaginación de Cytherea, de lo que era en realidad.

La muchacha revoloteó todo el día por la habitación en un éxtasis, preparando la maleta y pensando una respuesta para su amado digna del tono tierno de la pregunta. Ese amor borboteaba por doquier, involuntariamente, como las profecías de un profeta.

Por la tarde, Owen la acompañó a la estación y la dejó en el tren rumbo a Carriford Road, la parada más cercana a Knapwater House.

Media hora más tarde, Cytherea se bajaba en el andén; la esperaba un carruaje tirado por un poni. Dos minutos después, un hombre de aspecto melancólico, ataviado con una alegre librea, salía de la taberna de la estación y corría hacia ella: era el criado enviado para recogerla. Efectivamente, hay dos modos de olvidar las

tristezas: vivir o beber hasta que se desvanezcan. El criado había optado por la segunda. Le informó que otro criado vendría media hora más tarde a recoger las maletas, la ayudó a subir al carruaje y partieron.

—¿Es esa la casa? —preguntó Cytherea, intrigada, al ver un tejado gris asomar entre los árboles y desaparecer de nuevo.

—No, esa es la antigua casa de campo, o lo que queda de ella. Los Aldclyffe a veces la alquilaban, pero solía estar más vacía que ocupada. Ahora está dividida en tres granjas. A la gente respetable no le gustaba vivir ahí.

—¿Por qué no?

—Bueno, está vieja y descuidada. Habría que pintarla, hacer reparaciones, y las habitaciones son grandes para una casa pequeña. Además, tiene algo fantasmagórico. Como muchas casas viejas, está muy hundida en el valle y no es sano vivir ahí.

—Apuesto a que cuentan historias horribles sobre ella.

—Pues no, ninguna.

—Oh, qué lástima.

—Eso digo yo. Es la casa ideal para una historia terrorífica, de esas que ponen los pelos de punta y empujan al rebaño de vuelta a la iglesia. Quizá llegue el día, y se completará su leyenda, aunque, de momento, nada de nada. Pero aun así yo no viviría en ella ni por todo el oro del mundo. No, no podría.

—¿Por qué no?

—Por los ruidos.

—¿Qué ruidos?

—Para empezar, la cascada, que está tan cerca que se oye en toda la casa, noche y día, llueva o haga sol. Podría enloquecer a un monje. ¡Para!

El caballo se detuvo. Por encima del murmullo de la brisa y del atardecer llegaba el ruido constante e inconfundible de la caída del agua desde algún punto invisible, oculta tras el follaje de la gruta.

—Hay algo terrible en la cadencia de ese sonido, ¿no le parece, señorita?

—Ahora que lo dice, la verdad es que sí. Pero mencionaba dos cosas: ¿hay otro ruido?

—La bomba. Está cerca de la residencia; lleva agua al cerro y la distribuye por la mansión. Ahora la oiremos, ya verá.

De la misma dirección, hondonada abajo, llegaba el sibilante crujido de unos cigüeñales, repetidos a intervalos de medio minuto, con un ruido acuoso entre crujido y crujido: uno, otro, y de nuevo otro crujido y vuelta a empezar, sin pausa.

—¿No le parece que, si alguien pudiera soportar la caída del agua, este otro ruido acabaría volviéndole loco, señorita? Esa máquina nunca deja de funcionar, noche y día, en verano y en invierno, y casi nunca la reparan o la engrasan. De noche es especialmente irritante, sobre todo si uno no se encuentra bien, aunque el ruido no llega a la mansión.

—Tiene razón, es un sonido muy desagradable. Podrían engrasar la rueda, al menos. ¿A la señorita Aldclyffe no le preocupan estas cosas?

—No, muy poco. Verá: su padre ya no se ocupa de estos asuntos como antes. De hecho, le entretenía cuidar del motor, pero ahora, que se ha hecho mayor, apenas viene por aquí.

—¿Cuántos son en la familia?

—Solo la señorita y su padre, de unos setenta años.

—Creía que la señorita Aldclyffe era la única propietaria, y que vivía aquí sola.

—No, señorita... Perdón. —El conductor siempre se equivocaba al dirigirse a ella, concediéndole un título que no le correspondía, y enseguida recordaba que se trataba de la nueva doncella. Prosiguió, como si le poseyera un espíritu profético—. Pero pronto ocurrirá, me temo. El señor ha perdido muchas facultades, y muy rápidamente.

Suspiró largamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Cytherea.

—Cuando el anciano señor muera, a los viejos criados también nos llegará nuestra hora. Seguro que la mansión se transformará de arriba abajo.

—¿La señorita Aldclyffe piensa casarse?

—¡Casarse! No, no, ojalá. No, es un alma solitaria, como Robinson Crusoe, y aunque tiene muchos conocidos, no son amigos. Está el párroco, el señor Raunham, un pariente político, con el que no tiene mucho contacto. Y la gente dice que, si la señorita no se casa, el señor Raunham estará a un paso de heredar la propiedad. Pero a ella no le importa. Es una mujer fuera de lo común, extraordinaria. Mucho.

—¿A qué se refiere?

—Pronto lo verá, señorita. Ha tenido siete doncellas en lo que va de año y déjeme decirle que no es poco trabajo recogerlas en la estación y tener que acompañarlas de vuelta. El señor debe de ser olvidadizo y tanto vaivén le pasa desapercibido, pues, si no, ¡no lo permitiría!

—¿Las despide tan pronto como llegan?

—No, no. Nunca las despide; se van ellas. Mire, la cosa va así: la señorita tiene genio, las riñe con mucha saña por cualquier cosa y, a la mañana siguiente, las chicas quieren irse. A ella le sabe mal, le gustaría que se quedaran, pero es orgullosa como Lucifer y nunca les pide que se queden. Así que se van. La señorita es así. Si le dicen de alguien «ese pobre hombre», ella responde «pobre, ¿por qué?»; y, en cambio, si le señala un tipo y dice usted «¡menudo es este!», ella replica «¡pobre hombre!». Se enfada con el panadero y alaba al mayordomo, aunque ni el diablo ni Faraón podrían ver la diferencia entre ambos. Así es la señorita Aldclyffe.

Cytherea guardaba silencio. Temía que no tardaría en volver a ser una carga para su hermano. El conductor prosiguió:

—Pero diría que a usted le va a ir mejor, porque le gusta más que las demás. Nunca ha mandado el carruaje para las otras; siempre me mandaba con el carro, pero

esta vez me ordenó, con su voz de dama, «Rooobert, ve con el poni». Aunque, la verdad sea dicha, habría que renovar el carruaje —añadió, echando un vistazo, como para evitar que a Cytherea se le subieran los humos. Y añadió—: A ver si le gusta cómo la viste esta noche.

—¿Esta noche?

—Hay una cena para diecisiete invitados. Es el cumpleaños de su padre y en estas ocasiones señaladas la señorita es muy estricta. Vea, ya hemos llegado. ¿A que esta casa es más bonita?

Subían por el cerro y habían dejado atrás un bosquecillo. Un poco más arriba estaba la mansión, Knapwater House; habían perdido de vista los adustos caserones.

## II. La velada

La mansión había sido construida con piedra gris, a la manera del clasicismo griego que se adoptó a finales del siglo pasado, cuando los copistas que llamamos diseñadores se cansaron de las fantásticas variaciones de los órdenes romanos. El bloque principal era aproximadamente cuadrado en planta, con un saliente en el centro en cada lado, coronado por un frontón. En cada ángulo del extremo inferior corría una hilera de edificios más bajos, que giraban sobre sí mismos en el lado opuesto y formaban un espacioso patio interior en el que resonaban los sonidos con asombrosa claridad. A su vez, los edificios estaban protegidos por invernaderos cubiertos de yedra, lavanderías y establos, y la masa de construcciones auxiliares quedaba medio oculta por un conjunto de árboles y setos.

Entre el follaje, a mano derecha, había una apertura suficiente para que Cytherea pudiera formarse una idea, a medida que se acercaban, de la fachada de la mansión. Las características y el contorno de este fragmento del terreno habían dictado, evidentemente, la orientación de la casa; en general, se trataba de una combinación de lo más satisfactoria; esto es, un montículo amplio y grácil bajaba desde los muros de los márgenes de la casa hasta un plácido lago, en cuya superficie retozaban una docena de cisnes y se veía un bote de color verde.

Un islote irregular de madera surgía en mitad del lago y, más allá de los márgenes de la orilla, se divisaban plantaciones y prados de diversas extensiones y figuras, a medida que los árboles crecían y velaban la dulzura del exquisito paisaje extendido en el horizonte.

El ángulo del edificio obstaculizaba los atisbos que podía obtener subiendo a la mansión. Tardaron un par de minutos en llegar a la puerta principal y Cytherea bajó del carruaje. La recibió una mujer de cierta edad, amplia sonrisa y talante agradable que se presentó como la señora Morris, el ama de llaves.

—¿Es usted la señora Graye? —preguntó.

—Yo, oh... Sí, sí, por supuesto —dijo Cytherea, con una sonrisa forzada. El título que acababan de darle le desagradaba tanto como la primera cicatriz de la caída a la vergüenza, y recordó la profecía de Owen.

La señora Morris la acompañó hasta una agradable salita llamada «La sala». Trajeron té y pastas y Cytherea se sentó, observando, si la ocasión lo permitía, a la señora Morris con gran interés y curiosidad. Quería descubrir, si fuera posible, alguna pista que le revelara lo que sabía de Cytherea, y una indicación de la vía a seguir. Pero entonces nada averiguó. La señora Morris no dejaba de levantarse, meterse la mano en los bolsillos, abrir los armarios, entrar a la habitación y volver a salir de nuevo.

—Discúlpeme, señora Graye —dijo—, pero hoy es el aniversario del anciano señor y hay muchos invitados, aunque el pobre cada año está más cansado. Pero ninguno se queda a dormir: la señorita no suele alojar a nadie en la casa (es una

señora con pocos amigos íntimos, pero muchos conocidos), y eso, claro está, nos da menos trabajo, aunque las criadas jóvenes se aburren mucho.

Y procedió a informar a Cytherea, con comentarios breves y fragmentarios, de la constitución, orden y gobierno de la propiedad.

—Veamos, ¿no quiere más té? ¿Ni una gota más? Pero si no ha comido nada... Bueno, pues es un inconveniente que la doncella no haya podido mostrarle las tareas que tiene a su cargo, pero se fue el sábado, ¿sabe?, y la señorita Aldclyffe ha tenido que conformarse conmigo, pobre de mí y pobre de ella, para pasar el día de ayer y la mañana de hoy. Aún no ha regresado. Supongo que cuando venga preguntará por usted, señora Graye, es lo primero que hará... Bien, si ha terminado el té, la acompañaré arriba para revisar el guardarropa de la señorita; aún no está preparado el vestido que se pondrá esta noche.

Subió con Cytherea detrás, le señaló la puerta de su habitación y la acompañó al vestidor de la señorita Aldclyffe, en la primera planta. Allí, después de mostrarle la localización de varios artículos de vestir, el ama de llaves la dejó sola, no sin decirle que tenía una hora libre antes de que se requirieran sus servicios para ayudar a la señorita a vestirse para la velada. Cytherea extendió sobre la cama de la habitación adyacente todo lo que el ama de llaves le había dicho que precisaría esa noche y se retiró a la pequeña habitación que le habían asignado.

Allí, al lado de la ventana abierta, reclinada sobre el alféizar de la ventana, como una bendita Rapunzel, miró hacia abajo sin ánimo y sin ver el brillante mosaico de colores que formaban los parterres de la pradera, exuberantes de flores al final del verano. La viveza de espíritu que hasta ahora la había caracterizado se desvanecía rápidamente bajo la presión de la realidad prosaica que la rodeaba; por eso no reparaba en la calidez escarlata de los geranios, que brillaban conspicuos, mezclados con los vivos colores rojo y verde de las verbenas, la profunda riqueza de las dalias y la madura suavidad de la calceolaria, que destacaban sobre la blanca palidez de un rebaño de plácidas ovejas que pastaban en los prados del parque, al otro lado de la valla. Cytherea pensó que nada valía la pena, que quizá moriría en una factoría o en aquella gran mansión ¿y qué importaba, al fin y al cabo? Las vulgares y ordinarias tareas de una sirvienta, que acababa de repasar con el ama de llaves, su dependencia de los caprichos de una extraña, la entristeció y hasta le provocó náuseas; la necesidad de aplastar el mínimo rasgo de su personalidad, el abandono de sus deseos para convertirse en un engranaje de aquella residencia ajena... Ansió salir en busca de un empleo más libre, incluso de un trabajo que le permitiera dormir bajo las estrellas o en una choza, sin más enemigos que el invierno y el frío, como los pastores o los vaqueros, como los pájaros y otros animales, como, ay, aquellas ovejas que pastaban tranquilamente bajo su ventana. Las contempló con simpatía unos minutos y vio lo mucho que gozaban de la hierba fresca.

—Exacto, como esas ovejas —dijo en voz alta, y enrojeció como la grana al descubrir un detalle: el rebaño lo formaban noventa o cien jóvenes animales, de lana

redonda y mullida como un cojín, blanca como la leche. Acababa de caer en la cuenta de que en el trasero izquierdo ostentaban la marca «E. S.». Un nombre acudió a su mente, una posibilidad, el nombre de su amor: Edward Springrove.

—¡Si así fuera...! —exclamó, y se vio interrumpida por el carruaje de la señorita Aldclyffe, pero le importó un ardite la llegada de su ama. Lo que importaba ahora, lo esencial, era descubrir a quién pertenecían las ovejas y aclarar la duda. Corrió a buscar a la señora Morris.

—¿De quién son las ovejas que pastan en el parque, señora Morris?

—De la granja de Springrove.

—¿De quién es esa granja? —preguntó rápidamente.

—Seguro que lo conoce: es su amigo, el granjero Springrove, el fabricante de sidra y dueño de la posada Tres Mercaderes, el que la recomendó el otro día.

El ingenio de la madre de Cytherea acudió en ayuda de la hija, advirtiéndola que no era preciso revelar su asombro, para no traicionar el secreto de su amado.

—¡Oh, claro! —dijo—. Por supuesto.

En realidad, las ideas se atropellaban en su cabeza como caballos en una carrera:

«El granjero Springrove es el padre de Edward, y tiene el mismo nombre».

«Edward sabía que iba a poner un anuncio para buscar trabajo y estuvo pendiente del periódico. En cuanto leyó uno con mi dirección, supo cuál era».

«Pensó que este lugar sería excelente, para esperarlo y verlo, cuando regresara a casa».

«Le pidió a su padre que me recomendara como doncella, le dijo que me conocía y también a mi hermano».

«Su padre se lo dijo a la señora Morris, y ella a la señorita Aldclyffe».

La sucesión de pensamientos era clara como la luz del día; nada había sucedido por casualidad. Todo había sido obra de Edward.

Se oyó una campanilla, pero Cytherea no le prestó atención, distraída.

—Es la campana de la señorita Aldclyffe —le avisó la señora Morris.

—Supongo que sí —dijo la joven tranquilamente.

—Bueno, pues quiere decir que debe usted subir a ver qué quiere —recordó la mujer, algo sorprendida.

Cytherea enrojeció, avergonzada ante la sutil reprensión de la señora Morris. El sentido común prevaleció sobre la rebeldía y dijo rápidamente:

—Oh, sí, por supuesto, debo subir cuando me llame, quiera o no quiera.

Sin embargo, a pesar del penoso recordatorio de su nueva posición, Cytherea subió a las habitaciones en un estado de ánimo muy distinto al de la apagada melancolía que la había poseído diez minutos antes. La casa ya le parecía un hogar, no le importaba la nimiedad de sus tareas, porque a Edward tampoco le importaban, y además allí estaba su familia, su hogar, el nombre de Edward protegiéndola. De camino al dormitorio de la señorita Aldclyffe encontró un instante para escabullirse por una puerta lateral y acercarse a las distraídas ovejas, marcadas por las dulces



iniciales. Trató de acariciar a una, pero le sorprendió que vieran con recelo su amable avance y que, de pronto, todas se abalanzaran cerro abajo, huyendo de ella. Temerosa de que hubieran descubierto su infantil acercamiento al rebaño, entró en la casa y subió las escaleras, entreviendo criados con pecheras prístinas de botones plateados, reluciendo por los pasillos como relámpagos.

El vestidor de la señorita Aldclyffe era una habitación privada que, a primera vista, transmitía la impresión de que servía para cualquier cosa, excepto para el adorno de una figura femenina. En el perfecto orden de sus objetos no se distinguía ningún instrumento propio del tocado de una dama; hasta los inevitables espejos y sus accesorios se habían colocado en un lugar discreto, que no se veían desde la puerta, iluminados por una ventana por la que entraba la luz, y por ello la llamaban ventana-vestidor.

El lavamanos se encontraba en una gran cómoda de roble, tallada con grotescos ornamentos renacentistas. La mesita baja estaba a medio camino entre una peana y un piano vertical, con una superficie ricamente trabajada en el estilo neoclásico de la decoración, aunque tan extraordinario trabajo había sido fruto de la ardua labor de un habilísimo ebanista del pueblo vecino, que había pasado meses esforzándose en tallar, pulir y refinar la madera bajo la supervisión de la señorita Aldclyffe. Los restos de dos o tres viejos armarios que la señorita había encontrado en el cobertizo habían servido de material para la obra. Las alfombras cubrían dos tercios del suelo y el resto era un parqué de maderas claras y oscuras.

La señorita Aldclyffe estaba en pie cerca de la ventana más grande, lejos del rincón del vestidor. Se inclinó y dijo tranquilamente:

—Me alegro de verla aquí. Seguro que nos llevaremos espléndidamente.

Se había quitado el sombrero. A Cytherea no le pareció tan atractiva como el primer día; la majestuosidad de su belleza era más dura, menos cálida. Pero lo peor fue descubrir que la señorita Aldclyffe, con el desinterés de los ricos respecto a lo que saben hacer sus criados, no recordaba que Cytherea era una doncella inexperta y mecánicamente le ofreció su persona sin indicarle cómo debía desvestirla, a la vez que bostezaba ligeramente.

Al principio todo fue bien. Cytherea la ayudó con el vestido, las medias y las botas negras y le puso medias blancas y zapatos del mismo color. La señorita Aldclyffe procedió a lavarse las manos y la cara, y Cytherea respiró aliviada. Si lograba superar la velada, todo saldría bien. Le parecía que era una prueba dura para su capacidad que se celebrara precisamente ese día una cena de aniversario, pero se sobrepuso al desánimo y siguió con su misión.

La señorita Aldclyffe, vestida ahora con una bata blanca, se dejó caer lánguidamente en un sillón frente al espejo. El instinto de su sexo y la costumbre le indicaron a Cytherea el siguiente paso. Soltó el pelo de la señorita Aldclyffe, lo dejó caer en sus hombros y empezó a peinarla. Era suyo, natural, lo cual resultó tranquilizador.

La señorita Aldclyffe contemplaba distraída el suelo y así siguieron unos minutos, en silencio: Cytherea, peinando; su dueña, pensando. Por fin pareció despertar del ensimismamiento y levantó la mirada hacia el espejo.

—Pero ¿qué haces? —exclamó, con los ojos muy abiertos, Al decir esto, sintió los dedos de la pequeña mano de Cytherea temblando en la nuca.

—¿Prefiere que la peine de otra manera, señora? —preguntó la doncella.

—No, no. Así me gusta, pero debes aprovechar mejor mi melena y mostrarla más, o tendré que comprar una peluca, ¡Dios no lo quiera!

—Yo me peino así —respondió Cytherea, inocentemente, con un tono tan dulce que habría complacido al ser más agrio en circunstancias favorables; pero en el carácter de la señorita Aldclyffe anidaba la tiranía, que se desató en ese momento. Además, el temblor de la mano de Cytherea le aseguraba una buena víctima para el vicio de su temperamento.

—¿¡Que tú te peinas así!? ¡Pues qué bien! —Teniendo en cuenta que Cytherea gozaba de una cabellera, como mínimo, cinco veces más abundante que la de su dueña, el estallido de la señorita Aldclyffe no dejaba de estar justificado. Sin embargo, se contuvo y dijo, más calmada—: A ver, Graye. Por cierto, ¿cómo te llama la señora Morris?

—Me ha llamado señora Graye.

—Pues que no lo haga más. Sé que es lo habitual, pero eres demasiado joven para que te bauticen así.

Tras este intercambio, Cytherea siguió adelante con el tocado hasta que flores y diamantes quedaron colocados en la cabeza de la señorita Aldclyffe. Empezó a retocarlos a su gusto y según le parecía que producían un mejor efecto.

—Así no —dijo la señorita Aldclyffe, ásperamente.

—¿Por qué no?

—Parezco demasiado joven, como una muñeca pintada.

—¿Y así, señora?

—¡Qué horror, no! ¡Peor aún!

—¿Quizá así?

—Madre mía. Qué desastre. —Y cerró la boca sin decir más.

La señorita Aldclyffe se había convencido de que su peinado y su tocado iban a ser un fracaso y nada de lo que hizo Cytherea al respecto le gustó. Siguió de un humor de mil demonios el resto del tiempo, sin despegar los labios, con el cuerpo rígido como una tabla de planchar. Finalmente, arrancó los guantes de manos de la joven y se llevó el abanico y el pañuelo a la otra y abandonó en silencio el vestidor, sin parecer consciente de la presencia de otra mujer en la habitación.

Cytherea quedó aterrorizada y pensó que la furia silenciosa de la señorita Aldclyffe se desataría sobre ella tan pronto como subiera a retirarse; estuvo nerviosa toda la noche. Trató de leer y no pudo concentrarse, y lo mismo al intentar coser. Ni de pensar tenía ganas, porque no lograba abstraerse. «Si este es el principio, ¿cómo

será el final!», murmuró, y se arrepintió de haberse apresurado en busca de independencia económica al precio de sacrificar su feliz pasado.

### III. Medianoche

Sonaron las doce. La cena formal de los Aldclyffe había terminado. Los invitados se habían ido y la campanilla de la señorita Aldclyffe se oyó alta e irritante.

Cytherea despertó del nervioso sueño en el que había caído y se puso en pie de un salto. Llevaba esperando en el sillón de su habitación minuto tras minuto, con el cerebro pendiente del paso del tiempo con tanta intensidad que reconoció en él el verdadero motor de la realidad, un movimiento sin sustancia, y cada instante había transcurrido acompasado de sus latidos febriles. Se apresuró al vestidor y allí encontró a la dama en el rincón del espejo, iluminada por ambos lados, como una reina en actitud de reposo. Tan majestuosa que la joven se sintió terriblemente intimidada ante la tarea vandálica que debía acometer: destruir un monumento perfecto.

Guardó las joyas y los ornamentos de la dama en silencio: algunos se los entregó ella, otros los retiró Cytherea. Luego, las capas exteriores de la ropa. Primero, el vestido, que Cytherea tomó entre sus manos con intención de colgarlo en la habitación adyacente. Pero lo pensó mejor y, para no prolongar la espera de la señorita Aldclyffe más de lo necesario, lo arrojó en el primer sitio que encontró, que resultó ser la cama, y volvió al vestidor con los pasos silenciosos de un gatito. Se detuvo en mitad de la habitación.

La señorita Aldclyffe no la había visto y estaba claro que no la esperaba tan pronto. Durante el breve momento en que Cytherea se ausentó, se había despojado de una camisola de encaje de Bruselas que subía hasta el cuello, sobre el vestido de noche, como un chal semiopaco que le cubría los hombros. Ahora vestía la bata de noche y tenía la mano en el cuello, como si estuviera abrochándose.

Al observarla, Cytherea comprendió que no era así: la señorita Aldclyffe se había puesto mal la bata. En realidad, sostenía frente a sus ojos un pequeño objeto, que escudriñaba con curiosidad. Al descubrir a la doncella en el vestidor, en lugar de proseguir su inspección, desistió sin disimulo y se concentró en abrochar la bata y cubrirse el escote y el cuello.

Tal vez fuera un gesto fruto de la modestia, pero no era probable, considerando el temperamento de la señorita Aldclyffe, acostumbrada a tener doncella, que Cytherea fuera más joven que ella y que la dama la tratara como a una cría, o un juguete. Era un asunto de importancia menor y no valía la pena detenerse en ello: pero parecía, en conjunto, que la señorita Aldclyffe tenía una razón para ocultar su cuello.

Considerándose levemente intrusa, Cytherea estuvo a punto de retirarse a la otra habitación, pero la señorita Aldclyffe se dio la vuelta, vio lo que iba a hacer la doncella, le ordenó que se quedara y la miró como si fuera a explicarle algo. Cytherea estaba segura de que tenía que ver con sus misteriosos gestos. La dama apartó la vista y Cytherea fue a por el camisón de noche; al girarse vio que la señorita Aldclyffe se había ajustado la bata de nuevo y ahora le daba la espalda.

Tenía el escote descubierto y, aunque quedaba oculto a los ojos de Cytherea, se reflejó perfectamente en el espejo: la superficie blanca y suave, la inimitable combinación de curvas entre la garganta y el pecho que los artistas adoran, vivamente iluminada por las lámparas de ambos lados del tocador.

Quedó, de la manera más sencilla, explicado el misterio de los gestos de la dama. En mitad de su pecho, como una isla en un mar de perlas, reposaba un delicioso medallón de oro, embellecido con arabescos de esmalte azules, rojos y blancos. Sin duda era lo que la señorita Aldclyffe contemplaba cuando Cytherea la interrumpió; y, como no lo había retirado con las otras joyas, estaba claro que dormiría con el medallón puesto. No era lo habitual en una dama y, aunque al principio la señorita Aldclyffe no quería que su nueva doncella lo viera, ahora el asunto le resultaba indiferente.

—Mi camisión —dijo, abrochándose la bata.

Cytherea se lo dio. La señorita Aldclyffe no giró la cabeza, sino que miró a la doncella por el espejo.

—Supongo que has visto lo que llevo en el cuello.

—Sí, señora, así es —repuso Cytherea.

La dama miró el reflejo de la criada, como si fuera a darle una explicación. Volvió a cambiar de idea, y añadió, ligeramente:

—No todas mis doncellas se enteraron de que lo llevo. Suelo ocultarlo, aunque tampoco es muy importante. Pero contigo me he distraído y me ha parecido mejor comentártelo. Eres... Sabes hacerme hablar. —Guardó silencio, tomó la mano de Cytherea entre las suyas, abrió el medallón y mostró una efigie en miniatura—. ¿Es un bonito rostro, no te parece? —preguntó, melancólica y un poco tímida.

—Sí, lo es.

Cytherea logró disimular el tremendo impacto que la imagen le había causado. Su mente estaba despierta, con una percepción instantánea y aguda, casi insoportable. El rostro de la miniatura era el de su propio padre, más joven y más apuesto de lo que jamás había sido durante la vida de Cytherea, ¡pero era su padre!

¿Acaso esa mujer era el amor apasionado de su progenitor? ¿Era ella la protagonista de la historia del vigilante, la que confesó llamarse Cytherea después de recuperar el conocimiento? Sin duda, así debía de ser. Y, de ser así, se hallaba ante el fruto tangible de un episodio romántico y oculto del pasado que hasta ahora solo había arraigado en la imaginación de Cytherea.

Mientras, la señorita Aldclyffe se mantenía tan concentrada en la miniatura que no se percató de la sorpresa de Cytherea. Siguió hablando absorta, en voz baja:

—Así es, le perdí. —Se interrumpió brevemente, y reanudó su reflexión—. Le perdí por un exceso de honestidad con mi pasado. Pero fue mejor así... He pensado en él esta noche, más que de costumbre, a causa de tu apellido. Aunque se pronuncia igual, la grafía es distinta.

La única manera en que la señorita Aldclyffe podía saber el apellido de Cytherea antes de su encuentro sería a través de la señora Morris o el granjero Springrove. Pensó que, si Edward era su informante, el padre de este habría deletreado bien su nombre y no entendió el comentario de la señorita Aldclyffe.

Las mujeres se confiesan y al momento lamentan haberlo hecho. La impulsiva sinceridad de la señorita Aldclyffe con su doncella llegó a su fin. Sin embargo, lo dicho no podía borrarse y la agitación que había despertado en su ánimo la reflexión sobre ese capítulo de su pasado encontró otra vía, y otra emoción, con que calmarse: un accidente trivial.

Tras deshacer el peinado de la señorita Aldclyffe, Cytherea volvió a arreglarlo de un modo poco habitual para los gustos de la dama. Rápidamente volvió a enfurecerse. El mero contacto de los dedos de la doncella en su pelo despertó su furia como una sacudida eléctrica.

—Pero ¡qué haces con mi pelo! —exclamó.

Silencio.

—Lo que te he contado no se lo he dicho nunca a una doncella. Así que, claro está, comprenderás que nada de lo dicho aquí debe salir de esta habitación —dijo, malhumorada y puntillosa.

—Por supuesto que no, señora —respondió Cytherea, agitada y molesta porque la mujer de sus ensoñaciones románticas se portara desagradablemente.

—¿Por qué demonios te lo he contado? —preguntó la señora.

Cytherea no respondió.

La dama fue irritándose más y más y no había manera de poner fin a su enfado. Lo que había sucedido no podía deshacerse y, aunque Cytherea se mostró dócil y sumisa, la señorita Aldclyffe quería reñir, y así fue. Volvió a la falta de experiencia de la muchacha, como un reseñador amargado que, frente a los impecables sentimientos del poeta, se ceba en sus rimas.

—¡Jamás, jamás en la vida he contratado a una doncella con tan escasas recomendaciones!

No hubo respuesta. Volvió a intentarlo.

—¡El mero hecho de que haya confiado en una muchacha a la que apenas hice tres preguntas, sin la menor recomendación, simplemente porque es bonit..., por la forma de su cara, de su cuerpo...! Menudo desastre. ¡Me está bien empleado, muy bien empleado, por haberme dejado engañar tan fácilmente!

—No la engañé, señora —dijo Cytherea. Fue una frase desafortunada, pues sirvió para alimentar el fuego de la furia que la mujer tanto ansiaba.

—Claro que sí —replicó.

—Le dije que no estaba familiarizada con los pormenores de mis tareas, que me llevaría un tiempo...

—¡Cómo te atreves a contradecirme! Estás mintiendo.

Los labios de Cytherea temblaron.

—Contestaría sin dudar lo que me acaba de decir si... si...

—¿Si qué?

—¡Si fuera la afirmación de una dama!

—¡Descarada! ¿Cómo te atreves? Vete ahora mismo de aquí, te lo ordeno.

—Y yo insisto: ¡quién le habla a una dama como usted acaba de hablarme no es una dama!

—¿Una dama? Pero ¡si eres una doncella! ¿Qué manera de hablar es esa? ¡Qué descarado!

—¡No soy ninguna doncella! ¡Nadie es mi dueña y no lo permitiré!

—¡Dios bendito!

—No habría venido de haberlo sabido.

—¿El qué?

—¡Qué es usted una mujer desagradable e injusta!

—¡Menuda insolente...! —exclamó la señorita Aldclyffe—. ¡Una mujer! ¡Te enseñaré yo si soy una mujer o no! —Y levantó la mano como si se dispusiera a pegar a la muchacha.

El gesto despertó la ferocidad de la joven.

—¡Atrévase! —gritó—. ¡Atrévase a ponerme la mano encima! No le tengo miedo, ¿qué se ha creído? ¿Cómo se atreve siquiera?

Ante esta exhibición inesperada de valentía, y al escuchar la descripción de su bárbaro impulso, la señorita Aldclyffe quedó desconcertada y también avergonzada. Se hundió en el sillón.

—¡No iba a pegarte, desgraciada! Vete a tu habitación. ¡Vete! —repitió, con un murmullo ronco.

Cytherea, sonrojada y alterada, tomó una palmatoria y se acercó a encender la vela. La luz iluminó con brutalidad inesperada sus facciones. Normalmente se parecía más a su madre que a su padre, pero ahora, con una expresión grave, valiente y furiosa, prevalecían los rasgos paternos. Era la primera vez que la señorita Aldclyffe la veía en una actitud tan apasionada, con esa expresión concreta, y a la dama le llegó el turno de sorprenderse. Hizo un comentario con un súbito cambio de tono; de una invectiva acalorada a una curiosidad casi mezquina, una metamorfosis que con frecuencia hacen que parezcan ridículas las peleas femeninas. Ni siquiera la dignidad de la señorita Aldclyffe poseía el poder para posponer el absorbente deseo de aclarar la extraña sospecha que acababa de asentarse en su ánimo.

—Tu apellido. Se deletrea G, R, E, Y, como de costumbre, ¿no es cierto? —preguntó, con supuesta indiferencia.

—No —dijo Cytherea, de pie y mirando la llama.

—Pero debe ser así. Estaba en tus dos maletas, lo vi yo misma.

El enigma del error de la señorita Aldclyffe se había resuelto.

—¿Ah, sí? —dijo Cytherea—. Fue la señora Jackson, mi casera en Budmouth, quien lo escribió en mi equipaje. Mi apellido se deletrea G, R, A, Y, E.

—¿Qué oficio tenía tu padre?

Cytherea consideró que era inútil ocultar los hechos.

—No tenía oficio. Quiero decir, era arquitecto.

—¿Eres la hija de un arquitecto? ¡Vaya!

—Espero que no le resulte un problema.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿por qué dice «¡vaya!»?

—No importa. ¿Sabes si tu padre frecuentó la calle Gower, en Bloomsbury, una Navidad hace años? Pero no, claro. No lo sabrías.

—Le oí contar que el señor Huntway, un párroco en esa parte de Londres, que murió allí, era un amigo suyo de la universidad.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Cytherea.

—¡No! ¡Imposible! Entonces, ¿reconociste el rostro de la miniatura? Sí, ahora me doy cuenta. —La señorita Aldclyffe enmudeció, impasible. No podía ocultar su agitación.

—¿Me necesita esta noche? —preguntó Cytherea, con la vela en la mano y mirando firmemente el rostro de la señorita Aldclyffe.

—No, esta noche no —respondió la señora, distraída.

—Pues, con su permiso, me iré mañana por la mañana, señora.

—Ah —respondió la señorita Aldclyffe, sin saber qué decía.

—Y espero que tenga la bondad de no llamarme en las breves horas que me quedan en esta casa.

Y tras decir esto, Cytherea abandonó el vestidor antes de que la otra pudiera contestar. Así, pues, la señorita Aldclyffe la había reconocido y su apellido le había despertado curiosidad desde el principio.

Los otros criados se habían retirado a descansar. Cuando Cytherea cruzó el pasillo hacia su habitación, el frufú de su falda destacaba en el silencio de la noche. Una puerta se entreabrió y la señora Morris asomó la cabeza.

—He esperado despierta —dijo— por ser su primera noche, y por si necesitaba algo. ¿Qué tal le ha ido con la señorita Aldclyffe?

—Bastante bien, aunque no tanto como me hubiera gustado.

—¿La ha reñido?

—Un poco.

—Es una dama un poco rara, con ella es todo o nada. No es mala, ni mucho menos, pero en el trato personal es difícil. Los que no tenemos mucha relación con ella nos quedamos años y años en la casa.

—¿Sabe si la familia de la señorita Aldclyffe siempre ha sido rica? —preguntó Cytherea.

—Oh, no. La propiedad, el título, el dinero, todo vino de una herencia del tío de su madre. La familia es una rama de la antigua familia Aldclyffe, por parte de madre.



Esta se casó con un Bradleigh, que era un don nadie en esa época, y sus parientes rompieron toda relación con ellos. Pero fueron muriendo uno tras otro, los tres, y el tío abuelo de la señorita Aldclyffe se lo dejó todo al capitán Bradleigh y a su esposa, los padres de la señorita Aldclyffe, bajo la condición de que adoptaran el nombre de la familia. Creo que hay un artículo sobre el tema en la *Enciclopedia de Caballeros y Gentilhombres*. Es algo que suele hacerse.

—Ya veo. Bueno, muchas gracias. Voy a dormir. Buenas noches.

## **PARTE VI**

### **LO ACAECIDO EN DOCE HORAS**

## **I. 9 de agosto, de la una a las dos de la madrugada**

Cytherea entró en el dormitorio y se arrojó sobre la cama, con un torbellino de pensamientos. Solo sabía una cosa, y era que, a pesar del descubrimiento sobre su familia, ese día sería el primero y el último de su servicio de doncella. Ni siquiera la amenaza del hambre la obligaría a someterse a otra humillación así ni un día más. «¡Ah!», suspiró, con el martirio del último rescoldo de arrogancia: «Owen sabe mucho más que yo de la vida».

Se levantó y empezó a preparar su partida para la mañana siguiente, con las mejillas arrasadas de lágrimas, mientras se lamentaba y preguntaba a qué profesión de provecho podría dedicarse. Al terminar de hacer las maletas, se desnudó; se distrajo recordando las sorpresas de la velada. Contempló en el espejo, por un instante, el reflejo de sus magníficas cualidades físicas, su rostro y su pecho, y se complació en advertir su atractivo a pesar de la falta de adornos; sin duda, un acto natural en una joven que había pasado por la penosa experiencia de adornar la belleza madura de la señorita Aldclyffe y había sido objeto de su airado temperamento.

Supuso que la dama debía de haber pasado muchos sinsabores en los años pasados en soledad para que, siendo tan rica y admirada, su carácter se hubiera teñido de una dureza tan repelente y sarcástica como la que había presenciado; y volvió a maravillarse ante la extraña confluencia de circunstancias que la habían traído a la casa de la única mujer cuya vida romántica estaba íntimamente ligada a la suya. Casi deseó no tener que irse y abandonar a la dama solitaria a una soledad aún más profunda.

Ya en la cama y en la oscuridad, no dejó de pensar en la señorita Aldclyffe. En lugar de conciliar el sueño, se entretuvo imaginando el pasado de la majestuosa dueña de Knapwater House, la rival de su madre. Hacia atrás, en los años de juventud, hubo un flirteo más o menos intenso con su primo, que al parecer había sido cortado de raíz, o saldado por motivos desconocidos. Luego los encuentros secretos entre la señorita Aldclyffe y esa otra mujer, en la posada de Hammersmith y en otros lugares; el nombre adoptado por la herencia; su desmayo al oír una mala noticia y el escaso conocimiento que su compañera de connivencia tenía de ella. Un año más tarde, conoció a su padre, su primer amor; y entonces llegó el despertar de la pasión, los actos de devoción, el calor irracional de su entrega, la aceptación tácita de ella y, pese a todo, la incomodidad mezclada con el deseo. Y la declaración formal entre las flores, que trajo el cambio radical de la joven, al parecer resultado de una rígida determinación, junto con el ocultamiento de la razón de la misma, por su parte y la de sus padres, fuera la que fuera. A partir de ahí la vida de la dama se sumió en la oscuridad y nada más se supo de ella hasta que Cytherea la descubrió aquí, en Knapwater, cerca de los cincuenta años, todavía soltera y aún hermosa, pero solitaria, amargada y altanera. Cytherea quería pensar que la señorita Aldclyffe todavía

guardaba afecto a su padre en lo más profundo de su corazón y le complació no haberse traicionado anunciando su familiaridad con detalles de la vida de su padre, el principal que la dama había renunciado a él sin ninguna explicación. Habría sido todavía más incómodo tratar con la dueña de la casa tras haber confesado ese extremo, sin que la revelación fuera de provecho para ninguna de las dos.

Así, mientras se recreaba en el pasado y dilucidaba teorías sobre el presente, yacía inquieta en la cama, cambiando de postura, volviéndose a un lado y al otro. Finalmente, después de contar ovejas un buen rato con todo el arte del mundo, oyó que el reloj marcaba las dos. Un minuto después, oyó un ligero rumor de pasos frente a su puerta.

Su primer impulso fue esconder la cabeza bajo las sábanas; luego se despejó, se apoyó sobre el codo y abrió los ojos para escudriñar la oscuridad; tenía los labios entreabiertos, esforzándose en percibir otra vez el ruido. Fuera cual fuera, por el momento no se repitió.

Pero, de repente, se oyó de nuevo, cerca de la puerta, rozando los paneles de madera. Luego, otra vez silencio; Cytherea hizo intención de levantarse, y el roce de las sábanas llenó el silencio de la noche.

Antes de que pudiera hacer nada, oyó un golpecito en la puerta. Respiró aguadamente: estaba claro que la persona frente al dormitorio quería hablar con ella y, al moverse en la cama, había animado su propósito, revelando que estaba despierta. La joven pasó de un estado de ánimo al opuesto: el frío sudor del terror la abandonó y la preocupación por su decencia se apoderó de su espíritu. Enrojeció, alarmada. La puerta no tenía cerrojo, ni ella modo de protegerse.

Al fin llegó un susurro de mujer, al otro lado de la puerta:

—¡Cytherea!

Solo una persona de la casa conocía su nombre de pila, y esa persona era la señorita Aldclyffe. Cytherea se levantó, se acercó a la puerta y susurró:

—¿Sí?

—Déjame pasar, querida.

La joven se debatió, dudosa, entre la razón y la emoción. Ya no eran ama y doncella, sino mujer y mujer. Y sí, iba a dejarla entrar, pues la ternura venció su resistencia.

Encendió una vela, abrió la puerta y levantó la vista. La señorita Aldclyffe esperaba, en bata.

—Ya ves que soy yo, apaga la luz —dijo la visitante—. Me gustaría quedarme aquí contigo, Cythie. Venía a pedirte que subieras a mi habitación, pero se está mejor aquí. Y aquí no hay más dueña que tú; y si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo. Dime, ¿me voy?

—Oh, no. Si no quiere, no tiene por qué irse —respondió Cytherea, generosa.

En cuanto entró en la habitación, la señorita Aldclyffe se deshizo de toda contención. Enlazó sus brazos alrededor de la joven y la apretó suavemente contra su

pecho.

—Ahora, bésame —le ordenó.

Cytherea quedó bastante sorprendida por la actitud de la mujer y, sin saber bien cómo reaccionar, sus muestras de afecto no fueron tan impetuosas como las de la señorita Aldclyffe. No tuvo fuerzas para entregar su alma, por así decirlo.

—Venga, bésame —repitió la señorita Aldclyffe.

Cytherea le ofreció un beso, breve y suave, tan ligero como el estallido de una burbuja.

—Un poco más ardiente —susurró la otra.

La joven obedeció, pero el beso no fue una expresión de ardor.

—Supongo que no merezco más —se resignó la señorita Aldclyffe, con voz ligeramente triste—. Piensas que soy una mujer de mal carácter, que estoy medio loca. Quizá tengas razón, pero llevo en mi corazón más dolor del que puedes imaginar. Y, a pesar de todo, no puedo evitar amarte, a ti, que llevas mi nombre. ¿No te parece extraño?

Cytherea sintió el impulso de decir que no, pero guardó silencio.

—¿No crees que debo amarte? —insistió la otra.

—Sí —repuso Cytherea distraídamente. Aún se debatía entre la lealtad hacia Owen y su padre, que exigían silencio sobre el desgraciado amor de su progenitor, o la lealtad hacia la mujer que la abrazaba con pasión, cuyo ardor exigía sinceridad. La solución que se le ocurrió fue esperar a que la señorita Aldclyffe confesara la relación que había mantenido con su padre en el pasado; entonces se lo contaría todo y su revelación sería honorable y leal para todos los implicados.

—¿Por qué no puedes besarme como yo a ti? ¿Por qué? —La dama colocó sus labios sobre los de Cytherea en un largo y afectuoso beso casi maternal, producto de un sentimiento intenso y expansivo, que llevaba tiempo sin expresarse, y que ansiaba amar y ser amado. Prosiguió—: ¿Piensas que me he portado mal contigo esta noche, criatura? No sé por qué te hablo así, tan despreocupadamente. Es una locura, así lo creo. Sí. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¡Dieciocho! ¿Y no quieres saber cuántos tengo yo?

—No.

—No me importa. Tengo cuarenta y seis, y me produce placer confesártelo, más que a ti descubrirlo. No le he dicho a nadie mi edad desde hace veinte años, hasta ahora.

—¿Por qué no?

—Porque a la mentira no hay que dar más respuesta que la mentira y estoy harta, harta de verdad, de mentir. Quiero volver a ser lo que ya es imposible: inocente, pura, sin artificios, como tú. Pero supongo que también tú te revelarás menos resplandeciente de lo que imagino, como con la amistad superficial al pasar a la

intimidad profunda. ¿Por qué no me dices nada? ¿Has rezado antes de irte a dormir esta noche?

—Sí... ¡no! Esta noche he olvidado hacerlo.

—Supongo que cada noche rezas tus plegarias.

—Sí.

—¿Por qué lo haces?

—Porque siempre lo he hecho, y sería extraño no hacerlo. ¿Usted no reza?

—¿Yo, una malvada pecadora como yo? ¿Rezar? No, jamás lo hago. Hace años que pienso que es una sandez y llevo tanto tiempo convencida que no pensaría lo contrario ni por aburrimiento. Sin embargo, reconozco que es el código del mundo educado y contribuyo regularmente a las sociedades benéficas, a las misiones y a ese tipo de cosas. Bueno, querida. Reza, pues; ahora que te has acordado, seguro que no vuelves a descuidar tus deberes. Me encantará oírte. ¿Te importa?

—No creo que...

—Me recordaría los viejos tiempos, cuando era joven y estaba más cerca del cielo de lo que estoy ahora. Vamos, dulce criatura.

Cytherea sintió un poco de vergüenza por la siguiente coyuntura: desde que se había enamorado de Edward Springrove, no dejaba de mencionarlo en sus plegarias nocturnas junto a su hermano Owen. El amor que sentía por él debía permanecer secreto y, sobre todas las cosas, para una mujer como la señorita Aldclyffe; su conciencia y la honestidad de su amor no le permitían omitir el nombre adorado de sus rezos y poner en peligro la eficacia de sus anteriores esfuerzos, rindiéndose al sentimiento de vergüenza que la invadía. No estaría bien, pensó, y sería una ofensa para él. En otras circunstancias, más mundanas y menos sagradas, quizá habría considerado la opción de no mencionarlo, pero las plegarias eran un ritual demasiado solemne para una trampa tan rastrera.

—Preferiría no hacerlo —dijo, pero pensó que declinar la invitación era una rama del árbol de la cobardía, y que entregaba a Edward a las garras de Satán con la misma despreocupación que si no le mencionara. Añadió, firme—: Pero lo haré, sí, y usted me oirá.

Se volvió hacia el cojín y repitió en suave cadencia las sencillas palabras que desde la niñez pronunciaba cada noche. Mencionó a Owen sin temblar, pero en el caso de su amado la timidez de la joven se impuso al fervor del rezo, aun a pesar de sus buenas intenciones. Al pronunciar el nombre de Edward su voz tembló, hasta convertirse en un mero suspiro.

—Gracias, querida —dijo la señorita Aldclyffe—. Yo también he rezado, ya lo creo que sí. Eres una buena chica.

Y luego llegó la esperada pregunta.

—Que Dios bendiga a Owen, ¿y a quién más?

No había remedio y Cytherea contestó:

—Owen y Edward.

—¿Quiénes son?

—Owen es mi hermano, señora —contestó la joven, temblorosa.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Y Edward?

Silencio.

—¿Otro hermano?

—No.

La señorita Aldclyffe reflexionó un momento. Al fin, dijo con intención:

—No quieres decirme quién es Edward.

—No me importaría, pero...

—Preferirías no hacerlo, supongo.

—Así es.

La señorita Aldclyffe cambió de táctica.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

Cytherea se sorprendió de lo rápido que la voz pasaba de la ternura a la dureza, la decepción y el enfado.

—Sí, creo que sí. Una vez —murmuró.

—¡Ah! ¿Y te ha besado un hombre alguna vez?

Pausa.

—Dime, ¿te ha besado? —repitió la señorita Aldclyffe en tono amenazador.

—No me obligue a decírselo. No puedo, en verdad, señora, ¡no lo haré!

La señorita Aldclyffe, que sostenía a la joven Cytherea entre sus brazos, se retiró.

—Eres como las demás muchachas —sentenció con un tono celoso y decepcionado—. No eres tan inocente como pensaba. Oh, no. —Hablaba rápida y nerviosamente—: Cytherea, trata de amarme más de lo que le amas a él. Te juro que puedo darte un amor más sincero que el de cualquier hombre. Hazlo, hermosa Cythie, no dejes que ningún hombre se interponga entre nosotras. ¡Oh, no lo soportaría!

Y volvió a abrazar a Cytherea con pasión.

—Ahora que lo amo, no puedo dejar de hacerlo —replicó la joven.

—¡Claro que puedes! —le reprochó la dama—. Sí, las mujeres sois todas iguales. Pensaba que había encontrado por fin una joven honesta, que aún no había sido mancillada por los labios de un hombre, que jamás había conocido las artes que arruinan la verdad, la dulzura y la bondad que anida en nuestros pechos. ¡Dime dónde hay una muchacha cuyos labios y oídos no sean propiedad de un hombre! Incluso dejando atrás los escenarios más notorios, como los salones de la sociedad decente, y buscando en los pueblos... No, aún mejor, en las escuelas de los pueblos, ¡no es posible encontrar una joven cuyo corazón no haya conocido ya las mieles del placer a manos de un hombre! Si ellos sospecharan lo ajadas que están algunas doncellas de apariencia fresca y pura, si supieran que nueve de cada diez veces el «primer amor» que una mujer entrega es la cáscara vacía de un afecto antiguo, con viejas velas cosidas con premura, usadas como nuevas... ¡Oh, Cytherea! ¿Es posible que tú, también tú, seas como las demás?

—¡No, no! —se defendió ansiosamente la joven, asombrada ante la tempestad desatada por la impetuosa dama—. Solo me besó una vez. Bueno, dos.

—Y podría haberlo hecho mil veces, si hubiera querido, ¡de eso no hay duda, sea quien sea! Eres tan mala como yo, somos iguales, y, a pesar de mis años, he bebido de tus labios convencida de que eran de miel, porque pensaba que ningún amante había probado su ternura. Hace unos minutos tu sabor era fresco como el de un manantial en primavera y ahora se asemeja más al polvoriento barro de un camino mil veces hollado.

—¡No, oh, no! —Cytherea no solía romper a llorar excepto en ocasiones extraordinarias, y estuvo a punto de hacerlo. Deseó que la señorita Aldclyffe saliera de su habitación y la dejara en paz, a ella y a sus sueños de amor. En cierto sentido, el impetuoso torrente de afecto de la dama era agradable, pero no del instinto que Cytherea deseaba. Aunque fuera en apariencia generoso, sospechaba que al cabo de un tiempo se volvería agrio, demasiado caprichoso como para ser duradero.

—Bueno, dime, ¿quién es? —preguntó la dama.

Cytherea decidió no revelar su nombre. Temió que la obligase, y en esas estaba cuando la señorita Aldclyffe volvió a insistir, airada:

—¿No quieres decírmelo? ¿Después del afecto que te he demostrado?

—Quizá lo haga, más adelante.

—¿Llevabas un sombrero con una pluma blanca en Budmouth, la semana antes de venir aquí?

—Sí.

—Entonces, ¡os vi! De lejos, de paseo en barca por la bahía, con tu hermano.

—Así es.

—Y también sin él, ¡sin acompañante! Vamos, vamos, no dejes que tu corazoncito haga tanto ruido al latir, casi hace temblar la cama, criatura. No quiero decir que estuviera mal que salieras a pasear con él a solas. Os vi desde el paseo, junto a un puñado de gente que también recorría el pueblo esa tarde. Voy a menudo a Budmouth, ¿sabes? Era apuesto, o así lo parecía de lejos. ¿Quién es? —No, señora, no diré nada. ¡No puedo!

—¿Que no dirás...? Está bien, está bien. Es una tontería guardar silencio sobre su nombre y persona, como si fueran algo sagrado. Seguro que ha tenido amores antes que el tuyo, sea quien sea. No eres más que un romance fugaz, un eslabón en la larga cadena de enamoradas con la que jalona su existencia. Y tú, en cambio, de ese instante fugaz haces algo eterno.

—¡No es verdad, no lo es! —gritó Cytherea, bajo un suplicio agonizante—. Jamás ha querido a nadie más, lo sé. ¡Estoy segura!

Pero la señorita Aldclyffe estaba tan celosa como lo hubiera estado un hombre, y prosiguió:

—Un hombre ve un rostro hermoso y cree que nunca lo olvidará. En unas semanas, sin embargo, la emoción pasa y se pregunta por qué demonios le importaba



tanto la muchacha de la que ni recuerda el nombre.

—¡No, no es así! ¡Nunca ha pensado eso, nunca! ¿Qué cree que hará, si llega ese día?

—Estás muy alterada, y me preocupa que el corazón te salga por la garganta. No puedo seguir hablando, si te pones así.

—¡Me causa usted un dolor muy grande! Pero siga, ¡no se detenga! Atrévase a decirme lo que hará mi amor si me olvida.

—Ah, se cambian las tornas, querida mía —exclamó, antes de añadir, con una mezcla de piedad y desprecio:

Las pasiones del amor te agitarán  
como la tormenta mueve a los cuervos en lo alto,  
la clara razón de ti se burlará  
como el sol con el cielo y los vientos.

—¿Qué hará, dices? —prosiguió—. Escúchame bien: reflexionará sobre lo que se dice de los impulsos románticos de las mujeres y lo fácil que resulta torturarlas cuando han cedido su querer y se han entregado a su héroe. Quizá sea cierto que ahora te ama sinceramente, esto es, tanto como es capaz de amar un hombre, y tú también a él; pero, sin embargo, tu amor será imposible y sin esperanza y os separareis para siempre. Tú te apagarás con el transcurso de los años, tus ojos brillantes se volverán mortecinos e incluso te abrazará la muerte antes de tiempo, y le habrás amado hasta tu último aliento, fiel y sincera y creyéndole fiel y sincero. En cambio, tu amado vivirá una existencia feliz y un tanto ocupada, con una dama espléndida a su lado, y se habrá olvidado de ti, de dedicarte el menor pensamiento; es más, de vez en cuando te mencionará con cariño y desdén, y exclamará: «Mi pequeña Cytherea... Antes le acariciaba el pelo así y asá... Mi pobre y confiada amiga... ¡Qué sueño más placentero e insensato, ese amor por la muchacha de ojos brillantes y corazón simple y bueno! ¡Qué loco fui, qué lejos queda!». Y contará los detalles de tu breve pasión, sus avances y tus negativas, sus victorias y tus derrotas, y cuando lo haga, se girará hacia su esposa y sonreirá complacido y feliz.

—¡Miente! ¡No es cierto! Él no es tan cruel y usted sí lo es, mucho mucho más, ¡lo es, oh, sí, lo es! —Cytherea, desesperada, supo perfectamente, gracias a su sentido común y agudeza, que la diatriba de la señorita Aldclyffe había sido una invención y las emociones que en ella había despertado habían sido también imaginarias. Se sintió débil y estúpida por permitir que infligiera tanta zozobra a su ánimo, pero, aun así, no pudo controlarse. La agonía hizo mella en su espíritu. Solo tenía dieciocho años y, tras un día de trabajo, el cansancio, la excitación y lo inopinado de los acontecimientos la habían agotado. Estaba a merced de la tiránica influencia de la dama, tan débil como un junco frente al viento. Rompió a llorar amargamente.

La dueña de la casa prosiguió:

—Y ahora considera cuánto te quiero yo. Jamás te olvidaré por otro, como hacen los hombres, jamás. Seré como una madre para ti. ¿Prometes vivir conmigo para siempre, dejar que te cuide y, a cambio, saber que jamás te abandonaré?

Cytherea había logrado calmarse. Dijo, temblando:

—No puedo. Jamás volveré a ser la doncella de nadie, por nada del mundo.

—No, no, no. Claro que no serás mi doncella. Serás mi compañera. Contrataré a otra chica, por eso no debes preocuparte.

Compañera. Eso era distinto. Cytherea no pudo resistir el deseo evidentemente sincero de la extraña mujer por tenerla a su lado. Sin embargo, no se atrevió a confiar en el impulso del momento.

—Quizá me quede. Pero no me pida una respuesta esta noche.

—No te preocupes por eso ahora, preciosa. Apártate el pelo, ponte en mis manos, dame un largo beso de buenas noches y no volveré a decir nada sobre tu amante. Después de todo, algunos hombres son más fieles que otros; pero, aun si no fuera fiel, siempre hay una manera de consolarse. El amor de un hombre inconstante es diez veces más ardiente que el de un esposo fiel, al menos mientras dura.

Cytherea obedeció, aunque solo para evitar que se alargara la conversación. Puso sus largas trenzas sobre los hombros de la señorita Aldclyffe y dejó que esta la besara antes de dormirse. La dama pareció tranquilizarse, sumida en un estado de satisfacción y calma, como si tener a la joven a su lado la protegiera de los peligros que acechaban su espíritu desde hacía años. Y pronto se quedó dormida, en paz.

## II. De las dos a las cinco de la madrugada

Cytherea, en cambio, no podía dormir. No estaba acostumbrada al lugar ni a las circunstancias y se despertaba ansiosa, incómoda e inquieta. Trató de apartarse del abrazo silencioso de su compañera de cama, se giró hacia el otro lado y pugnó por distraerse mirando por la ventana. Observó la luz de la luna creciente, que se hallaba ya en su último cuarto, trepando por el alféizar; el resplandor de una vieja luna a la que le quedaban pocos días de vida.

La visión la llevó a reflexionar sobre lo sucedido, en aquella extática escena nocturna con Edward. El beso que se dieron y la brevedad de los momentos de felicidad. La fértil imaginación pintaba los hechos con una apoteosis divina cuya realidad terrenal había sido menos placentera.

Pero esa noche no estaba hecha para el descanso. Volvió a oír extraños ruidos y, al prestar atención, se percató de que eran unos lúgubres y tristes murmullos. Pronto los reconoció: era la cascada, leve y distante, que llegaba desde su origen llevada por una suave brisa, y se reconocía por la ausencia de otro sonido nocturno. Los melancólicos comentarios del criado que la había acompañado hasta la casa pintaron el sonido con unos rasgos más deprimentes de los que tenían. Imaginó cómo sería la cascada en ese momento, bajo los árboles y la fantasmal luz de la luna. Negra al inicio, sobre la superficie del enorme y frío agujero en el que se derramaba el agua; esta, blanca y espumosa en la caída fatal; y de nuevo negra y blanca, como un féretro y su guirlanda, y triste en todos los aspectos.

Cytherea estaba irremediablemente despierta, pendiente de cualquier ruido; se esforzaba por detectar el menor sonido, si bien a su agitada cabeza le hubieran sentado bien unas horas de sueño. Pronto llegó otro, distinto del primero: se trataba de un silbido intermitente; eso parecía, al principio. Pero no: era un crujido metálico, cada tanto, como un arado o una rueda herrumbrosa, o una rueda de cualquier tipo. Así era, pues se trataba, efectivamente, de la rueda del molino en la vieja casa al pie del cerro, cuyo ruido cansino el criado había predicho que la volvería loca.

Decidió no pensar en nada deprimente, pero había advertido aquel rítmico sonido y no podía dejar de oírlo. Contaba los segundos entre crujido y crujido y, cuando se agotaba el medio minuto, antes del siguiente, su corazón quedaba atenazado por la incertidumbre. Con este escenario sonoro instalado en su cabeza, imaginó el aspecto del viejo molino de donde procedía el ruido, que no debía tener ventanas, aunque sí hendiduras en las puertas por donde escapaban los sonidos y a través de los cuáles los rayos de la luna reptaban como esqueletos, cayendo sobre trozos de cadenas y mecanismos húmedos y herrumbrosos. Atrapada en la vieja edificación, la reluciente rueda giraba sin cesar, trabajando en la oscuridad como un cautivo hambriento y, en lugar del firme suelo, se adivinaba el gorgoteo del agua, invisible en la noche, el agua que ascendía por las oscuras tuberías hasta cerca de la cama en la que yacía.

Cytherea se estremeció. Debía dormir de una vez por todas, no podía imaginar o escuchar o creer que solo oía; era terrible la vivida imaginación. Pero, antes de conciliar el sueño, su mente volvió a jugar con ella: «Y si se oyera algo más... ¿Qué haría entonces?», se preguntó a sí misma. Y antes de pensarlo, oyó un tercer sonido.

Era un suave gorgoteo, casi un tintineo, aunque extraño y anormal, si bien le recordó algo que había oído en el pasado; pero qué, no lo sabía. Lo más perturbador era que no estaba lejos, sino al otro lado de la ventana, o bajo el suelo, o encima, en el techo. Que se produjera cuando su calenturienta imaginación lo había vaticinado la hizo incorporarse de un salto. Al mismo tiempo, en una habitación próxima, un perrito que habría oído el mismo sonido empezó a gemir sordamente. El perro vigilante del patio, al oír el gemido de su compañero, comenzó a aullar. Sus notas melancólicas pronto fueron adaptadas por perros del vecindario, cada uno en su estilo de gemido animal.

Cytherea cayó en la cuenta de que el perrito que había iniciado la cadena de ladridos no había reaccionado ante el primer ruido ni ante el segundo. Es decir, que estaba acostumbrado a ellos, pero no al tercero. Por tanto, cabía deducir que se trataba de un ruido inusual.

No era cosa del agua ni el viento. No había sido un ave nocturna, ni un reloj, ni una rata, ni un ronquido. Se refugió bajo las sábanas y abrazó con fuerza a la señorita Aldclyffe, en busca de protección. Cytherea notó que en la placidez del sueño tenía una ligera capa de sudor. Al notar el contacto de la joven, la dama se despertó con un breve grito. Enseguida recordó dónde estaba.

—¡Qué sueño más horrible! —exclamó, susurrando y abrazando a Cytherea—. Tu abrazo lo ha desvanecido; gracias, pues era horrible... El tiempo alado, en forma de reloj de arena, armado con una guadaña, se me acercaba, sonriendo y burlándose de mí. Me agarraba y se llevaba un pedazo de mi carne, pero no quiero contártelo. No lo soporto. ¡Por Dios, cómo aúllan esos perros! Dicen que anuncian la muerte.

El regreso de la señorita Aldclyffe a la conciencia bastó para apaciguar la enloquecida imaginación de Cytherea que la soledad nocturna había despertado. Resolvió que el tercer ruido debía tener una explicación razonable, que bastaría con interesarse por el asunto al día siguiente para descubrirlo. En las grandes casas había profusión de sonidos nocturnos, cada uno más extraño. No se atrevió a transmitirle a la señorita Aldclyffe su pavor, para que no se burlara de ella.

Hubo un silencio, de unos cinco minutos.

—¿Duermes? —preguntó la señorita Aldclyffe.

—No —repuso Cytherea, en un largo susurro.

—¿Qué ruido hacen esos perros, ¿verdad?

—Así es. Ha sido un perrito de la casa quien ha empezado a ladrar.

—Ah, sí. Debe ser Totsy. Duerme en el felpudo, frente a la habitación de mi padre. Es un animalito muy nervioso.

Hubo otro silencio, esta vez de media hora. Sonaron las tres.

—¿Está dormida, señorita Aldclyffe? —preguntó Cytherea.

—No. Qué lata no poder dormir, ¿verdad?

—Sí —dijo Cytherea, como una niña dócil.

Pasó otra hora; sonaron las cuatro. La dama seguía despierta.

—Cytherea —murmuró con suavidad.

La joven no respondió. Dormía profundamente.

Ya se divisaba el primer rayo del amanecer. La señorita Aldclyffe se levantó, se puso la bata y subió discretamente a su habitación.

«Aún no le he contado quién soy, después de todo, ni he podido descubrir los detalles de la historia de Ambrose, —se dijo—. Pero el hecho de que esté enamorada lo cambia todo».

### III. De las siete y media a las diez de la mañana

Cytherea despertó, calmada y reanimada. Había decidido quedarse en Knapwater House.

Al ver que la señorita Aldclyffe no estaba, se vistió y se instaló al lado de la ventana para responder a la carta de Edward y contarle a Owen su llegada a Knapwater. Las estampas deprimentes y atroces que la señorita Aldclyffe había pintado en su influenciada imaginación y el terror de los ruidos nocturnos eran ya la sombra de una sombra y sonrió, condescendiente, ante su propia sensibilidad.

El gran consuelo, después de los sucesos de la noche, era escribir una carta a Edward; el efecto de cada palabra se dibujaba en el rostro de la muchacha. Pensó en lo mucho que le gustaría compartir sus problemas —qué bien soportaría cualquier penuria a su lado— y se preguntó cuáles serían esos problemas. Sin embargo, estaba convencida de que al final todo tendría una explicación.

A la hora indicada, se dirigió a la habitación de la señorita Aldclyffe, con la intención de ejecutar, como un gesto más allá del deber, lo que como deber era intolerable; ¡así de contradictorias son las personas!

La señorita Aldclyffe estaba levantada. La brillante y penetrante luz de la mañana causó un profundo cambio de la dama con su inferior; así como el día había devuelto la calma a Cytherea, también había influido en el carácter de su dueña. Aunque por motivos prácticos no se arrepentía de haberse procurado la compañía de un ser tan agradable para leer, hablar o jugar cuando le viniera en gana, interiormente se sentía molesta por haber cedido a la debilidad femenina de confesar sus emociones y dejarse llevar por sus sentimientos. Pocos podrían imaginar que la dama que se sentaba tan aristocráticamente frente a su tocador, en apariencia inconsciente de la presencia de Cytherea en la habitación, a la que no había saludado al entrar, era la apasionada mujer que horas antes había suplicado sus besos.

Es doloroso y a la vez satisfactorio observar cuán a menudo reparamos en esa antítesis en la persona más próxima, es decir, en nosotros mismos. Pasamos la noche concentrados en un pensamiento intenso y, al día siguiente, al despertar, la feroz energía se ha disipado y apenas quedan tuberías vacías y cables torcidos del tremendo mecanismo que nos mantuvo ocupados toda la noche. Ni recordamos el perfil de la deslumbrante estampa que saqueó nuestra mirada antes de meternos en la cama.

Sin la luz de las velas, las emociones morirían de desnutrición. Es probable que nueve de diez misivas de confesiones indiscretas se escriban entre las nueve y las diez de la noche y se manden antes de que el día arroje su luz despiadada sobre ellas. Pocas sobreviven al amanecer, al leer las líneas escritas por la noche con la fría mirada crítica de la mañana.

Las dos mujeres que, tras las horas de descanso, habían apaciguado su fuego interior, ya no estaban absortas en las visiones desatadas por la noche, sino en los hechos de su conversación previa a los arrebatos de pasión. Después de informar a

Cytherea de que no era necesario que la ayudara a vestirse, si no lo deseaba, la señorita Aldclyffe dijo abruptamente:

—Sé quién es el hombre cuya identidad quieres ocultarme —y miró fijamente a Cytherea, añadiendo—: Es Edward Springrove, el hijo de mi arrendatario.

El color inundó el rostro de la joven al oír el nombre que para ella era un mundo, mencionado como si fuera un átomo, y su reacción confirmó a la señorita Aldclyffe que había dicho la verdad.

—¡Lo es! ¿Verdad que sí? —continuó—. Bueno, quería averiguarlo por razones prácticas. Su ejemplo me demuestra que no me equivocaba en mi análisis del proceder masculino, aunque ayer hablaba en general, sin pensar en él en concreto.

Y decía la verdad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Cytherea, alarmada.

—Pues que todo el mundo sabe que está prometido en matrimonio y que el enlace se producirá de un momento a otro —y lo dijo brutal y cruelmente, como si quisiera así obtener la absolución de su orgullo por las confidencias de la noche anterior.

Sin embargo, hasta la frialdad del talante matutino de la señorita Aldclyffe no pudo evitar conmoverse ante la mirada horrorizada, de absoluta desesperación, que exhibió Cytherea. Se hundió en una silla y se cubrió el rostro, desconsolada.

—No seas tonta, muchacha —dijo la señorita Aldclyffe—. Vamos, míralo por el lado bueno. Por desgracia, no puedo borrar lo dicho, pero el compromiso creo que puede romperse con facilidad.

—Oh, no. ¡No!

—Tonterías. El chico era agradable de pequeño, y ahora también lo es. Te ayudaré a cautivarlo y a atarlo en corto, eso es lo que haré. Ya he superado mi absurdo y egoísta deseo de ayer por la noche, cuando te pedí que no te fueras de mi lado. Soy consciente de que no puedo pedírtelo. Vamos, ya he dicho que te ayudaré, y con eso basta. Edward se ha cansado de la chica que eligió, ahora que ha estado meses lejos de casa... El amor que no cede bajo ninguna acometida externa se derrumba si el ídolo está en casa en zapatillas. Siempre pasa lo mismo... Vamos, termina lo que tengas entre manos y no te pongas tan triste por algo tan tonto.

—¿Con quién está prometido? —preguntó Cytherea, con apenas un hilo de voz, temblándole el labio inferior. La señorita Aldclyffe no respondió. No importaba, pensó Cytherea. Otra mujer, con eso bastaba. Su curiosidad había muerto. Se dedicó a ayudar a la señorita Aldclyffe a vestirse, sin atender a lo que hacía. Esta prosiguió:

—Le entregaste tu amor demasiado fácilmente, querida. Yo le habría obligado a confesar en voz alta su amor antes de dejar que me besara. Pero tú eres una de esas muchachas precipitadas y cariñosas que ansían entregar su corazón al primer tonto que da los buenos días. Primero, no deberías haberle amado con tanta prisa; y, en segundo lugar, si le amabas, habrías debido ocultarlo. Halagaste su vanidad, ¿entiendes? «Por Dios, ¡esa chica me ama!», pensó.

Cytherea solo podía pensar en darse prisa: prisa en terminar de ayudar a la señorita Aldclyffe a vestirse, prisa en decirle a la señora Morris, que la esperaba en la salita con el té listo, las tostadas con mantequilla primorosamente cortadas y unos huevos pasados por agua, que no tenía hambre; prisa por encerrarse en su habitación. Hasta allí la siguió la bienintencionada ama de llaves con una taza de té y una bandejita con tostadas, insistiendo alegremente en que debía comer algo.

Para los que están sumidos en la tristeza, la alegría se asemeja a una frivolidad despiadada. Por tal razón, la muchacha se negó a aceptar la invitación.

—No, gracias, señora Morris —contestó Cytherea al otro lado de la puerta. A pesar de la frialdad de su gesto, Cytherea no habría podido soportar ver un rostro alegre en ese momento.

El impulso de las naturalezas jóvenes heridas es la revocación inmediata, incluso si la revocación es más efectiva postergando cualquier decisión. Cytherea se abalanzó sobre su cuaderno, sacó la carta que con tanta dedicación había escrito, rebosante de frases tiernas y sutiles guiños, que había sellado con tanto cariño, con una estampilla que rezaba «Lealtad», y rompió la misiva en cincuenta pedazos y los arrojó al fuego. Al observar en los pedazos algunas frases redactadas con tanto amor, al verlas ahora mutiladas y sin sentido, sintió la angustia más amarga al saber que los ojos de Edward jamás las leerían y nadie sabría el ardor con que Cytherea las había escrito.

La piedad por uno mismo en medio del agotamiento es frecuente en estos estados de abnegación.

Entonces lo entendió todo: el sentido de sus alusiones, la manera abrupta en que le había confesado su amor, su desesperada diatriba. Debían de ser los últimos ramalazos de una conciencia aún consciente de la perfidia y veleidades de su dueño. Edward se encontraba en Londres y ella desaparecería de su memoria, como había predicho la señorita Aldclyffe. Y pensar que Cytherea estaba en la mismísima parroquia de su amado y que todo lo que vería y oiría le recordaría su ausencia... El paisaje, que ayer se le antojaba brillante y hermoso, era ahora como un salón vacío después de una fiesta. Todos se habían ido, menos ella.

La señorita Aldclyffe le había arrebatado el secreto y ya no dejaría de burlarse de ella por su buena fe, por haber creído en él. Era insoportable y no podía seguir en la casa ni un segundo más.

Fue al piso de abajo y le dijeron que la señorita Aldclyffe estaba desayunando, pero que el capitán Aldclyffe, que solía levantarse más tarde por sus crecientes problemas de salud, aún no había bajado. Cytherea entró, pues. La señorita Aldclyffe miraba por la ventana, observando una columna de humo blanco en el lejano horizonte que indicaba el paso de un tren. Cuando la joven entró, se volvió y la miró inquisitivamente.

—Debo decirle que... —dijo Cytherea, temblorosa.

—¿Y bien?



—No puedo quedarme con usted. Debo irme, irme lejos. Lo siento de veras, pero me resulta imposible seguir aquí.

—¡Vamos! ¿Y qué vendrá después? —exclamó la señorita Aldclyffe, observando el rostro de Cytherea con expresión crítica y sin atisbo de preocupación—. Permites que ese joven Springrove te rompa el corazón. Sabía que pasaría. Es como cuando Hallam le dice a Julieta que la razón que tenía al principio ha desaparecido por completo, borrada por la pasión. No pienso hacerte caso.

—¡Déjeme irme!

La señorita Aldclyffe tomó la mano de su protegida y dijo, severamente:

—Por supuesto que no voy a impedírtelo, si eso es lo que quieres. Pero es absurdo. No estás en condiciones de tomar esa decisión y, por el momento, no escucharé nada de lo que tengas que decirme. Vamos, Cythie, ven conmigo. Dejemos que el volcán estalle, que se calme y después observaremos el paisaje y decidiremos el mejor proceder.

Llevó a Cytherea al salón, abrió un cajón y sacó un rollo de lino.

—El otro día empecé a bordar una pieza y me gustaría que me ayudaras a terminarla.

Acompañó a la muchacha a la habitación de esta y le ordenó:

—Ahora, siéntate aquí tranquilamente y no abandones tu dormitorio en las próximas dos horas, bajo ningún pretexto, a menos que yo te haga llamar. Insisto en ello, querida mía. Mientras, dedícate a coser, coser y coser; ni se te ocurra mirar por la ventana, pensar en tu amado y lamentarte por lo sucedido. Cálmate y no dejes que este estúpido romance te impida ver las cosas con ojos de mujer de mundo. Si al final del día sigues decidida a dejarme, podrás hacerlo y no diré una palabra más al respecto. Ahora, siéntate, y prométeme que obedecerás mis órdenes, al menos un par de horas.

Para los corazones desesperados, la obligación es un alivio, y la docilidad era el impulso natural de Cytherea. Prometió hacer lo que le había pedido y se sentó. La señorita Aldclyffe cerró la puerta, se retiró y la dejó sola.

Cytherea cosió, cosió y cosió; y mientras derramaba unas lágrimas, recordaba los términos del convenio y volvía a coser. Al cabo de un rato se distrajo de su labor, sin darse cuenta del tiempo transcurrido.

#### IV. De las diez a las doce de la mañana

Quizá había pasado un cuarto de hora cuando sus pensamientos dejaron de interesarse por el pasado, llamados al presente y atraídos por unos ruidos en la planta de abajo. Abrió la puerta y prestó atención.

Había gente que corría arriba y abajo, abriendo y cerrando puertas; se oían pasos en los establos. Entró en otra sala desde donde se los podía ver y llegó a tiempo de divisar al hombre que la había llevado a la casa partiendo al galope en un caballo negro como la tinta.

Otro hombre salió en dirección al pueblo.

Fuera lo que fuera lo que había sucedido, no le pareció oportuno preguntar de qué se trataba ni mezclarse en la agitación que sacudía a la casa, pues ella era una recién llegada, una extraña y una criada, a fin de cuentas. A menos, claro está, que se lo pidieran, especialmente después de las estrictas órdenes de la señorita Aldclyffe. Volvió a sentarse, decidida a no dejar que la curiosidad influyera en sus acciones. Desde la ventana divisaba la parte frontal de la casa y vio un clérigo acercarse y llamar a la puerta.

Todo volvió a quedar en silencio y, largo tiempo después de que el hombre hubiera partido, volvió en el mismo caballo, ahora cubierto de sudor y trotando tras un carruaje en el que iba un anciano caballero, conducido por un joven en librea. Llegaron, entraron en la casa y de nuevo todo quedó como antes.

Tanto el dueño como la dueña y los criados de la mansión parecían haber olvidado la existencia de Cytherea. Casi deseó no haber rechazado caer en los brazos de la curiosidad.

Media hora después, el carruaje volvió a partir con el anciano caballero y dos o tres mensajeros abandonaron el edificio, apresurándose en distintas direcciones. Vecinos de las granjas cercanas empezaron a congregarse en la carretera frente a la casa, o se recostaban en los árboles, observando las ventanas y las chimeneas.

Se oyó un golpe en la puerta de Cytherea. La abrió y una criada le dijo:

—La señorita Aldclyffe desea verla, señora.

Cytherea bajó deprisa al salón, donde la señorita Aldclyffe la esperaba frente a la chimenea, con el codo apoyado en la repisa, la mano en la sien y la vista baja. Estaba tranquila, pero muy pálida.

—Cytherea —susurró—, ven aquí.

La joven obedeció.

—Ha sucedido algo muy grave —dijo, y se detuvo, con un temblor en el labio inferior.

—Sí —dijo Cytherea.

—Mi padre. Le han hallado muerto, en su cama, esta mañana.

—¡Muerto! —repitió la muchacha. Parecía imposible que fuera cierto; que la realidad de un hecho tan enorme se pudiera contener en una frase tan pequeña.

—Así es —murmuró la señorita Aldclyffe con solemnidad—. Murió solo, aunque a unos metros de mí. La habitación en la que nos encontrábamos queda justo debajo de la suya.

—¿A qué hora fue? ¿Lo saben? —preguntó Cytherea, apresuradamente.

—El médico dice que debió de ser entre las dos y las tres de esta mañana.

—Entonces, ¡lo oí!

—¿Cómo?

—¡Lo oí morir!

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué oíste?

—Un sonido que solo había oído una vez: en el lecho de muerte de mi madre. No supe identificarlo, aunque inconscientemente lo reconocí. Luego aulló el perro y usted se despertó. No me pareció importante mencionarle lo que había oído antes.

Cytherea la miró, angustiada.

—No habría servido de nada —dijo la señorita Aldclyffe—. Todo terminó rápidamente. —Siguió hablando y, aunque se dirigía a Cytherea, también parecía reflexionar para sí—. ¿Es la Providencia la que te ha enviado a mi lado, para que no me quede completamente sola?

Hasta ese instante, la señorita Aldclyffe había olvidado la razón por la que Cytherea esperaba, recluida en su habitación, y lo mismo le sucedía a la muchacha. Ambas cayeron en la cuenta al mismo tiempo.

—¿Aún deseas irte? —preguntó la señorita Aldclyffe, con ansiedad.

Simultáneamente, Cytherea exclamó:

—No deseo irme.

La extraña similitud entre la soledad de la señorita Aldclyffe y la suya propia la impresionó: le pareció una llamada de atención, una más, para que, por efecto de un enfado trivial, no dejara sola a esta mujer que, a fin de cuentas, tan ligada estaba a su vida.

La señorita Aldclyffe la abrazó con la misma pasión que habría exhibido un amante, y dijo, pensativa:

—Cada vez nos parecemos más: soy huérfana de padre y madre, como tú cuando llegaste a mí.

Otros lazos también perdidos acudieron a su memoria, pero se abstuvo de mencionarlos. Preguntó:

—¿Querías a tu padre, Cytherea? ¿Lloraste su muerte?

—Claro que sí. ¡Mi pobre padre!

—Yo siempre discutía con el mío, y ahora no puedo llorarle. Pero tú te quedarás conmigo y me ayudarás a ser una persona más buena.

Así quedó sellado el pacto entre ambas; Cytherea, a pesar de los sucesivos fracasos de sus anuncios, logró al fin el puesto que ansiaba, de señorita de compañía. Y como es frecuente en la historia de los empeños humanos, el objetivo que no se consiguió directamente se alcanzó cuando el rastreador dejó el camino principal y

salió a los alrededores, considerando que su meta inicial era, ahora, de menor importancia.

## **PARTE VII**

### **LO ACAECIDO EN DIECIOCHO DÍAS**

## I. El 17 de agosto

¿Cuándo? Las cuatro de la tarde. ¿Dónde? En el tocador de la dama en Knapwater House. ¿La persona? La señorita Aldclyffe, sentada, sola, vestida de luto riguroso.

Ya habían enterrado al viejo capitán y se había abierto su testamento. Era conciso, escrito unos cinco años antes. Los testigos habían sido sus abogados, los señores Nyttleton y Tayling, de Lincoln's Inn Fields. Dejó la totalidad de sus propiedades, tanto bienes inmobiliarios como personales, a su hija Cytherea, para su disfrute absoluto y exclusivo, y solo indicaba la condición que se abonase una pequeña cantidad al rector, su pariente, y otras tantas, menores, a los criados.

La señorita Aldclyffe no había elegido el sillón más mullido de su *boudoir*, ni siquiera una silla simplemente adecuada, sino que había optado por una silla de roble alta, incómoda, de respaldo estrecho, que conservaba en la habitación porque iba a juego con el encantador arcón que nunca utilizaba, excepto para alcanzar un libro de las estanterías más altas. Y, sin embargo, llevaba erguida en esa silla incómoda más de una hora, por la sencilla razón de que no era consciente de sus sentimientos o de la incomodidad. La silla era lo primero que había encontrado al entrar en la habitación y en ella se había dejado caer, como en un sueño.

Su actitud denotaba que su mente se hallaba inmersa en una profunda, intensa y concentrada reflexión, como esculpida en bronce. Los pies juntos, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, sin reparar en el incómodo respaldo; las manos sobre sus rodillas, la vista fijada en una punta del reposapiés.

Al fin se movió, tamborileando los dedos sobre la mesita de al lado. Había encontrado el canal por el que sus ideas acumuladas avanzarían. A medida que resolvía con más claridad el problema que ocupaba su cerebro, el movimiento se extendía por el resto de su cuerpo. Se echó hacia atrás y exhaló un profundo suspiro; se sentó ladeada y descansó la frente sobre una mano. Después se levantó y paseó a un lado y otro de la habitación. Al principio abstraídamente, con las facciones rígidas; pero relajaba el ceño cada minuto y sus pasos se volvieron más ligeros y seguros. Irguió la cabeza con gracia; ya no se inclinaba hacia delante. Era como asistir al nacimiento de un cisne tras una larga espera.

—Sí —dijo en voz alta—. Haré que venga aquí sin informarle de mis objetivos y le daré a entender que necesito un hombre que me ayude. Ahí radica la dificultad, pero creo que lo conseguiré.

Llamó a la nueva criada, una mujer plácida de unos cuarenta años y algunas canas.

—Dígale a la señorita Graye que venga.

Cytherea no estaba lejos y se presentó al momento.

—¿Sabes algo de arquitectos y aparejadores? —preguntó la señorita Aldclyffe, abruptamente.

—¿Que si sé algo? repitió Cytherea, y se alzó sobre la punta de los pies para reflexionar sobre la pregunta.

—Sí, eso he dicho. ¿Sabes algo?

—Owen es arquitecto y ha trabajado de aparejador delineante en varias obras —dijo la joven, que también pensó en otro hombre que ejercía la profesión.

—¡Sí! Por eso te lo pregunto. ¿Qué tareas abarca la ocupación de un arquitecto? Reordenan propiedades, ¿no es cierto? Y supongo que también supervisan las obras que se realicen en ellas, entre otras cosas.

—Bueno, esas son responsabilidades que recaen, más bien, en un administrador, o al menos eso tengo entendido. Los arquitectos que construyen residencias en el campo sí se ocupan de esas cosas, pero los de ciudad, no.

—Eso ya lo sé. Pero la labor de un administrador es múltiple e infinita; una profesión que exige gran flexibilidad. ¿Crees que un arquitecto podría ser un buen administrador?

Cytherea tenía dudas sobre lo que podría hacer un arquitecto.

Pero el mayor placer, cuando uno solicita la opinión de otro, no radica en aceptarla. La señorita Aldclyffe se respondió a sí misma, con decisión:

—Pues claro que sí. Tu hermano Owen proyecta edificios de campo, ¿no? Granjas, establos, almacenes, graneros, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y supervisa su construcción?

—Sí, pronto lo hará.

—¿Y también sabe analizar los terrenos?

—Oh, sí.

—Y sabe de setos y de zanjas, de la anchura que deben tener, de los límites entre las propiedades, de la importancia de nivelar el terreno, de plantar árboles para proteger las casas del viento, de calcular bien la madera, de las cesiones de noventa y nueve años y cosas así, ¿no es cierto?

—Bueno, nunca me ha hablado de esas cosas, pero creo que el señor Gradfield, el dueño del estudio de arquitectos donde trabaja, sí se ocupa de eso. Me temo que, por el momento, Owen no es aún un experto.

—Claro, sí, porque tu hermano no tiene aún la edad ni la experiencia necesarias para un puesto así, ya veo. Y además hay que cobrar las rentas, llevar las cuentas y revisar los pagos pendientes a los proveedores. Me temo, Cytherea, que yo no sé mucho de estos asuntos, y tú tampoco. Bueno, ahora tengo que salir —acortó—, pero no hace falta que me acompañes. Haz lo que te plazca hasta la hora de la cena.

La señorita Aldclyffe dejó atrás la casa y se adentró en el prado; luego torció a la izquierda, a través de unos setos, abrió una portezuela y entró en un camino abandonado y cubierto de hojas, en pendiente. Lo siguió hasta el punto más bajo, situado en la zona más profunda de un bosquecillo.

Los árboles estaban tan entrelazados, y sus ramas tan cercanas al suelo, que ni un largo día de verano lograba allí calentar el aire, normalmente frío. Al frescor permanente contribuía la cercanía de los manantiales, que se encontraban al mismo nivel, y la presencia de un profundo y perezoso riachuelo, igualmente oculto por un alto muro y buen número de arbustos. Camino adelante, parejo al curso del agua, la dama llegó a una abertura en el muro, al otro lado de un meandro: una gran hendidura rectangular de la que manaba el agua, cubierta de espuma, con un rugido sordo. Dos pasos más y quedó frente a la abertura, con una panorámica completa de la cascada. Más allá se divisaba el cielo resplandeciente, en forma de media luna, a causa de un puente que cruzaba los rápidos, y los árboles del monte.

A pesar de la belleza de la escena, la señorita Aldclyffe no prestó atención. El punto en el que se hallaba ofrecía otro panorama frente a ella, menos sombrío que el agua a la derecha o los árboles que la rodeaban. La avenida y el bosquecillo que la flanqueaba terminaban repentinamente a unos metros de distancia, donde el terreno se elevaba, y en el extremo más alejado del prado se erguía lo que quedaba de la vieja casa. La oscura línea de árboles de la avenida ofrecía un marco adecuado y esa era la estampa que interesaba a la señorita Aldclyffe. No desde el punto de vista artístico o histórico, sino práctico, en función de la capacidad del edificio para adaptarse a las necesidades de la vida moderna.

Delante, separado del resto de la edificación, se elevaba la parte más antigua de la estructura: un porche en forma de arco, flanqueado por dos pequeños torreones, casi cubierto de enredaderas que trepaban por los aleros a medio hundir y el tejado, hasta el escudo de la familia Aldclyffe, situado en el punto más alto. Más allá, a una distancia de diez o veinte metros, quedaba todavía en pie el edificio principal: un resto de la época isabelina que contenía lo que puede resistir un tejado en forma de cruz a tres aguas. Contra la pared, aún se veían las líneas difuminadas de otras partes del conjunto, ya desaparecidas. Las ventanas, con parteluces y dinteles, estaban casi todas tapiadas, menos dos o tres, y el resto tenía marcos procedentes de granjas o de casas más sencillas, sin el menor cuidado, para que la edificación cumpliera la función asignada, con la planta inferior dividida en diversas habitaciones de pequeño tamaño para acoger a dos trabajadores y a sus familias. La parte superior hacía las veces de almacén de hierbas y frutas.

Después de revisar el pintoresco lugar en la distancia, su dueña se acercó a las paredes y se adentró en el antiguo patio, donde el pavimento mostraba profundas grietas de las que brotaba la hierba. Dos o tres niños salieron a recibirla, con los dedos en la boca, y corrieron a avisar a sus madres con ostentosos susurros de que la señorita Aldclyffe estaba ahí. Sin embargo, la dama no entró en la casa. Completó su observación del exterior rodeando el edificio y encontró un rincón, a poca distancia, con madera cortada en planchas y en troncos, un modesto aserradero, piedras de molino, un montón de ladrillos y más piedras de obra, que revelaba que allí se guardaba el material de las reparaciones de la propiedad.



Se detuvo y miró a su alrededor. Un hombre la vio desde una ventana de los talleres de la parte de atrás y salió y saludó con el sombrero respetuosamente y dejó su cabeza al descubierto. Era la primera vez que la veían fuera de la casa desde la muerte de su padre.

—Strooden, ¿cree que podríamos convertir la vieja casa en una residencia decente, sin demasiados apuros? —preguntó.

El obrero reflexionó y respondió lentamente:

—¿No olvida que dos terceras partes de la casa están medio derruidas o a punto de caerse a pedazos?

—Lo sé.

—¿Y que a los muros restantes poco les falta?

—¿Por qué?

—Cuando dividieron el interior en apartamentos para los trabajadores, dejaron la carcasa llena de huecos y en falso.

—Pero si tiráramos abajo las particiones artificiales y añadiéramos soportes aquí y allá; si añadiéramos un ala lateral, quizá podríamos convertirla en una casa de, digamos, seis u ocho habitaciones.

—Claro que sí, señora.

«¿Y cuánto costaría?». Esta era la pregunta que se formulaba en las conversaciones de ese tipo desde que el encargado de la propiedad tenía memoria. Para su sorpresa, la señorita Aldclyffe no lo preguntó. El hombre pensó que quizá deseaba transformar el uso de la residencia con tanto afán que no se había planteado ese aspecto tan esencial para cualquier propietario.

—Gracias. Con eso me basta, Strooden —dijo—. Se hará cargo de que probablemente hagamos algunos cambios en breve en referencia a estos asuntos.

La respuesta de Strooden llegó en un tono oscuro; parecía incómodo.

—Sí.

—Mientras vivió el capitán Aldclyffe, usted fue el capataz de las obras y él actuaba de supervisor, y todo fue bien. Pero ahora quizá sea aconsejable contratar a un encargado, cuyas tareas incluirán algunas que hasta ahora han estado en sus manos. Lo que quiero decir es que será el encargado quién se ocupe de gestionar esos asuntos, con todo detalle.

—Entonces, señora, ¿no requerirá de mis servicios?

—Oh, sí. Pero como capataz en los talleres y en el campo; si quiere, puede quedarse. No me gustaría perderle. Pero puede pensárselo, si quiere. En unos días volveremos a tratar este asunto.

Y, sin añadir nada más, la señorita Aldclyffe miró su reloj y regresó a la mansión. La indefinición de su respuesta generó la lógica preocupación en el capataz y con ella los males que conlleva: distracción en el trabajo y cenas a medio terminar. Por su parte, la dueña de Knapwater House tenía una cita con su abogado, el señor

Nyttleton, que había visitado Budmouth y tenía previsto pasar por Knapwater en su camino de regreso a Londres.

## II. El 20 de agosto

El sábado siguiente a la visita del señor Nyttleton a Knapwater House, apareció este anuncio en los diarios *The Field* y *The Builder*:

ENCARGADO.

Se precisa, con incorporación inmediata, un caballero íntegro y profesional para la gestión de una propiedad campestre de unas 400 hectáreas, en la que han de realizarse mejoras agrícolas y construcción de nuevos edificios. Se busca un encargado con educación superior, soltero y de edad no superior a los treinta años. Se valorarán considerablemente las aptitudes tanto artísticas como prácticas del oficio de diseño y planificación estructural. La remuneración consiste en un salario de 220 libras, ofreciéndose alojamiento en la antigua residencia de la propiedad. Interesados contacten con los señores Nyttleton y Tayling, abogados, de Lincoln Inn Fields.

El día de la publicación, la señorita Aldclyffe recibió un ejemplar de cada periódico. Esa misma tarde le contó a Cytherea que había puesto un anuncio para contratar a un encargado que viviría en la antigua residencia, y le mostró los diarios con el aviso.

La doncella se preguntó cuál sería el objeto de la confidencia, o si formaba parte de las charlas diarias en las que la dueña de Knapwater House le contaba otras gestiones para la administración de la propiedad. Sin embargo, esta vez le pareció que, al decírselo, tenía una especial intención. Recordó la conversación que habían mantenido sobre arquitectos y encargados, y sobre su hermano Owen. La señorita Aldclyffe sabía perfectamente que su situación económica era precaria, que su hermano tenía formación de arquitecto y que se dedicaba en cuerpo y alma a aprender y prosperar en su profesión. Tal vez, se dijo Cytherea, la señorita Aldclyffe estaría dispuesta a considerarle como candidato. Así se lo planteó:

—¿Cree que sería aconsejable que Owen se presentase al puesto?

—No, en absoluto —replicó perentoria la señorita Aldclyffe.

Hacía tiempo que el carácter tajante de sus respuestas había dejado de alarmar a Cytherea. De hecho, sus abruptas salidas de tono no eran su peor rasgo. Cytherea pensó en otro hombre, alguien cuyo apellido, a pesar de su resolución, las lágrimas, la renuncia y el orgullo herido, permanecía en sus labios como un viejo recuerdo. Un hombre cuyas cualidades le permitían, sin duda, ser el encargado del mismísimo rey.

—¿Y si el señor Edward Springrove se presentase al puesto? ¿Tendría alguna oportunidad? —dijo, pronunciando su nombre con decisión.

—Ninguna —replicó la señorita Aldclyffe, con el mismo tono.

—No es usted muy amable.

—Vamos, querida, no pongas esa cara. No me interesa ninguno de los dos, porque por descontado debo pensar en el bien de la propiedad y no en los beneficios del puesto para la persona que lo ocupe. El hombre que necesito debe tener una formación más específica. Ya te he dicho que iremos a Londres la semana que viene para entrevistar a candidatos.

Cytherea se dijo que había malinterpretado los comentarios de la señorita Aldclyffe sobre el anuncio y escribió a su hermano para decirle que, si veía el anuncio, no pensara en presentarse.

### III. El 25 de agosto

Cinco días después del anterior diálogo, se dirigieron a Londres y, sin apenas detenerse a descansar, se presentaron en las oficinas de los abogados en Lincolns Inn Fields.

Se situaron frente a una entrada típica del despacho, una puerta que jamás estaba cerrada, que no podía estarlo, flanqueada por sendas pantallas sin una lámpara en su interior. El único agente activo que se veía en ese momento era la herrumbre. La reja que rodeaba la parte delantera estaba oxidada en la base, hasta el punto de no ser más que alambre, y las sucesivas pinturas que la habían recubierto en tiempos añejos también eran víctimas de la malévola enfermedad que arrancaba láminas de pintura y dejaba desnuda la superficie del hierro de la verja, de las lámparas y de los goznes del portón, que exhibían un llamativo rojo sangre.

Una vez dentro, sin embargo, todo cambiaba. El patio y las oficinas eran un contraste notable con la grandiosa ruina de la parte exterior del edificio que las contenía. Se respiraba respetabilidad, había una buena capa de pintura, tanto dentro como alrededor del umbral; y en el patio, cuidado con primor, no se veía una partícula de polvo.

El señor Nyttleton, recién llegado de Margate, donde residía con su familia, esperaba a las dos mujeres en lo alto de la escalera. Una vez allí, las acompañó solícitamente.

—¿Dispone usted de una sala dónde esta joven pueda descansar durante nuestra entrevista? —preguntó la señorita Aldclyffe.

Solía preocuparse del bienestar de Cytherea cuando estaban fuera de casa. Luego, cuando se retiraban y quedaban a solas, se lo echaba en cara.

—Por supuesto, el despacho del señor Tayling. —Y allí llevó a Cytherea.

Las definiciones sociales son relativas: solamente podemos imaginar un dato absoluto. Los vecinos y campesinos de Knapwater no estaban acostumbrados a la señorita Aldclyffe, y, a su vez, a los experimentados ojos del señor Nyttleton, ella le parecía poco ducha en encuentros como el que mantenían.

—Bueno —dijo ella, cuando quedaron a solas—, ¿cuál ha sido el resultado de nuestro anuncio?

Era finales de verano y los sectores de la construcción, la ingeniería y la gestión administrativa de la propiedad no hervían de actividad. Habían recibido cuarenta y cinco respuestas. El señor Nyttleton las extendió, una por una, frente a la señorita Aldclyffe.

—Quizá desee leer alguna personalmente, señora.

—Sí, buena idea —asintió ella.

—No le haré perder el tiempo con las candidaturas de personas que son manifiestamente no aptas para el puesto —continuó el abogado, y seleccionó del montón algunas cartas que había marcado previamente, las separó y se las quedó.

Prosiguió—: El hombre que buscamos, si no me equivoco, está en estas cartas, y sería aconsejable elegir unas cuantas para comunicarnos con los candidatos y seguir el proceso de selección.

—Me gustaría leerlas todas, aunque sea por encima, sin desechar ninguna —dijo la señorita Aldclyffe suavemente.

A juzgar por su expresión, el abogado pensó que se trataba de una pérdida de tiempo, pero dejó a un lado su opinión, abrió una a una todas las cartas y las fue extendiendo frente a la señorita Aldclyffe. A medida que lo hacía, se dio cuenta de que su cliente las examinaba a la misma velocidad con la que él las presentaba. La observó disimuladamente con el rabillo del ojo y se fijó en que lo único que hacía era echar un vistazo somero al pie de la carta para leer el nombre de la firma, y apartaba la misiva sin dilación. Nyttleton pensó que era un sistema un tanto peculiar para analizar los méritos de los cuarenta y cinco candidatos que se habían tomado la molestia de concretar los motivos por los que se consideraban cualificados para el puesto. Por fin llegó a la última y la apartó como había hecho con las demás.

La dama dijo entonces que, en su opinión, era mejor obtener el mayor número de respuestas antes de decantarse por un candidato, «para disponer de más opciones, ¿no le parece, señor Nyttleton?».

—Bueno, no sé si es necesario más candidatos, además de los que ya han contestado —respondió el abogado—. Si esperamos más, quizá se nos plantee un inconveniente, y es que algunos de los que hoy están disponibles ya no lo estén cuando nos dirijamos a ellos.

—No importa, correremos el riesgo —declaró la señorita Aldclyffe—. Ponga el anuncio una vez más y después decidiremos.

El señor Nyttleton asintió y parecía pensar que la señorita Aldclyffe, pese a ser una mujer soltera, y que no se había preocupado de asuntos de esta clase, era una cliente bastante entrometida. Pero era rica y elegante. «Es nueva en la administración de sus bienes —pensó—. Pronto se cansará». Y se despidió de ella sin ninguna preocupación que alterara su aburrida existencia.

Las dos damas se encaminaron hacia el oeste. Dejaron el coche de punto en Waterloo Place, siguieron andando por el Pall Mall, donde, en lugar de los habituales rostros rubicundos y colorados por el alcohol que poblaban la avenida tras frecuentar los clubs, se encontraron con cuadrillas de pintores con delantales de lino, pálidos a causa del blanco de plomo. Cuando alcanzaron Green Park, Cytherea sugirió que se sentaran un rato bajo los olmos que poblaban la curva del monte. Así lo hicieron. A su izquierda tenían el sordo rumor de Piccadilly y, a la derecha, la reclusión monástica del Palacio Real. Frente a ellas se extendía vertical el reloj del Parlamento, erguido a lo lejos con una pátina metálica contra el lívido cielo de Lambeth.

La señorita Aldclyffe llevaba en la mano un ejemplar del periódico y, mientras Cytherea contemplaba el paisaje, la dama repasó de nuevo el anuncio. Exhaló un pesado suspiro y volvió a doblar el periódico. Al hacerlo, reparó en dos anuncios de

la portada, uno sobre conferencias de arte dirigidas a los miembros del Instituto de Arquitectos; el otro procedía de la misma fuente, pero dirigida al gran público; afirmaba que la exposición de dibujos en las salas del Instituto se cerraría el fin de semana.

Su mirada se animó. Envío a Cytherea de vuelta al hotel en un coche de punto y torció por Piccadilly hasta Bond Street, en dirección al mencionado Instituto. El secretario se encontraba en el vestíbulo. Tras pagar su entrada y contemplar algunos de los dibujos expuestos, en compañía de otros tres caballeros, los únicos visitantes de la exposición, volvió al vestíbulo y preguntó si sería posible obtener una lista de los miembros del Instituto. Afirmó, sonriendo, que tenía algunas conexiones en el mundo de la arquitectura y que le interesaban ciertos nombres en concreto.

—Aquí tiene, señora —dijo el secretario educadamente, tendiéndole un panfleto con la lista.

La señorita Aldclyffe fue pasando las páginas hasta llegar a la letra «M». El nombre que esperaba encontrar estaba allí, en efecto, junto con su dirección, como los demás. Se trataba de un apartamento en una calle cercana a Charing Cross. La palabra «apartamento» aplicada a una residencia, según la señorita Aldclyffe, suponía que el caballero que allí se alojaba era soltero. Murmuró:

—Sigue ahí.

Tenía que formular otra petición, pero de carácter menos discreto que la primera, y por tanto corría el riesgo de comprometer el secreto con que deseaba actuar en este episodio. Quería obtener uno de los sobres que había en la mesa del secretario, con el membrete del Instituto; para ello, iba a preguntarle si podía escribir una nota. Pero, por suerte, el secretario se levantó, le dio la espalda y se acercó a uno de los hombres del fondo de la estancia, que le había llamado para preguntarle sobre uno de los dibujos expuestos. Veloz como el pensamiento, la señorita Aldclyffe se puso de espaldas a la mesa, deslizó la mano por detrás, tomó un sobre y se lo guardó.

Paseó por las salas dos o tres minutos más y luego se retiró y regresó al hotel. Allí recortó el anuncio de Knapwater del periódico, lo puso en el sobre y con una letra rotunda y firme escribió la dirección que había visto en la lista de los miembros del Instituto:

Aeneas Manston, Esq.  
Apartamentos Wykeham  
Spring Gardens

Así terminó su primer día de trabajo en Londres.

## IV. Del 26 de agosto al 1 de septiembre

Las dos Cythereas estaban alojadas en el hotel Westminster y la señorita Aldclyffe informó a su acompañante de que sus asuntos la retendrían en Londres una semana más. Los días pasaron tan lenta y tranquilamente como pasan en una ciudad en esas fechas, con las ventanas bajadas frente a las plazas y los paseos, como ojos que se confrontaban con las órbitas blancas y carentes de vista de los ciegos. El jueves las visitó el señor Nyttleton, que informó a la señorita Aldclyffe del número de respuestas a su anuncio. Cytherea estuvo presente en la entrevista, por indicación expresa de la dama, ya fuera por capricho o intencionadamente.

Habían llegado diez cartas más como resultado del segundo anuncio y ascendían a cincuenta y cinco. La señorita Aldclyffe las revisó igual que la primera vez. Una estaba firmada por un tal Aeneas Manston, 133, Turngate Street, Liverpool.

—Bien, señor Nyttleton, le ruego que seleccione a sus candidatos, uno o dos, y yo haré lo mismo —ordenó la señorita Aldclyffe.

El abogado echó un vistazo al montón de cartas, misivas y referencias y las dispuso en dos pilas. La misiva de Manston, después de un breve examen, terminó en el montón de los rechazados.

La señorita Aldclyffe leía las cartas, o fingía hacerlo, después del abogado. Cuando hubo terminado, quedaban cinco en el grupo que él había seleccionado.

—¿Le gustaría añadir alguna? —preguntó, volviéndose a la dama.

—No —replicó ella, despreocupadamente—. Bueno, dos o tres más que me han parecido interesantes —añadió, buscándolas de otra pila mayor. Sacó tres de ellas, y una era la de Manston.

—Bien, me pondré en contacto con estos ocho candidatos —dijo el abogado, que tomó las ocho cartas y las colocó frente a ambos.

Se levantaron y el abogado añadió, despreocupadamente, sosteniendo una carta en la mano:

—Por mi parte, escogería a este hombre sin dudarle. Escribe con honestidad y no tiene miedo de confesar que hay aspectos del trabajo que no conoce (algo poco frecuente en las cartas que se postulan a un puesto). Sus referencias son buenas y posee algunas cualidades que rara vez se encuentran en una misma persona. Lo sorprendente es que no es un administrador, en realidad. Se crio como granjero, estudió arquitectura, trabajó en una propiedad un tiempo y luego, en un estudio de arquitectura. Hoy es un buen arquitecto, administrador y encargado. Sin duda sabrá llevar las riendas de una propiedad como la suya —dijo, tamborileando los dedos sobre la carta—. Sí, le escogería sin dudarle, aunque solo es mi opinión personal.

—Y yo creo —respondió la señorita Aldclyffe con cierto artificio— que le escogería por una cuestión de preferencia personal, y claro está que esa no es la mejor manera de tomar una decisión, cuando se trata de solucionar asuntos de cariz práctico.



Cytherea, tras contemplar largamente el paisaje desde la ventana, y luego los periódicos, se había interesado por el diálogo entre la señorita Aldclyffe y el astuto y anciano abogado, porque se le antojaba un juego. Miró intrigada las dos cartas que sostenían cada uno en sus manos.

—¿Cómo se llama su candidato? —dijo la dama.

—Se llama... —respondió el abogado mirando al pie de la carta—... Se llama... ¡Ah, sí! Edward Springrove.

La señorita Aldclyffe miró a Cytherea, que alternaba el rojo y el blanco en los colores de su tez y devolvió la mirada a su dueña, implorante.

—El nombre de mi candidato —dijo la señorita Aldclyffe, mirando la carta que sostenía en la mano— es Aeneas Manston.

## V. El 3 de septiembre

Al cabo de dos días, se fijaron las entrevistas, que tendrían lugar en las oficinas del abogado. Los señores Nyttleton y Tayling se encontraban en la ciudad y los candidatos entraron uno tras otro en una salita privada. La señorita Aldclyffe se había instalado en el alféizar de la ventana, con un velo que le ocultaba el rostro.

En las cartas que había enviado a cada candidato, el abogado había asignado un intervalo de diez o quince minutos a cada uno para los encuentros. A medida que llegaban, les hacían pasar, mantenían una breve conversación con el señor Nyttleton, directa y sin rodeos. La señorita Aldclyffe no decía ni hacía nada durante el diálogo; hasta se podría pensar que no prestaba atención, si no fuera porque, a pesar del velo que cubría su expresión, traslucían sus dos brillantes ojos negros, penetrantes y clavados en el abogado y su interlocutor.

Springrove llegó en quinto lugar y Manston, el séptimo. Cuando terminaron las entrevistas, y se retiró el último candidato, Nyttleton volvió a preguntarle a su cliente cuál de los ocho prefería. Y añadió:

—Aún pienso que el quinto, Springrove, el hombre cuya carta me impresionó, es el candidato mejor cualificado y que más se adaptaría al puesto.

—Lamento decirle que difiero de su opinión. Me reafirmo en mi primera intuición: el señor Manston es el más apto en tono y actitud, y hasta específicamente creo que me entenderé mejor con él, a la larga.

El señor Nyttleton miró por la ventana y contempló la pared blanquecina del patio. Respondió:

—Por supuesto, señora, tiene todo el derecho a sostener su opinión, que sin duda es acertada y sólida. Como sabe, las damas poseen un instinto especial para llegar antes a conclusiones veraces que los hombres, que damos rodeos y perdemos tiempo en reflexiones largas y laboriosas, basadas en la experiencia. Pero debo confesar que yo no optaría por ese candidato.

—Dígame por qué.

—Bueno, si analizamos su primera carta de respuesta al anuncio, caemos en la cuenta de que no respondió hasta que se publicó por última vez. Eso es un dato. Su carta es directa y franca, pero lo es tanto que, pensándolo mejor, creo que no es ni directa ni franca, sino que exhibe falta de escrúpulos y de conciencia. Está escrita de manera indiferente, como si pensara que está tomándonos el pelo cuando dice que es la persona adecuada para el empleo y que se esforzó por contestar lo antes posible. Lo dice como si fuera un simple gesto, algo necesario sin lo que su candidatura no se tendría en cuenta.

—Quizá tenga razón, señor Nyttleton, pero no veo en qué basa su razonamiento.

—Como se habrá dado cuenta, su trayectoria profesional está casi circunscrita a las labores de un arquitecto en un estudio de ciudad, y esa no es la experiencia que buscamos. Usted necesita un hombre familiarizado con las propiedades rurales, de

manera más práctica; alguien que, si bien no ha ocupado nunca el puesto de encargado, sí conoce las particularidades de la vida rural y lo que implica una propiedad, sus arrendatarios, el cultivo de los campos y demás.

—Es el candidato más intelectual que hemos entrevistado.

—Sí, tal vez. Sin duda su opinión en ese aspecto es más valiosa que la mía, señorita Aldclyffe. Y más aún, es un hombre de muchos recursos, y estoy seguro de que quizá su capacidad intelectual le permitirá aprender los aspectos que le harán el hombre idóneo para el puesto. No me cabe duda. Pero si debo ser sincero —y aquí sus palabras salieron más atropelladas—, yo no me arriesgaría a dejar la administración de mi propiedad en manos de ese caballero, bajo ningún concepto. He dicho, tan claramente como soy capaz, mi opinión.

—Pero veamos, señor Nyttleton —insistió ella con un deje de impaciencia—, ¿en qué razón se basa para decir eso?

—Es un hedonista activo, lo cual es desaconsejable en un hombre, algo que, además, no suele darse.

—Oh. Gracias por su declaración tan explícita, señor Nyttleton —dijo la señorita Aldclyffe, ruborizándose, desagradablemente sorprendida.

El señor Nyttleton asintió levemente, con un gesto neutral que reconocía que la información, buena o mala, se había transmitido. La dama prosiguió:

—Pero creo que no vale la pena que se preocupe por este asunto. Para un lugar insignificante como mi pequeña Knapwater House, será lo bastante bueno. Y sé que no me llevaría bien con ninguno de los demás ni un mes. Así que probaremos con él.

—Por supuesto, señorita Aldclyffe —asintió el abogado.

Y así fue como el señor Manston recibió una carta que le anunció que había sido elegido para el puesto.

—¿Te diste cuenta de que, en la sala, su temperamento empezaba a dominarla? —le dijo Nyttleton a Tayling, cuando la cliente hubo abandonado el despacho. Nyttleton observaba el carácter de todo el mundo con una luz del norte, sin sol ni sombras. De niño poseía astucia culpable, pero el tiempo, que a todos nos mejora, la había convertido en honorable circunspección. A menudo, la cualidad del vicio, sumada a la simplicidad del niño, se transforma en una virtud cuando alcanza la esfera del conocimiento del adulto.

—Estuve a punto de perder los estribos cuando le dije lo que pensaba sobre su candidato —prosiguió Nyttleton—. Las cualificaciones que ha valorado son su cara y su porte; es apuesto y eso le basta. Y se conocían de antes, de eso también me he dado cuenta.

—Él no parecía ser consciente de ello —apuntó el socio más joven.

—No, y eso me sorprendió. Pero, aun así, en su rostro se leía claramente el amor que ella sentía por él. Pobre solterona, si es lo bastante mayor como para ser su madre... Si ese Manston es un granuja, intentará casarse con ella, como me llamo Nyttleton. Esperemos que, aunque sea inútil para el puesto, al menos sea honesto.

—No creo que esté enamorada de él —dijo Tayling. No los había visto mucho rato, pero le costaba identificar la actitud de la señorita Aldclyffe con el candidato con una expresión de amor.

—Bueno, también es cierto que sobre esto tú tienes experiencia más reciente que yo —reconoció Nyttleton, despreocupadamente—. Y quizá recuerdes más concretamente su naturaleza.

## **PARTE VIII**

### **LO ACAECIDO EN DIECIOCHO DÍAS**

## I. Del 3 al 19 de septiembre

La ternura de la señorita Aldclyffe hacia Cytherea, pese a sus estallidos de irascibilidad, creció hasta convertirse en afectuosa entrega. Al igual que la naturaleza en los trópicos, castigada por huracanes y retribuida con la exuberante vegetación que borra sus estragos, la señorita Aldclyffe compensaba sus ataques, acto seguido, con excesos de generosidad. Parecía vencida por la proximidad de la joven, cuya decencia estaba más allá de la duda y cuya falta de artificio era tan perfecta como compatible con la complejidad para producir el encanto de la feminidad. Cytherea, por su parte, percibía con honesta satisfacción que su buena influencia sobre la señorita Aldclyffe era inmensa. Los hábitos de la joven, que al principio la dama había desechado como capricho, pasaron a formar parte de la segunda, y se recreaba en ellos. Entre otros, rezar las plegarias, la contemplación del paisaje y memorizar versos mientras se vestía.

Pero, por mucho que se esforzara en apreciarla, Cytherea solo sentía agradecimiento por ella, aunque ese sentimiento no la abandonaba. La misteriosa sombra que flotaba sobre el pasado de su dueña, cuyos escasos rayos de luz habían ocultado el misterio con un velo aún más impenetrable, sustentaban en su ánimo una sensación demasiado etérea para llamarla aprensión. Hubiera preferido que la trataran con distancia, como a una criada, especialmente la señorita Aldclyffe, de humor tan cambiante, como una fuente siempre la misma y distinta. No podía creer que su tocaya hubiera participado en un crimen, pero la novelesca y despreocupada juventud de la dueña de Knapwater House le parecía más próxima a lo sombrío que a lo luminoso.

A veces parecía que la señorita Aldclyffe quería confesarle algo inquietante, pero reflexionaba y se contenía. Cytherea esperaba que un día llegase a confiar en ella, y así convertirse en el medio de apaciguar una mente que, obviamente, había experimentado grandes sufrimientos.

Sin embargo, Cytherea no remedaba la reticencia de la señorita Aldclyffe de compartir su pasado. Aunque no confesó que conocía el triste final de la relación con su padre, la ingenuidad de la joven sobre otros asuntos de los que no guardaba silencio había contribuido a que la señorita Aldclyffe extrajera, fragmento a fragmento, detalles de la historia de su padre. Cytherea percibía la simpatía de la señorita Aldclyffe y eso la compensaba del duro trato que a veces empleaba.

Así, siguió viviendo en la incertidumbre. Los criados se dieron cuenta de que había una relación secreta entre la señorita Aldclyffe y su acompañante, una conexión íntima. Pero eran dos mujeres, y los hechos, etéreos y refinados; de manera que no trascendió lo suficiente para convertirse en rumor. Los críticos aún debaten si la épica precisa de una maquinaria sobrenatural, pero lo que es necesario, para el escándalo, es un mecanismo impío.

Edward le había escrito otra carta, más corta pero llena de ruegos; le preguntaba por qué no le escribía una línea, una al menos, de fría amistad. Cytherea se permitió pensar, pausadamente, que quizá había sido demasiado dura y se dijo que tal vez la culpa de estar comprometido con otra mujer no era de Edward, después de todo. «Hay uno más fuerte que tú en mi interior, ¡oh, cerebro!», exclamó Cytherea. La joven sacaba la carta de Edward una y otra vez, la leía y releía al borde de las lágrimas y de la compasión, y pensó en el terrible sufrimiento que su silencio le causaba, hasta que su propio corazón la amonestó por su crueldad. Decidió que sí, que debía escribirle, aunque fuera una línea, breve y escueta, una línea para que siguiera con vida, pobre. Y suspiró, como *donna* Clara:

Ah, si se encontrara frente a mí,  
a pesar de mi orgullo herido,  
temo que le perdonaran mis ojos,  
antes de que mi lengua lo haya reprendido.

## II. 20 de septiembre, de las tres a las cuatro de la tarde

Habían transcurrido cinco semanas desde la llegada de Cytherea. En la tercera semana de septiembre, la señorita Aldclyffe le pidió que le acompañara al pueblo de Carriford y la ayudara a recoger las suscripciones de los adeptos de la parroquia para una sociedad religiosa de la que ella era patrona. La señorita Aldclyffe formaba parte de una Asociación de Damas y cada miembro se ocupaba de encauzar un afluente de chelines al que se sumaba luego su propia libra.

Esa tarde, la señorita Aldclyffe se preocupó especialmente por el aspecto de Cytherea y, desde luego, resultó gratificante contemplar el objeto de su atención. La imagen de la esbelta muchacha, envuelta en un vestido ligero, una coqueta chaqueta, un sombrero flexible, un rayo de sol en cada ojo y una refriega de violetas y rosas en cada mejilla, constituyó un placer palpable para la dueña; sin embargo, parecía proceder menos de una satisfacción afectuosa que de una complacencia mental.

En el informe que la señorita Aldclyffe había recibido constaban ocho nombres y, al lado, la suscripción que abonarían.

—Yo veré a los cuatro primeros, y tú a los cuatro últimos —dijo la señorita Aldclyffe.

Los nombres de dos comerciantes eran los primeros en la parte que le tocó a Cytherea; después venía una tal señorita Hinton y, al final de la lista, el señor Springrove, padre. Bajo su nombre, escrito a lápiz con la letra de la señorita Aldclyffe, ponía «señor Manston».

Manston había llegado a la propiedad, como administrador, tres o cuatro días antes y había ocupado la antigua residencia, acondicionada y lista para su uso.

—Ve a ver al señor Manston —dijo la dama, con intención, mirando el nombre escrito en la lista que Cytherea tenía en la mano.

—Pero si aún no es suscriptor.

—Lo sé, pero de todos modos ve a visitarle y *déjale* un panfleto. No lo olvides.

—¿Le digo que a usted le complacería que se suscribiera?

—Sí, sí, dile eso —asintió la señorita Aldclyffe, sonriente—. Adiós, no te apresures. Si no puedes terminar las visitas hoy, puedes hacer alguna mañana.

Y así cada una comenzó sus visitas. Cytherea fue primero a la antigua residencia. El señor Manston no se encontraba en la casa, lo cual resultó un alivio para Cytherea. Visitó a las dos viudas de los granjeros, que despacharon el asunto con indiferente frialdad. A menudo, las personas cuya situación social no es mayor de la que no pertenece a esa escala, como le sucedía a Cytherea, la menospreciaban con más facilidad que las que ostentaban posiciones más elevadas.

Después se dirigió a Peakhill Cottage, la residencia de la señorita Hinton, que vivía allí felizmente con una vieja sirvienta y un perro por toda compañía. Su padre, y único pariente, se había jubilado en esa casa no hacía ni cuatro años, después de



trabajar dieciocho o veinte años de editor en el periódico *Casterbridge Chronicle*. Allí había muerto, poco tiempo después, y aunque era un hombre de fortuna modesta, dejó a su hija suficientemente bien provista con un modesto fondo y un surtido de reclamaciones de dividendos que le permitían mantenerse como señora de Peakhill. Cuando Cytherea golpeó la aldaba, se oyó una puerta interior abrirse y cerrarse y unos pasos vacilantes acercándose a la entrada. Al cabo de un minuto, Cytherea tuvo frente a sí a la dueña de Peakhill Cottage.

Adelaide Hinton tenía veintinueve años. Tenía una abundante melena, como la de Cytherea; sus dientes eran igual de regulares y blancos que los de la joven. Pero era mucho más pálida y sus facciones demasiado transparentes para pertenecer al entorno en que se movía. Su boca no expresaba cariño con tanta naturalidad como Cytherea, en parte debido a su madurez; su paso era menos elástico y su porte, por tanto, más controlado.

Había sido una de esas niñas que alaban las madres por prudente, en contraste con las que tenían una naturaleza más cálida y concebían el amor como un fin en sí mismo y no como medio. Los cuarentones decían que «sería una esposa perfecta para cualquier hombre, si se decidiera a casarse», aunque esta afirmación no pasaba de vaga hipótesis, porque ella era una mujer pragmática. Sería muy extraño que, en casos como este, el sujeto más importante del matrimonio pudiera ser excluido de los asuntos domésticos por manos dispuestas a una acción práctica.

Cytherea era una novedad y fue recibida con un sincero y cálido saludo.

—¡Buenas tardes! Oh, sí, la señorita Graye, de parte de la señorita Aldclyffe. La he visto en la iglesia, ¡me alegro de que se haya venido! Pase, pase. Me pregunto si dispongo del suficiente sueldo para pagar mi suscripción —dijo con voz agitada, como de jovencita.

En compañía de mujeres más jóvenes, Adelaide descendía a la edad de su acompañante, en una suerte de acto de justicia con su persona, como si, a pesar de no tener por ley la misma edad, la tuviera por sentido de la igualdad.

—No importa, puedo volver.

—Por favor, no deje de hacerlo. Y no solo para eso, también para quedarse un rato, un minuto o dos. Por favor.

—Llevo varias semanas deseando venir.

—Estupendo. Tengo que enseñarle la casa, algo solitaria, ¿no es cierto?, para una sola persona. La gente dice que es un poco raro que una mujer sola conserve una casa tan grande, pero ¿qué me importa lo que digan? Si supiera con cuánto placer cierro tras de mí la puerta de mi hogar, con la sensación de ser la reina de lo que estas paredes encierran, sin duda convendría conmigo en que vale la pena que me tilden de extraña. El señor Springrove se ocupa de mi jardín, el perro se ocupa de los ladrones y si hay una serpiente o un sapo en la cocina, Jane se ocupa de ellos.

—¡Qué agradable! Es mejor que vivir en la ciudad.

—Y tanto que sí. En una ciudad me volvería una cínica.

El comentario le recordó a Cytherea, extrañamente, lo que Edward había dicho, con las mismas palabras, aquella noche en Budmouth.

La señorita Hinton abrió una puerta y condujo a su visitante hasta una pequeña sala de estar desde la que se divisaban millas y millas de paisaje.

Pronto se arregló el asunto de la suscripción, pero siguieron hablando.

—¡Qué sola debe sentirse aquí de noche! —exclamó Cytherea—. ¿No tiene miedo?

—Al principio un poco. Pero me he acostumbrado a la soledad. Y al final el sentido común se abre paso, hasta en una mujer tímida como yo. A veces, de noche, me digo: «Si no fuera una mujer inofensiva, a la que no se aparecería ni el fantasma de un gusano, pensaría que cada ruido que oigo procede de un espíritu». Pero venga, venga a ver la casa.

Cytherea estaba muy interesada.

—Vaya, le digo «tiene que hacer esto y aquello» como si fuera usted una niña —observó Adelaide—. Una buena amistad mía me asegura que empleo el imperativo porque no disfruto de más compañía que la mía.

—Ah, sí. Supongo que su amiga tiene razón.

Cytherea optó por pensar que era una dama quien así se dirigía a la señorita Hinton, por una regla que obliga a suponer delicadamente que una «amistad» es del mismo sexo, si no hay información que demuestre lo contrario, como se da por supuesto que los gatos son hembras, hasta que se revelan machos.

La señorita Hinton se rio misteriosamente.

—De vez en cuando me riñen con cariño por ello, se lo aseguro —prosiguió.

«Con cariño». Entonces, el dulce reproche no procede de una mujer, pues solo un hombre puede reñir cariñosamente; así discurría la mente de Cytherea.

—Su hermano, entiendo, es quien la amonesta —dijo la joven e inocente muchacha.

—No —repuso la señorita Hinton, con aire cándido—. Es un arquitecto conocido mío.

Y miró por la ventana.

Las mujeres son imitadoras constantes. Tan pronto a Cytherea se le ocurrió que el hombre era amante de la señorita Hinton, se convirtió a su modo en una señorita Aldclyffe.

—Un amante, imagino —sugirió.

La señorita Hinton exhibió una sonrisa con aire de experiencia. Pocas mujeres, cuando se insinúa que tienen un admirador, están libres de la vanidad de afirmarlo, aunque sea falso. Si, además, es cierto, apartan con pudor la vista de la persona que lo sospecha.

—¡Señorita Hinton, usted está prometida! —exclamó Cytherea declarativamente.

Adelaide asintió, pragmática, y lo admitió:

—Así es, la verdad.

Apenas hubo exhalado «prometida», el sonido de la palabra en sus labios la hizo recordar el momento en que la señorita Aldclyffe se había referido a un compromiso, en referencia a ella misma. Una idea repugnante tomó forma, basada en una suposición y despejó cualquier otra de la mente de Cytherea. La señorita Hinton había empleado la expresión y el tono de Edward; había dicho que el señor Springrove se ocupaba de su jardín. ¡Edward era el hombre comprometido con la señorita Hinton! Y tal vez había sido un plan de la señorita Aldclyffe para revelar a Cytherea la conducta de su rival.

—¿Para cuándo es la boda? ¿Pronto? —inquirió, con una firmeza hija de la fascinación, aunque disfrazada de indiferencia.

—No, pronto no. Pero espero que no tarde mucho.

—¡Ah! ¿Menos de tres meses, quizá? —preguntó Cytherea.

—Dos.

Ahora que habían abordado el tema, no hacía falta tirar de la lengua a Adelaide.

—¿Promete ser discreta si le enseño una cosa? —preguntó, con tono misterioso.

—¡Claro que sí! Pero dígame, ¿vive el novio en la comarca?

—No.

Aún no se había demostrado nada.

—¿Cómo se llama? —preguntó Cytherea directamente. Su respiración y su corazón se agitaban como en los viejos tiempos, y estaba alterada, si bien la señorita Hinton no veía su rostro arrebolado.

—¡Adivine! —dijo la otra.

—No sé... ¿George? —preguntó Cytherea, con una mentira agónica.

—No —dijo Adelaide—. Pero venga, primero lo verá. Venga, acérquese.

La condujo al primer piso, a su habitación. Allí, en un marco encima del tocador, se erguía el retrato de Edward Springrove.

—Ese es —dijo la señorita Hinton, y hubo un silencio.

—¿Le quiere usted? —preguntó la pobre Cytherea, por fin.

—Sí, por supuesto que sí —replicó la otra, pero en un tono automático, como quien recita el catecismo, sin conciencia del hecho solemne de lo que está diciendo—. Es un primo mío, oriundo de este mismo pueblo. Nos comprometimos antes de que la muerte de mi padre me dejara sola. Tenía veinte años y la verdad entonces era más guapa que ahora. Nos conocemos muy bien, como se puede imaginar. Y, de vez en cuando, también yo le riño un poco.

—¿Por qué?

—Oh, es en broma. Porque a veces se porta mal; no mucho, entiéndame. Pero basta un rostro bonito para atraer su atención.

Cytherea guardó este detalle sobre la naturaleza volátil de Edward Springrove para compadecerse más adelante, cuando tuviera tiempo. Preguntó, con el corazón lleno de tristeza:

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, una mujer termina enterándose de todo. Vivía en Budmouth; trabajaba de asistente en el estudio de un arquitecto y descubrí que una muchachita de allí le había deslumbrado un par de días. Pero no sentí celos, pues nuestro compromiso está tan asumido que no podemos sentirlos. Y, ¡bueno!, fue un flirteo, porque ella era una simple, demasiado tonta para él. A Edward le gusta remar y una tarde o dos tuvo la gentileza de acompañarla a pasear en barca. Seguro que hablaron de las tonterías más desatadas que uno pueda imaginar: ligerezas para pasar el rato, como sucede en los sitios de veraneo. Ninguno de los dos se lo tomó en serio, ella riéndose como una oca todo el rato y él...

—¡No fue así! ¡No fue una ligereza! —explotó Cytherea, desplazando el aire y colmando la atmósfera de esencia femenina. Sus ojos se llenaron de lágrimas y siguió hablando velozmente—: Hubo engaño de una parte y total confianza de la otra, ¡eso sucedió!

La emoción acumulada, que había crecido durante una hora, terminó por estallar y derribar la contención de la pobre jovencita. En cuanto dijo esas palabras, se arrepintió y hubiera dado un mundo para poder borrarlas. Pero la señorita Hinton, sorprendida y suspicaz ante la violenta afirmación de Cytherea, preguntó:

—Pero ¿es que la conoce, o quizá a Edward?

En las dos rivales se habían disuelto sus rasgos personales. Ambas exhibían ojos brillantes, la misma mueca en la boca, igual expresión al mirarse, entre excitadas y dudosas. Como sucede si dos mujeres discuten acaloradamente por un hombre, la situación difuminó las diferencias que las caracterizaban y solo persistían los rasgos de su sexo.

Cytherea aprovechó la ocasión para no descubrirse.

—Así es, la conozco —dijo.

—Vaya —dijo la señorita Hinton— pues lamento haber hablado a la ligera de una amiga suya, hasta herir sus sentimientos, pero...

—Oh, no se preocupe —replicó Cytherea—. No importa, señorita Hinton. ¡Qué tarde se ha hecho! Tengo que irme. Me quedan aún varias visitas, sí. Debo irme.

La señorita Hinton, perpleja, acompañó a su visitante hasta la puerta de abajo. Cytherea se despidió apresuradamente y corrió por el jardín hacia la carretera.

La joven siguió obedientemente la lista, en una suerte de placer doloroso; estaba segura de que le infligirían sinsabores, y eso le gustaba. El siguiente nombre de la lista era el señor Springrove, y encaminó sus pasos hacia su vivienda, en la posada de los Tres Mercaderes.

### III. De las cuatro a las cinco de la tarde

Las casitas alineadas en la calle mayor de Carriford no estaban tan cerca unas de otras, sino que, a un lado u otro de la vía, se erguía un parapeto de arbustos, espino blanco o ligustro, y por encima se divisaban los jardines o huertos de frutas y hortalizas. Era la época inicial de la cosecha de manzana y, de vez en cuando, los campesinos sacudían los árboles cargados. La suave caída de las manzanas sobre la hierba se combinaba con el enérgico sonido de los pájaros sobre una verja, o en un gallinero, o en los porches, o enganchados en las espaldas encorvadas de los cosechadores, la mayoría niños, que habrían derramado amargas lágrimas si otro animal les acometiera, pero a estos los aceptaban divertidos, jugando entre las manzanas.

La posada de los Tres Mercaderes era una edificación medieval de numerosos tejados, construida casi enteramente de madera, yeso y paja, que se levantaba al borde de la carretera, casi frente al cementerio, unida a una hilera de casitas y humildes cobertizos con tejado de paja. Era un ejemplo poco común y elegante de la típica posada de carretera de tiempos pasados; y, por su situación en una de las grandes vías de esta parte de Inglaterra, había sido el escenario de lo que hoy se considera una experiencia romántica: viajar en carruaje y pernoctar en una posada. El ferrocarril se había atraído a la mayor parte de viajeros que antes abarrotaban el pueblo y alrededores, y también a la vieja puerta de la posada. Por ello, el desprovisto dueño se había visto obligado a incrementar los campos dedicados al cultivo agrícola, en la parte trasera del edificio, para aumentar sus magros ingresos y mantener su posición. Además de la tremenda calma que imperaba en el lugar, la larga hilera de cobertizos junto a la edificación principal era el testigo más desconsolador de la vieja gloria de la posada de los Tres Mercaderes. Eran, en su mayor parte, los antiguos establos, y donde antaño, de un lado a otro del camino de piedra, pisaban los cascos de los caballos de postas, crecía espesa la hierba; la línea de tejados, antes derecha, ahora se hundía en profundos huecos en decadencia y se asemejaban a las mejillas hundidas de la proveya edad desdentada.

En un campo verde, al otro lado del edificio, crecían tres enormes olmos, con las ramas extendidas, y de ahí colgaba el cartel de la posada, representando a tres mercaderes, uno junto al otro, iguales como gemelos. El grano de la madera y las grietas de las tablas se adivinaban bajo la fina capa de pintura que dibujaba sus formas, aún más desfiguradas por las manchas rojizas de los herrumbrosos clavos que sujetaban el cartel.

Bajo los árboles se erguía una prensa y un molino para fabricar sidra y jugo de manzana y bajo el punto en que las ramas protegían del sol se encontraban el señor Springrove, sus hombres, el administrador de la parroquia, dos o tres personas más, obreros y excedentes, una mujer con un bebé en brazos, un puñado de palomas y

unos críos con pajas en la boca, tratando de hacerse con un sorbo del preciado y dulce líquido cuando los otros se distraían.

Edward Springrove padre, el administrador, ahora granjero, llevaba dos años dedicado al mercado de la sidra y trabajaba, como en los viejos tiempos, codo con codo con sus hombres. Estaba empujando los hollejos en sacos con la ayuda de un pisón, y Gad Weedy, su segundo, extraía a su lado el líquido de un bidón. La pala relucía como si fuera de plata por el jugo de la manzana y, de vez en cuando, con un rítmico movimiento, atrapaba los rayos del sol que declinaba, reflejándolos con deslumbrantes destellos.

El señor Springrove había sido demasiado joven en la época dorada de la posada de los Tres Mercaderes para sentirse un anfitrión, a estas alturas. Era un poeta de piel dura, cuya solidez era el resultado de las circunstancias, antes que de la naturaleza intrínseca de su ser. Demasiado amable para ser previsor, tampoco era imprudente. Tenía una disposición silenciosamente humorística, con frecuentes ramalazos de melancolía, y la expresión general de su rostro expresaba un aire de abstracción. Como expresó Walt Whitman, él también podría decir, al haberse hecho mayor:

Preveo demasiado; y significa más de lo que pensaba.

En esa ocasión llevaba polainas, un delantal de cuero y las mangas de la camisa dobladas hasta los codos, mostrando brazos sólidos y corpulentos, no musculosos, manchados de sidra; dos o tres pieles de manzana se le habían pegado aquí y allá.

La otra figura prominente era Richard Crickett, el administrador de la parroquia, una especie de galán expurgado, que comía como una mujer y tenía reumatismo en la mano izquierda. El resto del grupo lo componían campesinos de rostros morenos, que llevaban blusas de trabajo con corazones y diamantes bordados en los hombros, ceñidas en la cintura por una tira de cuero, y otra en la mano derecha.

—¿Ha visto al administrador, señor Springrove? —preguntó el empleado.

—De pasada, pero me bastó para saber que no se quedará mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—No soporta bien las veleidades de una mujer que lleve las riendas.

—Bueno, paga bien —observó un trabajador—, y el dinero es dinero.

—Eso es muy cierto —añadió el otro.

—Así es, amigo Crickett —dijo Springrove—. La señora estallará y perderá la paciencia, como quien arroja grasa al fuego, y será el punto final. ¡Menuda es esa! —continuó el granjero, descansando, levantando la mirada y observando una manzana en la distancia.

—Pues, sí —afirmó Gad, que aprovechó para descansar él también (es inaudito lo poco que le cuesta a un obrero imitar a su dueño, si se trata de descansar) y contempló reflexivamente el suelo a sus pies.

—Es así: una mujer de carácter —intervino el administrador de la parroquia, negando ominosamente con la cabeza.

—¡Qué genio tiene! —dijo el granjero—. Y también es caprichosa. Cuando decide algo, es imposible detenerla. Preferiría dedicarme todo el día a limpiar patas de cangrejo que vivir con ella.

—Es cierto que tiene temperamento, aunque mal me esté decirlo, por ser hombre de Iglesia —afirmó el administrador—. Pero esta vez no creo que pierda los estribos tan fácilmente.

Los demás esperaron a que siguiera hablando; sabía por experiencia que se tomaba su tiempo en retomar la conversación. El hombre tragó saliva, como si fuera a decir algo delicadísimo, y luego prosiguió:

—Hay algo entre ellos, escuchadme bien. Hay algo entre ellos.

—¿En serio?

—Lo sé bien. Regresó el sábado, ¿no?

—Pues sí —dijo Gad Weedy, tomando una manzana de la prensa; la dio un mordisco y la arrojó al molino.

—Fue a la iglesia el domingo —prosiguió el administrador.

—También es verdad.

—No lo perdió de vista en toda la misa, y su cara alternaba el rojo y el blanco, sin ser una cosa ni otra.

El señor Springrove asintió y se acercó a la prensa.

—Bueno, no es el tipo de mujer que se equivoca en una misa. Por lo general siempre acierta, al pie de la letra, como yo mismo.

El señor Springrove volvió a asentir, y dio una vuelta de tuerca a la prensa, siguiendo el ademán de Gad al otro lado; los dos obreros dejaron entrever en su expresión que, si la señorita Aldclyffe se sabía el himno en la Iglesia como el administrador de la parroquia, lo podría recitar con los ojos cerrados.

—Tan segura como yo —repitió este—. Pero el domingo, cuando íbamos por el décimo mandamiento, ella dijo, «Inclina nuestro corazón a seguir esta ley», y tendría que haber dicho «Leyes de nuestro corazón, Te suplicamos». Pero estaba distraída, no dejaba de mirarlo, y venga «Corazones para respetar esta ley», decía... No era ni la sombra de lo que había sido. Ya podría haberle soplado alguien la frase correcta, que no se habría fijado. Está enamorada, eso digo yo; esa es la verdad.

—Entonces es más tonta de lo que yo pensaba —dijo el señor Springrove—. Es lo bastante mayor como para ser su madre.

—La pelea será entre ella y la Ricitos, ya veréis. No correrá el riesgo de tener una carita tan linda cerca de ella.

—Señor Crickett, parece que lo sabe usted todo de todo el mundo —dijo Gad.

—Bueno, la verdad es que sí —replicó este, con modestia—. Me entero de las cosas.

—Y yo sé cómo.

—¿Ah?

—Su esposa. Sabe entretener, si me permite decirlo.

—Pues es verdad, y se mete a la gente en el bolsillo. Mire los maridos que ha tenido, ¡Dios la bendiga!

—Ocupa usted el tercer puesto en la lista, con honra, señor Cricket, y es cosa de maravillarse —recordó el señor Springrove.

—Bueno, también yo me maravillo, señor Springrove. Pues sí, el matrimonio empieza con «Querido» y termina con «Asombro», como dice la Biblia. Pero ¿qué iba a hacer yo, amigo Springrove? Pasó lo que tenía que pasar. Recuerdo bien lo que su pobre esposa me dijo cuando acababa de casarme: «Ah, señor Crickett, ahora su mujer le llevará a la tumba, como hizo con sus dos primeros maridos. Tenga, tómese un vasito de ron, porque seguramente no volverá por la posada». Apuré el licor y volví al cabo de un año. Le dije: «Señora Springrove, el año pasado me dio usted un vaso de ron porque pensaba que iba a morir y heme aquí, vivito y coleando». «¡Bien dicho! Tenga, aquí tiene dos vasos», me contestó. Se lo agradecí y me tomé el ron obedientemente. Pues al cabo de otro año pensé presentarme otra vez en su posada. Y eso hice, pero esta vez no quiso darme ni una gota del licor más barato. «No, amigo mío. Es usted demasiado duro para la piedad de una mujer». Pobre alma, Dios la tenga en su gloria, tenía razón. Y aquí estoy, vivo, y ella pensaba que iba a morir; vivo y sano como una manzana, mientras la pobre está criando malvas.

—Cuando su señora perdió a dos maridos tan rápidamente, pensé que no estaba en las cartas que tuviera un esposo vivo. Cosa del destino —dijo Gad.

—¿Destino? Qué simple eres. Claro que lo era, pero ella se revolvió, luchó, se obcecó y se salió con la suya, porque quería tener marido y tuvo marido. ¡El destino nada puede contra el deseo de una mujer!

—Entonces el destino es un hombre, como nosotros y como el Señor y los ángeles del cielo —concluyó Gad, mirando hacia arriba.

—¡Vaya! Aquí está la jovencita de la que hablábamos hace un momento —exclamó uno de los obreros—. Y viene hacia aquí, ¡que me aspen!

Los dos obreros se quedaron callados mirando a Cytherea como si fuera un barco atracando en el puerto, y casi dejaron de trabajar en la prensa, absortos en la muchacha.

—Tiene buena figura, en mi opinión, bonitos hombros y cabeza erguida —dijo el administrador—. Cuántos rizos, qué brillantes.

—Si hay un pecado comprensible en una joven —dijo el señor Springrove—, es sentirse orgullosa de su cabellera.

—¡Hombre de Dios! Eso es solo una parte. Tiene buena figura, pero es más pobre que una rata.

—Vamos, señor Crickett, la pobre chica es una doncella, déjela tranquila —le amonestó el granjero Springrove, caballerosamente.

—Oh, no —dijo el servidor de la Iglesia—, si no tengo nada contra ella.



aunque no tiene ni medias ni zapatos  
lleva el pelo rizado y cepillado.

Cytherea se quedó un poco desconcertada al comprobar que era la causa de la detención gradual de la prensa, y más al comprobar que todos los ojos se clavaban en ella, a excepción de los del señor Springrove, cuya delicadeza se lo impedía. Se acercó a la parcela de césped, y se quedó en el borde, vacilante.

El señor Springrove percibió su apuro y se dispuso a aliviarlo al acercarse a ella mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Ya sé por qué ha venido, señorita —dijo— y me alegro de verla. Será un placer atenderla. Vamos dentro.

—Si está ocupado, puedo esperar unos minutos —contestó Cytherea.

—¿Sí? Pues, si no le importa, terminaremos de pensar el último barreño y así podrá reposar toda la noche.

—Por supuesto. Me gustaría verles trabajar.

—De momento solo estamos aprovechando la primera cosecha —prosiguió el granjero, disculpándose a medias por hacer esperar a una dama para fabricar sidra—. Si esperamos a que lleguen las demás manzanas, estas se pudrirán y se pondrán negras como un deshollinador. —Mientras hablaba, volvió a concentrarse en la prensa, y Cytherea se quedó a su lado—. De hecho, voy más retrasado de lo que debiera —se quejó, levantando una palanca para impulsar la prensa e indicando a sus hombres que se acercaran—. Mi hijo Edward me había prometido venir hoy y me organicé para esperarle, pero me envió una carta. «Londres, 18 de septiembre. Querido padre...». Así empezaba, y decía que no podría estar hoy aquí para echarme una mano. Me ha fastidiado.

—Por supuesto —dijo Cytherea.

—¿Tiene trabajo? —preguntó el administrador de la parroquia, acercándose.

—No, pobrecito mío. Trató de hacerse con el puesto de aquí, pero no lo logró. No conozco los detalles, pero de entrada le dijeron que no. Bueno, chicos, en fila india.

Springrove, el administrador, los obreros y Gad se alinearon tras la palanca de la prensa y andaban como soldados, a una, empujando.

—Pues el hombre que ha traído la señora no parece gran cosa, a juzgar por su aspecto —observó el señor Crickett.

—Uno capaz de robar un caballo a un hombre por mirarle por encima del seto —se burló un obrero.

—Bueno, es el administrador nuevo, y todo un caballero, de eso no hay duda.

—También mi Ted lo habría sido —señaló el granjero.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

—Me dije que le daría una buena educación, aunque me costaba los ojos, y lo habría hecho, vaya que sí.

—Vaya que sí —repitió el coro de asistentes, con solemnidad.

—Pero resultó que le gustaban los libros y el dibujo manual, y eso costaba poco dinero. Y por añadidura, las mujeres de la familia concertaron una boda entre él y su prima.

—¿Cuándo se casan, señor Springrove?

—No lo sé, supongo que pronto. Edward puede hacer casi todo lo que se propone, pero no acaba de encontrar un trabajo. A veces desearía que se hubiera quedado aquí y no se hubiera metido ideas raras en la cabeza, convertirse en arquitecto y esas cosas... Pero dibujar se le daba bien.

Dejó caer la palanca y se volvió hacia la visitante.

—Bueno, señorita, vayamos dentro.

Gad Weedy observó con una plácida actitud crítica a Cytherea detrás del granjero.

—Se ve por su acento que no es de por aquí —dijo en voz baja.

En el interior de la casa, Cytherea dijo:

—El ferrocarril le ha dejado un poco solo.

Lo dijo porque, exceptuando las viejas moscas, bastante mansas por la soledad, no había un alma en la posada. Y nadie había vuelto desde que el último pasajero la abandonó para subir al último carruaje que había partido de allí.

—Sí, la posada y yo parecemos un par de fósiles —replicó el granjero, contemplando la sala.

—Oh, señor Springrove —exclamó Cytherea, recordando de repente lo que llevaba tiempo queriendo decirle—. Le agradezco mucho que me recomendara a la señorita Aldclyffe.

Empezaba a sentir un cálido afecto por el anciano. Tenía una naturaleza amable, que le recordaba a su padre.

—¿Recomendarla, yo? No, no, señorita. Fue Ted, mi hijo. Ted mencionó que un compañero de trabajo tenía una hermana que buscaba empleo, y yo se lo mencioné al ama de llaves, nada más. Ah, cuánto le echo de menos.

Cytherea se mantuvo de espaldas a la ventana, para no revelar su tez arrebolada.

—Sí —prosiguió el anciano—. A veces me preocupa. No parece hecho para la ciudad; le altera de una manera extraña. Quizá encuentre la tranquilidad cuando esté casado con Adelaide.

Un sentimiento de impaciencia agitó el espíritu de Cytherea, como el que asalta a un enfermo que oye la campanada de una hora transcurrida en un reloj retrasado. Ya había pasado por eso.

—Todo dependerá de si la ama —observó, temblorosa.

—Siempre la ha querido. Ahora no lo demuestra tanto; creo que es porque se ha hecho mayor. Son muchos años de cortejo, ¿sabe? Y ella ha cambiado mucho desde que se conocieron.

—¿En qué sentido?

—Bueno, es más sensata, sin duda. Cuando recibía sus cartas, subía al cerro y miraba por encima de su hombro, sacaba la carta y la leía, absorta en el horizonte sin

ver nada. Luego, el canto de un cuclillo la despertaba de su ensimismamiento y se sobresaltaba y observaba al pájaro sorprendida; guardaba la carta y enrojecía en un santiamén.

Se adelantó con el dinero del donativo y se lo dio a Cytherea. Aún pensaba en Edward, saltaba a la vista, y distraídamente tomó la mano de la muchacha mientras hablaba con honestidad e ingenuidad:

—No suelo ver a una dama a menudo, y por eso no puedo evitar confesarle mis temores sobre Edward, señorita Graye. A veces tengo miedo de que no salga adelante, de que muera pobre y despreciado, con su mente vencida y consciente de que ha perdido frente a hombres que no son nada en comparación con sus facultades; él mira más allá, insatisfecho con los apaños, en busca de la perfección, y enfermando porque no existe... Me alegra que se case: así sentará la cabeza y eso puede ser bueno. Ah, espero que sea para bien.

Dejó la mano de Cytherea y la acompañó hasta la puerta, añadiendo:

—Si alguna vez, de tarde en tarde, le apetece pasear hasta aquí y hablar con un anciano, será un placer, señorita Graye. Buenas tardes. Mire, el cielo anuncia tormenta. Vuelva deprisa a casa, señorita. ¿O prefiere que la acompañe?

—No, muchas gracias, señor Springrove. Buenas tardes —se despidió Cytherea en voz baja, apresurándose a partir. En su mente no había más que un pensamiento: Edward había jugado con su amor.

## IV. De las cinco a las seis de la tarde

Siguió el camino hasta dar con una pérgola arbolada, que cubría el paso con tanta densidad que parecía una madriguera, y por fin alcanzó una entrada lateral al parque. Las nubes crecían más rápidamente de lo que había anticipado el granjero: las ovejas avanzaban en fila, y balaban quejosamente. Sombras grises y lívidas, como las de los pintores franceses modernos, convertían los rincones oscuros del paisaje en un misterio y parecían querer arrebatarse el aliento del observador. Quedaba por recorrer la mitad del camino cuando se oyó claramente un trueno.

La ruta llevaba hasta la vieja residencia. El aire estaba quieto y, entre bramido y bramido de los cielos, se oía el rugido de la catarata frente a ella y el crujir del motor entre los arbustos. Se dio prisa, amedrentada por el clima plomizo y la tormenta próxima, y se acercó a la vieja residencia que se erigía frente a ella contra el oscuro follaje y los cielos pintados en extraños tonos de blanco.

En los peldaños que descendían del porche hasta el nivel del parque había un hombre. Parecía muy alto, en parte debido a la magnitud que la posición confería a su figura, y en parte porque lo era. Transmitía una eminencia oscura y observaba el cielo con las manos a la espalda.

Para avanzar, Cytherea tenía que pasar delante de él. No quería hacerlo y estuvo a punto de dar la vuelta y regresar por el sendero bajo los árboles, para entrar en el parque más allá de la vieja residencia; pero el hombre la había visto y ella se acercó mecánicamente, ocultando, sin darse cuenta, el rostro, y bajando la mirada.

Sus ojos recorrieron el sendero, hasta dar con una bifurcación perpendicular al camino que seguía. Procedía de los peldaños de la casa. «Ahora estoy delante de él, —pensó—, y siento sus ojos clavados en mí».

En ese momento, una voz clara y masculina preguntó:

—¿Tiene usted miedo?

Interpretó la pregunta según lo que sentía en ese instante, y supuso que era de él de quien debía tener miedo. Replicó, vacilante:

—No lo creo.

El caballero pareció comprender el sentido de la respuesta, pues matizó:

—De la tormenta, quiero decir. No de mí.

No le quedó más remedio que darse la vuelta.

—Creo que va a llover —observó, por decir algo.

El hombre no pudo ocultar su sorpresa al verla. Dijo, cortésmente:

—Tal vez no llueva antes de que llegue usted a la mansión, si es que se dirige allí.

—Así es.

—¿Puedo acompañarla? Es un camino solitario.

—No —Cytherea temía que su cortesía se debiera a la creencia, errónea, de que se dirigía a una dama de más alcurnia, y añadió—: Soy la dama de compañía de la señorita Aldclyffe. No me importa estar sola.

—Ah, la dama de compañía de la señorita Aldclyffe. Entonces, ¿será tan amable de entregarle mi donación? Me mandó recado esta tarde; decía que le gustaría que me hiciera suscriptor de su sociedad benéfica y no estaba en casa cuando llegó la nota. Por supuesto que lo haré, si así lo desea. Cualquier sociedad benéfica me interesa mucho.

—A la señorita Aldclyffe le alegrará saberlo.

—Sí, veamos... ¿Qué sociedad dijo que era? Me temo que no llevo suficiente dinero encima, pero me gustaría mostrarle que, verdaderamente, estoy más que dispuesto a satisfacer sus deseos. Voy a buscarlo, no tardaré ni un minuto.

Entró en la casa y de nuevo apareció a su lado, sin tardar más de lo que había prometido.

—Aquí está —dijo amablemente.

Cytherea tendió la mano. La suave punta de sus yemas rozó la palma del guante de la muchacha cuando le dio el dinero. Se preguntó qué necesidad había de tocarla.

—Después de todo, creo que la lluvia es inminente —insistió él—, y se empapará antes de llegar a la mansión. Sí, mire.

Señaló una esfera, tan grande como una hoja de capuchina, que acababa de aparecer en la superficie blanca de las escaleras.

—Será mejor que se resguarde en el porche. Todavía no es de noche, las nubes hacen que parezca más tarde.

Una cortina de pesadas gotas de lluvia, seguidas por el resplandor bifurcado del relámpago y el traqueteo sordo del trueno la obligaron, de buen o mal grado, a aceptar su invitación. Subió las escaleras, y se situó a su lado en el porche, donde por primera vez sintió la apariencia del hombre, mientras esperaban en silencio.

Se trataba de un hombre muy atractivo, de rasgos agradables y bien vestido, al que le faltaban a lo sumo dos o tres años para los treinta. La característica más destacada de su aspecto era la claridad maravillosa, casi sobrenatural, de su complexión. La suavidad de su piel no exhibía un grano ni defecto de ningún tipo, nada que entorpeciera la belleza de su tez. Su frente era amplia y cuadrada; las cejas, rectas y firmes; los ojos, penetrantes y claros. Sintetizando la expresión de su rostro, alguien que reflexionara sobre este aspecto supondría que el dueño de tales facciones tendía a resistir a los idiotas; sería el último hombre que soportaría permanecer en un sitio porque pareciera su destino; alguien, en suma, que se opondría a su suerte con la determinación de un teónimo. Los ojos y la frente expresaban un intelecto agudo, quizá demasiado para resultar agradable, si su fuerza no se viera mermada por la línea y la inflexión de los labios, sumamente rotundos y exuberantes; tenían una suave curva femenina y el color rojizo del rubí, tan intenso que cabía deducir que su dueño era de corazón susceptible a la belleza femenina; tanto, que precisaba toda la energía del cerebro para controlarlo, previamente confinado en unos límites razonables.

Su actitud era más elegante que correcta; hablaba bien, sin refrenarse.

La pausa en la conversación, motivada por el redoblar del trueno, se alargó unos minutos, en los que ambos parecían absortos con el sordo rugido de la catarata a medida que la ingente lluvia contra los árboles y los setos rivalizaba con ella. Después de observarlo discretamente, Cytherea volvió la cabeza un rato hacia la avenida y, al volverse de nuevo, descubrió que la mirada de él recorría, abierta y delicadamente, su rostro y figura. En aquel instante, debido a la estrechez del porche, sus ropas se tocaron y quedaron unidas. En un hombre, el atuendo es exterior, pero en una mujer el vestido forma parte de su cuerpo. Siempre es consciente de cómo se mueve su ropa, aunque no la vea; un hombre, en cambio, no tiene la menor idea de dónde están los faldones de su chaqué. Se podría exagerar y afirmar que los vestidos de las damas gozan de sensaciones que se extienden a su dueña: si se arruga el extremo de sus volantes, le duele como si la hubieran pellizcado. En cada tramo de tela palpitan delicadas extensiones de su ser; la dama está allí y, si pisan un dobladillo, la hermosa criatura no tardará en lamentarse.

Así, el roce de las ropas, que nada significaba para Manston, hizo temblar a Cytherea, que había comprendido que se hallaba ante un misterioso extraño. Volvió a contemplar la tormenta, pero aún le sentía cerca. Por fin, para escapar a la sensación, se apartó un poco, aunque para ello tenía que acercarse a la lluvia.

—Cuidado, se va a mojar —advirtió Manston—. Venga dentro.

Cytherea vaciló.

—Estará a salvo, se lo aseguro —añadió, mientras reía y sostenía la puerta abierta—. Verá que mi casa se encuentra en una lamentable desorganización: cajas y más cajas, muebles, paja en el suelo, enseres de cocina en los rincones... Hay una señora en la parte de atrás, en algún lugar, tratando de ordenarlo todo. Me imagino que conocerá la casa, ¿verdad?

—Nunca había entrado.

—Oh, entonces debe hacerlo. Aquí han abierto una puerta, ¿ve? Han dividido el viejo vestíbulo en dos, y una parte ahora es mi sala de trabajo. Allí han puesto un techo de yeso, para ocultar el antiguo de madera labrada, porque era demasiado alto y habría sido demasiado difícil calentarlo. Como era el vestíbulo original, se abría directamente hasta ahí arriba; era donde el dueño de la casa y sus amigos se reunían y pasaban largas veladas al calor de un enorme fuego, monstruoso casi, que resplandecía en una chimenea también monstruosa. Ahora, como puede ver, la han reducido a la mínima expresión, pero aún se distinguen los contornos de la antigua. Casi preferiría que la hubieran dejado.

—Sería más romántico y menos confortable.

—Exactamente. Bueno, quizá no sea un deseo tan vivo. De todas formas, se dará cuenta de que todo está patas arriba, cajas y demás. La única pieza de mobiliario que queda por colocar es esta.

—¿Un órgano?

—Así es. Lo hice yo mismo, excepto los tubos. Lo abrí esta tarde, para tranquilizarme. No es muy grande, pero basta para una residencia privada. ¿Usted toca?

—El piano. No he tocado nunca el órgano.

—No le costaría aprender, aunque quizá luego le resultaría difícil volver al piano. No es que importe mucho, el piano no es gran cosa como instrumento.

—Sé que está de moda decir eso, pero yo creo que es lo bastante bueno.

—Ser lo bastante bueno no es, en general, un sentimiento adecuado.

—No, no. Lo que quería decir es que los que desprecian hoy el piano lo hacen porque está de moda, porque queda bien y porque otros hombres, más inteligentes, lo han expresado así. No lo dicen por experiencia personal.

Cytherea se ruborizó al darse cuenta de lo insolentes que resultaban sus palabras, aunque eran un intento de explicarse. Con una mirada, Manston dio a entender que comprendía la causa de su desaire, si es que había desaire; y esa actitud lo colocó en una superioridad mental que la molestó.

—Toco para divertirme —dijo él—. Jamás he aprendido con un maestro, seriamente. Solo sé tocar lo que yo me he enseñado a tocar.

Los truenos, los relámpagos y la lluvia crecían hasta niveles terroríficos. De las nubes salían zigzagueantes rayos y explosiones luminosas como bolas de fuego, que no parecían estar más de unos cien metros por encima de sus cabezas. De vez en cuando, un resplandor y el cielo rasgándose interrumpían las palabras del administrador. Se acercó al órgano, mientras la tormenta tronaba como si sacudiera los cimientos de la casa.

—¿No pensará tocar ahora? —preguntó Cytherea, intranquila.

—Claro que sí. ¿Por qué no? —respondió Manston—. No puede irse, así que más vale que la entretenga, si no le importa sentarse en una caja. Las sillas están en la otra habitación.

Sin esperar a ver si se sentaba o no, se instaló frente al órgano y empezó a tocar una melodía que recorría todas las variedades de expresión de las que el instrumento era capaz. Por fin terminó y se puso a buscar una partitura.

—¡Qué relámpago más extraordinario! —exclamó, cuando la luz resplandeció a través del parteluz de la ventana, que, al igual que el resto del vestíbulo original, era demasiado grande para la estancia. Un rayo volvió a caer. Cytherea, a su pesar, tenía miedo, no solo de la tempestad, sino de la extrañeza, como de otro mundo, que les rodeaba.

—Ojalá... Ojalá no fuera tan brillante el relámpago. ¿Cree que durará mucho la tormenta? —preguntó, tímidamente.

—No creo —murmuró él, sin darse la vuelta, poniendo los dedos en las teclas—. Pero esto no es nada —añadió, volviéndose repentinamente hacia ella—. Parece que brilla más por la oscuridad de los bosques al fondo. No se preocupe. Míreme. Míreme a mí.

Ella estaba frente a la ventana, observando fijamente el cielo con sus ojos oscuros y profundos. Cytherea se sintió obligada a obedecerle y se fijó en su rostro, excesivamente bello y delicado.

Llegó el relámpago, pero él no parpadeó ni giró la cabeza, sino que lo contempló con la mirada aún más firme que antes.

—Así —dijo, volviéndose hacia la muchacha—, así es como se mira un relámpago.

—¿Podría quedarse ciego! —exclamó Cytherea.

—Tonterías. Ningún relámpago puede hacerlo. No lo habría mirado si hubiera el menor peligro. Ahora estamos casi al final de la tormenta. Vamos, ¿quiere escuchar otra pieza? ¿Algo de oratorio, esta vez?

—No, gracias. No mientras la tormenta siga así. —Pero él ya había empezado a tocar, sin esperar su respuesta, y Cytherea volvió a quedarse inmóvil, maravillándose ante la asombrosa indiferencia a las condiciones externas que exhibía Manston con su absoluta concentración en la música.

—¿Por qué toca melodías tan tristes? —preguntó la joven, cuando Manston hizo una pausa.

—Supongo que porque me gustan —respondió él, con ligereza—. ¿A usted no le gustan las estampas tristes, de vez en cuando?

—A veces, supongo que sí.

—Cuando está atormentada.

—Sí.

—Entonces, ¿no puede pasarme lo mismo a mí?

—¿Se siente usted atormentado en este momento?

—Yo siempre estoy atormentado —afirmó, pensativa y abruptamente, tanto que Cytherea no dijo nada.

Ahora tocaba con más energía. La joven jamás había escuchado música con la plenitud de su poder orquestal y los tonos del órgano, que reverberaban con un efecto considerable en el reducido espacio, amplificadas por la cadencia de los elementos externos, por la luz y el sonido con que contribuía el cielo. La conmovió más allá del poder inmediato de las notas; tan hábil era la mano que las provocaba. Las diversas tonalidades, ora fuertes, ora suaves; simples, complicadas, extrañas, conmovedoras, magníficas, exuberantes, sutiles; cada fase diferente, pero modulándose hacia la siguiente con gracia y un fluir natural, lograban emocionar su espíritu y doblegarlo, como un riachuelo se pliega y somete si una sombra recorre su superficie. El poder de la música no radicaba tanto en su capacidad de atraer la atención de la joven, sino en elevar y desarrollar el poema de su vida y su alma, como un libreto, modificando la acción de sus manos y su juicio, hasta apoderarse de ellas.

Empezaba a sentirse emocionada por el fascinante hombre que tenía ante sí; nuevos impulsos volvían, con las nuevas armonías, y se introducían en su ser con un temblor delicioso. Entonces llegaba, inmediatamente, el resplandor del relámpago y



el estallido del trueno. Involuntariamente, se encogía a su lado y contemplaba su rostro con labios entreabiertos.

Manston se volvió hacia ella y contempló su emoción, que aumentaba con creces el ideal de su rostro expresivo. Se encontraba en el estado en que el instinto femenino por ocultar los sentimientos perdía poder frente al impulso de contarlos, y él se dio cuenta. Inclínó su hermoso rostro hacia el de Cytherea hasta que sus labios casi rozaban la oreja de ella, y murmuró, sin dejar de tocar:

—¿Le gusta esta pieza?

—Sí, me gusta mucho —asintió ella.

—Me he dado cuenta de que le ha emocionado mucho. Se la copiaré.

—Gracias.

—Se la llevaré yo mismo a la casa, mañana. ¿Por quién debo preguntar?

—No, no venga. No se moleste —respondió Cytherea apresuradamente—. No me gustaría.

—Veamos, pues. Mañana hacia las siete o poco después pasaré por la catarata que hay camino de mi casa. Se la podría entregar allí. Me gustaría que tuviera esta melodía.

Siguió tocando, se adentró en la *Sinfonía pastoral*, y la miró a los ojos.

—Está bien —aceptó ella, tratando de evitar su mirada.

La tormenta había pasado, la violencia se había aplacado. En siete o diez minutos, el cielo se había abierto, las nubes al oeste del horizonte se habían aligerado, iluminadas por los rayos del sol poniente.

Cytherea suspiró largamente, aliviada, y se dispuso a marchar. Tenía la sensación desasosegante de que su estancia en la vieja residencia, y el hombre que allí había conocido, era algo indeseable, enloquecedor, a lo que se había visto arrastrada por las artimañas del extraño.

—Permítame que la acompañe —se ofreció Manston, escoltándola hasta la puerta, demostrando con su comportamiento cuánto la había impresionado. Su influencia sobre ella se había desvanecido al silenciarse la música y Cytherea le dio la espalda. Insistió—: ¿Puedo?

—No, no. Apenas es un cuarto de milla. No es necesario, muchas gracias —respondió ella, en voz baja. Le deseó buenas tardes sin mirarle a los ojos, bajó los peldaños y lo dejó en el porche.

«¿Cómo es posible que ese hombre me haya fascinado tanto?», se preguntaba Cytherea de regreso a la residencia. Su antiguo yo, hipnotizado y mudo ante él, era todo cuanto podía ver. Caminó rápidamente, sabedora de que los ojos de él seguirían clavados en su figura hasta que hubiese cruzado el hueco de la cascada y que no desaparecería de su vista hasta subir el camino de los arbustos, protegida por las largas ramas de los árboles.

## V. De las seis a las siete de la tarde

La subida por el camino brillante y húmedo pintó en la expresión de sus ojos airados un resplandor ingrato, que incrementó más su agitación. Su mente saltaba de una idea a otra, sin preguntarse por la conexión entre ellas. Pensó en la música salvaje y en la excitante escena que había compartido con Manston, y al minuto la imagen de Edward se elevó frente a sus ojos como una estampa fantasmal. Luego, los ojos negros de Manston volvieron a clavarse en su carne y la tentadora y voluptuosa boca apareció doblegada por las suaves curvas de sus palabras más queridas. ¿De qué tormento hablaba? Quizá la señorita Aldclyffe estaba detrás de todo. Siguió andando, alicaída y con el corazón entristecido. Su propia vida la asombraba.

Al reencontrarse con la señorita Aldclyffe, Cytherea le habló del incidente, aunque temía que estallara en uno de sus accesos temperamentales al ver que la muchacha no había obedecido al pie de la letra sus instrucciones. Pero, extrañamente, la señorita Aldclyffe se mostró encantada. Siguió el habitual interrogatorio.

—¿Así que estuviste con él todo ese tiempo? —preguntó la dama, con fingida severidad.

—Sí.

—No te dije que fueras dos veces a la vieja residencia.

—No fui dos veces, pasé por delante y me hizo subir al porche.

—¿Qué te dijo? Repítemelo.

—Que el relámpago no es tan terrible como yo creo.

—Eso es muy importante. Dime... —Se volvió hacia ella y, observándola atentamente, volvió a preguntar—: ¿Te dijo algo de mí?

—Nada —respondió Cytherea, devolviéndole la mirada con calma—, excepto que debía entregarle el donativo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

—Te creo. ¿Dijo algo extraño de sí mismo que te llamara la atención?

—Una cosa: habló de estar atormentado.

—¡Atormentado!

Tras pronunciar la palabra, la señorita Aldclyffe volvió a guardar silencio. Un comportamiento similar terminaba, en muchas ocasiones, con una confesión por parte de la dama, y eso esperaba Cytherea. Pero esta vez se equivocó; no dijo nada más.

Regresó a su habitación, se sentó y escribió una carta de despedida a Edward Springrove. No se sintió capaz de creer que el camino más digno y juicioso en aquella situación fuera no hacer nada, como le hubiera sucedido a cualquier joven de diecinueve años, excitable y llena de ilusiones. Le dijo que, para su sorpresa y dolor, había descubierto que estaba prometido con otra mujer y que era cosa pública y notoria. Insistió en que el honor le impulsaba a cumplir con la promesa que le había hecho a su primer amor, una mujer cien veces mejor que ella y más digna de él que

Cytherea, la cual solo ansiaba ser olvidada, y le suplicó que no la buscara para verla nunca más. Le reprochó su ligereza y crueldad al visitarla con frecuencia en Budmouth, y por encima de todo le afeaba el beso que había robado de sus labios la última tarde, durante el paseo en barca. «¡Qué jamás, jamás podré olvidar!», escribió, y sintió que había cumplido con su deber, convencida de que sus órdenes eran tan férreas que ningún hombre, habiéndolas recibido, se atrevería a desobedecerlas.

Y sin embargo lo formuló con palabras que traicionaban la ternura y el amor que aún sentía por él, en cada línea de la carta. Como Beatriz acusando a Dante desde el carromato, aunque trató de erigirse en un ser superior, que condenaba la sensualidad que habían compartido, se traicionó al revelar los celos que sentía por su rival y, sin reparar en ello, proporcionó a su antiguo amor excusas para, a su vez, excusar su comportamiento.

Al terminar, Cytherea reflexionó y, tan pragmática como siempre, se dijo que era inadmisibles la debilidad que había sentido por un extraño como el señor Manston al permitirle influir en su estado de ánimo como había sucedido esa tarde. ¿Qué derecho tenía de pedirle que se encontraran cerca de la catarata para regalarle una partitura de música? Hubiera dado lo que fuera por borrar la ascendencia que había tenido sobre su persona durante el extraordinario intervalo musical. Como no podía soportar un minuto más la idea de que él creyera que poseía la menor influencia sobre ella, tomó la pluma y escribió la siguiente nota:

KNAPWATER HOUSE  
20 de septiembre

Lamento no poder reunirme con usted cerca de la catarata a las siete, como habíamos convenido. La emoción que sentí me hizo olvidar otras realidades.

C. Graye

Un gran estadista reflexiona y luego actúa; una joven actúa y luego reflexiona. Cuando minutos después vio pasar al cartero con la bolsa de correos, que contenía una de sus cartas, y partir con su nota, se preguntó por primera vez si había actuado correctamente al escribir a los dos hombres que tanto poder habían ejercido sobre ella.

# **PARTE IX**

## **LO ACAECIDO EN DIEZ SEMANAS**

## I. Del 21 de septiembre a mediados de noviembre

La figura del horizonte vital de Cytherea, a excepción de los residentes en Knapwater House, era a la sazón el administrador, el señor Manston. Era imposible que, viviendo a menos de un cuarto de milla, asistiendo a misa en la misma iglesia, no se encontraran dos o tres veces por semana. Los domingos, de rodillas en el banco de la iglesia, se giraba casualmente, y los ojos de Manston, hambrientos, se cruzaban con los suyos en busca de una mirada; también la señorita Aldclyffe, extrañamente, observaba al caballero. Al salir de la iglesia, Manston se colocaba al lado de Cytherea hasta llegar a la puerta por la que se dirigían al jardín los residentes de la mansión. Gradualmente, una conjetura alcanzó la naturaleza de certidumbre. Cytherea comprendió que se había enamorado de ella.

Sin embargo, algo extraño tenía relación con ese sentimiento. Manston se esforzaba visiblemente en domeñar, o al menos disimular, dicha debilidad, y parecía que lo ocultaba a los ojos ajenos y a su propia conciencia. De ahí que Cytherea cayera en la cuenta de que sus encuentros con ella eran resultado de la casualidad. Jamás se acercaba a la muchacha; sin evitarla, nunca iba en su busca. Las palabras que le había susurrado en su primera entrevista demostraban ser fruto de un impulso incontrolado, como la respuesta de la joven. Algo le retenía y apagaba su ardor, pero no se trataba de orgullo o miedo a ser rechazado, lo que Cytherea ya había determinado si Manston optaba por declararse. La joven se interesó por él, por supuesto, y por su maravillosa apostura, como si fuera un leopardo o una fascinante pantera. Pero, por algún motivo que no sabía concretar, sentía el impulso de apartarse de él, a pesar de la admiración que despertaba en ella. La clave de su naturaleza, una cálida «precipitación del alma», como tan felizmente describe Coleridge, que Manston había detectado en su primer encuentro, le proporcionó la trémula sensación de hallarse bajo su poder.

Era un estado de ánimo peligroso para una joven sin experiencia, y quizá el hecho de que Edward no hubiera dado respuesta a su carta, en la que le había comunicado que lo dejaba, la llevó a recordar con cariño la imagen de su amado. Quedaba claro, sin embargo, que Cytherea ya no le importaba, y por tanto ella no podía evitar sentir afecto por él, pues:

*Ingenium mulierum,  
nolunt ubi velis, ubi nolis cupiunt ultro*<sup>[5]</sup>.

Pasó octubre y empezó noviembre. Los habitantes de Carriford se cansaron de suponer que la señorita Aldclyffe iba a casarse con su administrador. Surgieron nuevos rumores, cada vez más insistentes (que no llegaron a oídos de la señorita Aldclyffe), de que el administrador estaba enamorado de Cytherea Graye. Era tan obvio que solo faltaba felicitarlos y concluir que el matrimonio era una excelente noticia: para la joven, por la comodidad económica; para el caballero, por su comodidad amorosa.

Como los círculos en el agua causados por una piedra se hacen más amplios, lo que al principio solo era patente a ojos de Cytherea empezó a despertar la curiosidad de los demás: esto es, por qué Manston no daba el paso. Hacia mediados de noviembre, surgió una teoría que combinaba las dos anteriores y fue aceptada por el consenso general: que Manston y la señorita Aldclyffe habían mantenido un romance años antes, cuando era él muy joven y ella una mujer aún de belleza radiante, y ahora, con la edad, la dama ya no le tenía ninguna estima. Sería, pues, el temor a los celos de la dueña de la mansión la razón por la que ocultaba sus sentimientos por Cytherea. La única mujer que no creía en esa teoría era la propia Cytherea, por razones inequívocas, que todos desconocían. La inacción de Manston no se mostraba solo en público, sino también en parajes más recatados, cuando una galantería hubiera quedado discretamente oculta a la vista de todos. Y mientras esa acción no se producía, la fuerza de la pasión que le consumía ardía en la mirada del administrador.

## II. El 18 de noviembre

Un viernes de noviembre Owen Graye visitó a su hermana.

Gracias a su íntegra dedicación conservaba su puesto en Budmouth, y para evitar la menor interrupción en sus deberes laborales, había postergado su visita a Knapwater hasta bien entrada la tarde y regresar a Budmouth en el primer tren de la mañana. La señorita Aldclyffe no había dejado de ofrecerle alojamiento el tiempo que fuera necesario, para alegría de Cytherea. Así, llegó a la mansión hacia las cuatro, llamó a la puerta y preguntó al muchacho que le abrió por la señorita Graye.

Cuando Graye dijo el nombre de su hermana, Manston lo oyó. Acababa de tener una entrevista con la señorita Aldclyffe para despachar asuntos de la finca y se cruzó con él en el vestíbulo. El rostro del administrador enrojeció y se retorció las manos en secreto. Cruzó a medias el patio, giró la cabeza y, como viera al muchacho sosteniendo aún la puerta abierta, con Owen ya en el interior de la casa, Manston deshizo sus pasos.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó.

—No lo sé, señor.

—¿Ha estado aquí antes?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

—Tres.

—¿Seguro que no le conoces?

—Creo que es el hermano de la señorita Graye, señor.

—Entonces, ¿por qué demonios no lo has dicho antes? —exclamó Manston, y se fue.

«Por supuesto, no es el hombre que he visto en mis pesadillas, ¡no puede ser!, —se dijo—. Soy un imbécil, un tonto redomado. ¡Por el amor de Dios! Permitir que una muchacha me afecte de esta manera, día tras día, hasta sentir recelo de su propio hermano... Una doncella, una huérfana, un ser indefenso a merced del mundo; maldita sea, de ahí mi locura: ¡que esté sola frente a cualquier vaivén del destino la convierte en una criatura deliciosamente dulce!».

Se detuvo frente a su casa. ¿Debía ensillar el caballo? No.

Enfiló el camino, salió del parque y se dirigió a una zona lejana de la propiedad donde había que drenar unos terrenos. También visitó a un alfarero para encargar las tuberías. Un comentario de la señorita Aldclyffe sobre Cytherea le daba vueltas en la cabeza, y esa había sido la causa de su excitación al ver al caballero que después se revelaría como el hermano de la joven. La señorita Aldclyffe había dicho, con marcada intención, que Cytherea estaba locamente enamorada de Edward Springrove, a pesar de su compromiso con su prima Adelaide.

«¡Qué tormento!», bufó Manston en voz alta, tras media hora de reflexión, mientras andaba con gran vehemencia. «¡Mis emociones no me dejan en paz!». Con

gran esfuerzo se calmó. «Vamos, debo centrarme en mi trabajo, en la medida en que sea posible. La mejor solución es la honestidad». Con esa vigorosa resolución volvió a dedicarse al propósito que ocupaba su mañana.

La tarde se había convertido en noche oscura y deprimente cuando el administrador salió del taller del alfarero para regresar a su casa. El ambiente gris no contribuyó a levantar su ánimo y, debido a la absoluta ausencia de un objeto que atrajera su atención, volvió a la introspección. El camino atravesaba unos campos de nabos y las hortalizas se chascaban a su paso y le humedecían las botas con el rocío acumulado en su ancha superficie. Le molestaba, pero nada podía hacer. Cuando alcanzó una plantación de abetos, subió un tramo y continuó por el camino, entre la oscuridad de los enormes árboles.

Tras caminar bajo la densa sombra de unos matorrales negros como la tinta, vio que se había equivocado de sendero, pues aún no conocía bien la zona. La sospecha se confirmó cuando llegó a un recodo con un obstáculo a su derecha. Tras palparlo con cuidado, vio que era una valla. Sin embargo, era relativamente baja; no se alarmó ni buscó el sendero correcto, sino que se detuvo, apoyándose contra la madera, escuchando el quejido intensamente musical de las copas de los árboles y el gemido de la plantación adyacente que el viento traía de vuelta. Apenas vislumbró las cúspides airoas de los árboles más cercanos, balanceándose incansables a uno y otro lado, con sus ramas como brazos peludos hacia el cielo apagado. La escena, a causa de la enfática soledad, encajó a la perfección en su ánimo; y la humanidad le pareció en las Antípodas de ese instante.

De repente, una vibración en su mano derecha le sacó de la ensoñación y le hizo mirar en esa dirección. Allí, frente a él, vio cómo surgía de entre los árboles una fuente de chispas y de humo y luego el brillo rojizo de una luz que se cernía sobre él. Después, un panorama deslumbrante de luminosas imágenes oblongas, y de nuevo la oscuridad, más impresionante que antes.

La sorpresa se debió a su falta de familiaridad con las características topográficas de ese extremo de la propiedad, y había sido momentánea. La perturbación, conocida por todos los paseantes próximos al ferrocarril, había sido el tren de las 6:50, que circulaba por una estrecha pasarela en mitad del bosque, debajo de donde se encontraba. El conductor tenía la puerta abierta de la caldera en ese momento y el tren, al pasar cerca de Manston, había reducido considerablemente su velocidad. Ahora se oía el silbido que anunciaba que la estación de Carriford Road no estaba lejos.

Pero, contrariamente al orden natural de las cosas, descubrir que se trataba de un tren normal y corriente no hizo que Manston modificara su posición frente a las vías.

Si el tren de las 6:50 hubiera sido un relámpago transfigurándolo todo, su actitud habría tenido los ingredientes de esa contemplación absorta. Se inclinó contra la valla, con la mano aún apoyada en su bastón, descansando sobre un pie mientras el otro quedaba a medias elevado, para mirar con ojos muy abiertos la oscuridad del



camino. El único movimiento de su cuerpo radicó en la mandíbula, ligeramente extendida, con los labios separados, como cuando una convicción extraña se apodera de nosotros. Y así era: una nueva sorpresa, no tan trivial como la primera, le había asaltado.

En una ventanilla del vagón de segunda clase había visto un rostro de piel pálida, reclinado sobre una mano, iluminado intensamente por una lámpara. Era el rostro de una mujer.

Por fin Manston se movió. Soltó un silbido que contenía un suspiro, se ajustó el sombrero y siguió andando, interrogándose sobre cómo lo que tan cuidadosamente había ocultado estaba ahora en poder de otra persona. «¿Cómo ha sabido dónde vivo?, —se dijo en voz alta—. Bueno, es una suerte que mi comportamiento haya sido circunspecto y honorable, por lo que respecta a la muchacha. Sí, así es: lo diré, aunque tenga que tragarme las palabras, por una vez, una sola vez. Esa preciosa criatura, Cytherea, jamás será mía. Ahora todo saldrá a la luz. ¡Todo!». La gran tristeza con la que profirió estas palabras evidenció la contención que había obrado sobre su persona.

Se encaminó hacia la izquierda, por la zanja que seguía la valla del ferrocarril, y al final emergió del bosque y alcanzó una carretera que, por un puente, cruzaba las vías.

A medida que se acercaba a su casa, la ansiedad que últimamente se pintaba en su cara se fundió en una sonrisa lúgubre, mientras citaba en voz alta del libro de Jeremías:

La mujer rodeará al hombre<sup>[6]</sup>.

### III. 19 de noviembre al amanecer

Antes de salir el sol, dos pequeños pies desnudos recorrían el pasillo de Knapwater House, hasta llegar a la puerta de la habitación de Owen Graye. Llamaron a la puerta.

—Owen, Owen, ¿estás despierto? —susurró Cytherea—. Tienes que levantarte, o perderás el tren.

Cuando bajó a la salita de su hermana, Owen la encontró esperándole con una taza de cacao caliente y beicon en la mesa. Mientras se ponía el abrigo y buscaba su sombrero dio cuenta del desayuno; luego salieron sin hacer ruido, recorriendo los largos pasillos desiertos de la casa. La criada que había preparado el desayuno iba delante con una lámpara, que arrojaba estrechas sombras por los recodos, cuyo final remoto se perdía en la oscuridad. Abrió la puerta y salieron al exterior.

Owen había preferido andar hasta la estación en lugar de aceptar la oferta de la señorita Aldclyffe de utilizar el carruaje; le horrorizaba terriblemente causar la menor molestia a la gente más rica que él, y especialmente a sus criados, que lo miraban con condescendencia, como si fuera un monstruo híbrido en la escala social. Cytherea quería acompañarle.

—Quiero hablar contigo tanto como sea posible —le dijo, tiernamente.

Los hermanos salieron por la pesada puerta que daba al camino. El aspecto y el ambiente del momento eran similares a los que habían acompañado al administrador al abandonar la residencia la noche anterior, excepto en la secuencia natural, de apariencia fantasmagórica, por la que el mundo se ilumina en vez de apagarse. El «resplandor lacrimoso del lánguido amanecer» era apenas suficiente para revelar las melancólicas hojas otoñales, que yacían en grandes montones a ambos lados del camino, aplastadas por las gruesas gotas de lluvia y el rocío que los arbustos y las ramas recogían en la niebla.

Dejaron atrás la vieja mansión, absortos en su conversación, y habían avanzado casi veinte metros por un sendero secundario hacia la carretera cuando la figura de una mujer emergió del porche del edificio.

Iba envuelta en una capa gris impermeable, cuya capucha le cubría la cabeza y rodeaba su faz, ocultándola de modo solo se adivinaban sus ojos.

Con la excepción de esta aparición, la residencia del administrador permanecía envuelta en la más perfecta y silenciosa soledad, del sótano a la chimenea. Ninguna ventana estaba abierta y ni un ápice de humo salía de la casa.

Bajo la entrada cubierta de yedra, la mujer se quedó erguida y aguzó el oído dos o tres minutos, hasta que percibió la presencia de los otros en el parque. Al ver a la pareja, dio un paso atrás, con la clara intención de no ser vista. Pero miró su reloj y, después de guardarlo, como si le hubiera sorprendido una hora tardía, se apresuró de nuevo y cruzó el parque en una ruta más oblicua que la de Owen y su hermana. En el ínterin, ellos ya habían llegado a la carretera y en ella estaban cuando la mujer llegó

al otro lado del seto de arbustos, en busca de una puerta o una verja que cruzar y pasar de la hierba al camino.

Sus palabras se oían con claridad en un cuarto de milla a la redonda, pues nada se movía. La conversación captó su atención y la distrajo de otra cosa. Se detuvo unos minutos, en la misma actitud que Imogenia en la cueva de Belario<sup>[7]</sup>, como si se hubiera aprendido el papel. Al avanzar unos pasos, los siguió dubitativa, oculta por el seto.

—¿Crees en esas coincidencias tan curiosas? —preguntaba Cytherea.

—¿Qué quieres decir? A veces las cosas pasan por casualidad.

—Sí, puede darse una vez. Incluso dos sin conexión entre sí, por azar, y la gente no caerá en la cuenta, o dirá: «Fíjate, qué casualidad, pasó esto y esto otro». Cosas así. Pero que tres incidentes coincidan sin nada que justifique esa coincidencia... Parecería que fuera cosa de algún mecanismo secreto. Tres sucesos así, de esa manera, son diez veces más curiosos que dos coincidencias distintas.

—Bueno, claro. ¡Qué mente más matemática, Cytherea! Pero no veo de qué te maravillas, al menos en nuestro caso. Que el dueño de la taberna en la que se desmayó la señorita Aldclyffe, donde descubrió su nombre y su posición, viva en este condado se explica porque ella le consiguió el puesto para taparle la boca. Y que tú estés aquí se debe a Springrove.

—Pero fíjate que la señorita Aldclyffe es la mujer que amó nuestro padre, y yo ahora vivo en su casa. No puede ser una casualidad.

Con estas premisas, argumentaba como un sabio sobre los designios de la Providencia que revelaba dicha coyuntura, y enumeró multitud de detalles relacionados con la historia de la señorita Aldclyffe.

—¿No sería mejor contarle a la señorita Aldclyffe lo que sé? —preguntó por fin.

—¿Con qué objeto? —dijo él—. Que tú lo sepas no perjudica a nadie, y me has dicho que estás a gusto aquí. Una confesión a la señorita Aldclyffe quizá la irritaría. No, más te vale guardar silencio, Cytherea.

—Creo que habría sentido la tentación de decírselo —prosiguió Cytherea— si no hubiera descubierto que hay una ligera, casi imperceptible, relación entre ella y el señor Manston. Aún no sé cuál es, pero va más allá del interés por la finca.

—¡Está enamorada de él, seguro! —exclamó Owen.

—Ah, eso es lo que dice todo el mundo. Y yo también lo pensé, pero ahora no me convence esa explicación, en absoluto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no actúa como si lo estuviera. No está... Sabes que no lo digo por vanidad, Owen, porque me conoces; no está para nada celosa de mí.

—Quizá está en sus manos, de alguna manera.

—No, no. El señor Manston tuvo noticia del puesto por un anuncio, y fue escogido entre cuarenta o cincuenta candidatos, sin saber quién era. Y desde que está

aquí, la señorita Aldclyffe no ha hecho nada por comprometerse, en ningún sentido. Además, ¿para qué habría traído aquí a un enemigo, si lo fuera?

—Entonces se habrá enamorado de él. Lo sabes tan bien como yo, Cyth: las mujeres se mueven entre dos polos extremos y opuestos de emoción, en lo que respecta a los hombres. Es amor o aversión.

Caminaron unos minutos en silencio, y Cytherea reparó en los pies de su hermano.

—Owen —señaló—, ¿sabes que hay algo raro en tu manera de caminar?

—¿Raro? ¿En qué sentido? —preguntó él.

—No lo sé, pero no caminas tan regularmente como antes.

La mujer que estaba oculta tras el seto, y les seguía, hizo un gesto impaciente ante el giro de la conversación y volvió a mirar su reloj. Sin embargo, parecía reticente ante la perspectiva de alejarse de los hermanos y dejar de oír sus confidencias.

—Sí —repuso Owen con despreocupación—. Lo sé. Es por un dolor misterioso que tengo en el tobillo, de vez en cuando. Va y viene. ¿Recuerdas la primera vez? Fue el día en que fuimos en vapor a Lulstead Cove, y por eso tardé tanto en regresar y tuve que pasar la noche en el cobertizo del vigilante del ferrocarril del que hablamos.

—Pero ¿es serio, mi querido Owen? —exclamó Cytherea, alarmada.

—No, nada qué preocuparse. Seguro que se me pasará. Sentado en la oficina, remite y no me molesta.

De nuevo, la acompañante silenciosa volvió a hacer una mueca de insatisfacción y miró el reloj como si el tiempo fuera oro. Pero el diálogo se centró en ese tema y no parecía dar signos de regresar al anterior asunto. Con decisión, se recogió la falda y renunció a su privilegiada posición. Avanzó con presteza por la zanja hasta una puerta que quedaba oculta a la pareja que había dejado atrás. La abrió silenciosamente y salió a la carretera, en dirección a la estación de tren.

A su espalda, oyó los pasos de Owen Graye; su marcha apresurada indicaba que ya se había despedido de su hermana. La mujer procedió a caminar más deprisa y, en unos minutos, se había alejado lo suficiente de Owen.

La estación de Carriford Road solo contaba con una vía y el trenecito local que Owen iba a tomar a Budmouth esperaba a que pasara otro tren. Se instaló en la sala de espera y, al abrirse la puerta, observó a la mujer que entró. Vestía una larga capa gris, la capucha ocultaba su rostro y la oyó pedir un billete a Londres.

La siguió con la vista hasta el andén, la vio esperar y después subir al ferrocarril; y nada más recordó de ella, fuera de esa coincidencia.

#### IV. De las ocho a las diez de la mañana

La señora Crickett, viuda dos veces, era ahora la esposa del administrador de la parroquia. Era una mujer de huesos delgados y adoraba los escándalos. Contaba con una peculiar habilidad: desde el rabillo del ojo, sin girar la cabeza, podía ver lo que hacía la gente a sus espaldas. Vivía en una pequeña casita, la más cercana de Carriford a la antigua residencia de la finca de Knapwater, y por eso su administrador la había contratado como ama de llaves hasta encontrar a una persona más apropiada que pudiera instalarse, de criada, en la casa.

Por tanto, una vez encendido el hogar de su casa y preparado el desayuno para ella y su marido, la señora Crickett se dirigía a la antigua residencia a hacer lo mismo por el señor Manston. Luego, regresaba a su casa a desayunar, y, cuando el administrador había desayunado a su vez y salía a sus tareas, volvía y recogía los platos, hacía la cama y ordenaba la casa.

La mañana de la partida de Owen Graye, ejecutó las operaciones diarias de costumbre: se dirigió a desayunar y regresó para terminar las labores del día.

Al entrar, con las manos en las caderas, en el dormitorio vacío del señor Manston, pasó la vista indiferente por la cama, antes de deshacerla. Al acercarse pensó, distraída: «¡El señor Manston debe de dormir muy quieto!». Pues el cobertor estaba abierto, ciertamente, pero la cama apenas deshecha. «Parece que la haya recogido él después de levantarse», se dijo.

La señora Crickett se puso manos a la obra, dejando que esos fugaces pensamientos se desvanecieran: apartó la colcha, las sábanas y las mantas y se inclinó para ahuecar los almohadones. Al hacerlo, algo atrajo su atención. Miró de cerca, más cerca, todavía más cerca. «¡Vaya, vaya...!», exclamó, boquiabierta. La esposa del párroco se quedó inmóvil como si el aire se hubiera convertido en ámbar y ella fuera una mosca atrapada en la resina.

El objeto que la había sorprendido era un cabello castaño, de menos de un metro, que demostraba claramente pertenecer a una mujer. Lo extrajo de la almohada y lo llevó a la ventana. Allí lo examinó a contraluz y se sumió en su estudio; su mirada, al principio fascinada por el cabello, de desvió involuntariamente hacia el suelo, a medida que sus reflexiones oscurecían la visión del objeto que sostenía.

Se pasó la lengua por los labios, volvió a mirar el cabello, lo enrolló y lo guardó cuidadosamente en un trozo doblado de papel, que se metió en el bolsillo. Esa mañana, la señora Crickett no dedicó mucho tiempo a las labores de limpieza.

Registró la casa desde la buhardilla hasta la bodega, en busca de más rastros de presencia femenina, pero no encontró nada.

Salió al patio, entró en la carbonera, el establo, el granero, el invernadero, el corral y hasta la pocilga, y no encontró nada. Volvió a la casa, vio un sombrero de mujer y se abalanzó sobre él; era el suyo.

Limpió ligeramente las demás habitaciones y regresó al pueblo, a toda prisa. Allí visitó a su íntima amiga Elizabeth Leat, encargada de la oficina de correos y dama que atesoraba males y aflicciones diversas y únicas.

La señora Crickett le mostró el contenido del papel, agitando el cabello ante los ojos perplejos de Elizabeth, que se puso a gemir y a seguirlo como si fuera un gato.

—¿Qué es? —preguntó la señora Leat, contrayendo sus párpados, alargando la mano hacia el objeto invisible, una mano estrecha y huesuda, que habría hecho las delicias de Cario Crivelli.

—Ahora te lo diré —dijo la señora Crickett, recuperando, complacida, el preciado objeto con su mano gordezuela; y se dispuso a impartir solemnemente el secreto de su descubrimiento accidental.

Las dos matronas procedieron a descolgar un espejo de mano, colocarlo en mitad de la mesa del comedor, cerca de la ventana, y extender con cuidado el cabello en su superficie. Las dos se inclinaron sobre él desde extremos opuestos de la mesa, acodadas en el borde, con la barbilla sobre las manos, y las frentes casi tocándose, observando el cabello.

—Lleva un tiempo loco por la señorita Cytherea —observó la señora Crickett— y creo que es de...

—No, no lo es —interrumpió Elizabeth—. Este es más oscuro, ella tiene el pelo más claro.

—Elizabeth, sabes que, como fiel esposa de un servidor de la Iglesia, me alegra que pienses así de la muchacha. Fíjate que no digo nada en contra de la señorita Graye, pero sí diré que, como no tiene apellido ni familia, no es justo que pretenda una moralidad que no tiene y engañe a todo el condado. Si no es mala semilla, lo fue cuando la plantaron; y si no, lo fue al crecer; y si no, su alma se ha vuelto negra por lo que le ha pasado desde entonces.

—Pero es que tengo motivos para pensar que no es suyo —insistió la señora Leat.

—¡Oh! Entonces, ¿de quién es? ¿De la señorita Aldclyffe, quizá?

—Se parece más a su tonalidad, pero tampoco creo que sea suyo.

—¿No crees los rumores sobre la señorita Aldclyffe y el señor Manston?

—De eso nada diré, pero tú no sabes lo que yo sé de sus cartas.

—¿Las cartas del señor Manston? ¿Qué hay de ellas?

—Manda sus cartas desde aquí, excepto las que envía a una persona; esas las lleva a Budmouth. Pero, como sabes, mi hijo está en la oficina de correos de Budmouth, y desde su mesa puede ver por la ventanita los nombres de las personas a las que se envían y de las que se reciben misivas. Y el señor Manston siempre va allí con cartas para esa persona; mi chico ya conoce la letra y el sexo, a estas alturas, de su destinatario.

—¿Destinatario o destinataria?

—Destinataria.

—¿Y cómo se llama?

—Es un alcornoque y solo se acuerda de que van dirigidas a una señorita de Londres. Sin embargo, esa mujer ha estado aquí, puedes estar segura. Una mala mujer, sin duda; un alma perdida de la calle que ha huido de Sodoma, a buen seguro.

—Para terminar en Gomorra, por lo que parece.

—Pues, sí.

—No, no, señora Leat, esto no encaja. La mujer que vino a ver al administrador ayer por la noche no era ninguna señorita, viniera de donde viniera y esté donde esté. ¿O piensa que le hubiera permitido irse así, sin desayuno ni carruaje ni gentilezas de ningún tipo?

Elizabeth sacudió la cabeza y la señora Crickett la miró solemnemente.

—Sé que no la acogió y que no hubo ninguna gentileza; la cocina estaba fría esta mañana y él seguía en cama cuando fui a hacerle el desayuno. No creo que el señor Manston se tomara la molestia de escribir a una chica para luego tratarla con tanto descuido. No, señora Leat. Hay un lazo entre ambos más fuerte que los sentimientos. Es su esposa.

—¡Casado! Por el amor de Dios, ¿qué vendrá después? ¿Acaso se comporta como tal? Ni sus ojos son recatados ni sus labios los de un hombre casado.

—Quizá la esposa sea discreta, pero aun así digo que lo es.

—No, no, ¡disiento! No está casado.

—Sí, sí. Lo está. ¡He tenido tres maridos, sé lo que me digo!

—Bueno, bueno —exclamó la señora Leat, cediendo—. Sea cual sea la verdad debemos confiar en que la Providencia haga que acabe bien, como siempre hace el Señor.

—¡Ay, Elizabeth! —reprochó la señora Crickett con un suspiro satírico, levantándose para regresar a su casa—. A las buenas personas como tú os gusta pensar así, pero a mí me parece que la Providencia es de otro tipo.

## V. 20 de noviembre

La señorita Aldclyffe seguía la costumbre, iniciada por su padre, y que ahora seguía por decisión propia, de abrir la bolsa del correo personalmente cada mañana, en lugar de dejar que se ocupara el mayordomo, como hacían las familias del condado. Traían la bolsa cada mañana a su salita, donde la abría y examinaba su contenido, generalmente en presencia de la doncella y de Cytherea, que tenía acceso a su recámara a cualquier hora. Allí se constituía por la mañana una suerte de audiencia íntima, a la que asistían solo la señorita Aldclyffe y su tocaya. Es decir, la señorita Aldclyffe leía las cartas frente al espejo, mientras la peinaban y vestían.

—¿Quién será esa mujer? —preguntó la mañana siguiente del incidente del cabello—. «¡Londres, N!». La primera vez en mi vida que recibo una carta de un distrito tan extraño, el norte de Londres.

Cytherea acababa de llegar para ver si había llegado alguna carta para ella y, al escuchar la exclamación, se acercó a la señorita Aldclyffe para descubrir, curiosa, la misiva que había suscitado tal comentario. Pero la dama, que había abierto el sobre y leído algunas líneas, la había guardado antes de que Cytherea la viera.

—Oh, vaya, no es nada —dijo, y exclamó una serie de comentarios generales en un tono de forzada sangre fría; después se sumió en el silencio. No dijo una palabra más sobre la carta y parecía ansiosa por terminar su tocado y que la dejaran sola. Cytherea se fue a la otra ventana y, minutos más tarde, abandonó la estancia para dedicarse a sus labores.

La señorita Aldclyffe tardó bastante en bajar a desayunar y, una vez allí, nada le apetecía: no tocó el té, ni el café, ni los huevos, ni los riñones, nada de lo que había sobre la mesa. Después la vieron pasear arriba y abajo por la terraza sur y alrededor de los parterres. Estaba pálida y caminaba como alma en pena, con una carta arrugada en la mano.

Llegó la hora de la cena, en la cual no pronunció ni diez palabras, como tampoco parecía consciente de lo que comía. Para el caso que hacía a los alimentos, podrían haberse llevado el plato intacto y no hubiera protestado.

Más tarde, en la privacidad de su habitación, la señorita Aldclyffe sacó la carta de la mañana y releyó un pasaje.

Por supuesto, dado que soy su mujer, podría hacerlo público y obligarle a reconocerme, sin importarme sus amenazas ni sus razones, que aducen que es mejor esperar. Ya he esperado mucho tiempo y el momento adecuado para hacer pública mi condición no parece llegar nunca. Para mostrarle mi paciencia, sepa que la primera vez que utilicé mi apellido de casada fue hace dos semanas, cuando, debido a mis difíciles circunstancias, tuve que cambiar de alojamiento. No lo había hecho hasta entonces porque él me suplicaba que no lo hiciera. Escribirle esta carta, señora, es mi primera desobediencia grave y creo que tengo razones para hacerlo. Una mujer que se ve obligada a visitar a su marido como si fuera un ladrón en medio de la noche, y que luego debe salir como si fuera un perro (levantarse, abrir la puerta, cerrarla, y encontrar el camino de vuelta como buenamente pueda) está justificada para hacer lo que sea menester.

Sin embargo, si le exigiera que haga pública nuestra relación, sé que se produciría un escándalo insoportable, que mancharía mi nombre por todo el país.



Frente a consecuencias tan desagradables, sigo prefiriendo que usted interceda por mí y le hable; oblíguele a traerme para vivir con él, en la parroquia, de manera decente y respetuosa, la que habría adoptado cualquier hombre respetable cuya mujer hubiera vivido alejada de él un tiempo, en razón, digámoslo así, de sus peculiares circunstancias familiares, que son motivo de desunión, pero no de enemistad, y que, llegado el momento, está en disposición de proporcionarle el lugar que le corresponde en su hogar.

Sé que será usted tan amable de ayudarme, especialmente porque ha llegado a mi conocimiento, de manera singular, una peculiar transacción suya, ocurrida años atrás. No voy a detallar cómo me he enterado de los pormenores. Baste decir que solo yo conozco todos los aspectos de esta historia, pues cada una de las personas que me los confiaron solo conocían una parte y, por tanto, la información de que disponían era confusa y no llevaba a ninguna conclusión. Una sabe los motivos de su compromiso temprano y la razón, también súbita, por la que lo rompió; otra, por qué mantenía usted extraños encuentros en tabernas y otros lugares públicos; y otra, la causa de todo esto; y así cada una. Solo yo sé qué hechos encajan con otros, como llave en una cerradura, y por qué son el fruto de una línea de conducta racional (si bien impetuosa) de una joven dama. No tardará en comprender cómo me enteré de estos detalles.

Detalles conocidos y atesorados secretamente por ambas, que son la base desde la que suplico su ayuda y su amistad, con el convencimiento de que es usted demasiado generosa para negármelas.

Quisiera añadir que, puesto que mi esposo nada sabe de esto, no es necesario que lo sepa si tiene usted la gentileza de aceptar mi súplica.

La señorita Aldclyffe no pudo evitar exclamar:

—¡Una amenaza, tan clara como la luz del día! Envuelta en delicadas palabras, sí, como solo una mujer puede hacerlo.

Eso era: una amenaza procedente de una criatura miserable, de la que un Aldclyffe jamás habría tenido conocimiento, y menos un miembro tan orgulloso de la estirpe como Cytherea Aldclyffe. ¡Una amenaza por su causa!

El estallido de indignación se apagó tan velozmente como había prendido y las extremidades de su cuerpo volvieron a aflojarse. Esa actitud denotaba que no había más remedio que ceder, a pesar de ser una Aldclyffe. Escribió una sucinta respuesta a la señora Manston, diciéndole educadamente que la relación con su administrador había sido una noticia inesperada y haría cuanto estuviera en su mano para poner remedio a una situación tan desgraciada.

## VI. 21 de noviembre

Manston recibió una nota el día siguiente requiriendo su presencia en la casa a las ocho en punto de la noche. La señorita Aldclyffe era valiente e impetuosa; pero, debido a lo que tenía que decirle, sabía que no podría mirarle a la cara si esta se mostraba, delante de ella, a la luz del sol.

Un criado acompañó al administrador a la biblioteca y a este le llamó la atención la desacostumbrada penumbra de la estancia. El fuego estaba apagado; una única lámpara, relativamente pequeña, ardía en un extremo de la sala y dejaba buena parte de la habitación, de altos techos, sumida en la oscuridad de un crepúsculo artificial, apenas suficiente para leer los títulos de los volúmenes que albergaban las estanterías de la biblioteca.

Tras hacerle esperar veinte minutos (la señorita Aldclyffe conocía bien esa excelente receta para ablandar la carne humana y extraer el fingimiento de la conversación), la dama entró en la sala.

Manston escrutó su rostro, sin desentrañar su expresión; pero, por la tranquila mirada que la señorita Aldclyffe le dedicó, ante la que sería inútil corresponder a su escrutinio, concluyó que lo más probable era que hubiera descubierto su secreto; cómo, no sabría decirlo.

La dama mostró una carta, la desdobló y la sostuvo frente a él por un borde, entre el dedo índice y el pulgar. La luz de la lámpara, si bien distante, caía sobre la superficie de la misiva.

—¿Reconoce usted la letra? —preguntó.

Manston vio los trazos y decidió quemar sus naves.

—Es la letra de mi esposa —dijo, tranquilamente.

La contestación sorprendió a la señorita Aldclyffe, que no esperaba esa respuesta, como el predicador tampoco espera, cuando clama desde su púlpito, afeando a los feligreses sus pecados, que le respondan. En su lugar, había esperado una reacción más alarmada.

—¿Y por qué tanta ocultación? —insistió, levantando un poco la voz y tratando de controlar sus sentimientos, fueran los que fueran.

—Estar casado no obliga a contarle al primer extraño, señora mía —respondió Manston, tan tranquilo como antes.

—¡Extraño! Bueno, quizá no a un extraño, señor Manston, pero vuelvo a preguntarle: ¿por qué ocultó su situación? Tengo derecho a formular esta pregunta, como se dará usted cuenta, si recuerda los términos de mi anuncio.

—Se lo diré. Había dos razones, muy sencillas. La primera era práctica: usted solicitaba un hombre soltero en su anuncio, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Lo recuerdo muy bien.

—Bueno, un incidente me llevó a pensar que tenía posibilidades de conseguir el puesto. Pero soy un hombre casado y, sabiendo que esa condición constituía un

obstáculo para la obtención del puesto, me dije que dejar a mi esposa un tiempo sola era la única manera de alcanzar mi objetivo. La otra razón es que los términos de su anuncio me proporcionaban la oportunidad de alejarme de la mujer con la que había cometido el error de casarme.

—¡Error! ¿Quién es ella? —quiso saber la señorita Aldclyffe.

—Una actriz de tercera, a la que conocí en mi estancia en Liverpool el pasado verano, donde me encontraba trabajando de arquitecto.

—¿De dónde procede?

—Es americana de nacimiento y apenas una semana después de casados ya me desagradaba.

—¿Es fea?

—En absoluto.

—¿De aspecto normal, entonces?

—Mucho más que eso; es hermosa. Al poco tiempo, nos peleamos y nos separamos.

—Confío en que no la tratara usted mal —dijo la señorita Aldclyffe, con no poco sarcasmo.

—No.

—Pero se cansó de ella.

Manston la miró como si pensara que las preguntas eran inapropiadas, pero contestó con calma:

—Es cierto, me cansé de ella. Jamás se lo dije, pero nos separamos por eso. Vine aquí y la dejé en Londres, en un alojamiento adecuado. Aunque su anuncio especificaba que buscaba un hombre soltero, siempre tuve la intención de decirle la verdad. Esperaba a que su satisfacción en el desempeño de mis tareas demostrara que había acertado al contratarme.

La dama inclinó la cabeza.

—Entonces me di cuenta de que se interesaba usted por mi bienestar más allá de lo que podría haber esperado, a juzgar por la frialdad con la que me habían tratado otros patrones, y eso me llevó a vacilar. Todo se había complicado, y eso me preocupaba. Así estaba la situación hace tres noches, cuando regresaba de una visita al alfarero por el camino del ferrocarril. El tren pasó cerca de mí y allí, en un vagón, vi a mi esposa. Había descubierto mi dirección y había decidido seguirme hasta aquí. Llevaba unos minutos en casa cuando se presentó; a la mañana siguiente se fue.

—¿Porque la trató usted tan caballerosamente?

—Después de eso, imagino que decidió escribirle a usted. Y esa es toda la historia, señora.

Cualesquiera que fueran sus sentimientos en relación a la dama que acababa de escuchar sus altivas explicaciones, Manston los ocultó bajo una capa de acero.

—¿Sus amigos conocían su matrimonio, señor Manston? —continuó ella.

—Nadie lo sabía. Lo mantuvimos en secreto por diversas razones.

—Entonces, ¿es cierto, como su esposa afirma en su carta, que solo hace unos días utilizó por primera vez su apellido?

—Es verdad. Cuando nos casamos, mis ingresos eran escasos e inciertos, así que siguió actuando en el teatro como antes de nuestra unión y utilizaba su apellido de soltera.

—¿Tiene amigos?

—No sé de ninguno en Inglaterra. Vino aquí con una compañía de teatro, con grandes planes que nunca llegaron a fructificar, y aquí se quedó.

Hubo una pausa, a la que la señorita Aldclyffe puso fin.

—Entiendo —dijo—. Bien, aunque no tengo nada que decir sobre sus asuntos personales, más allá de los que derivan de su engaño para asegurarse el puesto que ahora ocupa...

—En cuanto a eso, señora —interrumpió él, acaloradamente—, y a las circunstancias que me han traído aquí, me siento tan incómodo como usted. Alguien, un miembro del Colegio de Arquitectos (ignoro quién) envió a mi antigua dirección en Londres su anuncio, recortado del periódico; yo quería alejarme de Liverpool y pareció como si la Providencia me hubiera ofrecido la oportunidad, quizá bajo la forma de un amigo. Respondí al anuncio, eso es cierto, pero no siento una necesidad particular de quedarme, ni tampoco lo deseo.

La señorita Aldclyffe abandonó su arrogancia y adoptó una actitud de persuasión femenina con tal rapidez que resultó casi cómico. En efecto: los *quos ego*<sup>[8]</sup> de su reprimenda no habían sido las amenazas genuinas de la imperiosa dueña de Knapwater, sino una declaración artificial para ocultar la debilidad de su corazón.

—Vamos, vamos, señor Manston, me ofende usted. No tengo la menor intención de meterme donde no me corresponde ni nada por el estilo. Permítame, en todo caso, que me interese por la situación de su esposa, y por la suya también.

—Desde luego, señora —respondió él, lentamente, avanzando a ciegas. Manston no sabía cómo proceder. Debido a su experiencia sobre el efecto de su apariencia y sus facciones en el sexo femenino, pensaba que el extraordinario interés que la señorita Aldclyffe había mostrado hacia su persona se debía a la misma ley de la selección natural, en tanto que hombre soltero, claro está. Se trataba de un interés ante el que no ponía ninguna objeción, puesto que le permitía estar cerca de Cytherea y, al mismo tiempo, gobernar una propiedad como si fuera su propietario. Como Curio<sup>[9]</sup> en su finca sabina, su gloria no radicaba en poseer oro, sino en el poder que ejercía sobre los que lo detentaban. Pero cuando la dama insinuó que también colocaría bajo su ala protectora a su esposa, Manston sintió perplejidad. ¿Qué siniestro motivo podía tener para esa maniobra? Sin embargo, no permitió que las dudas le alterasen, pues la sugerencia solo se refería a la felicidad de su mujer.

—Su esposa me dice —prosiguió la señorita Aldclyffe— cuán terriblemente sola está en el mundo y sostiene que es una razón por la que usted debería tratarla con mayor afecto. Así, pues en lugar de pedirle que dimita de su puesto, le propongo lo

siguiente: le conservaré como administrador con la condición de que traiga a su esposa y viva con ella una vida respetable, es decir, como si la amara de veras. Si puede asegurarme que todo irá como la seda entre ustedes, mi deseo es que permanezca aquí.

El administrador se irguió como si fuera a desafiar a la dama, pero antes de formular su oposición, se controló y respondió, con su habitual tono tranquilo:

—Me comprometo a llevar a cabo mi parte en la representación, señora.

—Y así también se calmará la ansiedad de su esposa, al asegurarle una posición respetable en la sociedad —dijo la señorita Aldclyffe—. Es una solución satisfactoria.

Tras unas observaciones adicionales, indicó amablemente que había llegado el fin de la entrevista. El administrador lo aceptó y se retiró.

Se sentía incómodo y mortificado, pero andando de vuelta a su casa se dijo que, al confesar la verdad, como había hecho, exceptuando sus sentimientos hacia Cytherea (que incluso había tratado de ocultarse a sí mismo), había sido la mejor decisión que había tomado.

Ya en la casa, Manston se sentó frente al escritorio y pensó en la belleza de Cytherea con el más amargo de los arrepentimientos. Al cabo de unos minutos se calmó gracias a un esfuerzo titánico, y escribió a su esposa la carta siguiente:

KNAPWATER

21 de noviembre de 1864

Querida Eunice:

Espero que hayas llegado a Londres sana y salva después de tu fugaz visita.

Como te prometí, he reflexionado sobre nuestra conversación de esa noche y sobre tu deseo de no demorar más tu presencia aquí, conmigo. Después de todo, era perfectamente natural que me hablastes tan cruelmente, pues ignorabas las circunstancias que me obligaban a mantenerte alejada.

Por tal razón, he realizado los preparativos pertinentes para que puedas venir a casa. No traigas nada, a excepción de tus ropas. Vende todo lo que sea superfluo en una tienda de segunda mano, pues si vienes con mucho equipaje despertarás rumores en el pueblo y todos deducirán que llevamos mucho tiempo viviendo separados.

¿Te vine bien el próximo lunes? No creo que tus compromisos te ocupen más allá de uno o dos días, y el resto de la semana te dará tiempo para organizarte. Puedo llegar a Londres la noche antes y viajar los dos en el tren del mediodía.

Afectuosamente,  
tu marido, Aeneas Manston

Por supuesto, esta carta no estaba dirigida a la señora Rondley.

Y así era. El sobre estaba dirigido a:

Señora Manston  
41 Charles Square  
Hoxton  
Londres

Llevó la carta a la casa y, como era demasiado tarde para dejarla en la oficina de correos, pidió a uno de los mozos del establo que la llevara a Casterbridge, en lugar de molestarse en ir a Budmouth en persona, como había hecho en anteriores ocasiones. Ya no tenía por qué ocultar su situación.

## **VII. Del 22 al 27 de noviembre**

A la mañana siguiente, Manston se percató de que había olvidado un detalle al elegir el lunes el día de regreso de su esposa.

El hecho era que acababa de llegar una carta recordándole que debía dedicar la semana siguiente a un importante compromiso con un agente de la propiedad del condado vecino, en la residencia de dicho caballero, que se encontraba a trece millas de distancia. El día en concreto que había sugerido a su esposa era el escogido por el agente para su reunión y no había manera de posponer la cita de negocios.

Así que procedió a escribir de nuevo a su mujer, diciéndole que un importante asunto, que no podía posponer, le obligaba a estar fuera de casa ese lunes y no podría ir a buscarla el domingo por la noche, como le había propuesto. En lugar de eso, la esperaría en la estación de tren de Carriford Road, con un medio de transporte, para recibirla a su llegada.

Al día siguiente llegó la respuesta de su esposa a la primera carta, en la que le decía que estaría lista cuando fuera a buscarla a Londres. Dado que Manston ya había enviado la segunda carta, que ya habría llegado a manos de su esposa, no preparó ninguna respuesta.

Pasó una semana. Entre tanto, el administrador se había ocupado de que se supiera en el pueblo que era un hombre casado, y había hecho circular el rumor de que habían sido razones familiares de peso las que habían aconsejado su discreción al respecto. Para las mentes sencillas de las nueve décimas partes de sus vecinos, las difusas explicaciones que se ofrecieron junto con la noticia fueron más que suficientes, hasta tal punto que ya no sintieron interés por el asunto, más allá de la natural curiosidad de ver el rostro de la dama que había de llegar.

**PARTE X**  
**LO ACAECIDO EN UN DÍA Y UNA NOCHE**



## **I. 28 de noviembre, hasta las diez de la noche**

Llegó el lunes, el día que la señora Manston debía viajar de Londres a la casa de su marido: un día de hechos singulares y notables, que dejarían huella en el presente y el futuro de los personajes cuyas acciones forman la materia del complejo drama de esta narración.

Primero veamos la acción del administrador: mientras desayunaba, a las ocho, la calesa que debía llevarle a Chettlewood esperaba frente a la puerta. Manston repasaba la columna de la guía Bradshaw que indicaba la duración del viaje del tren seleccionado. Inspeccionó la información sin esmero, sosteniendo la página con una mano y con la otra llevándose a la boca la taza de café; de haber sido Cytherea Graye la invitada, en lugar de su esposa, hubiera repasado la información más concienzudamente.

No reparó en que, de la columna examinada, aparecía un segundo recorrido, a partir de un punto concreto de la línea, que implicaba que el tren se dividía en dos en esa estación. Debido a su despreocupación, pensó que la llegada de su mujer a la estación de Carriford Road tendría lugar a una hora tardía de la noche; mientras que, en realidad, a esa hora llegaría la segunda mitad del tren, que transportaría a los pasajeros de tercera clase. Los pasajeros de segunda, entre los que se encontraba su mujer, llegarían en la primera mitad del tren, exactamente dos horas y tres cuartos antes.

Llegó a la conclusión de que tendría tiempo para ir a buscarla, después de sus compromisos del día. Terminó su desayuno, dejó instrucciones precisas a su criado para que preparara la casa ante la llegada de la dama, subió a la calesa y se dirigió a Chettlewood para reunirse con lord Claydonfield.

Pasó delante de Knapwater House. No pudo evitar mirar la ventana de la habitación de Cytherea. Mientras lo hacía, una expresión desesperanzada de amor apasionado y angustia sensual se vislumbró en su rostro, apenas unos segundos, al cabo de los cuales la reprimió como otras veces y siguió adelante por el suave camino blanco, esforzándose por expulsar la imagen de la joven cuya belleza y gracia tanto le habían maravillado.

De este modo, cuando al anochecer llegó la señora Manston a la estación de Carriford Road, su esposo aún se hallaba en Chettlewood, ignorante de su llegada. La dama se paseó arriba y abajo por el andén, cansada del viento y la penumbra otoñal, sin nadie que hubiera venido a buscarla para acompañarla a la casa de su marido.

El tren partió. La señora Manston esperó y esperó, jugueteó con su sombrilla, caminó, aguzó la vista en la oscuridad de la fría noche, esperando oír el ruido de un carruaje, dio golpecitos con los pies al andar y, en suma, exhibió todas las pruebas de una dama irritada. En este caso, aún más por lo que consideró una segunda y culminante muestra de la negligencia de su marido, que ni siquiera la había acompañado en el trayecto desde Londres.

Tras reflexionar sobre lo más conveniente para obtener un transporte hasta Knapwater, decidió dejar su equipaje, exceptuando una maleta de mano, en la consigna de la estación y caminar hasta la casa de su marido, como había hecho en su primera visita. Le pidió a un porteador si podía procurarle un mozo para ayudarla con la maleta: se ofreció él mismo.

El porteador era un hombre ignorante, de mente estrecha y talante bonachón. La señora Manston, que obviamente estaba muy alicaída, hubiera preferido caminar en silencio, pero su compañero no permitió el silencio más de dos o tres minutos.

A su llegada, ya había proferido unos cuantos comentarios sobre lo infortunado de la ausencia del señor Manston cuando, repentinamente, la dama le preguntó por los vecinos de la parroquia. El porteador la informó del nombre de los principales, en este orden: los dueños de las fincas importantes; después, de las mentes más distinguidas; finalmente, de los hombres y mujeres más apuestos. Entre estos, el de la señorita Cytherea Graye fue de los primeros que mencionó.

Tras proponerle que describiera su aspecto con el mayor detalle, la señora Manston logró que el porteador confesara lo que todo el mundo decía —antes, claro está, de saber de la existencia de la señora Manston—: que el guapo señor Manston y la hermosa señorita Graye hacían muy buena pareja, y que la señorita Aldclyffe era la única persona de la parroquia que no había mostrado el menor interés en esa cuestión.

—¿Cree usted que el señor Manston siente inclinación por ella?

El porteador se dio cuenta de que había sido demasiado explícito y se apresuró a corregir el error.

—Oh, no, señora. Le importa un comino —aseguró, solemne.

—¿No le importa más que yo?

—No.

—Entonces debe importarle muy poco —murmuró la señora Manston. Se quedó quieta, como si las palabras la recordaran la dolorosa negligencia de su marido. Entonces, impulsivamente, dio media vuelta e inició unos pasos engreídos en dirección a la estación.

El porteador se quedó mirándola, sorprendido.

—Voy a volver. Sí, ¡eso haré! Volveré —exclamó, quejumbrosa. Al ver que el porteador la observaba, se giró y volvió sobre sus pasos, soltando una ligera carcajada. Era una risa de carácter, en tono bajo y forzado, para ocultar la penosa percepción de una posición humillante bajo la máscara de la indiferencia.

En conjunto, su conducta demostraba que era una mujer débil, aunque calculadora: lista para concebir un plan, pero lenta para ejecutarlo. Sus maquinaciones más elaboradas se veían frustradas por el relámpago inevitable de la vacilación cuando es esencial actuar.

—Oh, ¡si hubiera sabido lo que iba a suceder! —murmuró, mientras avanzaban sobre la alfombra de hojas otoñales.

—¿Qué dice, señora? —preguntó el porteador.

—Nada en particular. Estamos cerca de la casa del administrador, ¿no?

—Sí, señora, muy cerca.

Pronto llegaron a la residencia de Manston, que estaba envuelta en una ventisca tristona y fría. Cruzaron el arco del jardín hasta el porche. El porteador subió las escaleras, llamó ruidosamente a la puerta y esperó.

No aparecía nadie.

La señora Manston se acercó a la puerta y llamó con un tono distinto, más flojo, pero más persistente.

No se oía el menor movimiento del interior, ni se veía un rayo de luz; nada, excepto el eco de la llamada en los pasillos y el seco crujir de las hojas marchitas que revoloteaban a sus pies en el porche.

El administrador, claro está, no se hallaba en la casa. La señora Crickett, que no esperaba la llegada de la señora Manston hasta dos horas y tres cuartos más tarde, por lo menos, había ordenado la casa, preparado la mesa para la cena y cerrado la puerta, y se había ido al pueblo, a visitar a sus amigas.

—¿Hay alguna posada en el pueblo? —preguntó la señora Manston, después de llamar por cuarta vez, más fuerte, a la puerta tachonada de hierro, con el único resultado de que una reverberación más estentórea.

—Sí, señora.

—¿De quién es?

—Del granjero Springrove.

—Allí pasaré la noche —decidió—. Hace demasiado frío y no es correcto que una mujer espere en una carretera por nadie, sea un caballero o no.

Bajaron por el camino del parque y volvieron a la carretera, hasta el pueblo. Cuando llegaron a la posada de los Tres Mercaderes ya eran casi las diez de la noche. El lugar, que dos meses atrás los ojos de Cytherea habían recorrido con el alegre grupo de campesinos fabricando sidra bajo los árboles, estaba rodeado por una espesa capa de oscuridad, de la que emergía el suave gemir de los olmos, acompasado por el crujido del cartel.

Se acercaron a la puerta. La señora Manston temblaba, pero no por el frío, sino por lo desabrido de su estado de ánimo. La negligencia es el más frío viento del invierno.

Sucedio que Edward Springrove iba a llegar de Londres esa noche o la siguiente, y los suyos lo esperaban; al escuchar voces en la puerta, el padre se presentó esperando verlo. Al comprobar que una extraña aguardaba en la puerta, el anciano señor Springrove no pudo ocultar su decepción.

La señora Manston solicitó una habitación y le asignaron la que estaba preparada para Edward, pues, si el muchacho llegaba, podían disponer otra sin ningún problema.

Sin tomar té ni nada sólido, sin siquiera detenerse en el salón, sin levantarse el velo, la dama enfiló el pasillo hasta su habitación, detrás de la doncella.

—Si el señor Manston viene esta noche —dijo la dama, instalándose en la cama y dirigiéndose a la criada—, díglele que no puedo verlo.

—Sí, señora.

La mujer abandonó la habitación y la señora Manston echó el cerrojo. Antes de que la criada hubiera bajado dos peldaños, la dama entreabría la puerta:

—Tráigame un poco de *brandy*.

La criada fue al bar y llevó una copa del licor. Cuando entró en la habitación, la señora Manston no se había quitado ninguna prenda de ropa y caminaba arriba y abajo, como si meditara el mejor curso a seguir.

Al cerrar la puerta tras ella, la criada se quedó escuchando un instante. Oyó que la señora Manston exclamaba:

—¡Menuda bienvenida al hogar!

## II. De las diez a las once y media de la noche

Nos enfrentamos a una extraña coincidencia de acontecimientos.

En el otoño en que transcurrieron las escenas narradas, el señor Springrove había arado, purgado y cultivado una estrecha franja de tierra en la parte posterior de su casa que durante años se creyó irrecuperable para la labranza.

La capa de hierbajos extraída del terreno se había amontonado para secarla al sol; después, la habían rastrillado y limpiado de la manera acostumbrada y permanecía en un enorme montón en mitad de la parcela.

Tres días antes de la llegada de la señora Manston, habían hecho con el montón un fuego, pero dos o tres campesinos, más cautos, de temperamento menos arrebatado que el señor Springrove, sugirieron que la hoguera estaba demasiado cerca de la casa para dejarla arder sin vigilarla; pues, si bien no había peligro si la brisa soplaba suavemente, en caso de que ganara fuerza en dirección a la casa podía llevar allí las chispas.

—Ah, pues es cierto —reconoció Springrove—. Me aseguraré de que está bien, antes de irme a la cama: pero, para ser sincero, tengo prisa por quemar la hojarasca antes de que llueva y se esparza por el suelo. En cuanto a lo de mover la hoguera al fondo de la parcela, las cenizas no valen el esfuerzo.

—Eso es muy cierto —dijeron sus vecinos, y volvieron a sus menesteres.

La primera noche tras encender la hoguera, el viejo Springrove se asomó dos o tres veces para echar un vistazo al fuego. Antes de echar el cerrojo por la noche, examinó con cuidado el estado de la pila humeante, pero no mostraba actividad ígnea. La conclusión de Springrove, perfectamente lógica, era que, si no se removía y el viento seguía soplando en la misma dirección, las brasas no prenderían y no habría peligro, ni siquiera con material combustible a pocos metros.

Al día siguiente, la pila humeante se encontraba como la había dejado al retirarse la noche anterior. El montón de paja y ramas siguió despidiendo humo de la misma manera durante la jornada y, a la hora de dormir, el granjero volvió a revisarla, aunque con menos atención que la noche anterior.

Durante la mañana y en el tercer día, las brasas siguieron apagadas; había menos humo y parecía que al día siguiente tendrían que volver a encenderlas, de apagarse por la noche.

Tras dar la bienvenida a la señora Manston en su posada, y comprobar que la dama se había retirado a su habitación, el señor Springrove se acercó a la puerta de entrada a ver si llegaba su hijo y preguntó por él al porteador de la estación, que descansaba un rato en la cocina. El porteador le dijo que no había visto al joven Springrove bajar del tren, y el anciano dedujo que no vería a su hijo hasta el día siguiente, pues Edward le había dicho que vendría en el tren del que había bajado la señora Manston.

Media hora más tarde, el porteador abandonó la posada y Springrove volvió a la puerta por si oía a alguien acercarse, y rodeó la casa hasta la parte posterior.

El granjero miró la pila casualmente y con indiferencia al pasar delante de ella; la seguridad de dos noches seguidas parecía suficiente para garantizar la tercera y estaba a punto de echar el cerrojo, como de costumbre, cuando se le ocurrió que quizá su hijo había tomado el último tren, pues era poco probable que se retrasara más. Así que el anciano dejó la puerta abierta, se ocupó de sus tareas en la taberna, y se fue a dormir a eso de las diez y media.

Los granjeros y campesinos saben que una pila de hierbajos, encendida con buen tiempo, se consume durante días, e incluso semanas, hasta que la masa se reduce a un montón de cenizas, y durante el proceso apenas da muestras de combustión excepto por el humo que despidе su cúspide, como un volcán. Sin embargo, el tranquilo proceso se produce gracias a la benevolencia de un capricho de la naturaleza: esto es, que no se levante ninguna brisa repentina, porque entonces la pila se convertirá en una hoguera cuyas llamas consumirán la paja y los hierbajos en una o dos horas.

Si el granjero hubiera observado con más atención el montón de ascuas, habría reparado en que, además del remolino habitual de humo de la cumbre de la pila, se agitaba el aire alrededor de la masa y se adivinaba un considerable calentamiento de su núcleo interior.

Al girar la esquina de la hilera de casas junto a la posada de los Tres Mercaderes, un viento frío saludó el rostro del porteador, avanzando hacia el pueblo. El hombre caminó por la carretera hasta una verja, a trescientos metros de la posada. Al otro lado se divisaba el edificio que acababa de abandonar. Giró la cabeza y vio detrás de él un brillo rojizo que indicaba claramente la posición del montón de paja: un resplandor sin llamas, cuyo brillo crecía o disminuía según la brisa fuera más o menos fuerte, como la brasa de un cigarrillo recién encendido. Si las casas hubieran sido suyas, pensó, no le habría gustado la idea de un fuego crepitando tan cerca de ellas, y menos con ese viento. Pero, como no lo eran, siguió hasta la estación, donde debía seguir de guardia toda la noche. No había nadie en la carretera; hasta las cuatro de la mañana, cuando los carreteros se dirigirían a los establos, era poco probable que ningún ser humano pasara por la posada de los Tres Mercaderes.

Hacia las once, todas las almas de la casa dormían. Parecía que un elemento traicionero se percibiera de una oportunidad para la devastación.

A las once y cuarto se oyó un ligero crujido entre los crecientes gemidos del viento: el montón de paja brillaba más y más y estalló en llamas. Al bajar las llamas, una brisa se apoderó de ellas, las alimentó y las hizo crecer hasta convertirlas en un fuego perdurable y débil, primero, y perdurable y fuerte después.

A las once y veinte, un remolino de viento transportó un puñado de helechos prendidos varios metros más allá, en dirección a las casas y la posada, y lo depositó en el suelo.

Cinco minutos más tarde, otro soplo de viento hizo lo mismo con otro montón ardiente, que también depositó en la tierra veinticinco metros más allá.

Pese a todo, el viento no soplaba en dirección a las casas y la escena habría parecido segura y calmada a un observador casual. Pero la naturaleza hace pocas cosas rectamente. Un minuto después, un fragmento encendido cayó en la paja que cubría un rincón de remolachas, que formaba un ángulo recto, apuntando a un lado de la casa y a los setos. Allí las brasas se sumieron en la oscuridad.

Poco tiempo después, tras otros incidentes parecidos e intentos infructuosos, otro pedazo encendido cayó cerca de las remolachas y siguió brillando. Esta vez, el viento atizó el resplandor, la paja prendió y saltaron las llamas. Era inevitable que las llamas recorrieran la zanja hasta la pocilga. Si esta hubiera sido de ladrillo, la antigua posada estaría a salvo, incluso en ese momento; pero, como tantas pocilgas, estaba hecha de madera y techada con paja. La valla y el tejado de la frágil edificación fueron pronto pasto de las llamas, y como el cobertizo daba a la parte posterior de la posada, las llamas ascendieron al lateral del tejado principal en menos de un minuto.

### III. De las once y media a las doce de la noche

Un arriesgado lapso de tiempo transcurrió antes de que los huéspedes de la posada se dieran cuenta del peligro. Cuando se percataron, huyeron para salvar sus vidas.

Se oyó la voz de un hombre, luego gritos y después golpes y pies corriendo.

El señor Springrove fue el primero en salir. Dos minutos después apareció el mozo de cuadra y la doncella, que estaban casados. La posada, como hemos dicho, era un edificio tradicional y anticuado, tan inflamable como una colmena: el primer piso sobresalía de la base, y las paredes laterales de la construcción estaban recubiertas con pesados paneles de madera de roble. Cada átomo de su sustancia, cada cualidad de su construcción favorecía el incendio.

Las llamas se bifurcaban, espeluznantes entre el humo; desaparecían de repente y luego estallaban con un estruendoso crujido y un brinco, diez veces más potentes y resplandecientes. Saltaban chispas profusamente. Desde los árboles del final de la parcela se proyectaron largas y amenazadoras sombras; el perfil cuadrado de la torre de la iglesia, al otro lado de la carretera, que había sido una masa oscura recortada contra el cielo claro, se transformó en una silueta clara contra un fondo de oscuridad. Incluso la estrecha superficie del mástil, en lo más alto, se divisó en medio de la noche por los rayos mortíferos de la luz danzante.

Los gritos y ruidos crecieron en frecuencia e intensidad. En diez minutos, la mayoría de los residentes se congregó al final de la calle, seguidos por el párroco, el señor Raunham.

Al llegar contempló el panorama, pidió la ayuda de uno o dos hombres y volvió a desaparecer. En poco tiempo se oyó el ruido de unas ruedas y el señor Raunham y esos hombres volvían con una bomba de jardín, la única que había en el pueblo, exceptuando la de Knapwater House. En unos instantes, la enchufaron con una manguera al tanque de agua del viejo patio y el frágil invento empezó a funcionar.

En un primer momento, varias personas quedaron paralizadas y contemplaron con rostros rígidos y transfigurados la candente luz del incendio. En medio de la confusión, una mujer gritó: «¡Tocad las campanas al revés!», y tres o cuatro de los más viejos y supersticiosos entraron en el campanario y tañeron las campanas, en un frenesí indescriptible. Algunos estaban a medio vestir y, horror de los horrores, entre ellos se encontraba el administrador de la parroquia, el señor Crickett, que corría arriba y abajo con la cara teñida de sangre: daba pavor verlo; su agitación era tan mayúscula que no tenía la menor idea de cómo, cuándo o dónde se había producido la herida.

La muchedumbre trataba de salvar los muebles de la posada. La única sala por la que podían acceder al edificio era el vestíbulo, desde donde lograron extraer el escritorio, algunas sillas, unos viejos candelabros de plata y media docena de artículos ligeros; eso fue todo.



Fieros pedazos de paja ardiendo se deslizaron por el tejado y cayeron en la carretera con un golpe sordo, mientras copos blancos de paja y ceniza saltaban con el viento en todas direcciones, como plumas. Al mismo tiempo se vio que, en dos de las casas adyacentes, regadas con la bomba de agua del párroco, también se habían propagado las llamas. El flojo chorrito de agua caía como si nada sobre la superficie seca y caliente del techo de paja, que el fuego deshizo en menos de un minuto, y se hundieron las vigas.

De repente alguien gritó:

—¿Dónde está el señor Springrove?

Había desaparecido de donde estaba unos minutos antes, cerca de la pared del recinto de la iglesia.

—Creo que ha entrado dentro —dijo una voz.

—¡Está loco, loco de atar! ¿Qué quiere hacer? ¡No podrá salvar nada! Por el amor de Dios, encontradlo y traedlo de vuelta —urgió otro.

Corrieron hacia la entrada, que se había venido abajo, y desafiando las llamas que atacaban desde dentro, tres hombres se arrojaron al interior de la posada. Inmediatamente, en el umbral, encontraron al objeto de su búsqueda: yacía desvanecido en el suelo del pasillo.

No tardaron en sacarlo y tenderlo en una camilla; le echaron agua en la cara y el anciano recuperó la conciencia lentamente. Se había salvado de milagro. En cuanto los hombres salieron del edificio, los marcos de las ventanas se encendieron como por arte de magia, con profundas y ondulantes lenguas de fuego. Simultáneamente, las junturas de los paneles de la puerta de entrada se convirtieron en relucientes barras de fuego: una estrella de luz roja invadió el centro, incrementándose en tamaño y potencia hasta que las llamas se abalanzaron hacia el exterior.

Luego, cayeron las escaleras.

—¡Todo el mundo está a salvo, fuera! —gritó alguien.

—Sí, gracias a Dios —exclamaron tres o cuatro voces más.

—¡Esperad! Había un huésped en la posada. Espero que esté a salvo.

—Oh, ¡sí! Ojalá —exclamó una vocecilla débil entre la multitud. Era la doncella.

En ese instante Springrove se incorporó, levantando los brazos agitadamente.

—¡No, todo el mundo no! ¡Dios mío, la dama que vino en tren, la señora Manston! ¡Traté de ir a por ella, pero me desmayé!

Una exclamación de horror sacudió al gentío; en parte, por la revelación de Springrove; en parte, por la terrible visión que concitaban sus palabras.

Entre cada ráfaga de viento y la siguiente transcurrían, de media, unos tres minutos, y ahora otra más recorrió el lugar: el techo vaciló y, al cabo de un instante, se derrumbó con gran estrépito, arrastrando las tejas y arrojando hacia delante la fachada de madera, que cayó con estruendo, con una polvareda de humo negro; una miríada de chispas y un gran estallido de llamas siguió a la caída.

—¿Quién es? ¿Dónde puede estar? —se preguntaban todos, incoherentemente, y sin dejar espacio para la réplica, si es que se podía producir.

El veloz viento de otoño, orgulloso e indomable, aún soplababa sobre el viejo caserón agonizante, cuyos materiales de construcción combustibles lo convertían prácticamente en un pajar de trigo pasto de las llamas. El calor se incrementó y, por un instante, en el punto más álgido de la conflagración, todo se detuvo, mientras los presentes observaban en silencio, boquiabiertos e impotentes, al enemigo invencible. Entonces, con la mente colmada de la tragedia, corrieron hacia adelante, con la obtusa voluntad de las olas, para seguir salvando objetos de las casas adyacentes, evidentemente también condenadas a la destrucción.

Transcurrieron los minutos. La posada de los Tres Mercaderes se hundió y se convirtió en un montón de carbón incandescente; el fuego siguió carretera abajo; el reloj del campanario marcaba la medianoche y las sorprendidas campanadas, que apenas se oían entre el quejido de las llamas, deambulaban por el salmo 113.

## IV. De las nueve a las once de la noche

Manston se subió a la calesa y salió de Chettlewood esa noche con un ánimo no muy envidiable. La idea de la vida doméstica que le esperaba en la casa de Knapwater, con la eclipsada esposa ahora recuperada, era más que desagradable: no le apetecía en absoluto.

Sin embargo, sabía que la influyente posición de la que disfrutaba en la propiedad de la señorita Aldclyffe no volvería a darse bajo otra circunstancia y tácitamente aceptó el dilema, esperando que pronto podría consolarse de un modo u otro; pues, a pesar de estar casado, seguiría cerca de Cytherea.

Ocasionalmente, miraba el reloj mientras avanzaba, para que el ritmo de su caballo se ajustara a la llegada a la estación de Carriford Road al tiempo del tren de Londres.

Vio que en el cielo resplandecía un halo ligeramente amarillo, cerca del horizonte. Crecía rápidamente, cambiaba de color y se enrojecía; después el brillo se apagaba y aumentaba a ratos, a merced del fuerte viento de la noche.

Manston se detuvo en la cima de un monte y reflexionó.

«Debe de ser una hoguera en un pajar, —se dijo—. Ninguna casa podría arder con tanta violencia y rapidez».

Siguió trotando e intentó desentrañar las zonas vecinales del fuego, pero estaba demasiado oscuro para lograrlo y las ondulaciones del camino le despistaban. Como no era un vecino del condado, le resultaba difícil adivinar la dirección del fuego; tampoco era un campesino, capaz de emitir un juicio sobre esos asuntos. El resplandor del fuego parecía indicar que su origen se hallaba a la mitad de distancia; parecía estar tan cerca que se detuvo a aguzar el oído, pero no se oía una mosca.

Se adentró por un estrecho valle que oscurecía el cielo a ambos lados, en un ángulo de treinta o cuarenta grados por encima del horizonte. Allí se vio obligado a suspender su estimación, aunque en el ínterin ya había asumido que el fuego se había producido en un punto entre la estación de tren de Carriford Road y el pueblo.

El resplandor había captado la mirada de otro hombre. Se encontraba a varias millas al este de la posición del administrador, pero se acercaba al mismo punto al que se dirigía Manston. El joven Edward Springrove regresaba de Londres a casa de su padre en el tren que Manston suponía que traería a su esposa. El retraso de Edward se debió a la causa más simple, la falta de dinero, que le había obligado a perder tiempo en el trayecto, pues había optado por viajar en tercera clase.

Springrove había recibido la carta admonitoria y casi amarga de Cytherea y cayó en la cuenta de la falsa posición en la que se había colocado, al guardar silencio en Budmouth sobre su largo compromiso. Una creciente reticencia a poner fin a los días de éxtasis con Cytherea se había superpuesto a su conciencia y había acallado su voluntad hasta que fue demasiado tarde.

«¿Por qué lo hice? ¿Cómo pude permitirme soñar con amarla?», se preguntaba de día, y también de noche, girando en su cama sin descanso. «¡Maldita locura!».

Durante años, quizá seis o siete, un corazón impresionable le había distraído: de manera inconsciente había anhelado algo desconocido, que no poseía, y no sabía qué. Raras veces encontró ecos de sí mismo aquí y allá. A veces, en hombres; otras, en mujeres; su prima Adelaide era una de ellas, pues, a pesar de la costumbre, hoy arraigada, que sostiene que la mujer no es menos que un hombre, sino distinta, el hecho es que las mujeres pertenecen a la humanidad y, en muchos sentimientos de la vida, la distinción sexual es una mera diferencia de grado.

Pero el ser indefinible que había de apaciguar los aspectos más remotos de su persona siguió ausente. Springrove creció, se hizo adulto y llegó a la conclusión de que las ideas o las emociones que albergaba eran demasiado irreales para encarnarse en el cuerpo y el alma de una mujer. Así, pues, decidió satisfacer sus sueños volcándose en las heroínas de la imaginación poética y dejó de pensar en la realización de su deseo; en los aspeaos prácticos, se dejó satisfacer por su prima.

Cuando Cytherea cruzó su cielo, su corazón respondió y dijo:

Ella es, y aquí está.  
¡Vedla! Desnudo y aclaro  
los deseos de mi confuso carácter.

Algunas mujeres despiertan con tal prontitud la emoción en el corazón de un hombre que su juicio no logra seguir su ritmo y descubre, al comprender la situación, que la fidelidad al viejo amor es una traición para el nuevo. No son las mujeres más admirables, pero son escasas. Cytherea era una de ellas.

Al recibir la carta de la muchacha, Springrove había pensado esto y había resuelto no contestarla. Pero, para un hombre reflexivo, las «generaciones hambrientas» ocupan su tiempo. Por fin se concentró en la necesidad de ganarse la vida. Tras una larga búsqueda, cuya negligencia se vio superada por su obstinación, consiguió un puesto de asistente de arquitecto en Charing Cross, que no requería que empezase hasta pasado un mes.

Al principio no sabía si pasaría el tiempo en Londres o en otro sitio; mientras dudaba emprendió, casi sin pensarlo, el camino hacia su hogar, sacudido por la esperanza secreta e inconfesable de ver por última vez a Cytherea.

## V. Medianoche

Eran las doce menos cuarto cuando Manston llegó a la estación. El tren fue puntual y la campana que anunció su llegada sonó al pasar frente a la estafeta, en dirección al andén.

El porteador que había acompañado a la señora Manston a Carriford, y que había regresado para cumplir su turno, reconoció al administrador y al momento se acercó a él.

—La señora Manston llegó en el tren de las nueve —le avisó. El administrador adoptó una expresión molesta—. Su equipaje está en la consigna, señor.

—Póngalo en la parte de atrás de la calesa, si no es molestia —dijo Manston.

—En cuanto haya partido el tren, señor.

El hombre desapareció y cruzó el andén para recibir a los pasajeros.

—¿Dónde es el fuego? —preguntó Manston al vendedor de billetes.

Antes de que este contestara, un hombre se acercó corriendo y respondió a la pregunta, sin haberla oído.

—¡Medio Carriford se quema o está a punto de quemarse! —exclamó—. No se ven las llamas desde aquí por los árboles, pero desde el puente, ¡es tremendo!

Cruzó el andén para ayudar en la llegada de pasajeros. El tren se acercaba.

El administrador se puso en pie. Bajó un pasajero, entregó su billete y cruzó la estancia frente a Manston. Se trataba de un hombre joven, con una bolsa de viaje negra y un paraguas. Salió por la puerta, bajó las escaleras y se hundió en la oscuridad.

—¿Quién era ese joven? —preguntó Manston, cuando el porteador regresó.

Por un magnetismo curioso, el joven había atraído la curiosidad del administrador.

—Es un arquitecto.

—Vaya, esa era mi antigua profesión. Lo habría jurado, al verlo —murmuró Manston—. ¿Y cómo se llama?

—Springrove. Es Edward, el hijo del granjero Springrove.

—El hijo del granjero Springrove —repitió el administrador; como si las palabras le hubieran recordado un asunto doloroso, se sumió en sus pensamientos. Se trataba, naturalmente, de lo que la señorita Aldclyffe le había dicho: que Springrove era el amante de Cytherea. Esa imagen no había abandonado su mente desde que la dama la pusiera allí.

«Si no fuera por mi mujer, ese hombre habría sido mi rival», reflexionó Manston, siguiendo al porteador hasta la consigna. Mientras el hombre cargaba el equipaje de su mujer en una caja, bastante ligera para subirla a la calesa, Manston observaba sus movimientos y se repetía: «Si no fuera por mi mujer, ese hombre habría sido mi rival».

Examinó las lámparas del vehículo, cogió las riendas después de subirse al asiento y condujo por la carretera rumbo a Knapwater Park.

A medida que se acercaba a su casa, la localización del incendio dejó de ser un misterio para él. Pronto oyó los gritos de los hombres, el crujir de las llamas, la madera quebrándose y olió el humo de la conflagración.

De repente, unos metros por delante, en el radio de la luz que despedía su lámpara derecha, brotó la silueta de un hombre. Venía andando en la oscuridad y, al ver la calesa, se llevó la mano a los ojos para protegerse de la luz.

Manston vio que era uno de los vecinos del pueblo; un pequeño granjero, que, a causa de la bebida, se había convertido en campesino y ladrón de cosechas de cierta reputación.

—¡Eh! —gritó Manston, en voz alta, para que el hombre se apartara.

—¿Es usted el señor Manston? —dijo el otro.

—Sí.

—Ha pasado algo en Carriford, señor, y le concierne.

—Diga usted.

—¿Esperaba la llegada de su esposa esta noche?

—Sí, ya me han dicho que ha venido antes de tiempo y supongo que llevará dormida un buen rato.

El hombre se dejó caer sobre la calesa y volvió su rostro, blanco y sudoroso, que había luchado contra las llamas, hacia Manston.

—Sí que vino, señor, sí... Y discúlpeme, pero le agradecería...

—¿Qué?

—Le agradecería su generosidad por la noticia que traigo.

—¡Ni lo sueñe! Además, ya sabía que había llegado.

—¿No va a darme nada? ¿Ni un chelín?

—Por supuesto que no.

—Bueno, entonces préstemelo, señor. Estoy cansado y no sé qué hacer. Le prometo que le pagaré, se lo devolveré. ¡Que el diablo se lleve mi alma si no lo hago!

—Al diablo le quedan cuentas pendientes; la perdición ya no asegura nada.

—¡Oh!

—Déjeme pasar —exigió Manston.

—Su mujer está muerta, esa es la noticia que traigo —dijo el campesino, lentamente. Esperaba una respuesta, pero nada llegó—. Fue a la posada porque no había nadie en su casa, y el techo en llamas cayó sobre ella antes de que pudieran sacarla. Murió quemada, como usted arderá en el infierno.

—Basta. Déjeme pasar —respondió el administrador, tranquilo.

Quien espera los efectos de un golpe con tanta intensidad, al ver que su estocada da en vacío, se aturde fácilmente. El campesino se dejó caer al suelo. Un *cushi*<sup>[10]</sup> que no había previsto un David tan incólume como el que ahora se alejaba.

Manston condujo rápidamente hasta la bifurcación de la carretera, ató el caballo y corrió a pie hasta el lugar del incendio.

La paralización que había causado el horrible incidente ya era cosa del pasado y ahora todos los hombres hábiles participaban en la recuperación de muebles y objetos de los restos de las casas, pues los tejados ardían. La bomba de Knapwater House también había llegado, pero era pequeña y poco eficaz. Un grupo de personas se había congregado alrededor del párroco, cuyo abrigo estaba quemado, manchado de hollín y desgarrado por el esfuerzo, pues dirigía las operaciones de rescate de los bienes almacenados en la iglesia e indicaba el lugar mejor donde situar los motores y las mangueras, según la evolución del fuego. Todos callaron al ver el pálido rostro de Manston, un extraño contraste con las caras sucias de hollín y sudor de los vecinos.

—¿Murió quemada? —preguntó con tono ronco y firme, avanzando hacia el lugar más iluminado. El párroco se acercó y lo llevó aparte. Manston repitió—: ¿Murió quemada?

—Ha muerto, pero Dios le evitó la horrible agonía del incendio —dijo el párroco, solemne—. El techo se desplomó sobre ella y la aplastó. Debió ser una muerte instantánea.

—¿Por qué estaba aquí? —preguntó Manston.

—Por lo que hemos podido saber, parece que su casa estaba cerrada. Pensó que se habría retirado a dormir, puesto que la criada, la señora Crickett, estaba en el pueblo. Así que vino a la posada y allí se alojó.

—¿Dónde está el dueño? —inquirió Manston.

El señor Springrove se acercó cojeando débilmente, envuelto en una manta, y corroboró lo dicho por el párroco.

—¿Parecía incómoda o enfadada, cuando llegó? —preguntó el administrador.

—No sabría decirle, no me fijé. Pero creo...

—¿Qué cree usted?

—Estaba molesta por algo, sí.

—No fui a buscarla a la estación: por eso estaba molesta —murmuró el otro, perdido en sus pensamientos. Dio la espalda a Springrove y al párroco, y abandonó la resplandeciente luz del incendio.

Habían hecho lo que habían podido con los reducidos recursos que tenían a su disposición. La hilera entera de casas había sido pasto de las llamas y, en cada una, se mostraba un estadio distinto del incendio, desde las ruinas humeantes, donde antaño se erigía la posada, hasta la masa aún llameante de la última casa.

Curiosamente, no había presencia de algo habitual en los incendios: vapor. Lo que había era lo que no suele darse: incandescencia.

El calor, y el efecto del humo que desprendía el roble y la madera ardiente en los ojos de los asistentes, los había empujado, por fin, lejos de la primera hilera de casas; ahora se amontonaban en el patio de la iglesia. Este se elevaba un metro y medio del

nivel del camino, fruto del paso de las generaciones, y quedaba a la misma altura que la parte superior del muro que separaba el camino del recinto religioso.

En el cementerio, las lápidas se recortaban blancas contra la hierba oscura y los setos de tejo; su resplandor se reproducía en los delantales blancos de los trabajadores y, de una forma más atenuada, en sus caras y manos, en las sonrientes gárgolas y otras figuras esculpidas de la vieja iglesia que se elevaba tras ellos.

El párroco había decidido que, debido a las terribles circunstancias de lo sucedido, no era ningún sacrilegio guardar en la iglesia, por una noche, los objetos de mobiliario y otros utensilios rescatados del incendio. No había otro lugar donde guardarlos, de hecho, y allí se almacenaron.



## VI. De las doce y media a la una

Manston se retiró a meditar; rodeó el patio y el cementerio de la iglesia y entró por la puerta abierta del edificio.

Mecánicamente, se dirigió a su asiento en el banco delantero. La atmósfera discreta se debía a una pared que lo protegía del brillo que vertían los ventanales laterales. La luz de la iglesia era una pequeña vela de sebo, erguida en el altar, en el pasillo lateral opuesto al que Manston ocupaba, y cerca de donde se apilaban los muebles. Los débiles rayos de la vela resplandecían menos que la luz que todavía emergía de las ruinas, como si fuera la luna.

Vio entrar al granjero Springrove, seguido de su hijo Edward aún con la bolsa de viaje en la mano. Hablaban de la triste muerte de la señora Manston, pero pronto cambiaron de tema y se centraron en las casas que habían ardido durante la noche. La hilera de casas, de la posada hacia el este, se había construido cincuenta años antes; el lugar ahora estaba vacío. Una parcela de tierra al lado de la carretera, difícil de cultivar, por el lecho de rocas planas del terreno.

Los Aldclyffe, que entonces eran dueños de las tierras, pensaron que una hilera de casitas podría mejorar la zona, y cedieron importantes parcelas a un buen número de vecinos respetables. Cada arrendatario debía pagar una renta nominal el resto de su vida, a condición de construir su propia casa y entregarla intacta al dueño al final del contrato.

Uno por uno, los que habían construido las casas terminaron cediendo sus terrenos, mediante venta o alquiler, al granjero Springrove. En algunos casos, el contrato se extendió por una generación con el pago de una suma al dueño de la propiedad. Ahora todos los alquileres recaían en el granjero, y con ello contaba para su retiro.

El administrador prestó atención al desarrollo de la conversación:

—No te angusties, padre. Las casas están aseguradas.

Era Edward el que hablaba, preocupado.

—Te equivocas, hijo, no lo están —repuso el anciano, lúgubrementemente.

—¿Cómo?

—¡Ni una! —exclamó el anciano.

—Pero ¿y la compañía de seguros?

—Las tenía aseguradas, cada una de ellas. Pero seis meses atrás, cuando la compañía llevaba años subiendo las primas, por el tejado de paja, se negó a seguir haciéndolo, y lo mismo otras compañías de seguros. Tenía la intención de buscar otra compañía, pero no lo hice. ¿Quién espera un incendio así?

—¿Recuerdas cuánta duración tenían los contratos? —preguntó Edward, aún más intranquilo.

—No, no especialmente —dijo el padre, ausente.

—¿Dónde están los documentos?

—En el escritorio, por eso he ido a sacarlos cuanto antes, entre otras cosas.

—Bueno, debemos revisarlos cuanto antes.

—¿Qué quieres?

—La llave del escritorio.

Fueron al pasillo del lado sur, tomaron la vela del altar y abrieron el escritorio, que estaba en un rincón bajo la galería. Se inclinaron sobre él: Edward sostenía la vela, mientras su padre sacaba los pedazos de pergamino de un cajón, y se los extendía.

—Léelos tú, Ted. Yo no veo sin gafas. Con uno es suficiente, todos dicen lo mismo.

Edward sacó el pergamino y lo leyó en silencio en unos instantes. Luego, en voz alta, repitió este fragmento:

Y el mencionado John Springrove, para él y sus herederos y ejecutores y administradores, se compromete y accede con el mencionado Gerald Fellcourt Aldclyffe y sus herederos designados, que John Springrove y sus herederos designados paguen al mencionado Gerald Fellcourt Aldclyffe y a sus herederos designados la renta limpia anual de diez chelines y seis peniques, en las ocasiones anteriormente mencionadas para el pago de las rentas. También, durante el mencionado término, se compromete a mantener y conservar la mencionada casa o residencia y todas las demás instalaciones o edificaciones en un buen estado de conservación, hasta el final de este contrato cuando se entregarán de nuevo al mencionado Gerald Fellcourt Aldclyffe y sus herederos designados.

Cerraron el escritorio y se dirigieron a la puerta de la iglesia sin decir palabra.

Manston emergió de la oscuridad. A pesar de los problemas del granjero, un respeto instintivo y un generoso sentido de la compasión hacia el administrador impulsaron al anciano a apartarse, para que Manston pudiera salir sin hablar con ellos, si así lo prefería.

—¿Quién es? —susurró Edward, al ver a Manston acercándose.

—El señor Manston, el administrador.

Manston se acercó y se cruzó con el joven en el pasillo. Sus rostros se aproximaron: una gran llamarada, que todavía seguía ardiendo en las ruinas, pintó la nave de largas sombras que se inclinaban sobre la pared e iluminaron los ojos de ambos al mirarse. Edward se había enterado, gracias a una carta de su padre, de los rumores que corrían por el pueblo de la pasión del administrador por Cytherea y la misteriosa forma en que había domeñado sus impulsos por su condición de hombre casado, como se descubriría después. Ahora ya no lo estaba. Edward se dio cuenta de la nueva situación del administrador e instintivamente sintió una súbita enemistad hacia él, sin confesarse por qué. Manston sabía que Cytherea y Edward habían mantenido una relación y observó al joven con expresión impenetrable.

## **VII. De la una a las dos de la madrugada**

Manston se dirigió a su casa, con el corazón rebosante de emociones a cuál más extraña. En la residencia, dio permiso a la criada para retirarse y se encerró en su habitación.

Ni el más cerebral de los hombres, especialmente si posee cualidades sensuales, es capaz de reprimir el instinto de confesarse, ante un ente o una persona, aunque en los instantes más fríos prescinda de ese impulso, tachándolo de casualidad o costumbre. Manston, egoísta e inhumano, pero honestamente, sin poder proferirlo en voz alta, estaba agradecido por la tragedia. Al lado de su cama, por primera vez en veinte años, cayó de rodillas y se entregó a un apasionado estallido de emociones.

Pasaron muchos minutos antes de que se levantara. Caminó hacia la ventana y advirtió, por primera vez, que debía realizar una acción relacionada con la triste circunstancia de esa noche.

Abandonó la casa y regresó a la escena del incendio; llegó a tiempo de escuchar los preparativos que el párroco estaba organizando para vigilar la zona, junto con un puñado de hombres. Las cenizas aún estaban calientes. Manston descubrió que, a esa hora de la noche, no podía iniciarse la tarea de registrar los restos del incendio. Se volvió a su casa en compañía del párroco, que había sido lo bastante considerado para convencerle de que se retirara y le prometió que, en cuanto pudieran moverse sin riesgo entre la ruina de la posada, buscarían cuidadosamente los restos de su desgraciada esposa.

Manston esperó en su casa la mañana siguiente.

# **PARTE XI**

## **LO ACAECIDO EN CINCO DÍAS**

## I. 29 de noviembre

La búsqueda comenzó al amanecer; a las nueve y cuarto pararon, sin haber hallado nada. Manston apenas desayunó y cruzó el valle que separaba la vieja y la nueva residencia para entrevistarse con la señorita Aldclyffe.

Se encontró con ella a medio camino, pues la dama venía a darle el pésame y a ofrecerle los campesinos de la finca para la búsqueda, para no demorar el macabro hallazgo de los restos de su mujer.

Manston se lo agradeció y la acompañó de regreso a la residencia. Al principio conversaron como si la muerte de la mujer fuera un hecho que el marido, necesariamente, lamentase de corazón. Cuando se hubieron intercambiado las frases que, por convención social, requiere la situación, comentaron la pérdida material sufrida en el pueblo y los pasos que habría que dar para ponerle remedio.

Hasta que no se encerraron en la salita privada de la señorita Aldclyffe, la dama no se dirigió a Manston con su tono cínico y directo. Una actitud nueva en el administrador, que se había manifestado esa mañana, le había impedido a la señorita Aldclyffe utilizar ese tono. La expresión del objeto de su favor se había alterado, aunque no habría decir en qué. Pero la conclusión era clara: era un hombre completamente distinto.

—¿Realmente siente la pérdida de su esposa, señor Manston? —abrió el fuego.

—Pues sí —respondió él, brevemente.

—Pero solo en el sentido de que un ser humano ha muerto en circunstancias violentas y desgraciadas, ¿no es así?

—Así es —convino Manston—; no era una buena mujer.

—Me costaría decir algo así de alguien muerto —replicó la señorita Aldclyffe, en tono de reproche.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Debería alabarla, si no lo merece? Digo exactamente lo que siempre he admirado en una carta de Sterne: que ni la razón ni las Escrituras demandan que hablemos bien de los muertos. Y ahora, señora —continuó, tras unos instantes de reflexión—, quizá pueda abrigar la esperanza de que me ayude, o, mejor dicho, de que no me perjudique en mi deseo de ganarme el afecto de una joven que vive bajo su techo; una que me interesaba sobremanera.

—¡Cytherea!

—Sí, Cytherea.

—¿Lleva usted enamorado de Cytherea todo este tiempo?

—Sí.

La sorpresa fue el prefacio de la agitación; la señorita Aldclyffe se levantó de su asiento, y caminó hasta el otro extremo de la habitación. El administrador la observó con calma y añadió:

—Llevo amándola mucho tiempo.

Ella se acercó y observó detenidamente su expresión, con una mano balanceándose indecisa a un lado.

—Entonces, ¿su matrimonio era la razón por la que no cortejaba usted a Cytherea, actitud incomprensible que ha sido la comidilla del pueblo, según me dicen? ¿Era por eso, no por indiferencia? —hablaba con convencimiento e interrogación, sin un ápice de celos.

—Esa era la razón, y no es deshonrosa. Me impedía confesar la verdad un sentido de la moralidad que quizá usted, señora, no sospeche que tengo.

Y pronunció estas palabras con un tono expresivo y orgulloso.

La señorita Aldclyffe guardó silencio y el administrador siguió:

—Y añadiré algo para reivindicar mi conducta de los últimos días, también a riesgo de ofenderla. El verdadero motivo por el que acepté traer a mi difunta esposa aquí, siguiendo su petición, y vivir con ella, no fue por el deseo mercenario de conservar mi puesto de trabajo, aunque me proporcione más comodidades de las que he disfrutado jamás, sino por mi pasión insaciable por Cytherea. Aunque me daba cuenta de que se trataba de una debilidad, una locura y hasta una perversión, mi deseo me obligaba a estar cerca de ella, aunque fuera como marido de otra mujer. —Esperó a ver la reacción de la señorita Aldclyffe; como esta no dijo nada, continuó—: Todavía hay un gran obstáculo que me impide conquistar el corazón de la señorita Graye.

—Lo sé —le interrumpió la dama, con voz tranquila—. Edward Springrove. Una vez quise que se casaran. Se han peleado, nada de importancia, y es probable que pronto se reconcilien...

Hablaba como si no hubiera escuchado las palabras de Manston.

—Springrove está prometido con otra —dijo él.

—¡Tonterías! —replicó la señorita Aldclyffe—. Si se refiere usted a su prima de Peakhill, eso no será un problema. Ha venido para romper con ella.

—No debe hacerlo —dijo Manston, con frialdad y firmeza.

Su tono hizo que la dama levantara la mirada, sorprendida. Se recuperó y contestó, altiva:

—Bueno, es asunto suyo, no mío. Aunque mi deseo hubiera sido verla casada con usted, no puedo hacer nada deshonroso para llegar a tal fin.

—Entonces debe hacer que sea asunto suyo —respondió él con dureza y sin perder firmeza en la voz, mirándola como si viera en ella todo su pasado escrito y representado.

Una cosa difícil de expresar con la palabra escrita es la mezcla de estados de ánimo que colorea la cara de una mujer cuando, después de dedicarse con determinación a colocar a alguien debajo de su posición, repentinamente comprende que el otro lleva las de ganar. Así fue cómo la señorita Aldclyffe contempló al administrador.

—¿Sabe usted algo de mí? —preguntó, tartamudeando.

—Lo sé todo.

—Entonces, ¡maldita sea su esposa! En su carta me prometió que nada le diría —estalló—. ¿Es que no podía mantener su palabra ni siquiera un día? —Reflexionó unos minutos y siguió, pero ya no era el tono de una extraña—: No cederé. No he cometido ningún crimen. Cedí en un momento de debilidad, porque no tenía ni idea de cómo lo había averiguado. ¡Qué me importa! No pienso soportar ninguna amenaza más. ¿Sería capaz de amenazarme? —añadió con suavidad, como si por un momento hubiera olvidado con quién estaba hablando.

—Mi amor debe ser asunto tuyo —repitió él, tuteándola esa vez y sin dejar de mirarla.

Una agonía, que no la producía el descubrimiento de su secreto, le impidió hablar unos instantes.

—¡Cómo puedes volverte contra mí, yo que tanto he hecho para que vinieras, para que la conquistaras, hasta que me enteré de tu enlace! Oh, ¿cómo puedes hacerme esto?

Y lloró, y con un sollozo tan duro y desconsolado como el llanto de un hombre.

—Me trajiste aquí de la manera más rocambolesca del mundo: en suma, fue una torpeza, igual que tu secreto. Lo más absurdo que he visto jamás. —La acusó, sin el menor remordimiento por la desazón de la señorita Aldclyffe—. Lo supe todo desde el principio, excepto la identidad de quién movía los hilos. En cuanto me di cuenta de que mi llegada a Knapwater era fruto de una añagaza, y no casualidad, comprendí quién era la responsable. Solamente hacía falta una chispa de entendimiento para que el montón de impresiones y sospechas adquirieran cuerpo.

—¡Añagaza! ¡Cómo puedes decir eso! ¡Piensa, por el amor de Dios! ¿Y cómo puedes amenazarme, cuando sabes, lo sabes perfectamente, que me pondría de tu parte sin necesidad de amenazas?

—Sí, te creo —dijo, más amable—, pero tu indiferencia de tantos años me ha hecho dudar.

—No, no era indiferencia. Era un silencio forzoso; mi padre aún vivía.

Manston tomó su mano, y la sostuvo con ternura.

—Vamos, vamos —dijo, más cordial, cuando ella se hubo calmado—. Springrove debe casarse con su prometida. Puedes obligarle a ello y hay una manera de conseguirlo.

—Está bien, está bien. Pero ¡no hables tan siniestramente, Aeneas!

—¿Sabes que su padre ha tenido dificultades los últimos dos o tres años?

—Algo había oído, aunque ha pagado puntualmente su alquiler. ¿No es así?

—Sí, en efecto. Pero ¿sabes los términos de los alquileres de las casas que se han quemado? —Pasó a explicarle que, según esos términos, la señorita Aldclyffe podía obligar al granjero a reconstruir las casas a su costa—. Se trata del caso más claro de negligencia de incendio que jamás he visto.

—No quiero que las construya de nuevo. ¿Sabías que mi padre tenía intención, en caso de que se vinieran abajo o volvieran a sus manos, de abrir una entrada nueva en el parque por ese lado?

—Sí, pero eso no afecta a la cuestión, y es que el granjero Springrove está en tu poder y su situación será muy delicada si decides obligarle a cumplir los términos del contrato.

—No lo haré. Es una conspiración.

—¿No lo harías por mí? —inquirió él. La señorita Aldclyffe palideció—. No estoy amenazándote: te lo suplico.

—Porque, si quisieras, me amenazarías —murmuró ella, entristecida—. Pero no hay necesidad de ello. La idea de casarte con la muchacha fue mía, mucho antes de que tú la vieras. ¿Qué debo hacer?

—Casi nada, solo esto: cuando haya visitado al anciano Springrove, cosa que haré en uno o dos días, y le diga que debe reconstruir las casas, tú hablarás con el hijo. Lo verás de modo que la propuesta parezca un impulso tuyo. Tú o él sacaréis a relucir el tema de las casas. Para reconstruirlas necesitaría al menos seiscientas libras; él argumentará, seguramente, que nos ceñimos a la letra del contrato con demasiada dureza. Cuando diga eso, debes responderle que de ninguna manera quieres colocar a quien ha sido tanto tiempo arrendatario en una situación dolorosa, y que no tendrá que reconstruir nada. Simplemente, que devuelva los contratos de alquiler y te ceda las tierras. Entonces, háblale con calidez de su prima, una mujer a la que quieres y respetas, y que, según te han dicho, está sumida en el dolor de la espera. Suplícale que se case con ella, su prometida y amiga tuya, y prométele que, a cambio, tendrás consideración con su padre. No le empujes a casarse, no le sugieras una fecha de boda o sospechará de ti y pensará que hay un designio oculto más allá de la simpatía femenina que despliegas hacia su novia. Convéncele para que le prometa que habrá boda al cabo de unos doce meses y consigue que le escriba a Cytherea, comunicándole que renuncia para siempre a su amor.

—Ella ya se lo ha pedido.

—Mejor aún. Y que le diga que está a punto de cumplir su promesa: casarse con su prima. Si crees que vale la pena, puedes decirle que Cytherea se sentía atraída por mí, antes de saber que era un hombre casado. En casa tengo una nota que me escribió de su puño y letra, la primera vez que la vi, de tono cálido y que puedo mostrarte. Confía en mí: sé que abandonará sus pretensiones hacia ella. Cuando esté casado con Adelaide Hinton, Cytherea aceptará mi propuesta de matrimonio, o incluso antes: el orgullo de una mujer se hiere fácilmente.

—¿Y no sería mejor escribir al señor Nyttleton, para que nos informe exactamente de los términos de la legislación sobre los arrendatarios en un caso así?

—No hay ninguna prisa. Sabemos bien los derechos que tenemos a nuestro alcance, al menos lo bastante para hablar en términos generales. Y quiero que presiones al joven Springrove antes de que vuelva a irse.



La señorita Aldclyffe lo miró largo rato, furtiva y triste; después de soltar sus instrucciones, Manston se había quedado ensimismado, con los ojos clavados en la alfombra.

—Sí, sí. Será mía —susurraba, sin importarle la presencia de Cytherea Aldclyffe. Por fin levantó la vista, inquisitivo.

—Haré lo que esté en mi mano, Aeneas —dijo la dama.

*Talibus incusat.* Manston procedió a abandonar la casa, y volvió a las ruinas ennegrecidas, donde los hombres seguían buscando y levantado brasas quemadas.

## II. Del 29 de noviembre al 2 de diciembre

Las ruinas humeantes de la posada de los Tres Mercaderes indicaban que, aunque los buscadores dieran con los restos de la desgraciada señora Manston, encontrarían de ella muy poco.

El interior del montón de ascuas todavía ardientes consistía en carbón y ceniza de madera de roble y de castaño, que, al removerse, emitía chispas y llamas largo tiempo después de parecer negra y apagada. Sin embargo, se esperaba que algún resto del cuerpo hubiera perdurado al efecto de las brasas y, tras una búsqueda ininterrumpida de treinta horas, dirigida por el propio señor Manston, se encontraron suficientes indicios que confirmaban el triste destino de su esposa.

Los objetos que ofrecieron una conclusión tan melancólica fueron su reloj, un puñado de llaves, unas pocas monedas y dos huesos carbonizados y ennegrecidos.

Dos días después, en la posada del Sol Naciente, inició la investigación oficial de las causas de su muerte el señor Floy, juez de instrucción, y un jurado formado por diez vecinos del distrito. La pequeña taberna, la única que quedaba en el pueblo, estaba llena a reventar de pobres campesinos y de granjeros ricos; habían venido cuantos pudieron liberar una hora de su jornada.

El jurado examinó los tristes y escasos restos, envueltos en una tela blanca y depositados en un ataúd acabado con seda blanca (por órdenes de Manston), que permanecía en una salita adyacente. El resto del ataúd estaba lleno de flores y ramos, también por decisión del administrador.

Abraham Brown, de Hoxton, Londres, era un anciano de cabellos blancos, sin la abundancia que les confiere un aire agradable. Juró decir la verdad y declaró que tenía una casa de huéspedes en la capital. El sábado por la noche, un mes antes del incendio, una dama se presentó con poco equipaje y alquiló una habitación que daba a la calle, en la segunda planta. No le preguntó de dónde venía; pagó una semana por adelantado, se inscribió como señora Manston y le dio de referencias, por si deseaba una garantía de su respetabilidad, la dirección del señor Manston en Knapwater Park. Estuvo en la casa de huéspedes tres semanas, sin apenas salir. Durmió fuera una sola noche en ese tiempo, y el 28 de noviembre abandonó la casa de huéspedes en un carruaje, a las doce del mediodía, indicando al conductor que la llevase a la estación de Waterloo. Pagó todos sus gastos y, como no había avisado con una semana de antelación antes de dejar la habitación, se ofreció a pagar la semana siguiente, pero el señor Brown solo aceptó cobrarle la mitad. Llevaba un pesado velo negro y una capa impermeable gris, y un equipaje compuesto de dos maletas: una sencilla, con asideras negras, y la otra con un estampado bordado.

Joseph Chinney, porteador de la estación de tren de Carriford Road, declaró que vio a la señora Manston vestida como el anterior testigo había descrito. Bajó del vagón de segunda clase la noche del 28 de noviembre. Se quedó a su lado mientras descargaban su equipaje. Traía consigo dos maletas, una de cierre automático y otra

estampada, que se guardaron en la consigna de la estación. Pareció desconcertada al no ver a nadie esperándola en el andén. Le preguntó si alguien podía acompañarla y ayudarla con su maleta de mano hasta la casa del señor Manston, en Knapwater Park. Chinney había terminado su turno y se ofreció a acompañarla. El testigo repitió la conversación que había mantenido con la señora Manston durante el trayecto y testificó que la había dejado en la puerta de la posada de los Tres Mercaderes, pues la casa del señor Manston estaba cerrada.

A continuación, llamaron al anciano Springrove. Su aparición en la abarrotada sala produjo un murmullo de sorpresa y admiración tan pronto dio un paso al frente.

Los acontecimientos de los días anteriores habían dejado huella en su naturaleza nerviosa; las órbitas azules de sus ojos, el color arrebolado de sus mejillas, parecían el resultado de una grave enfermedad. Un perfecto silencio se apoderó de los presentes cuando habló.

Declaró que había recibido a la señora Manston en el umbral de su posada y que la había invitado a entrar al salón. La dama no quiso hacerlo y se quedó en el pasillo mientras la doncella subía a comprobar la habitación preparada. La mujer bajó al rellano, avisó a la señora y esta la siguió hasta la habitación. El anciano Springrove no intercambió más de diez palabras con la señora Manston. Después, mientras estaba en la puerta de abajo, atento por si venía su hijo Edward, vio que se apagaba la luz de la habitación de la dama, tras haber distinguido su silueta moviéndose frente a la puerta.

JUEZ: ¿Le pareció que la sombra era de una mujer desvistiéndose?

SPRINGROVE: No sabría decirle, no me fijé. Se movía arriba y abajo. Quizá se estaba desvistiendo o paseaba por la habitación.

La señora Fitler, la esposa del mozo de cuadra y doncella de la posada, dijo que había guiado a la señora Manston hasta la habitación, había apagado la vela y se había retirado. La señora Manston apenas habló con ella, excepto para pedirle un poco de *brandy*. La testigo fue a buscar el decantador del bar, lo llevó y lo puso en la mesita.

JUEZ: ¿La señora Manston había empezado a desvestirse cuando volvió usted?

FITLER: No, señor juez. Estaba sentada en la cama, con la ropa que había llegado.

JUEZ: ¿Empezó a desvestirse antes de que usted se fuera?

FITLER: No exactamente, pero cuando cerré la puerta y ya estaba en el rellano, oí una bota contra el suelo, como cuando uno se la saca después de un largo día.

JUEZ: ¿Le pareció que estaba cansada, soñolienta?

FITLER: No lo sé, señor juez, porque seguía llevando el sombrero y el velo cuando me fui. Parecía avergonzada de encontrarse en la posada.

JUEZ: ¿Y supo algo más de ella esa noche?

FITLER: Nada, señor juez.

La señora Crickett, la criada temporal del señor Manston, declaró que, según las órdenes del señor Manston, todo debía estar listo para la llegada de la señora Manston el lunes por la noche. El señor Manston le había informado personalmente de que la señora Manston llegaría tarde, entre las once y las doce; debía preparar la cena para esa hora. Como no esperaba que la señora Manston llegara antes, había salido para un recado importante, a ver a la encargada de la oficina de correos, la señora Leat.

El señor Manston declaró que, al repasar las columnas de los horarios en la guía Bradshaw, se había equivocado al mirar la hora de llegada del tren, y por eso no estaba en la estación esperando a su mujer cuando llegó. El reloj roto que habían encontrado era de su esposa, en efecto: lo reconocía porque tenía un rasguño en la esfera interior, y por otras señales. El manojito de llaves también era de ella: dos encajaban en las cerraduras de sus maletas.

El señor Flooks, agente de lord Claydonfield en Cheetlewood, confirmó que el señor Manston se había ido pronto el día que los había visitado, tras terminar con los negocios que debían despachar; les dijo que iba a recibir a su esposa a la estación de Carriford Road, que llegaba en el último tren.

El médico forense dijo que los restos pertenecían a un ser humano. El fragmento más pequeño parecía una vértebra lumbar y el otro, la cabeza del hueso femoral; tan carbonizados, era imposible dictaminar si eran de mujer o de hombre. Pero no había, por así decirlo, duda moral de que eran de una mujer. El médico no creía que la muerte hubiera sido consecuencia del incendio, sino que la víctima había muerto aplastada por la caída del techo, que, al ser de madera, igual que el suelo, ardió después, consumiendo el cuerpo.

Dos o tres testigos adicionales prestaron testimonios de poca importancia.

El juez de instrucción resumió lo que se había dicho y el jurado, sin el menor género de duda, dictaminó que la difunta señora Manston había muerto accidentalmente en el incendio de la posada de los Tres Mercaderes.

### III. 2 de diciembre por la tarde

Cuando el señor Springrove salió de la posada del Sol Naciente al final de la jornada de instrucción, Manston le acompañó hasta los peldaños de la entrada del parque, a un tiro de piedra de distancia.

—Señor Springrove, qué triste día para todos.

—Así es —asintió el viejo granjero, con profunda melancolía—. Es un día muy penoso para mí. No sé cómo seguir adelante. Pienso en las palabras del Señor: «Por la mañana dirás: “¡Oh, si fuera la tarde! —Y por la tarde dirás—: ¡Oh, si fuera la mañana!”», por causa del espanto de tu corazón con que temerás y por lo que verán tus ojos».

Su voz se quebró.

—Qué verdad. También yo he leído el Deuteronomio —dijo Manston.

—Pero mi situación no se puede comparar con la pérdida de usted —repuso el granjero.

—En efecto, pero puedo compadecerle. Sería un animal sin sentimientos si no lo hiciera, aunque mi aflicción sea tan profunda y solemne. De hecho, mi pérdida me hace tener presente la suya, señor Springrove, aunque sean de naturaleza distinta.

—¿Qué suma cree que me costaría reconstruir las casas?

—Creo que unas seiscientas o setecientas libras.

—Si nos ceñimos a la letra de los contratos —añadió el anciano, agitadamente.

—Así es.

—¿Tiene usted idea de la disposición de la señorita Aldclyffe? ¿Sabría usted decirme cuáles son sus intenciones?

—Me temo que no la conozco lo suficiente, pero en este asunto puedo decirle que su decisión será perentoria; quizá se avenga a compartir un sexto o un octavo del coste, porque al fin y al cabo la reforma renovará las propiedades, pero no creo que vaya más allá.

El administrador subió los peldaños y el señor Springrove siguió por el camino cabizbajo y arrastrando los pies hacia la casa de su sobrina, donde se habían refugiado temporalmente, a pesar de la oposición de Edward.

El peso de la conversación que acababa de tener pronto se manifestó en el anciano. Aunque pasó la tarde en la casa con Edward y Adelaide, respondía con monosílabos. Edward le encontraba mirando fijamente al suelo o la pared, ajeno a la presencia de ellos. En la cena, comió con normalidad, pero mecánicamente, preso de la misma abstracción.

## IV. 3 de diciembre

Por la mañana el viejo Springrove seguía abatido. Llegó la tarde y su hijo se alarmó. Por fin logró hacerle confesar y supo de la conversación con el administrador.

—Tonterías. No sabe lo que dice —dijo Edward, vehemente—. Me entrevistaré con la señorita Aldclyffe. Prométeme, padre, que no te preocuparás hasta que yo vuelva, y te diga que sí, así es, la señorita Aldclyffe es rigurosa e injusta.

Edward se dirigió, pues, hacia Knapwater House. Caminó deprisa, dando largas zancadas por la carretera, hasta que llegó a un mojón desde el que partía un atajo hacia la mansión. Allí se recostó a descansar unos minutos y meditó sobre la mejor manera de sacar a relucir el asunto, mientras observaba la escena que se abría ante él con la mirada que reconoce los detalles sin ser consciente de ellos, aunque más tarde se recuerden como vividas imágenes. Era un día de finales de otoño, amarillento y refulgente, uno de esos días en que la mañana y la noche se encuentran sin que medie el mediodía. La clara luz del sol había tentado a la señorita Aldclyffe, que en ese momento paseaba en dirección al pueblo. Mientras Springrove esperaba, oyó el frufrú de un vestido de mujer entre los arbustos y las hojas de las ramas de los castaños que cubrían el camino. En un minuto aparecería ante él.

La saludó con el respeto habitual y, a punto de solicitarle unos minutos para hablar con ella, la dama abordó directamente el asunto del fuego.

—Es muy triste para su padre —dijo—, y, según me dicen, dejó que el seguro contra incendios expirase hacía poco, ¿no es cierto?

—Así es, señora, y también sabrá que, debido a los términos generales del contrato, o a los mismos sumados al origen del incendio, el desastre quizá le obligue a reconstruir la hilera de casas, o bien convertirse en deudor de su propiedad, en una cantidad que asciende a varios centenares de libras.

—He pensado en eso —asintió ella, y repitió en esencia lo que el administrador le había dictado. Durante su exposición se podía adivinar perturbación en Springrove, pero antes de que la señorita Aldclyffe hubiera terminado, su mirada era clara y directa.

—No acepto las condiciones que usted me ofrece —respondió.

—No son exactamente condiciones.

—Bueno, sea como fuere, son comentarios fuera de lugar.

—En absoluto. Tengo perfecto derecho a ello, pues las casas se han quemado por la negligencia de su familia.

—No me refiero a las casas. Por supuesto, tiene usted derecho a hablar sobre ese asunto. Pero en cuanto a lo otro, usted es una extraña para mí y no tiene ningún derecho a darme su resolución sobre cuestiones tan delicadas, que atañen a la señorita Graye, a la señorita Hinton y a mi persona.

La señorita Aldclyffe, como otras damas de su posición, no se había dado cuenta de que el hijo de un arrendatario de clase social inferior había accedido a una

educación y que, por tanto, había aprendido a pensar como un individuo y a ver la sociedad desde un punto de vista liberal, muy lejos de la media de los granjeros de la parroquia de Carriford; y que, por eso mismo, tenía las opiniones poco ortodoxas de un hombre plenamente desarrollado sobre la subordinación de las clases. Y, consciente del laberinto en que se había metido, atrapado entre el deseo de comportarse honorablemente en su compromiso con su prima Adelaide y la intensidad de su amor por Cytherea, Springrove era especialmente quisquilloso con el asunto. Por eso había hablado con notable vehemencia.

Por su parte, la señorita Aldclyffe no se arredró ante la actitud desafiante del joven. Estaba preparada para una fría negativa, pero su altivez no pudo soportar la crítica a su conducta que comportaba el comentario de Edward. Así, el encargo lamentable de Manston, que se había convertido en obligación, terminó formando parte de su voluntad de manera natural.

En un caso similar, un hombre habría dejado a un lado la persuasión para decantarse por la fuerza. En una mujer se añadía la falta de escrúpulos y una valiente y arriesgada estrategia. Por ello, en su obstinación, para reforzar su papel de dueña, se rebajó a una acción tan vil que atormentaría su conciencia hasta el día de su muerte.

—No soy precisamente lo que usted llamaría una extraña, señor Springrove —declaró—. Conozco a su familia desde hace muchos años y desde luego conozco a la señorita Graye muy bien, y en especial en lo que respecta a su ánimo respecto a usted.

El amor perplejo nos convierte en curiosas y crédulas ancianas. Edward estaba deseoso de averiguar qué sentía Cytherea por él, aunque fuera por un medio tan peligroso como la señorita Aldclyffe.

—Una carta de ella —respondió, fríamente— me informó de ese aspecto.

—¿Cree usted que aún le ama? Oh, claro. Todos los hombres son así.

—Tengo razones para creerlo. —Edward ya no podía seguir fingiendo.

—¿Qué razones, dígame usted? Me interesan mucho —le desafió, con cruel sarcasmo.

Edward reparó en que, parcialmente, su debilidad permitía a la señorita Aldclyffe llevar a cabo lo que tanto le había repugnado cuando lo había presentado como un todo. Pero esa antagonista tenía la altivez de una reina, y aunque su belleza se acercara ya al primer atardecer, seguía impresionando a un hombre. Su actitud le había cautivado hasta tolerar sus palabras, igual que María Estuardo había hechizado a sus indignados visitantes puritanos. De nuevo, respondió con honestidad.

—La mejor de las razones: el tono de su carta.

—¡Tonterías, señor Springrove!

—De ninguna manera, señorita Aldclyffe: la señorita Graye desea que estemos alejados uno del otro por una sencilla razón práctica, esto es, que nuestra intimidad complicaría una situación de por sí delicada. No es falta de amor: simplemente, no podemos entregarnos a él.

—¿Ignora usted que, cuando una mujer deja a un hombre, la piedad por el dolor que la separación puede infligir dota a sus palabras de una amabilidad que a menudo se malinterpreta, confundiéndola con amor reprimido? —expuso la señorita Aldclyffe, dulcemente insidiosa.

Era una versión del tono ambiguo de la carta de Cytherea que a Edward no se le había ocurrido, y era demasiado ingenuo para no confesarlo.

—Jamás lo había pensado.

—¿Y no lo cree posible?

—No, a menos que haya otras pruebas que lo confirmen.

La señorita Aldclyffe hizo una pausa y volvió a hablar, vacilante:

—Mi intención era... Ni se me había ocurrido confesárselo, señor Springrove, mi intención era tratar de inducirle a cumplir su compromiso con la señorita Hinton, no solo por el bien de ustedes dos, aunque en parte así es. Amo a Cytherea Graye con toda mi alma y quiero verla feliz, mucho más de lo que usted imagina. No quería arrastrar su nombre en este asunto, pero debo decirle que la carta que usted ha recibido, rechazándole (pues eso era y no otra cosa: un rechazo y una despedida), no fue por su relación con la señorita Hinton. Cytherea es lo bastante adulta para saber que los compromisos se rompen con la misma facilidad con la que se contraen. No; ella le escribió porque se ha enamorado de otro hombre. Ha sido algo repentino y desde luego no abrigaba la idea o la esperanza de casarse con él, pero, aun así, lo ama profundamente.

—¿Quién es?

—El señor Manston.

—¡Por Dios, señora! No puedo escucharla ni un minuto más. ¡Pero si Cytherea apenas lo conoce! No se ha cruzado con él, ni le ha visto.

—Sí lo conoce. El señor Manston vino aquí el día antes de que ella le escribiera a usted y podría demostrarle, sin el menor esfuerzo, que ese día Cytherea fue a la casa del señor Manston, aunque no con intención pecaminosa o culpable. Se quedó allí dos horas, sin embargo, hablando con él, tocando el piano y cantando; cuando le dejó, se fue derecha a casa y le escribió a usted esa carta indicándole que pusiera fin a su relación, fuera como fuere. Lo hizo, pura y simplemente, porque se había enamorado de él, y es una reacción muy natural en una joven, pues Manston es el hombre más guapo del condado. ¿Por qué, si no, Cytherea esperó a escribirle esa carta, precisamente, y no se comunicó antes con usted?

—Porque no me porté... Porque entonces desconocía la relación que me unía con mi prima.

—Al contrario, sí que la conocía.

—¿Cómo es posible?

—Yo misma se lo dije, el primer día que vino a vivir aquí.

—¿Qué intenta decirme? ¿Que el día que la señorita Graye me escribió para poner fin a nuestra relación fue la primera vez que veía a un hombre...?



—Un hombre notablemente guapo y con talento.

—No digo que no sea verdad.

—Y eso sucedió justamente la hora siguiente a que ella lo viera por vez primera, sí.

—Sí, está bien, lo acababa de ver.

—Y había estado a solas con él, en su casa.

—Eso no quiere decir nada.

—Donde había pasado dos horas, tocando el piano y cantando.

—Está bien, tampoco lo niego. ¿Y qué más?

—Que en el instante en que le escribió a usted una carta para poner fin a su relación, escribió otra nota, dirigida a él, para concertar una cita secreta.

—¡Jamás! Eso es imposible, señora, ¡imposible!

—¿Niega esa posibilidad?

—La niego.

La señorita Aldclyffe lo observó desdeñosa.

—Desde luego, puede usted creer lo que le apetezca y que no es más que una trivialidad, pero estoy decidida a demostrarle que la palabra de una dama es honorable, aunque verse sobre un asunto que no me concierne, ni a usted tampoco. Verá usted con sus propios ojos que Cytherea escribió esa nota, si es que el señor Manston aún la conserva y es lo bastante amable para cedérmela.

—Pero, señora, ¡piense en qué conducta debería tener un hombre casado con una joven, para que ella le escribiera una nota de ese tenor!

La dama enrojeció ligeramente.

—De eso nada sé —tartamudeó—. Pero, desde luego, Cytherea no tenía la menor idea, como nadie del condado, de que él estuviera casado.

—Por supuesto que no.

—Y tengo razones para creer que el señor Manston le comunicó ese hecho después, para que no se comprometiera, ella o ambos. Es de todos sabido que se esforzó mucho por no ceder a la atracción que sentía por la joven y logró ocultar sus sentimientos, aunque no dominarlos.

—Esperemos que así fuera.

—Pero ahora las circunstancias han cambiado.

—Así es —reconoció el joven, pensativo—. Han cambiado notablemente.

—Debe recordar que la señorita Graye tiene derecho a hacer lo que le plazca con... con su corazón, entienda usted —susurró la señorita Aldclyffe, persuasiva.

Ya no sentía tanta irritación: creía que la actitud de Edward estaba cambiando debido a sus palabras, y eso le resultaba agradable.

Los pensamientos de Edward volaron hacia su padre y el objeto inicial de la entrevista con la dueña de Knapwater House. Se sentía muy incómodo con el intercambio de rumores y medias verdades que acababan de mantener.

—No la molestaré más, señora —dijo, cabizbajo—. Nuestra conversación ha terminado mal para mí.

—No diga eso, y no se equivoque. Tengo más años que usted y por ello sé mucho más.

Acuciado por las dudas y la tristeza, amargamente arrepentido de haber animado a su padre con expectativas que ahora resultaban imposibles de cumplir, Edward regresó lentamente al pueblo y se acercó a la casa de su prima. El granjero lo esperaba en la puerta, ansioso. Llevaba allí más de media hora. Sus ojos brillaban.

—Bien, Ted, ¿qué te ha dicho? —preguntó, con un tono intenso que perturbó a su hijo, porque anticipaba la inevitable decepción de la respuesta.

—No hay que alarmarse —respondió Edward, en un tono forzosamente animado.

—Pero ¿tendremos que reconstruir las casas?

—Eso parece, padre.

El anciano vagó los ojos por el horizonte y luego dio la vuelta para entrar en la casa, sin proferir una palabra. La luz parecía haberse apagado en su espíritu. Cuando Edward entró, vio a su padre en el escritorio abierto, desplegando los contratos con una mano temblorosa y volviendo a guardarlos, sin leerlos.

Adelaide estaba en la salita. Suavemente, le dijo a Edward, observando al granjero:

—Querido Edward, espero que las noticias no le causen ningún perjuicio al tío. ¿Qué sería de nosotros si algo le pasara? Es el único familiar que nos queda en el mundo.

Lo cual era verdad, y Edward se sintió más atado a su prima tras ese comentario. La mujer añadió:

—Apenas un día antes del incendio decía, tan feliz, que por nada del mundo se perdería el placer de ser el hombre que me acompañaría al altar en nuestra boda.

Por primera vez, una duda emergió en la mente de Edward, sobre si había adoptado la decisión acertada al no aceptar la alternativa que la señorita Aldclyffe le había ofrecido. ¿Era por egoísmo, además de por independencia? ¡Cuánto tiempo había dedicado a los deseos de su corazón y cuán poco a la paz de espíritu de su padre!

El viejo no volvió a despegar los labios hasta la cena, cuando empezó a preguntarle a su hijo una serie de cuestiones hipotéticas sobre la manera más adecuada de hacer cambiar de opinión a la señorita Aldclyffe. No hablaba de ella como si fuera una mujer injusta, sino como un instrumento del destino o de Láquesis<sup>[11]</sup>, cuyas decisiones no le correspondía condenar. En su angustia, miró una vez a Edward a los ojos: su expresión era desoladora, con las pupilas dilatadas y un aspecto extraño.

—¡Si al menos se aviniera a nuestra propuesta! —reiteró por enésima vez, acrecentando la tristeza de sus oyentes.

Se oyó una llamada aristocrática en la puerta, y Jane entró con una carta, dirigida a: Señor Edward Springrove, Jr.

—La ha traído Charles, de Knapwater House —dijo.

—Es la letra de la señorita Aldclyffe —señaló el señor Springrove, antes de que Edward pudiera reconocerla—. Todo estará bien, nos va a hacer una oferta. No necesita las casas, a ella no le hacen ninguna falta. Van a hacer la entrada del parque y nada más.

Edward rompió el sello y la leyó. Con un supremo esfuerzo se controló y dijo:

—Es una carta que me remite la señorita Aldclyffe, pero no está relacionada con el incendio. Me parece extraño que se haya tomado la molestia de enviármela esta noche.

Su padre le miró ausente, y apartó la vista. Poco después todos se retiraron a descansar. En su habitación, a solas, Edward abrió y leyó lo que no se había atrevido a decir en presencia de los demás.

El sobre contenía otro sobre, este con la letra de Cytherea, dirigido al señor Manston. Dentro se encontraba la nota que le había escrito al administrador después de pasar en su casa las horas de la tormenta:

KNAPWATER HOUSE

20 de septiembre

No puedo reunirme con usted en la cascada, tal y como le había prometido. La emoción que sentí me hizo olvidar la realidad.

C. Graye

La señorita Aldclyffe no había acompañado la nota de una sola línea de su puño y letra, fiel a la máxima de que, cuando no hacen faltan palabras, el silencio es diez veces más convincente.

Paso a paso, Edward repasó mentalmente la conversación de esa tarde con la señorita Aldclyffe sobre los sentimientos de Cytherea y, por una confusión de razonamientos, comprensible por la agitación que sentía, concluyó que, puesto que la dama decía la verdad sobre la nota, también debía de ser cierta su declaración respecto a las causas de la misma. Es decir, quedó convencido de que Cytherea, a la que hasta entonces había creído fiel, había mirado con ojos menos que indiferentes el atractivo rostro y la persona de Manston.

¿La culpó por ello, acusándola del impropio comportamiento de mirar con amor a un extraño, aunque no podía corresponder a su amor? En absoluto. Ni por un instante dudó que todo había transcurrido a la manera de Cytherea: inocente e impulsiva, y que su corazón había emprendido el viaje antes de que ella se diera cuenta, más allá de la existencia del hombre hacia el que había volado. Quizá la nota había sido el resultado de su primera reflexión. Edward no hubiera dudado en tachar a Manston de sabandija redomada, excepto por un hecho indiscutible. Todo el pueblo sabía, y a

oídos de Edward había llegado también esa noticia, que Manston, en tanto que hombre casado, había evitado conscientemente a Cytherea desde los primeros días de su llegada, en los que su irresistible belleza y su mirada se habían fijado en él, y los ojos de él en la muchacha.

Sacó del bolsillo del abrigo el sobre arrugado que contenía la carta que Cytherea le había enviado, la abrió y la releyó. Era una carta de censura y despedida. Llevaba la misma fecha que la nota enviada a Manston y por la frase: «Llevo todo el día reflexionando», era razonable suponer que la había escrito después de la misiva al administrador (a Edward, además, se le antojaba más dulce).

Pero, aunque Cytherea se revelara caprichosa, de ninguna manera dudaría de la autenticidad de su inclinación, de su cariño hacia él en Budmouth. Había sido, en todo caso, un sentimiento breve y superficial: no fue amor verdadero.

«No es amor el amor que cambia cuando se enfrenta al cambio».

Pero tampoco había sido un flirteo: algo había nacido en el pecho de Cytherea, y con la separación había muerto. Si su amor por la joven podía desvanecerse tan suavemente, dejando tan pocas huellas tras de sí, su espíritu se vería muy aliviado.

La señorita Aldclyffe había exhibido una desesperada preocupación por el asunto, a juzgar por la velocidad con la que le había hecho llegar la nota de Manston, y por sus comentarios impulsándole a casarse con su prima. Esa ansiedad se explicaba, además de por su interés por la joven, si Cytherea correspondía al administrador.

## V. 4 de diciembre

Edward pasó una noche de mil demonios: dio cien vueltas en la cama, como si tuviera fiebre, con la sangre laténdole en las sienes y silbidos en los oídos.

Antes del amanecer se vistió. Al salir al rellano advirtió que la puerta de la habitación de su padre estaba abierta. Edward pensó que el anciano se había despertado y, sin molestar a nadie, como solía hacer, había ido al campo a organizar a los trabajadores. Pero la puerta de la calle no estaba abierta. Entró en la salita y vio que estaba vacía. Se le ocurrió ir al saloncito de la parte trasera, donde estaban guardados algunos muebles y objetos salvados del incendio, y miró desde la puerta. Allí, cerca de la ventana, con los postigos a medio abrir, vio a su padre inclinado sobre el escritorio, con los codos apoyados en la superficie de la tapa, el cuerpo doblado y las manos sujetándose la frente. A su lado había pedazos de pergamino de aspecto lamentable: los contratos de los alquileres de las casas, destrozados.

El padre levantó la vista al sentir a Edward, y cuando se le acercó, preguntó, cansado:

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Estaba intranquilo y no podía dormir.

El granjero se volvió hacia los restos de los documentos y pareció perderse en sus reflexiones. Al cabo de un minuto, sin levantar la mirada, dijo:

—¡Es más de lo que podemos soportar, Ted, más de lo que es humano soportar! Esto me matará. No es la pérdida material; es la culpa, porque no tenía las casas aseguradas. Jamás pediré un préstamo. Ahora solo me queda una vida de miseria. ¡Que Dios nos asista! ¡Una vida miserable!

Edward no contestó y miró la luz mortecina del exterior.

—Ted —prosiguió el granjero—, el disgusto de perder mi casa me ha puesto muy nervioso; tengo zozobras y dudo de todo. Y algo más me preocupa: que estemos aquí viviendo con tu prima, imponiéndonos. Debe de ser molesto para ella, aunque dice que no le importa. ¿Has hablado con ella de vuestra boda últimamente?

—No, no lo he hecho.

—Pues quizá sea buena idea, ahora que estamos juntos. Además, si no le has dicho nada, es buen momento, porque ha esperado mucho y con paciencia. Vaya, casi tienes la obligación de decírselo, ¿no? Sería más sencillo si la llevas al altar uno de estos días, y seguimos viviendo con ella. Si no, tendré que buscar dónde alojarme. También me sentiría más tranquilo por las dos rentas de las casas de la colina, que no son ninguna fortuna, porque sabes que las dividimos entre su madre y yo; pero, bueno, así todo quedaría de nuevo en familia. Piensa en ello, hijo, ¿quieres?

Se detuvo, casi exhausto, tras haberse concentrado en un tema tan delicado, y miró ansiosamente a su hijo.

—Lo pensaré, padre —respondió Edward.

—Esta mañana iré a verla a la casa grande —dijo el granjero, volviendo al tema que tanto le angustiaba—. Tengo que conocer los detalles, cuándo y cómo. No me gusta la idea de verla a ella, pero prefiero eso que ver al administrador. Me pregunto qué dirá.

El joven sabía perfectamente qué le diría. Si su padre le preguntaba qué debía hacer, y cuándo, le diría que hablara con Manston; no era propio de la señorita Aldclyffe ceder cuando había tomado una resolución. Si su padre le decía que Edward había decidido casarse con su prima en menos de un año, y que se lo había prometido, la dama le diría: «Señor Springrove, las casas están ya quemadas; olvidemos el asunto y no se preocupe».

Edward ya había tomado su decisión. En tono calmado, dijo:

—Padre, cuando hables con la señorita Aldclyffe, dile que le he pedido a Adelaide que se case conmigo en Navidad. Está interesada en nuestra unión, y sé que la noticia será de su agrado.

—Aun así, será de hierro conmigo y su propiedad —murmuró el anciano—. Está bien, Ted, se lo diré.

## VI. 5 de diciembre

De las múltiples contradicciones que habitan el corazón de una mujer, dos se habían manifestado con vigoroso contraste en Cytherea esos días.

Era una mañana oscura, el día después de la visita del viejo señor Springrove a la señorita Aldclyffe, que había concluido como Edward preveía. Tras levantarse una hora antes de lo habitual, Cytherea estaba sentada en el alféizar de la ventana de una elegante salita de estar de la planta baja, que la gentileza o el capricho de la señorita Aldclyffe le había asignado, para que no se viera obligada a coincidir con la dama si no le apetecía. Así estaba, con la cabeza descansando sobre una mano y contemplando el lúgubre cielo gris. Un resplandor amarillo llegaba desde las llamas de un fuego recién encendido y se reflejaba en la cara y el cuello como una mariposa a punto de posarse. Contrastaba notablemente con la otra mitad de su rostro, que recibía la débil luz de la mañana, tan escasa que la sombra que el fuego proyectaba se recortaba claramente en el postigo de la ventana. Allí la sombra ondulaba como si fuera un demonio, azul y melancólico.

La contradicción a la que se aludía al principio era que, a pesar de la decisión tajante que dos meses antes la había impulsado a escribir la carta de despedida perentoria a Edward, ahora esperaba una respuesta distinta de la única posible. Es decir, la que correspondería a un hombre que, como creía, no la amaba con locura. Pues había dejado ex profeso una pequeña pista en su carta, clara para un amante que la hubiera querido locamente. La razón por la que esperaba una respuesta esa mañana en particular era que, sabedora de que Edward había regresado a Carriford, suponía arrobada que iría a visitarla antes de partir. Y por eso, los últimos días no había podido quedarse en cama después de la llegada del cartero.

El reloj marcó las siete y media. Vio al cartero emerger detrás de la hilera de setos, al lado de los árboles del parque, cruzar el jardín, entrar por los arbustos, reaparecer en la pradera y acercarse al porche. Le oyó dejar la bolsa con las cartas del día, y volverse para regresar al pueblo, sin cambiar el paso.

Después, el mayordomo abrió la puerta, tomó la bolsa y la llevó al piso de arriba, para dejarla frente a la puerta del vestidor de la señorita Aldclyffe. Todo el proceso se adivinaba por los sonidos que cada paso implicaba.

Cytherea presentía que esa mañana llegaría su carta. Pensó, cada vez menos confiada: «¡Querrá verme! Quizá quiera verme. Espero que quiera verme».

A las ocho menos cuarto sonó la campanita de la señorita Aldclyffe, un poco antes de lo habitual. «Debe de haber oído que dejaban la bolsa frente a su puerta», se dijo la muchacha. Cansada de pensar en el frío de fuera, se volvió hacia el fuego y allí empezó a dibujar futuras e imaginativas estampas de su vida.

Alguien llamó a la puerta y entró una doncella.

—La señorita Aldclyffe está despierta —anunció— y pregunta si usted también lo está.

—Voy corriendo —respondió Cytherea, y como lo dijo, salió disparada hacia el vestidor. «¡Qué suerte! Veré las cartas que han traído hoy aún antes de lo previsto», pensó.

Tomó la bolsa de la mesita donde estaba depositada y entró en la habitación de la señorita Aldclyffe. Allí corrió las cortinas y miró a la dama aún echada en la cama, calculando el tiempo que tardaría antes de revisar su correo.

—Bueno, querida, ¿cómo estás? Me alegro de que hayas subido a verme —saludó la señorita Aldclyffe—. Puedes abrir la bolsa de cartas, esta mañana, si te apetece —añadió, fingiendo un bostezo.

«¡Qué raro!, —pensó Cytherea—. Parece que supiera que es probable que hoy haya una carta para mí».

Desde la cama, la señorita Aldclyffe observó el rostro de la joven abriendo temblorosa la bolsa y encontrando allí el sobre que Edward le había enviado. Era una carta escrita el día anterior, una decisión tomada tras examinar la situación de su padre, de su prima Adelaide, de la suya y de Cytherea, o de la situación que creía verdadera.

El alma altiva de la dama se retorció con remordimientos al ver la expresión de desoladora agonía que se pintó en el rostro antes resplandeciente de la joven.

La parte más importante de la carta de Edward decía: «Tienes razón. Es mejor y más apropiado que jamás volvamos a vernos. Lamento el pasado tanto como debes lamentarlo tú; no sé si hace falta decirlo».



## **PARTE XII**

### **LO ACAECIDO EN DIEZ MESES**

## I. De diciembre a abril

Semana tras semana, mes a mes, el tiempo volaba. Pasó la Navidad; el mortecino invierno y sus oscuras noches habían cedido a un invierno aún más mortecino, con noches algo más claras. Las heladas se habían convertido en lluvias; las lluvias, en vientos; el viento, en polvo. Llegaron los días nublados, las repentinas lluvias de primavera, los amaneceres rosados y las blancas puestas de sol. Hacia la tercera semana de abril apareció el cuco y la cuarta dio la bienvenida al ruiseñor.

Edward Springrove estaba en Londres, ocupado en su nuevo trabajo, y todos en Carriford sabían que su compromiso con la señorita Adelaide Hinton terminaría en boda a finales de año.

La única ocasión en que, tras la correspondencia, Cytherea vio a su amante de los deliciosos y lánguidos días de Budmouth, fue en la iglesia, al sentarse delante de ella, al lado de la señorita Hinton.

El encuentro fue accidental. Springrove había ido a la iglesia convencido de que Cytherea estaba en la mansión, con la señorita Aldclyffe; no se dio cuenta de la presencia de la joven en todo el servicio.

En momentos así, cuando una naturaleza sensible se retuerce creyendo que sus íntimas emociones han sido despreciadas, la musa de las esferas, la música, amiga del placer de otros tiempos, se convierte en enemiga, persistente y cruel. La congregación entonó el primer salmo y llegó el fragmento:

Como un bello árbol que se nutre de los riachuelos  
y en el que abunda la fruta del tiempo.  
Él florecerá de nuevo, y todos sus designios  
serán bendecidos.

Los labios de Cytherea no se movieron, no emitieron el menor sonido, pero ¿pudo evitar que resonaran esas palabras, en lo más profundo de su ser, aunque el hombre a quien se las dedicaba estuviera sentado al lado de su rival?

Quizá la compensación moral de las astucias de una mujer sujeta a tales presiones sea la verdadera nobleza con la que, en esas ocasiones, despliega su simpleza; la incapacidad de ser justa y, en cambio, ejercer un poder irracional sobre el sexo contrario; deleitarse no con un beso, sino en el beso a la vara que la hiere, por respeto a las enseñanzas de la inmolación del Sermón de la Montaña.

En cuanto a Edward, a los hombres de su naturaleza humilla la aberración del amor entregado y es indicación de su carácter; leía el libro de salmos de su prima, pero sus reflexiones eran más bajas, deudoras de Horacio, no de la Biblia:

¿Dónde tu color, la gracia  
esa de tus gestos? ¿Qué guardas de aquello  
que respiraba amor  
que me enajenaba?

Evitando ser vista por Edward, Cytherea abandonó la iglesia sigilosamente y se fue a casa. Al alejarse, la melodía del órgano resonaba en sus oídos mientras trataba de apagar el fuego de los celos que prendía en su corazón. «¡Mi naturaleza es capaz de sentir más, mucho más y más profundamente que ella! No puede apreciar sus cualidades, ¡jamás podrá! ¡Es más tangible para mí, incluso ahora, cuando solo puedo pensar en él, que su presencia física para ella!». En ese momento su nobleza no era la cualidad más destacada de su persona.

Sin embargo, se esforzó por contener tristezas y amarguras, hasta que por fin menguó la intensidad de su sinsabor. Hasta quería que su amor perdido y su rival llegasen a amarse algún día.

La escena y el sentimiento que la envolvía quedaron atrás, en el pasado. Mientras tanto, Manston estaba presente en su vida. Aunque fue prudente y discreto largo tiempo tras la calamidad de noviembre, Manston no había fingido un dolor que no sentía. Al principio, parecía absorto por la pérdida, aunque más bien frente a un cambio radical y no sumido en un duelo profundo, tanto que apenas prestó atención a Cytherea. Su conducta fue amable y respetuosa, pero poco más. Luego, a medida que la fecha de la catástrofe se alejaba, empezó a cambiar de actitud. Lograba borrar, con sus modales y comentarios, cualquier sensación que le recordara su posición relativamente más débil: alababa su feminidad y no mencionaba su situación económica. Se mostraba presto a ayudarla si la ocasión lo requería y la cubrió con deliciosos detalles en todo momento, sin ser empalagoso. Así ganó su amistad, irresistiblemente, y fue más sencilla la victoria porque no dejó traslucir el menor síntoma de la antigua atracción.

De esta manera quedó la relación en mitad de la primavera, y el siguiente paso en favor de Manston lo dio la señorita Aldclyffe.

## II. 3 de mayo

La señorita Aldclyffe acompañó a Cytherea a un invernadero llamado El Templo, erigido en forma de templo griego en los jardines privados de la mansión. Tenía vistas al lago, a su isla, a los árboles y su reflejo prístino en la calmada superficie del agua. Allí se detuvieron a contemplar la escena.

Era el mes de mayo, por la mañana. Los gorjeos de los cucos, los tordos, los mirlos y los gorriones se fundían en una perfecta algarabía. El camino estaba cubierto de hojas caídas de los manzanos y el resplandeciente rocío cubría la hierba y las flores. Dos cisnes aparecieron frente a las mujeres y cruzaron el lago hacia ellas.

—Parece que avanzan sin querer, involuntariamente, ¿no es cierto? —dijo Cytherea, observando el grácil avance de las aves.

—Sí, pero más de cerca verás que sus lomos están bajo el agua y gracias a ellos se impulsan con energía.

—Prefiero no darme cuenta; me estropea la imagen de orgullosa indiferencia que asocio a los cisnes.

—Como quieras. Será que avanzan «involuntariamente». Ah, esto me recuerda una cosa.

—¿Qué?

—Una persona que involuntariamente se acerca a ti.

Cytherea miró el rostro de la señorita Aldclyffe; abrió los ojos y en su expresión se pintó el asombro. Ni una sola vez había pensado en Manston como pretendiente, después de la repentina muerte de su esposa. Esa muerte, y las circunstancias que la rodeaban, era un asunto terminante, un final de camino, por así decirlo, en la mente de Cytherea.

—¿Hombre o mujer? —preguntó, inocentemente.

—Hablo del señor Manston —repuso la señorita Aldclyffe.

—El señor Manston, ¿se siente atraído por mí? —exclamó Cytherea, mirándola fijamente.

—¿Acaso no lo sabías?

—Por supuesto que no. Por Dios, su mujer murió hace apenas seis meses.

—Es consciente de eso, desde luego. Pero el amor no se mide por meses, hábitos o reglas, o nadie habría inventado la frase «enamorarse perdidamente». No es su intención que su amor se haga público ahora, precisamente por la circunstancia que mencionas; pero, aunque lo oculte de momento, de él y de ti misma, el sentimiento existe, y es intenso, te lo aseguro.

—Supongo que, si no puede evitarlo, no le causa dolor —dijo Cytherea, con cierta ingenuidad, prestándose a la reflexión.

—Claro que no puede, y deberías saberlo. Para él, su difunta esposa era causa de muchas preocupaciones y sinsabores. En cierto modo, es bueno para ambos que ella falte.

Cytherea recordó que la dama que ahora hablaba de Manston había defendido las pretensiones de Edward con idéntica franqueza, y guardó un silencio prudente.

—¡No me mires así, muchacha! —exclamó la señorita Aldclyffe—. Casi podrías matar con esa mirada de reproche que despiden tus ojos, ¡por el amor de Dios!

Ahora que Edward se había cruzado en los pensamientos de la joven, no había manera de sacárselo de la cabeza. Tenía ganas de estar sola.

—¿Me necesita, señora? —preguntó.

—Si quieres irte, vete, y desahógate a gusto —dijo la señorita Aldclyffe, tomándole la mano—. Pero no deberías llorar, querida mía. No hay nada del pasado que debas lamentar. Compara la honorable conducta del señor Manston hacia su esposa y hacia ti misma, con el comportamiento de Springrove con su prometida y contigo, y verás con claridad quién es merecedor de tus afectos.

### III. Del 4 de mayo al 21 de junio

La siguiente fase del avance de Manston fue un cortejo clásico. Cytherea estaba tristemente perpleja y fue necesaria una artimaña para encontrarse con ella. Es casi imposible para una mujer que aprecia al sexo opuesto sentir rechazo por un hombre de talento y notablemente atractivo, aunque no se sienta inclinada a quererlo. Por tanto, como Cytherea no era reticente a la intención de verlo, organizar un encuentro y trabar conversación con ella fue cuestión de logística.

La mejor oportunidad era las idas y venidas a la iglesia. Manston se había vuelto muy religioso. Suele decirse que a ningún hombre le convierte la razón, pero hay un hecho que transforma al mayor indiferente de Inglaterra y hace de él un rendido creyente provisto de un libro de plegarias: poder ver a su amada desde su banco en el templo.

Manston combinó su método con una sistemática y cautivadora batería de halagos, persistente pero transitoria e intangible; como Wordsworth con su Voz Errante<sup>[12]</sup>, aunque Cytherea la sentía, no podía localizar cuándo o cómo se había producido. Como un ardid para incrementar su efecto, de vez en cuando hablaba filosóficamente de la evanescencia de la belleza femenina y de la poca importancia de la apariencia física. «Es hermoso quien hace cosas hermosas» era un proverbio que, a su juicio, debería estar escrito en los espejos de todas las mujeres del país. «Su forma, sus maneras, su corazón me han conquistado, —decía con juguetona tristeza—, pues son bellas. Pero las contemplo y sé que son pasajeras, condenadas a desaparecer y convertirse en nada. ¡Pobres ojos, pobre boca, pobre rostro y pobre doncella! “Dónde quedará su gloria en veinte años. ¿Qué quedará de ella dentro de un siglo?”. Pienso en la crueldad de que usted florezca un día y quede para siempre sumida en la oscuridad. Es terrible que muera usted igual que yo y, como yo, sea enterrada, para ser alimento de raíces y gusanos, olvidada y sola en la tierra, y renacer como hierba del camposanto y yedra. Señorita Graye, comprendo que será una belleza marchita, y siento pena por usted, pero entonces el amor es más fuerte, más grande y duradero de lo que sentía al principio». Y coronaba la declaración con una mirada radiante de sus hermosos ojos.

Así, indirectamente, logró declararse y pedir su mano en matrimonio.

De la misma manera, la joven le comunicó que no le amaba lo suficiente para aceptar.

Una negativa formal era más de lo que había esperado. Se maldijo por lo que calificó de atroz locura, por convertirse en esclavo de una simple doncella y haberle dado a la parroquia, si se descubría el rechazo de la joven, la oportunidad de burlarse de él o, en todo caso, la ocasión de menospreciarle. Regresó a su casa y se paseó indeciso por el jardín. Se giró, apoyó los codos en el tanque de agua de un rincón y se contempló en la superficie. El agua teñía su rostro con las sombras verduzcas de los desnudos de Correggio<sup>[13]</sup>. Puñales de luz se deslizaban por el agua inmóvil,

iluminándola con maravillosa claridad. Cientos de miles de diminutas criaturas habitaban las profundidades del depósito y en él retozaban con alegría, aunque tuvieran solo una cabeza, o una cola, o ambas, condenadas a morir antes de veinticuatro horas.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no he de ser feliz yo durante el breve día que estoy condenado a vivir? ¡Maldición! ¡Que el pueblo entero se burle de mi fracaso! Será mía, aunque tenga que remover cielo y tierra para lograrlo.

La inocente Cytherea había adoptado, de manera inconsciente, primero con Edward y luego con Manston, una actitud que haría las delicias de la más experimentada cazadora de hombres que quisiera conquistar a ambos caballeros y tenerlos a sus pies. Pues si hay alguna regla por la que se rige el conjunto femenino, siempre tan notablemente desprovisto de reglas, es que despreciar al hombre preferido y preferir al despreciado es la mejor manera de obtener ambos. Manston, si hubiera gozado del éxito de Springrove, habría sentido la mayor indiferencia. Edward, enfrentado al rechazo sufrido por Manston, se habría apartado sin dudar, como hizo. La suprema indiferencia de Cytherea alimentó el ardor de Manston y desarmó su orgullo por completo. La invulnerable nada era más importante para él que una princesa susceptible.

## IV. Del 21 de junio a finales de julio

En el ínterin, Cytherea había recibido una carta de su hermano. Era la primera notificación clara de que la nube que durante doce meses pendía sobre sus cabezas, no más grande que el puño de un hombre, había crecido en la distancia y pronto iba a teñir el cielo, de una punta a otro del horizonte.

BUDMOUTH REGIS  
Sábado.

Querida hermana:

He tardado un tiempo en hablarte de un asunto que, aunque no quiero alarmarte, es lo bastante preocupante para que no pueda ocultártelo más. Llevo meses angustiado por la cojera que noté cuando fuimos a Lulstead Cove, y de nuevo cuando me fui de Knapwater por la mañana. Es un dolor extraño en mi pierna izquierda, entre la rodilla y el tobillo. Apenas había notado nuevos síntomas cuando estuviste aquí media hora, hará un mes: bromeabas diciendo que me movía como un anciano y pensé en comentártelo entonces, pero creía que en unos días desaparecería y no quería que te fueras preocupada. En lugar de menguar, ha aumentado desde entonces, aunque puedo trabajar en la oficina, sentado en el banco. Mi mayor temor es que el señor G. me encargue algún trabajo en el exterior, tomar medidas o verificar alguna información y me vea obligado a decirle que no puedo hacerlo. Sin embargo, crucemos los dedos. No tengo ni idea del origen del dolor, ni de cómo evolucionará. Te escribiré en un par de días, si no mejora.

Tu devoto hermano,  
Owen

A esta carta Cytherea respondió con otra en la que le suplicaba detalles, pues no le importaba saber lo peor, pero no podía resistir la zozobra y la ansiedad. Dos días después llegó la carta del hermano, con el siguiente párrafo:

Había decidido contarte la verdad y, cuando supiera con seguridad lo que me pasaba, iba a contártelo con toda honestidad, antes de que me escribieras pidiéndomelo. De nuevo te doy mi palabra de que no te oculto nada, así que no hay razón para sufrir anticipadamente si me encuentro peor de lo que te digo. Esta mañana, por primera vez, me he visto obligado a ausentarme de la oficina. No te asustes, querida Cytherea. Solo necesitaba reposo y quizá si me cuido durante una semana, evitaré una enfermedad que dure seis meses.

Después de una visita de su hermana, volvió a escribirle:

El doctor Chestman me ha examinado. Dice que es un tipo de reumatismo y ahora sigo el tratamiento adecuado para recuperarme. Tengo la pierna y el pie envueltos en un apósito de avena caliente, me han aplicado linimento y he recibido vigorosas fricciones con una almohadilla de madera. Dice que me recuperaré en poco tiempo. Ahora voy a tomar el tren para verte. No vengas a visitarme si la señorita Aldclyffe se queja de que la dejas sola para verme, pues me encuentro muy bien. Te escribiré otra vez a finales de semana.

Y en la fecha convenida, llegó la misiva siguiente:

Lamento decírtelo, porque sé que será descorazonador después de mi última carta: no me encuentro bien, ha habido un problema. Tras seguir el largo tratamiento para el reumatismo (durante el cual me pincharon varias veces con una larga aguja en la zona del dolor), vi que el doctor Chestman abrigaba



dudas y le pedí que consultara a otro médico. Así lo hizo, y después de nuevas pruebas me comunicaron que no tengo reumatismo, sino erisipela. Entonces, por supuesto, me aplicaron otro tratamiento. Ampollas, harina y almidón están ahora a la orden del día, además de las medicinas, claro está.

El señor Gradfield ha venido a visitarme. Dice que se ha visto obligado a contratar a un delineante, lo cual me apena mucho, pero, por supuesto, era inevitable.

Transcurrió otro mes. En ese tiempo, Cytherea visitó a su hermano siempre que se lo permitía el reducido tiempo de que disponía, y lo hizo con el talante alegre de una mujer determinada a no deprimir a un ser querido. Otra carta, después de una de sus visitas, la informaba de lo siguiente:

Los médicos han visto una vez más que se han equivocado. No saben a ciencia cierta qué enfermedad padezco. ¡Oh, Cytherea! Desearía tanto que la descubrieran. La incertidumbre me agota. ¿Crees que la señorita Aldclyffe te dejaría venir a verme otro día? Si es posible, ven. Hablaremos de las decisiones que debemos tomar. Siento quejarme, pero estoy realmente abrumado.

Cytherea fue a ver a la señorita Aldclyffe y le contó que la enfermedad de su hermano había hecho mella en su ánimo, empujándolo a una insana melancolía. La dama le dio permiso de inmediato para ir a verlo y se ofreció a hacer cuanto estuviera en su mano para ayudarla. La mirada de Cytherea resplandecía de gratitud cuando se volvió para irse, en dirección a la estación de tren.

—¡Oh, Cytherea! —la llamó la señorita Aldclyffe—, una cosa, antes de que te vayas. ¿Ha hablado contigo el señor Manston, últimamente?

—Sí —dijo Cytherea, enrojeciendo tímidamente.

—¿Se ha declarado? ¿Te ha propuesto matrimonio?

—Sí.

—¿Y tú lo has rechazado?

—Sí.

—¡Muchacha! Hazme caso —dijo la señorita Aldclyffe con energía— y acéptalo antes de que cambie de idea. La oportunidad que te propone cambiará tu vida, y es probable que no vuelva a darse algo así. Tiene un puesto bueno y seguro, y como su esposa llevarías una vida feliz y agradable. Quizá no estás segura de amarlo localmente, pero ¿eso qué quiere decir? Mi padre solía decirme, cuando jugábamos al *whist* y yo era una niña: «¡Cuándo tengas dudas, ve a por la mano ganadora!». Es un consejo diez veces más valioso para una mujer que reflexiona sobre el matrimonio. Si rechazas la petición de mano de un hombre, te arriesgas a no recibir ninguna otra.

—¿Por qué dudaba y no iba usted a la mano ganadora? —preguntó Cytherea.

—¡Pequeña insolente! No hablamos de mí —replicó la señorita Aldclyffe, con el rostro encendido.

Cytherea se echó a reír.

—Iba a decir —prosiguió la señorita Aldclyffe severamente— que tienes al señor Manston esperando, con tierna solicitud, y no le prestas la menor atención, como si estuviera por debajo de ti. Piensa en el beneficio que supondría para tu hermano

enfermo si fueras la señora Manston. Me complacería mucho, Cytherea, si no lo rechazaras abiertamente. ¿Me entiendes, Cythie querida? Cytherea guardó silencio.

—Además —añadió enfática la dama—, si me prometes que lo aceptarás en este año, me ocuparé especialmente de la situación de tu hermano. ¿Me oyes, Cytherea?

—Sí —susurró la joven, y abandonó la estancia.

Viajó a Budmouth, donde pasó todo el día con su hermano, y regresó a Knapwater alicaída y con malos presentimientos. Owen estaba más delgado y pálido, más de lo que nunca lo había estado. Ambos hermanos habían decidido que, sin importar el golpe que constituiría para sus menguados recursos, pedirían la opinión de otro médico. No podían perder un minuto.

Owen le refirió el resultado de la tercera visita en su siguiente carta:

Espero que, por fin, entre los tres médicos descubran la razón del mal que me aqueja. Examinaron la zona y ahora dicen que el origen está en el hueso. Me sometí a una operación para extraer el daño hace tres días (después de tomar cloroformo). Gracias a Dios que ha terminado. Aunque me siento débil, estoy más animado. Me pregunto cuándo podré volver a trabajar.

Se lo pregunté a los médicos. ¿Un mes, les dije? Sacudieron la cabeza. ¿Un año? No tanto, me dijeron. ¿Seis meses? Pero no podían, o no querían, comprometerse. Qué más da.

Cuando tengas medio día de libertad, no tardes en venir, pues las horas transcurren lentas como la muerte. ¡Oh, Cytherea! No lo sabes bien.

Volvió a visitarlo. Tan pronto partió, la señorita Aldclyffe mandó aviso a la casa de Manston. Al regreso de la muchacha, cansada y con el corazón lleno de angustia, como siempre que visitaba a Owen, vio a Manston esperándola en la estación de tren. Le pidió educadamente si podía acompañarla a Knapwater. Cytherea aceptó tácitamente. En el paseo, Manston se interesó por la enfermedad de su hermano y la joven, presa de un irresistible deseo de desahogarse, le habló de lo mucho que tardaría Owen en recuperarse, y de la falta de comodidad de su actual alojamiento. Manston guardó silencio un rato. De repente, dijo, impetuoso:

—Señorita Graye, no pienso andarme con rodeos. La amo, y usted lo sabe. Dicen que todo vale en el amor y me veo obligado a adoptar esa máxima. Perdóneme, pues no puedo evitarlo. Si acepta convertirse en mi mujer cuándo y cómo lo desee —por muy lejos que fije usted el día de nuestra boda, será una satisfacción para mí—, no tendrá que preocuparse del bienestar de su hermano.

Por primera vez en su vida, Cytherea tuvo miedo del apuesto hombre que tan egoístamente se postulaba ante ella y eso la llevó a apartarse aún más de la voluptuosa y apasionada naturaleza de su atracción. Aunque la ocultara bajo un exterior tranquilo y educado, a veces irradiaba un calor tan potente como un incendio. Se dio cuenta que negociaba con la cualidad animal del amor.

—No lo amo, señor Manston —respondió con frialdad.

## V. Del primero al 27 de agosto

Los largos días soleados de finales del verano traían las mismas cartas desanimadas de Budmouth y Cytherea repitió sus visitas a su hermano.

Con el tiempo, ella también se debilitó, en cuerpo y mente. Manston aún persistía en sus designios, pero había adoptado una mediación más indirecta, al ver con cuánta firmeza resistía un ataque abierto. El suyo era el sistema de los juegos sicilianos:

Él, como el capitán que asedia  
un fuerte castillo elevado,  
observaba todos los movimientos con vista de águila  
y ahora intenta esto, y lo otro, y esto también  
confiando más en su habilidad que en la fuerza.

La señorita Aldclyffe expuso a Cytherea con rotundidad que su promesa de ayudar a Owen dependía totalmente de que aceptara la propuesta del administrador. Así, acorralada y angustiada, las respuestas de Cytherea al acoso de la dama se alteraron: eran firmes o dudosas en función del progreso o retroceso de la enfermedad de Owen. Si se hubiera conservado un registro de sus tristes oscilaciones, habría rivalizado en patetismo con el diario donde De Quincey<sup>[14]</sup> detalla su lucha contra el opio, quizá como cada caso en el que los números cobran un terrible y emocionante poder dramático. Así pasó, cansada y monótona, el mes; los domingos escuchaba la retahíla de capítulos que narraban la historia de Elias y Elisha<sup>[15]</sup> durante la hambruna y la sequía; y durante la semana, a las moscas volando por las cálidas y soleadas habitaciones. «Un día y otro eran iguales». El mundo le ofrecía un extremo cansancio y resignación.

Así se encontraba cuando una tarde, después de visitar a su hermano, se encontró con el médico y le suplicó que le dijera la verdad sobre el estado de Owen.

El médico replicó que temía que la primera operación no había sido suficiente; que, aunque la herida había cicatrizado, era necesaria otra intervención, a menos que la naturaleza siguiera su curso y curara al enfermo a su propio ritmo. Pero tardaría muchísimo en producirse esta sanación, si no se actuaba.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó la joven.

—Es imposible decirlo. Un año o dos, más o menos.

—¿Y si se sometiera a otra operación?

—Quizá se recuperaría en cuatro o en seis meses.

El dinero que ambos tenían, junto con un préstamo que Owen había contraído, no garantizaba los cuidados necesarios ni para la mitad de ese tiempo. Contra la desgracia de su situación, había dos caminos: aceptar la alianza de Manston, o enviar a Owen al hospital público.

Por ello, aterrorizada, acorralada, sin apenas respirar y sin posibilidad de huida, aunque repugnándole la idea de convertirse en esposa de Manston, el pobre pajarillo

trató de averiguar cómo tratarían a Owen en el hospital. Se lo preguntó a la señorita Aldclyffe, su única fuente de información.

—¡El hospital público! —exclamó la dama—. Pero si es otra acepción de matadero, o al menos así es en las operaciones quirúrgicas. Claro que, si uno se rompe un hueso, saben recomponerlo más o menos, pero queda tan torcido que más valdría no haber llamado a su puerta.

Y procedió a aterrorizar a la inquisitiva y preocupada joven con historias tremendas acerca de pobres que habían perdido piernas y brazos en un santiamén, especialmente cuando el tratamiento exigía tiempo y cuidados.

—Sabes que estaría encantada de ayudarte, Cytherea —añadió con un tono de reproche en la voz—. Lo sabes perfectamente. ¿Por qué eres tan obstinada? ¿Por qué te niegas a aceptar la solución más obvia y honorable, la más decente para con tu pobre hermano, que te sacaría de este brete definitivamente? No puedo seguir hablando contigo; me saca de quicio tu egoísmo.

Manston volvió a reiterar su ofrecimiento y una vez más Cytherea se negó, pero esta vez más débilmente, dando señal de debatirse en un dilema interior. La mirada de Manston percibió el matiz y su goce era patente. Por enésima vez en su vida, comprobó que la perseverancia, si es sistemática, es irresistible para el sexo femenino.

## VI. El 27 de agosto

En Budmouth, tres días después, Cytherea comprobó, para su sorpresa, que el administrador había estado allí, y había hablado con su hermano. Le había llevado una cesta con obsequios y fruslerías. Owen habló con calidez de Manston y de su visita informal, como lo habría hecho de cualquier persona, de cualquier tipo, cuya presencia servía para aliviar las tediosas horas del enfermo, y de la consideración que la cesta de regalos expresaba —un gesto previsor, que tanto efecto causa en cualquier inválido—, disfrutada raras veces, si no era de manos de su hermana.

¿Cómo iba a darse cuenta, entre los restos del tributo de menta, anís y cominos, de la gravedad de los asuntos que había que resolver?

De nuevo, el administrador esperaba el regreso de Cytherea en la estación de tren de Carriford Road. En lugar de mostrarse fría como la última vez, la joven se mostró avergonzada y murmuró un agradecimiento roto por el despliegue de gentilezas hacia su hermano. Manston volvió a pedirle que le permitiera acompañarla a Knapwater.

Se dio cuenta de que había cometido un error al hacer de su generosidad con Owen una condición del matrimonio y se apresuró a borrar todo rastro de su propuesta.

—Aunque pareciera que mi ofrecimiento por mejorar las condiciones de su hermano, ahora mi amigo, dependía de la gentileza que usted me mostrara —susurró con persuasión en el paseo—, en conciencia quisiera aclarar que no es esa mi intención. Lo dije impulsado por el egoísmo del deseo. Tanto si opta por aceptarme como si no, la amo con demasiada devoción para no ayudar en lo posible a su hermano... Señorita Graye, Cytherea: haré lo que sea —prosiguió, insistente— por hacerla feliz. Se lo juro.

En un lado de la balanza pesaba la imagen de su querido Owen recobrando la salud gracias a la amabilidad desinteresada del hombre que caminaba a su lado, y en el otro, la muerte de su hermano, causada por su pobreza, infligida por su voluntad y terquedad. Casarse era la opción del sentido común y rechazarla era una temeridad y un desprecio a la estrategia. Había buenas razones para negarse. Pero había más de cien a favor de la decisión contraria: la gratitud de una mujer y su impulso de ser bondadosa.

Las dudas que acometían su mente cruzaban su rostro con total claridad. Manston se fijó en ello y prosiguió firme, aprovechando la oportunidad.

Estaban al lado de las ruinas de un viejo molino, en mitad de una pradera. Entre las piedras grises, cubiertas de hierba, el agua caía desde el viejo estanque del molino a un nivel inferior, oculto por la capa de grandes ramas y la hojarasca de los árboles; estaban envueltos de la sensualidad del mundo vegetal. A la derecha el sol descansaba sobre la línea del horizonte y sus últimos rayos pintaban el suelo con las nubes de cobre y violeta, extendidas en los grandes llanos bajo un cielo de suave color verde. Los objetos oscuros de la tierra que miraban hacia el sol se teñían de una

niebla púrpura, contra la que se peleaba el zumbido de un enjambre de libélulas, elevándose y flotando a la deriva como chispas de fuego.

La quietud era opresiva y reducía a la joven a la pasividad. El único deseo que el lugar, húmedo y pacífico, dejaba en ella era quedarse inmóvil. La impotencia del paisaje llano extendido ante ella le hacía sentir, como sucede a los temperamentos de su calibre, la pura igualdad con una única entidad bajo el cielo, sin ninguna superioridad.

Manston se acercó a ella, tanto que sus ropas se rozaron.

—¿Intentará amarme? Por favor, ¡diga que lo hará! —murmuró, tomando su mano. Jamás lo había hecho antes. Cytherea notó que las manos del hombre temblaban al aprisionar la suya.

Con la amabilidad de Manston hacia su hermano, el amor que sentía por ella y la veleidad de Edward, ¿por qué debía prohibírsele? Daba pena sentir ese temblor en las manos, ¡y era por ella! ¿Debía retirarla? Pensó en ello y, al pensarlo dudaba; miró la niebla otoñal extendida por el terreno pantanoso. Allí estaba el pedazo del seto, lo que quedaba del «jardín húmedo», en mitad de la pradera, sin principio ni fin, sin propósito ni utilidad. La hierba lo había devorado, cubierto de mandrágoras que casi podía oír sus chillidos... ¿Debía retirar la mano de Manston? No, ya no podía. Si lo hacía, el gesto implicaría su negativa. Se sintió como un bote sin remos, dejándose llevar ciega río abajo, por la corriente. Ya no conducía su destino.

Manston apretó su mano suavemente, una vez más, y al fin la soltó.

Parecía que iba a proponerle matrimonio de nuevo. Pero no, esa noche no iba a insistir. Otro respiro.

## VII. Principios de septiembre

Llegó el sábado y Cytherea fue al pueblo, a la oficina de correos. Era una pequeña casita gris con un jazmín enorme que envolvía la puerta y, antes de entrar, la joven se detuvo a contemplar el bello aspecto del exterior. Al oír pasos en la gravilla tras la esquina de la casa, dejó los jazmines y entró. No había nadie. Pudo oír a la señora Leat, la viuda encargada de la oficina, caminando por encima de su cabeza, pero antes de que pudiera llamarla, entró el señor Manston por la puerta entreabierta.

—Nos encontramos los dos aquí con el mismo fin —saludó él, amablemente.

—Llamaré a la señora Leat —dijo Cytherea, acercándose al pie de las escaleras.

—Un momento —la detuvo—. Por favor, no la llame aún.

Pero ella ya había llamado:

—¡Señora Leat!

Manston tomó la mano de Cytherea, la besó tiernamente y volvió a dejarla donde la había tomado.

Esa mañana la joven había decidido poner coto a sus avances, hasta haber reflexionado extensamente sobre su posición. Estaba a punto de reconvenir a Manston, pero la señora Leat apareció por las escaleras antes de que pudiera decir nada.

Con la sutileza que caracterizaba los avances de Manston hacia Cytherea, concluyó rápidamente el recado que le había traído a la oficina de correos, se despidió de la joven en un tono tan educado que la presencia del amor solo era obvia para ella, y se fue. Así evitó una objeción contra el beso que había plantado en su mano, o que le prohibiera que la acompañara de vuelta a Knapwater House, como la muchacha pensaba hacer.

El siguiente viernes llegó una carta de su hermano. En ella le informaba que hacía un tiempo, para no tener que angustiarla innecesariamente, había pedido prestadas unas cuantas libras. Una semana antes, el acreedor le importunó reclamando el pago de las mismas; pero, el día en que le escribía la carta, el caballero le había dicho que no había prisa, pues «el prometido de su hermana» había garantizado la suma. «¿Habla del señor Manston, Cytherea? Cuéntame».

También mencionaba que alguien le había procurado, de manera anónima, una silla de ruedas, aunque aún no se hallaba lo bastante repuesto para darse el lujo de utilizarla. «¿Es un obsequio del señor Manston?», preguntaba.

Cytherea ya no podía jugar con su perplejidad, ni evadirla, ni esperar a que el tiempo fuera su guía. La cuestión había llegado a un punto de ruptura: tenía que elegir de una vez entre lo que dictaba la razón y lo que deseaba su corazón. Ansiaba que su madre regresara a la tierra, tanto que su alma estallaba, aunque solo fuera un minuto, para pedirle consejo sobre qué debía hacer en el momento de mayor dificultad de su joven vida.

En cuanto a su corazón, había llegado a la conclusión de que quizá ya no pertenecía a Edward con la intensidad del pasado. Consideraba que su comportamiento hacia ella en Budmouth había sido cruel, y cruel había sido la manera tan ligera en que había prescindido de ella. Sabía que había logrado contener su amor y que ya no podía recuperarlo. Pero, a pesar de todo, no podía evitar el placer de recrearse en agonías difuntas y lacerarse de vez en cuando en su honor.

«Si fuera rica —pensó—, me daría el lujo de serle fiel, para siempre y sin que lo supiera, por muy mórbida que pudiera parecer mi decisión».

Pero no lo era: vivía en la casa de otra y era doncella para ganarse la vida. ¿Qué indica la sabiduría en esas circunstancias? ¿Cuál era el mejor camino? Tenía que obtener un lugar donde refugiarse de la pobreza, y dinero para cuidar de su hermano. Tenía, en suma, que casarse con el señor Manston.

No lo amaba.

Pero ¿qué es el amor sin una casa? Pobreza. ¿Y qué era una casa sin amor? No mucho, por desgracia, pero una casa, a fin de cuentas.

«Sí, por sentido común debo casarme con el señor Manston», decidió.

¿Algún rasgo más noble de su persona la impelía decidirse?

Edward había muerto (figuradamente), y su corazón había quedado vacío. ¿Era necesario, o incluso correcto, cuidar de él como había hecho antaño, cuando aún podía regir su vida?

Un ligero sacrificio, en cambio, aportaría felicidad a la vida de dos corazones que aún no habían sido heridos por el devenir de las emociones. Se portaría bien con dos hombres cuyas vidas eran más importantes que la suya.

«En efecto, —reflexionó—. Casarme con el señor Manston es una buena y cristiana decisión».

En cuanto se convenció de que la abnegación era el origen de su resolución, se sintió más cómoda con ella. En realidad, lo que había pesado más en su ánimo cansado y enfermo había sido una decidida indiferencia por el futuro. El perpetuo acoso de su mala fortuna la había doblegado y, como suelen hacer las naturalezas positivas en estas circunstancias, confundió la indiferencia por el porvenir con una genuina y devota resignación.

Manston volvió a verla al día siguiente y ya no hubo modo de escapar. Mantuvieron una breve conversación en el parque, cerca de la cascada, oscurecida por las largas ramas colgantes de los limoneros, y allí, tácitamente, aceptó el avance del administrador, que se arrogó un privilegio mayor que cualquiera que lo hubiera precedido. Es decir, se inclinó y la besó en la frente.

Antes de irse a la cama, Cytherea escribió a Owen y se lo contó todo. Era demasiado tarde para enviar la carta con el cartero, pues había pasado la hora de su visita; la colocó sobre la repisa de la chimenea para mandarla al día siguiente.

Y la mañana (era domingo) trajo una apresurada nota de Owen, que completaba la suya del día anterior.



9 de septiembre de 1865

Querida Cytherea:

He recibido una carta franca y muy amistosa del señor Manston, explicándome su actual posición y la que espera de ti. ¿Acaso no puedes amarlo? ¿Por qué motivo? Inténtalo, querida hermana, pues es un buen hombre y además cultivado. Piensa en el cansado y laborioso futuro que te espera si sigues de doncella. ¿No te das cuenta de que la única manera de escapar de eso es casándote? No se me ocurre una solución mejor. No vayas contra tu corazón, Cytherea, pero sé lista.

*Afectuosamente,*

Owen

Cytherea pensó que su hermano habría enviado una respuesta igualmente entusiasta al señor Manston. Estaba convencida de que ese día sellaría su desgraciado destino. Pero, sin embargo, como dice el poeta, «el amor es un verdadero loco», e incluso alimentaba la esperanza de que algo sucedería, en el último momento, para impedir llevar a cabo sus deliberadas intenciones, y que reviviría la vieja emoción que mantenía en su interior oculta y prisionera, con todas sus fuerzas.

## VIII. El 10 de septiembre

El domingo era el decimotercer día después de Trinidad y el servicio religioso de la tarde en Carriford estaba terminando. La gente entonaba el himno nocturno.

Manston se encontraba en la iglesia, como de costumbre, en su sitio habitual, a dos asientos de distancia del gran banco que ocupaban la señorita Aldclyffe y Cytherea.

En aquella ocasión, la habitual tristeza de la misa otoñal era doblemente melancólica a ojos de Cytherea. Miró a los participantes de pie y cantando, balanceándose hacia delante y detrás como un bosque de pinos mecido por la brisa; contempló a los niños del pueblo, con sus cabecitas inclinadas a un lado, sus ojos distraídos por una grieta en la vieja pared de piedra, o siguiendo la agitación de un seto o de un pájaro lejano, petrificado casi hasta el dolor. Entonces miró a Manston; el administrador la miraba a ella como si tuviera algo en mente.

«Será esta noche», se dijo Cytherea. Un minuto después, al final del himno, cuando la congregación empezaba a salir, Manston apareció al lado de su banco. Se encontraba en el extremo opuesto cuando Cytherea salía, por lo que caminaron juntos hasta la puerta. La señorita Aldclyffe se había quedado atrás.

—No tenga prisa —dijo él, cuando Cytherea se disponía a enfilar el camino hacia la mansión, como solía hacer—. ¿Le importaría dar una vuelta por aquí, un momento, hasta que la señorita Aldclyffe haya pasado?

No pudo negarse. Por tanto, torcieron lentamente por un sendero discreto a la izquierda, que los llevó hasta un seto de laureles, en la otra puerta de la iglesia. Cuando la alcanzaron, el templo estaba ya cerrado. Se encontraron al sacristán con el manojo de llaves en la mano.

—Queremos entrar un momento —dijo Manston al hombre, tomando las llaves sin demasiadas ceremonias—. Se las devolveré cuando salga.

El sacristán asintió y Cytherea y Manston entraron en la nave.

No intercambiaron palabras durante su caminar, ni rompieron de ninguna manera la calma y el silencio que los envolvía. Cuanto les rodeaba era la encarnación de la decadencia: el brillo rojizo y apagado del sol poniente, que entraba por la ventana al oeste, recordaba que el día y sus alegres vaivenes había terminado; las paredes cubiertas de moho, las piedras desiguales del suelo, los bancos roídos por los gusanos, la sensación de ausencia de la gente que había ocupado un espacio y el aire mortecino de muerte esa noche congregado allí; todo contribuía a hundir el ánimo más ligero. Cytherea entró en la iglesia en condiciones muy alejadas de dicha ligereza.

—¿Qué sensación causa un lugar así? —preguntó por fin, muy triste.

—Me siento imperiosamente obligado a ser honesto, por pura desesperación y tener que lograr lo que deseo con una estratagema, si es necesario, en un mundo

donde los materiales son así —habló él, también deprimido, por ese propósito o por otros motivos.

—Me siento avergonzada de estar en este mundo —murmuró ella—. Ese es el efecto que tiene sobre mí; pero no me induce a ser particularmente honesta.

Manston tomó sus manos entre las suyas y contempló sus ojos, ocultos por una mirada caída.

—A veces me da usted pena —dijo intensamente.

—Quizá es que inspiro ese sentimiento, como tantas personas. ¿Por qué le doy pena?

—Creo que se entristece usted innecesariamente.

—Innecesariamente, no.

—Sí, así es. ¿Por qué vive separada de su hermano, cuando podría tenerle a su lado hasta que se recupere?

—Eso no puede ser —dijo ella, volviéndose.

—Es urgente trasladarle y que abandone Budmouth un tiempo, y me he preguntado si aceptaría usted que se instalara en mi casa unas semanas. Estaría a un cuarto de milla de usted. ¡Sería tan agradable!

—Sí que lo sería.

Se colocó frente a ella y, apretando su mano con firmeza, continuó:

—Cytherea, ¿por qué dice «Sí que lo sería» con ese tono tan impreciso? Yo quiero que viva aquí, y quiero que sea mi hermano.

¡Hágalo posible, sea mi esposa! No puedo vivir sin usted. Cytherea, querida mía, amor mío, ¡acepta ser mi mujer, te lo suplico!

Inclinó la cabeza hacia ella, y las últimas palabras fueron un susurro tan débil como fuerte la emoción que las inspiraba.

—Lo seré —respondió ella, con firmeza y claridad.

—¿Cuándo? ¿En un mes? —preguntó él, casi sin respirar.

—No, no.

—¿En dos meses?

—No.

—¿Diciembre? ¿El día de Navidad, por ejemplo?

—No me importaría.

—¡Oh, querida mía! —Estaba a punto de besar su pálida y fría boca, pero rápidamente Cytherea la cubrió con la mano.

—¡No me beses, no aquí! —imploró ella.

—¿Por qué no?

—Estamos demasiado cerca de Dios.

Manston se sobresaltó y su cara enrojeció. Había dicho «cerca de Dios» con tanta fuerza que el eco repercutió por el edificio en el otro extremo del presbiterio.

—¡Qué cosa más extraña! —exclamó—. Seguro que un beso no está fuera de lugar en una iglesia.

—No —replicó ella, con el corazón cansado—. No sé por qué he reaccionado así. ¡No entiendo qué me ha pasado! ¿Me perdonas?

—¿Cómo decir «sí» sin juzgarte? ¿Cómo decir «no» sin perder el placer de decir que sí?

Volvía a ser él mismo.

—No lo sé —murmuró ella, ausente.

—Entonces, diré que «sí» —repuso él, delicadamente—. Es más dulce imaginar que nos han perdonado, en vez de pensar que no hemos pecado; y así tú disfrutarás de la dulzura, sin la necesidad.

Cytherea no dijo nada, y se alejaron. La iglesia estaba casi a oscuras y la melancolía la inundaba. Se quedó quieta mientras él abría la puerta, aceptó el brazo que le ofreció, y recorrió el camino hacia la entrada del camposanto a su lado. Luego pasearon hasta la casa; dirimida la cuestión principal, Cytherea solo habló de trivialidades.

—El día de Navidad, entonces —dijo él, al despedirse al final del seto.

—Me refería a la fecha de la Vieja Navidad, según el antiguo calendario.

—La gente no suele referirse a ese día con el nombre de Navidad.

—No, es cierto. ¿Te importaría, sin embargo, esperar al 6 de enero?

Le parecía imperativo postergar el matrimonio el máximo tiempo posible.

—Como quieras, amor mío —dijo él, amable—. Serán quince días más de espera, pero no importa. El día de la Vieja Navidad.

## IX. El 11 de septiembre

«Decidido, pues: ¡será viernes!».

Cytherea estaba sentada en un pequeño reposapiés contemplando intensamente el fuego. Era la tarde del día siguiente en que el administrador se había declarado con éxito.

«Me pregunto si sería apropiado cruzar el parque y avisarle de que será viernes», se dijo, y se levantó y miró su sombrero, y luego por la ventana, hacia la casa de Manston. Apropiado o no, decidió que debía eliminar la impresión desagradable, si bien infundada, que la coincidencia había ocasionado. Abandonó la casa sin dilación y fue en su búsqueda.

Manston se encontraba en el aserradero, vigilando el trabajo de los obreros. Cytherea se le acercó vacilante. Hasta unos pocos metros antes, su paso había sido firme y veloz, y ahora que el grave rostro de Manston aparecía a su vista deseó no haberse presentado; cuando se ocupaba de su trabajo era más severo.

—Será un viernes —dijo ella confusa, sin preámbulos.

—¡Ven conmigo! —ordenó Manston, con el tono que utilizaba con los obreros, incapaz de modularlo previamente. Le ofreció el brazo y la acompañó de vuelta a la avenida. Para entonces, ya se había transformado en el dulce pretendiente—. ¿Un viernes, dices, querida? ¿No te importará que sea viernes? Eso es una tontería.

—No es que me importe, pero me gustaría que fuera otro día.

—Bueno, pues el día antes. ¿Te parece bien?

—Sí, está bien.

—¿Es tu palabra definitiva y solemne? ¿Irrevocable?

—Desde luego, tienes mi palabra. No te habría prometido casarme contigo si no fuera mi intención hacerlo. No creo que pudiera —habló con impresionante dignidad.

—No te molestes por mi comentario, querida. ¿No pensarás mal de un hombre enamorado, porque exhiba un poco de ansiedad en el amor?

—No, no. —Cytherea no pudo decir más. Siempre se sentía incómoda cuando hablaba de esa manera tan analítica y quería apartarse de su presencia. El lugar y la proximidad de la casa le ofrecieron la oportunidad—. Ahora tengo que volver con la señorita Aldclyffe. ¿No te importa la brevedad de la visita? —preguntó, casi con coquetería, y antes de recibir una respuesta, se alejó.

Cuando Cytherea volvió con la señorita Aldclyffe, esta preguntó:

—Cytherea, ¿era el señor Manston el caballero del que te alejabas por la avenida, hace un minuto?

—Sí.

—Vaya, otro de tus escuetos «síes». ¿No puedes decir nada más? Odio tus escuetas respuestas. Yo te lo cuento todo y tú eres como una estatua de cera.

—Lo dejé porque quería volver a la casa.

—¡Qué novedad, qué anuncio tan importante! ¿Habéis fijado ya el día?

—Sí.

La expresión de la señorita Aldclyffe se iluminó, interesada.

—¿De verdad? ¿Cuándo será?

—El día antes de la Vieja Navidad.

—¡Por fin! —La señorita Aldclyffe hizo un ademán para que Cytherea se acercara y le tomó la mano entre las suyas. Dijo, lentamente, observando pensativa las dulces y redondeadas mejillas de la joven—: Y entonces serás una novia.

El sonrosado color natural de la cara de Cytherea se redujo notablemente después de la lenta y ominosa frase de la dama. La señorita Aldclyffe, por su parte, siguió hablando:

—No has pronunciado esas palabras como las habría dicho una novia; tampoco mi comentario te causa la menor excitación ni calidez hacia lo que te depara el futuro. ¿Cuántas semanas faltan para el enlace?

—No las he contado.

—¡Habrás visto, una novia que no cuenta los días! Debo, pues, hacerme cargo del asunto personalmente, ya que eres tan inocente, o asustada, o estúpida, o tienes tantas manías que... Tráeme el diario y contaremos los días ahora mismo.

Cytherea le trajo el volumen solicitado en silencio.

La señorita Aldclyffe abrió el diario por la página del almanaque y contó dieciséis semanas, lo que la llevó al 30 y 1 de diciembre, un domingo. Cytherea permaneció en pie, con aspecto de no importarle lo que hacía la dama.

—A ver, dieciséis días a partir del treinta y uno. Lunes será el 1 de enero, martes el 2, miércoles el 3, el jueves el 4 y el viernes 5. ¡Un viernes! Será un viernes.

—¿No querrá decir jueves? —preguntó Cytherea.

—No. El día de la Vieja Navidad es sábado.

Su perturbado cerebro se había equivocado.

—Bueno, pues viernes tendrá que ser —murmuró, alicaída.

—Cambia la fecha, querida —le aconsejó la señorita Aldclyffe, alegremente—. No pasa nada por casarse en viernes, pero alguien tan supersticiosa como tú pensará que trae mala suerte. De hecho, ni yo misma escogería un viernes, pudiendo escoger cualquier día de la semana.

—No voy a cambiar la fecha —dijo Cytherea firmemente—. Ya lo he hecho una vez, así que me casaré en viernes. Fin de la cuestión.

## **PARTE XIII**

### **LO ACAECIDO EN UN DÍA**

## I. 5 de enero antes del amanecer

Dejamos atrás las semanas anteriores. Cuando reanudamos la historia ha transcurrido más de un cuarto de año.

La medianoche antes de la mañana en que se convertiría en la esposa del hombre que la empujaba a la fatalidad, y cuya ausencia le suscitaba sentimientos de terror, Cytherea yacía en su cama, tratando en vano de conciliar el sueño.

Reflexionaba sobre su corta, pero variada experiencia, y pensaba en el umbral que estaba a punto de traspasar. Los días y los meses habían difuminado la silueta de Edward Springrove, como las cortinas de gasa de una escena teatral, pero su voz aún llegaba a sus oídos. No quería admitir que una dulce cuerda de su ser vibraba al recordarlo; era consciente de que iba a contraer matrimonio con Manston con sentimientos que distaban de calificarse de nupciales.

«¿Por qué me caso con él?, —se dijo—. Pues, porque Owen, mi querido hermano Owen, desea que me case con él. Porque el señor Manston se ha portado amablemente con Owen y conmigo». «Actúa obedeciendo el dictado del sentido común, —había dicho su hermano—, y teme la afilada aguja de la pobreza. ¿Cuántas mujeres se casan cada año por la misma razón? Para garantizarse la seguridad de un hogar y las comodidades materiales que, después de todo, hacen la vida soportable, aunque no feliz».

«Supongo que tiene razón al pensar así. Oh, si la gente supiera la timidez y la melancolía que su futuro hace crecer en el corazón de una mujer desamparada, empujada, como yo, como un junco sacudido por el viento, no se burlarían de esta resignación, acusándonos de utilizar artimañas para cazar maridos. ¿Cazar maridos? ¡Antes me arrojaría a un pozo! Sé que no haré feliz a mi corazón, pero ¿qué sentido tiene contentarme a mí, inútil como soy, si actuando así puedo hacer feliz a los que valoro más que yo?».

Torturándose con esas reflexiones, que alternaba con conjeturas sobre la inexplicable relación entre su prometido y la señorita Aldclyffe, oyó unos golpes apagados en el exterior que no parecían causados por el viento. En esos momentos difíciles, Cytherea estaba condenada a ese tipo de alteraciones. «Qué extraño, —pensó—, que mi última noche en Knapwater House sea tan agitada como la primera, y en medio no se haya producido ningún incidente parecido».

Según pasaban los minutos, el ruido se incrementaba, como si alguien golpeará bajo su ventana con un puñado de ramas. Gustosamente habría abandonado la habitación para instalarse con una de las doncellas, pero ya estarían sumidas en el sueño más profundo.

La única persona de la casa que quizá estaba despierta, y lo bastante inteligente para entender su nerviosismo, era la señorita Aldclyffe, pero a Cytherea no le gustaba ir a su habitación, aunque siempre era bienvenida y se veía obligada a visitar a la dama contra su voluntad.



El golpeteo contra la pared se volvió más insistente y se sumaron crujidos y un tamborileo como el tirar de los dados. El viento sopló con más fuerza; se oyó un chasquido, un desplome, y una parte del misterio se reveló. La rama de uno de los grandes árboles del parque se había quebrado y desprendido. El roce contra la pared y el tamborileo cesaron. Había sido, pues, un árbol la causa de los ruidos.

Lo inexplicable era que ningún árbol rozaba las paredes de la casa, ni en mitad de un vendaval, y que los árboles no tamborileaban como un ser humano, ni tiraban dados.

«¿Acaso el destino me anuncia que esos ruidos tendrán influencia en mi futuro?», se preguntó Cytherea.

En pleno dilema cayó dormida y soñó que la azotaban con huesos secos que colgaban de un cordel, se balanceaba y crujía con cada golpe como un villano en la horca, y se retorció y encogía para evitar los golpes que sacudían la pared a la que estaba atada. No podía ver el rostro del verdugo porque llevaba máscara, pero tenía el aspecto del señor Manston.

«¡Gracias a Dios!», exclamó al despertar y ver una débil luz entre las cortinas. «Veamos, ¿qué eran esos ruidos?». Le pareció más importante aclarar el misterio que el acontecimiento para el que todos se preparaban.

Corrió la cortina y miró al exterior. Todo parecía normal. La noche se había cerrado con una llovizna gris empujada por el viento del norte, y sus efectos eran visibles. La lluvia debilitada persistía y los árboles y los setos estaban cubiertos de carámbanos, más de lo que nunca había visto. Tenían la longitud de una aguja, helados y gruesos como su dedo; los arbustos se combaban bajo el peso inmenso de la reluciente costra. Los caminos parecían pulidos como espejos. Algunas ramas, rotas por el peso de la helada, yacían en montones sobre la hierba. Frente a ella, en el árbol más próximo, había una reciente cicatriz amarilla; mostraba donde se partió la rama que la había aterrorizado.

«Parece increíble», se dijo, observando las ramas dobladas, «que los árboles se extiendan tan lejos de su posición sin romperse». Contempló una ramita con una gota de rocío, cayendo hasta el punto más bajo y coagulándose como las demás.

«O que yo pueda imitarlos tan perfectamente, —prosiguió para sí—. Esta mañana voy a casarme, a menos que la gran madre tenga un plan para evitarlo. ¿Es posible que en el día de mi boda haya tormenta?».

## II. Mañana

Owen estaba alojado en la casa de Manston. Contrariamente al diagnóstico de los médicos, la herida había sanado tras la operación y la pierna recobraba gradualmente sus fuerzas, aunque, de momento, andaba con muletas o se movía en la silla de ruedas.

La señorita Aldclyffe había decidido que Cytherea saldría de Knapwater House y no, como la joven había sugerido, de la casa de su hermano en Budmouth. Owen también parecía preferir esa opción. La caprichosa dama había terminado por asumir con calidez los preparativos del enlace, lejos de su primera reacción de rechazo, y parecía resuelta a hacer cuando estuviera en su mano, conforme con su digna posición, para que la ceremonia fuera completamente placentera.

Pero la meteorología parecía en flagrante contradicción con sus planes. A las ocho de la mañana, el conductor del carruaje entró en la residencia casi a cuatro patas, fue a la cocina y se quedó allí inmóvil, de espalda al fuego y exhausto tras sus pedestres esfuerzos.

La cocina era, de lejos, el lugar más agradable de Knapwater House en un día así. El gran hogar era el centro, como un sol, y arrojaba sus rayos calientes sobre los criados, que se movían alrededor como engranajes de un sistema planetario. Una serie de utensilios metálicos, colocados en hileras en la pared frente a la chimenea, intentaba imitar su resplandor. El conjunto de lumbres aniquilaba la débil luz que llegaba del exterior. Un paso más y el visitante respiraba aroma de verduras y hierbas frescas, y su vista se regalaba con la oronda forma de la cocinera: una mujer de salud de hierro, ataviada con un delantal blanco y enharinado, tan apetecible como la comida que preparaba. Sus movimientos se apoyaban en una tropa de satélites, la despensa y las doncellas de la cocina. Una infinidad de sonidos coreaban la escena: el clic del horno al cerrarse, las llamas crepitando, los pasos en el suelo de piedra de las mujeres atareadas.

El conductor se acomodó, estiró los pies hacia el hogar y miró una placa en el otro extremo del armario.

—No veo yo ninguna boda esta mañana —declaró—. Vamos, es imposible —dijo, abruptamente, como si sus palabras fueran el torso de un pensamiento de múltiples miembros que concurría en su cabeza.

La doncella tostaba el pan del desayuno en un extremo de la pala, sostenida a un brazo de distancia del rugiente fuego, en una imitación de la *flanconnade* de la esgrima.

—Hace mal tiempo, ¿eh? —preguntó al hombre, compasivamente.

—¿Malo? No hay ni un alma, pobre o rica, que pueda tenerse en pie. No digamos subir por la colina de la iglesia; eso es una locura. Y eso los que van a pie. Ir en carruaje o a caballo es un asesinato, pura y simplemente. Voy a mandar recado a la

sala del desayuno, para avisarles de que... ¡Eh! ¡Aquí llegan el señor Crickett y John Day! A ver qué te parecen, ya me dirás si tienen aspecto de asistir a una boda.

Miraron por la ventana, desde donde se veía al administrador de la parroquia y al jardinero cruzar el patio, doblados y tambaleándose como Bel y Nebo<sup>[16]</sup>.

—Pues, aunque se rompan las patas de todos los caballos del condado, habrá que ir —aseguró la cocinera, que dio la vuelta y regresó a sus obligaciones. Abrió la puerta del horno con las pinzas, miró críticamente su interior y volvió a cerrarlo con un fuerte golpe.

—¡Ah, ya veremos, ya veremos! —respondió el conductor, incluyendo en su público al administrador y al jardinero, que acababan de hacer su aparición—. Porque el asunto atañe al señor Manston, por eso. ¿O es que alguna vez el tiempo le ha impedido hacer lo que quería, o cualquier otra cosa bajo el sol?

—¡Buenos días! ¡Es un decir! —interrumpió el señor Crickett, alegremente, acercándose al fuego y calentándose sin mirarlo—. Así que el señor Manston hará lo que quiera, sin que se lo impida nadie bajo el sol, ¿eh? Mejor diga «exceptuando la señorita Aldclyffe» y déjese de sol, cielo y tierra. Siempre hay la posibilidad de suspender la cosa, fíjese, porque no es tan grave si la cosa es una mujer. ¡Oh, no!

El conductor y el jardinero se limitaron a cerrar la boca y asistir de testigos de la conversación. La cocinera siguió hablando, en tono firme, mientras vertía leche en el centro de un pequeño cráter de harina de una bandeja:

—Pues quizá esta vez sea distinto, porque la chica es indiferente.

—¡Por mis riñones! Tiene razón. Me he enterado de otra cosa. Es un secreto, así que ni una palabra, eh, ni una palabra. La señorita Hinton se fue de vacaciones ayer.

—Ah ¿sí? —preguntó la cocinera, levantado la mirada con curiosidad.

—¿Cree que eso es todo?

—No se haga el listo. Si eso es todo, prepárese, porque no hay nada peor que crear expectativas a una mujer y no cumplirlas. ¡Le daré en la cocorota con la espumadera tan seguro como que dirá usted «Amén»!

—Pues no es todo. Cuando llegué ayer por la noche a mi casa, mi esposa me soltó: «La señorita Adelaide se fue de vacaciones esta mañana a Nether Mynton, donde se reunió con un hombre y se casó».

—¡Casada! Por el amor de Dios. ¿Se llevó a Springrove a casarse allí?

—No, no. Springrove no tiene nada que ver; se casó con el granjero Bollens. Llevaban tonteando dos o tres meses, por lo que parece. Mientras el señorito Teddy Springrove remoloneaba, se decidía y no se decidía y dudaba si casarse con ella o no, lo ha dejado plantado como a una acelga. Le está bien empleado, no le echo la culpa.

—¡Pero si el granjero Bollens es lo bastante viejo para ser su padre!

—Es cierto, y rico como si fuera diez veces su padre. Dicen que tiene tanto dinero que necesita una cuenta en cada banco y que mide sus monedas en copas de media pinta.

—¡Señor, señor! ¡Ojalá me hubiera tocado a mí! —suspiró la doncella.

—Pues, sí, fue un asunto discreto —continuó el administrador de la parroquia, con la vista clavada en el fuego como si viera transcurrir ahí la escena—. No lo sabía ni un alma y mi esposa es la única persona de la parroquia que lo sabe. La señorita Hinton volvió de la boda, fue a ver al señor Manston, toda emperifollada, y le dijo que ahora era la señora Bollens, pero que, si lo deseaba, no tenía inconveniente en quedarse en la casa hasta agotar el contrato de alquiler, o encontrar a otro arrendatario.

—Independiente hasta el final —reconoció la cocinera.

—Independiente o no, ahora es la señora Bollens. Ay, jamás olvidaré cuando fui a ver al granjero Bollens, hará ya unos años, y le vi recogiendo hojas de fresno. Estaba harapiento como un pordiosero. Eran otros tiempos, yo era otro hombre, porque aún no había tomado los hábitos y la conciencia no me pesaba como ahora. «Granjero, —le digo bromeando—, vienen pequeñas las hojitas de fresno este año, ¿verdad? —Y me responde—: Oh, no, Crickett, qué va, de tamaño están bien». Nunca tuvo sentido del humor, el granjero Bollens. Pero, bueno, eso no importa ahora, porque se ha casado con una mujer inteligente y, si no comete ningún error, le dará una buena familia, con el tiempo.

—Bueno, eso es cosa de la Providencia —dijo la doncella—. El Señor manda pan además de niños.

—Aunque suele mandar el pan a una casa y los niños a otra. Pero entiendo las razones de la señorita Hinton para decidir entre pobreza y riqueza. Verá: la jovencita de aquí y la señorita Hinton ya se habían cruzado por culpa del joven Springrove; supongo que, cuando Addy Hinton se enteró de que la señorita Graye tampoco le quería, pensó en adelantarse al casamiento de su enemiga, casándose ella con otro. Así es la lógica de las damas, y su malevolencia.

Las mujeres, que suelen dividirse frente a un hombre, también se unen en una causa común contra sus ataques.

—Pues déjeme decirle —repuso la cocinera, sacudiendo sus palabras al tiempo que sacudía unos huevos batidos—. Sea cual sea la lógica y la maldad de esas señoritas, si Cytherea Graye se entera de que Edward Springrove es un hombre libre, le pegará una patada al administrador antes de lo que canta un gallo.

—No, no lo creo. No ahora —intervino el conductor del carruaje en el debate—. Esa muchacha es honrada, no sabe de juegos, como la señorita Hinton. Se quedará con Manston.

—¡Bah!

—Ni una palabra más hasta que se hayan casado, por Dios —dijo el administrador de la parroquia—. La señorita Aldclyffe me colgaría y me descuartizaría si la noticia que traigo rompiera el enlace en el último momento.

—Entonces mejor dígale a su señora que le encierre en un armario un par de horas o, si no, se lo soltará a toda la parroquia, si no lo ha hecho ella ya. ¡Madre mía, parece usted una comadre!

—No tendría que haberlo dicho, es verdad, señor Crickett. Ya le dije que se lo tomarían muy mal —dijo el jardinero tratando de apaciguar al pobre hombre.

El señor Crickett se volvió al fuego y sonrió, calentándose las manos.

### III. Mediodía

El tiempo mejoró. En media hora el hielo empezó a deshacerse. Hacia las diez de la mañana, las carreteras, todavía peligrosas, eran al menos practicables en la media milla que la gente precisaba para salir de la residencia de Knapwater. Una masa de nubes de plomo aún colgaba del cielo; el aire se humedeció y la brisa soplaba más suave en el exterior, aunque hacía frío en la casa.

Llegaron a la iglesia y se adentraron en la nave. Las vidrieras de profundos colores de las estrechas ventanas convertían la apagada mañana casi en noche en el interior del edificio. La ceremonia dio comienzo. El único calor o avidez procedía del novio, que toda la mañana exudó un vigoroso, diríase que *spenseriano*, estado de ánimo.

Cytherea estuvo firme como él en el momento crítico, pero igual de fría que el día. Las pocas personas que formaron parte de la comitiva nupcial mostraron una actitud y una expresión contenidas y desde la nave de la iglesia brotaron toses ocasionales, emitidas por los que, a pesar del clima, se habían reunido para ver el final de la joven como soltera. Muchos pobres le tenían afecto. Lamentaban su éxito, aunque no sabían por qué; quizá porque la novia parecía más una estatua que Cytherea Graye.

Y, sin embargo, llevaba un bonito vestido y estaba cuidadosamente ataviada; una extraña contradicción en cómo deben ser las cosas, una triste y perpleja contradicción. ¿En qué ocasión la diferencia de sexo equivale a una diferencia natural? Sin duda, este era un caso. No tanto, como suele decirse, por la consideración que se le procura, sino por el concepto mismo de la cosa. Un hombre emasculado por la vanidad se pasará quizá más tiempo arreglando su apariencia que una mujer, pero no hay el menor fetichismo en la vestimenta: prendas para cubrirse, nada más. Pero allí estaba Cytherea, en el fondo de su corazón casi indiferente, pero poseedora de un instinto con el que su corazón nada tenía que ver, particularmente cuidadosa con esas tristes naderías: su vestido de novia, su ramo, su velo, sus guantes.

Se pronunciaron las palabras irrevocables y se firmaron los documentos legales. Salieron de la sacristía. Fue necesario encender velas para que pudieran firmar y al salir de la iglesia la luz se derramaba desde la puertecilla abierta por el presbiterio hasta un biombo de madera de castaño en el lado sur, que dividía el espacio de una capilla erigida por el alma de algún Aldclyffe del pasado. A través de la rejilla del biombo se distinguían, iluminadas en el interior, las figuras reclinadas de dos caballeros con las piernas cruzadas, húmedos y verdes por el paso del tiempo, y encima de ellos un enorme monumento clásico, también donación de la familia Aldclyffe, esculpido en un mármol cadavérico.

Reclinado allí, agarrándose al monumento, se encontraba Edward Springrove, o lo que quedaba de él.

La débil luz diurna no lo habría revelado, oculto por el biombo; pero los inesperados rayos de luz de las velas lo dibujaban en un visible contraste para quien mirara en esa dirección. Era una triste estampa, más triste de lo que las palabras pueden transmitir. Sus ojos, enloquecidos, con las órbitas plumizas. Su faz, enfermizamente pálida; el pelo, arisco y desordenado; los labios, entreabiertos, como si le faltara el aire. Delgado como un espectro. Sus gestos parecían fuera de control.

Manston no le vio, pero sí Cytherea. El efecto sanador del silencio de un año en su corazón, de casi un año y medio de separación, se deshizo en un instante. Fue un extraño resurgimiento de la pasión, fruto de la mera visión, más común en mujeres que en hombres, y en especial en mujeres oprimidas; tan trascendente que a ella se le antojó un nuevo nacimiento, no la recuperación de un afecto remoto.

Casarse para tener un hogar. ¡Qué burla!

Se dice que la manera más eficaz de reavivar un antiguo amor en el corazón de una dama es ver a su amante riendo y de buen humor, aunque la separación se deba a la decisión de ella; si ha sido causada por el caballero, verle sufrir por su propia falta es suficiente. Si está feliz y exhibe una conciencia tranquila, le culpa por ello; si está triste por ser culpable, la dama se culpa a sí misma. Esa era la situación de Cytherea.

En su rostro agónico se desplegó toda la tristeza reprimida de la joven, que ya no podía contener. Cuando salieron del porche de la iglesia, exhaló un gemido sordo: «¡Se muere, Dios mío, se muere! ¡Ten piedad de nosotros!», y se hubiera desmayado, pues sus rodillas no la sostenían, de no haber sido por Manston. La dama de honor le aplicó unas sales para que no perdiera la conciencia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Manston.

Owen fue el único que había oído las palabras de su hermana, pero estaba demasiado impresionado, o, mejor dicho, alarmado para responder. Cytherea no llegó a desmayarse y rápidamente se sobrepuso. Owen aprovechó el revuelo para mirar hacia el origen de la aparición, furioso con Springrove por lo que consideraba una intromisión imperdonable.

Pero Edward ya no estaba en la capilla. Como había aparecido, se había ido, y nadie sabía cómo o hacia dónde.

## IV. Tarde

Podría creerse que una transmutación se había producido en la personalidad de Cytherea y que su naturaleza moral se había desvanecido.

Los asistentes a la boda regresaron a la mansión. En cuanto encontró la ocasión, Owen llevó a su hermana aparte para hablarle del incidente. La expresión de su rostro era dura e irreal y sus ojos brillaban. Jamás lo había visto así y eso la perturbó. Habló con ella triste y severo:

—Cytherea —dijo—. Sé bien la causa de tu emoción. Pero recuerda, no tienes excusa. Deberías haberte dominado. Ahora llevas el apellido de otro hombre y no debes pensar en una sabandija como Springrove. No tenía que haber venido a tu boda. Te equivocas en tu actitud, Cytherea, y eso me entristece; y aún diría más, me irrita.

—Di que te avergüenza, anda —respondió ella, amargamente.

—Pues sí, así es —replicó él, enfadado—. Sigues alterada, por lo que veo.

—Owen —intentó explicarse, y se detuvo. Tembló su labio inferior, y en su mirada se leían sensaciones demasiado profundas como para tener miedo—. Sigo alterada, Owen, y seré honesta contigo. Te confieso ahora y aquí, sin falsedad, lo que ayer por la noche no me atreví a confesarme a mí misma, porque apenas lo sabía. Amo a Edward Springrove con todas las fuerzas de mi corazón, en cuerpo y alma. Seguro que me tacharás de desvergonzada, y no me importa. ¡Ya nada me importa!

Su mirada era dura como la piedra, como sus palabras.

—Vamos, vamos, Cytherea, no digas esas cosas —respondió él, alarmado.

—Pensaba que no le amaba —siguió diciendo la novia, nerviosa—. Ha pasado un año y medio desde nuestro último encuentro. Pasaba frente a la verja de su jardín sin pensar en él, miraba su banco en la iglesia y no me importaba. Pero esta mañana le he visto muerto, muerto porque me ama, y sé que esa es la verdad. ¿Puedo evitar amarle? No, no puedo. Así son las cosas. Le amaré, y no me importa. De algún modo, todo nos ha separado. Pero sé que nos amamos, y ahora solo quisiera morir.

Owen la abrazó y dijo:

—Muchas mujeres han ido a la ruina y han traído la desgracia a sus seres queridos por impulsos como el que ahora te domina. Yo también tengo una reputación que quedará manchada si tú pierdes la tuya. Parece que no importa lo que haga para remediar la maldición que cayó sobre nuestro apellido: volvemos a estar al borde del precipicio.

Su voz se volvió ronca. Esa era la única y eficaz fibra que Owen podía tocar. Desde que había visto a Edward, Cytherea solo pensaba en él. No había prestado la menor atención a Owen, su nombre, su posición y su futuro.

—No permitiré que ninguna desgracia caiga sobre ti —aseguró—. Te lo juro.

—Además, es tu deber para con la sociedad que vivas aparentando ser buena esposa y que intentes amar a tu marido.



—Sí, mi deber —murmuró ella—. Pero Owen, es difícil ajustar la vida interior y la exterior con meticulosidad y honestidad. Aunque quizá sea más justo preocuparse por el bienestar de muchos que por uno mismo, ¿qué decir si los demás, y el deber que ellos te imponen, solo existen porque tú existes? ¿Hasta qué punto les importamos a los otros? ¿A conocidos, parientes, amigos y familia? No mucho. Piensa en los que me rodean, por ejemplo. Cuando descubran la fragilidad malvada de mi corazón, me mirarán, sonreirán con malevolencia, me condenarán. Y quizá, más adelante, cuando ya esté muerta y enterrada, algún acento o una canción, o un pensamiento, les recordará algo de mí y volverán a pensar en lo que me hicieron, y quizá se sientan culpables por haberme criticado. Y se detendrán un instante, y suspirarán «¡Pobre muchacha!», creyendo que así honran mi memoria. Pero jamás, jamás se darán cuenta de que fue la única oportunidad de mi existencia, además de un deber; que lo que para ellos son meros recuerdos, contenidos en esos dos minutos de piedad, en esa exclamación, para mí fue toda la vida; tan llena de horas, minutos, extraños y complicados, de esperanzas y temores, de sonrisas, de susurros, de lágrimas como las tuyas. Que era mi mundo, igual de importante que su mundo para ellos, y que ellos en esa vida mía, aunque importasen mucho, no fueron más que el pensamiento que yo soy en la tuya. Nadie puede entrar en la naturaleza de otro, y eso es muy triste.

—Bueno, la vida es así —respondió Owen.

—No debemos quedarnos aquí —señaló ella; se puso en pie, se alejó—. O verán que no estamos en la fiesta. Haré lo que pueda, Owen, es lo único que puedo prometerte.

A causa del mal estado de las carreteras, se decidió que los recién casados no se desplazaran a la estación de ferrocarril hasta última hora de la tarde, para tomar el tren a Southampton (donde pasarían la noche), y llegar a una hora razonable. Su intención era cruzar hasta La Haya la mañana siguiente y de allí a París, ciudad que Cytherea nunca había visitado, para pasar la luna de miel.

Pasaron las horas de la tarde. Las maletas estaban listas. Cytherea, tan nerviosa que no podía estarse quieta. La señorita Aldclyffe, a pesar de no haber tomado parte en los pormenores de la jornada, no se perdía sus movimientos, y de manera inconsciente atribuyó la agitación de la doncella, por una vez, a la consecuencia de lo sucedido ese día, y Manston fue tan indulgente con la excitación de su novia como podía esperarse.

Al cabo de un rato, Cytherea fue al porche. Una vez allí, se le ocurrió acercarse al invernadero del jardín, por el caprichoso deseo de ver las flores y las exuberantes plantas que allí se conservaban. Se puso un par de botas y allí se dirigió. No había un alma en el camino. El jardinero la felicitó por su enlace. La alegría que un espíritu generoso obtiene al creer que los demás experimentan una sensación parecida a menudo es mayor que la propia satisfacción. El jardinero pensó: «¡Qué feliz pareja!», y eso le hizo más feliz que a la propia pareja.

Cytherea salió del invernadero, y estaba a punto de volver a la casa cuando se le ocurrió que esos momentos de soledad eran los últimos de libertad de que gozaría en un tiempo y sintió la necesidad de prolongarlos un poco más. Se quedó quieta, sin prestar atención al viento que azotaba las plantas, los parterres cubiertos de paja y los árboles frutales que la rodeaban. El jardín no se veía desde la casa y el terreno descendía hasta un estrecho riachuelo, que lo separaba de la pradera.

Un hombre iba por el camino al otro lado del riachuelo; Cytherea creyó reconocerlo. Le había prometido a Owen que se mantendría firme y cumpliría su palabra. Esperaba que la silueta no perteneciera al hombre que le había robado el corazón. ¿Por qué iba a reaparecer en su vida, si había declarado que se iría para siempre?

Se ocultó en una esquina del jardín, cerca del río. Un enorme árbol caído, cubierto de yedra, yacía aplastado por la carga de hielo de la mañana, cruzado sobre el río, cuyas aguas eran lentas y profundas. El árbol la protegía de las miradas indiscretas del otro lado.

Esperó retraídamente. No permitiría que la viera. Escucharía sus pasos alejándose, y después se levantaría para comprobar si era Edward.

Pero antes de escuchar nada, vio un objeto reflejado en el agua bajo el árbol que se mecía sobre el río de manera que, aunque ocultaba el sendero, permitía el reflejo de las imágenes que pasaban bajo sus ramas. La forma reflejada era la silueta del hombre que había visto, pero al estar invertida no sabía con exactitud quién era.

Miraba hacia los ventanales de la residencia: su ventana, en concreto. ¿Era, pues, Edward? De ser así, probablemente pensaba despedirse de ella. Estaba casi segura de que se trataba de él. Procuró ocultarse aún más. La conciencia le recordó que no debía verlo. Pero, de repente, se preguntó: «¿Puede él ver mi imagen reflejada en el agua, igual que yo la suya? ¡Claro que sí!».

Así era: la estaba mirando, reflejada en el agua.

Fue inevitable. Dio un paso adelante en el momento en que él emergió del otro extremo del árbol y apareció frente a ella. Era Edward Springrove, que veía ahora la imagen invertida de la muchacha, sin imaginarse que allí podría vislumbrar a Cytherea, algo tan imposible como ver a un espíritu.

—¡Cytherea!

—Señor Springrove —musitó ella, al otro lado del río.

Springrove volvió a hablar:

—Puesto que nos hemos encontrado, quiero decirte algo, antes de que volvamos a ser extraños el uno para el otro.

—No, no. Ya no puede ser. No quería que me vieras... No está bien, Edward —dijo Cytherea apresuradamente; se dio la vuelta y agitó una mano impotente.

—¿Ni una explicación? —imploró él—. ¿No me creerás tan malvado para querer arruinarte? Bueno, vete entonces. Quizá sea lo mejor.

Volvieron a mirarse. Cytherea apenas podía hablar. Oh, ¡cuánto ansiaba y temía sus explicaciones!

—¿Qué? —preguntó, desesperada.

—Solo quería decirte que no he ido a la iglesia esta mañana para angustiarte, querida Cytherea, en absoluto. Quería hablar contigo, antes de que... de que te casaras. —Se acercó y siguió—. Lo sabes, ¿no? Seguro que sí. Mi prima está casada y yo soy libre.

—¿Casada? ¿No contigo? —susurró Cytherea, desfalleciendo.

—Sí, ayer. Apareció un hombre más rico y me dejó. Dijo que jamás me habría dejado por un extraño, pero que, al abandonarme, ejercía el derecho de decepcionar a los familiares más cercanos. Pero qué importa eso ahora. Vine, pues, a preguntarte una vez más si... Pero ya era demasiado tarde.

—Pero, Edward, ¿cómo...? —lloró Cytherea, en una agonía de reproche—. ¿Por qué me dejaste para irte con ella? ¿Por qué me escribiste aquella carta tan cruel que casi acaba conmigo?

—¡Cytherea! Estabas enamorada de Manston y pensé que yo no era nada para ti, que no te importaba. Pensé... Hice lo que creí mejor.

—¡No, jamás! Te amaba a ti, siempre a ti y solo a ti, jamás a él... Pero, ahora... Ahora trataré de amarlo.

—¡Eso no puede ser! La señorita Aldclyffe me dijo que no querías saber nada de mí ¡y me lo demostró! —exclamó Edward.

—¡Jamás! Eso es imposible.

—Lo hizo, Cytherea. Me mandó una nota tuya, una carta de amor, de tu puño y letra, dirigida al señor Manston.

—¿Que yo le escribí una carta de amor?

—Sí, una nota. Que no podías reunirte con él, que lo sentías, que la emoción que habías sentido te había hecho olvidar la realidad.

El remolino de pensamientos que azotaba a la desgraciada muchacha, al escuchar la distorsión del sentido de sus palabras, no pudo expresarse en voz alta. Y allí tuvo la revelación de lo sucedido, con la tristeza de una explicación que llega tarde. La cuestión de si la señorita Aldclyffe era una manipuladora o una idiota era lo de menos, pues Cytherea quedó aplastada por la desesperación de comprender que su posición era irrevocable.

Pero eso no fue lo que Springrove pensó. Vio claramente la astucia de las medias tintas, peores que las mentiras, que habían cambiado el equilibrio de la balanza entre los amantes; desde lo más profundo de su alma maldijo al hombre y a la mujer que habían descargado tanto dolor sobre su amor. Sin embargo, comprendió también que no era el momento de torturar aún más a la muchacha de infausto futuro revelándole la magnitud del engaño. No debía conocer la infamia de la que había sido objeto.

—Mi futuro no me importaba —prosiguió Edward— y la señorita Aldclyffe me animó a confirmar mi compromiso con mi prima Adelaide. Ahora que estás casada

no tiene sentido explicarte los detalles, pero tenía que ver con mi padre y su situación. Ya que no podía soñar contigo, ¿qué me importaba lo demás? La primera vez que pensé que aún me amabas fue al leer una carta de mi padre anunciándome el matrimonio de mi prima. Dijo que te había visto y, aunque ibas a casarte al día siguiente, tu aspecto era de profunda tristeza. Me confesó que creía que aún me querías. Fue suficiente para mí. Vine en el primer tren de la mañana, pensando en verte antes de la ceremonia. Albergaba la esperanza de convencerte de que te casaras, pero conmigo. Me apresuré al llegar a la estación y cuando llegué vi a la gente congregada cerca de la iglesia y la puerta privada de la residencia abierta. Corrí a la iglesia por la portezuela lateral y te vi salir de la capilla: había llegado tarde. Te lo confieso, porque no he podido evitarlo. ¡Oh, querida mía, amor perdido, ahora al menos vivo feliz de haberte dicho la verdad, y moriré contento por ello!

—Es culpa mía, Edward —añadió Cytherea, apenada—. Me enseñaron a temer la pobreza, y pasé noches angustiada; recitando los versos:

El mundo y sus costumbres tienen un valor  
y enfrentarse a ellos  
es una simpleza.

Nada diré de los que influyeron en mí y me convencieron. Después de todo, la decisión fue mía. Edward, me casé para escapar de la dependencia, de la obligación de ganarme la vida sujeta a los caprichos de la señorita Aldclyffe o de gente como ella. Me convencieron de que la dependencia es más soportable si tenemos un hogar, porque si no tienes techo propio, ni un puerto donde anclar tu corazón... ¡Qué tristeza, qué dolor! Pero toda la persuasión del mundo se habría convertido en aire de no estar tristemente convencida de que me habías engañado. ¡Eso fue lo que me persuadió! Tenía que olvidarte, pensar que no eras nada para mí, y el señor Manston siempre se comportó con amabilidad. Bueno, lo hecho, hecho está, y debo respetarlo. Jamás le confesaré que no le amo, jamás. Si las cosas hubieran seguido como parecían, si tú me hubieras olvidado y casado con otra, lo habría soportado con entereza. ¡Ojalá no supiera la verdad que ahora sé! Pero ¿qué es nuestra vida? Seamos valientes, Edward, y vivamos los años que nos quedan con dignidad. No serán muchos, ¡oh!, espero que no sean muchos. Ahora, ¡adiós, amor mío, adiós!

—Ojalá pudiera estar cerca de ti y tocarte una vez, solo una vez —suplicó Springrove con una voz que pugnaba por mantener firme.

Miraron el río, y su interior. Un banco de piscardos flotaba sobre el lecho arenoso, como manchas en una funda de piel blanca. Aunque estrecho, el río era profundo, y no había puente.

—Cytherea, tiende tu mano para que pueda rozar tus dedos.

La joven se acercó al borde y estiró su mano hacia él, pero no alcanzaba. El río era demasiado ancho.

—No importa —dijo ella, agitada y temblorosa—. Debo irme. Dios te bendiga y te guarde, Edward de mi corazón. ¡Dios te bendiga!

—Debo tocarte, ¡por Dios! —exclamó él, y se acercó más, estirando el brazo hasta que sus dedos se rozaron, por fin. Tomó la mano de la muchacha largamente, tan cerca y aun así tan quieta que podían sentir el pulso del otro latiendo al mismo ritmo.

—¡Cytherea, amada mía! ¡Mi corazón robado!

La muchacha se despidió en silencio con una larga mirada de ojos turbados y corrió jardín arriba sin mirar atrás. Todo había terminado entre ellos. El río siguió fluyendo tan calmo y ciego como siempre y los pececillos volvieron a congregarse, como si nadie les hubiera perturbado.

En la casa nadie adivinó, al ver a Cytherea, que su corazón estaba a punto de romperse de tristeza. En momentos así la mujer no se desmaya, ni llora ni grita, como hace si experimenta un dolor súbito. Cuando está sometida a la agonía de tan refinada y especial tortura, que ni las palabras sirven para describirla, se desplaza entre sus conocidos con naturalidad y corrobora sus costumbres con tanto desapego que su círculo piensa que está más apagada de lo habitual.

## V. De las dos y media a las cinco de la tarde

Owen acompañó a la pareja de recién casados a la estación de tren y, preocupado por su hermana, dejó la berlina y esperó de pie, sostenido en las muletas, hasta que el tren partió.

Cuando marido y mujer entraron en el andén, vieron a un porteador que les miraba furtivamente. Palideció, y les pareció enfermo.

—Pobre hombre —exclamó Cytherea, compasiva—. ¿No debería estar en su casa?

—Lleva todo el día muy raro, señora —intervino otro porteador—. Apenas escucha si le hablan, y parece mareado o distraído. Lleva así un mes, pero hoy está peor que nunca.

—Pobre.

No pudo resistirse a hacer algo por el desgraciado, en el día más horrible y desgraciado de su propia vida. Se le acercó, le dio unas monedas y le dijo que pidiera vino y pastel en la residencia, si le apetecía.

El tren se movía, y el pobre hombre murmuraba un agradecimiento incoherente. Owen agitaba su mano y Cytherea le devolvió una sonrisa como si no hubiera llorado en su interior durante horas.

Owen regresó a la residencia, pero allí no podía descansar. Su conciencia le reprochaba haber obligado a su hermana a casarse con excesiva perentoriedad. Tomó las muletas y salió al jardín, siguiendo los caminos embarrados sin más objeto que dejar pasar el tiempo.

Las nubes que tan siniestramente habían abierto el día habían desaparecido por el oeste, justo cuando se ponía el sol, y despertaron un débil coro de gorjeos de un puñado de pájaros. Owen avanzó lentamente hacia la cascada, y allí se demoró hasta que la soledad le resultó insoportable. Regresó de nuevo al pueblo por la carretera. Estaba triste. Se dijo: «Si alguna vez esos sentimientos extraños y profundos a los que llamamos presentimientos tienen un ápice de verdad, hoy es uno de esos días, aunque no soy un hombre crédulo. ¡Mi pobre y pequeña Cytherea!».

Los últimos rayos del sol tocaron la cabeza y los hombros de un hombre que se aproximaba y Owen vio de quién se trataba. Era el anciano señor Springrove. Se habían relacionado con cierta frecuencia, en razón de las visitas de Owen a Knapwater el pasado año. El granjero preguntó a Owen cómo iba su pierna y se alegró de verlo más recuperado.

—¿Cómo está su hijo? —preguntó Owen, mecánicamente.

—En casa, sentado frente al fuego —respondió el granjero, triste—. Esta mañana se fue sin decirme a dónde y ahora está callado, pensando y pensando, apretándose las sienes con tanta fuerza que no puedo evitar sentir pena por él.

—¿Está casado? —dijo Owen. Cytherea no le había hablado de la entrevista en el jardín.

—No. La verdad es que no entiendo bien qué ha pasado... ¡Ah, mi Edward, que empezó con tantas esperanzas! Y ahora mírele, convertido en un hombre desesperado, sin un lugar al que llamar hogar, un mes aquí, otro allá... Bueno, señor Graye, la verdad es que sé muy bien por qué está así. Si no hubiera sido por su corazón... Pero mejor corramos un tupido velo. No sé qué hubiera sido de nosotros si la señorita Aldclyffe hubiera insistido en que cumpliéramos lo estipulado en los contratos de arrendamiento de las casas que se quemaron. Su cuñado, el administrador, también intervino para facilitarnos las cosas, y se lo agradezco de verdad. —Se calló de repente y miró el cielo. Añadió—: ¿Ha oído usted lo que ha pasado? Acabo de enterarme.

—No sé nada.

—Es algo muy serio, aunque no se sabe muy bien qué ha ocurrido. Se dice que tiene que ver con alguien del condado.

Parece extraño, incluso para los que no creen en augurios ni presentimientos, que en ese instante por la mente de Owen no cruzara la menor sospecha de que el asunto tuviera que ver con él, o con alguien cercano. La noticia que iba a hacerse pública era tan importante para la joven cuyo bienestar apreciaba más que el suyo propio como la mismísima muerte; e incluso después, cuando reflexionó sobre el impacto que el descubrimiento tuvo en su cerebro, ni siquiera su sentido común pudo comprender cómo fue capaz de pasear hasta el pueblo, ocioso y despreocupado, tras escuchar las palabras del granjero. «Qué inconmensurablemente escueta debió parecer mi inteligencia frente a un Dios todopoderoso, —decía después—. Colón, el día anterior al descubrimiento del Nuevo Mundo no había sido tan despreciablemente incauto».

Tras intercambiar unas palabras más, el granjero se fue y, como hemos dicho, Owen regresó al pueblo, lentamente y lleno de indiferencia.

Los campesinos acababan de terminar su labor y cruzaban por la puerta del parque, que se abría hacia la calle, justo cuando Owen bajaba por allí. Los hombres avanzaban a su ritmo, hablando animadamente, y estaban a punto de separarse para dirigirse cada uno a su casa. Pero, al verlo, lo miraron significativamente y entre sí. Se detuvieron. Owen llegó al camino, al lado del prado frente a la hilera de casas, y torció hacia la derecha. Cuando lo hizo, todos lo miraron; uno o dos hombres se metieron de prisa en sus casas y volvieron a salir con sus esposas, que también lo miraban, hablando entre susurros. Parecían inseguros.

«Bueno, si quieren decirme algo, ya me llamarán», pensó Owen, escamado. No cabía duda de que hablaban de él.

El primero en acercarse fue un muchacho.

—¿Qué sucede? —preguntó Owen.

—Oh, un tipo ha perdido la chaveta, se ha vuelto religioso y ha pedido un cura.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Dice que desea estar muerto y que se está volviendo loco de tanto pensar en matarse. Eso fue antes de que viniera el señor Raunham.

—¿Quién es?

—Joseph Chinney, uno de los portadores de la estación. Del turno de noche.

—¡Ah! El hombre que no se encontraba bien esta tarde. Por cierto, le dijeron que si quería vino y pastel podía subir a la residencia de Knapwater, pero no ha venido. ¿Qué otra cosa ha pasado? Quiero decir, ¿algo que tenga que ver con la boda de hoy?

—No, señor.

Owen concluyó que la relación entre su persona y lo sucedido debía radicar en la amistosa gentileza de Cytherea hacia el pobre enfermo. Por tanto, volvió a emprender el camino más tranquilo, aunque la solución al enigma no le había parecido muy satisfactoria. La ruta escogida le llevó a cruzar los pastos del rebaño y abrió la verja.

Cinco minutos antes de esta conversación, Edward Springrove contemplaba uno de los campos de su padre en un villorrio de tres o cuatro chozas, a una milla y media de distancia. Cerca de la verja había una salida a la carretera y allí, una caseta de peaje.

El transportista para Casterbridge se acercó cuando Edward enfiló la carretera y bajó del vehículo para abonar el peaje. Reconoció a Springrove.

—¡Menudo escándalo, eh! —exclamó—. ¿O no te has enterado?

—¿Qué? —preguntó Springrove.

El conductor pagó el abono, se acercó a Edward, y le murmuró diez palabras. Luego volvió a subirse al vehículo, le guiñó el ojo desde el pescante, asintiendo, y se alejó. Edward palideció al escucharlo. Lo primero que pensó fue: «¡Debo traerla a casa!».

Y después: ¿sabría Owen Graye lo que se había descubierto? Probablemente ya estaría informado, pero no podía confiar en una probabilidad tratándose de la vida de la mujer que más amaba en el mundo. Se aseguraría de que su hermano estuviera al tanto de lo sucedido y se lo diría en persona.

Salió corriendo hacia la casa del administrador.

El camino cruzaba por campos de cultivo, arados cada otoño, para después revolver la tierra de nuevo. El deshielo había humedecido la suave tierra y a cada zancada los pedazos de barro volaban en todas direcciones y contra él, como si se obstinaran en frenar su carrera, incrementando el esfuerzo que debía hacer para correr.

Pero corrió, ¡oh!, cómo corría cerro arriba y abajo, sin perder el ritmo, igual que la sombra de una nube. Como Owen, entró por la pradera donde pastaban los rebaños y cuando el joven Graye se adentraba en el lugar vio la figura de Edward, bajando veloz por el cerro opuesto, a doscientos o trescientos metros de distancia. Owen se abrió paso entre las vacas.

El pastor, que charlaba por los codos con las doncellas y los obreros que ordeñaban las vacas, giró la cara hacia la cabeza de la vaca cuando Owen pasó a su lado, y dejó de hablar.

Este se le acercó y dijo:



—Ha pasado algo, me dicen. ¿Está loco el hombre? ¿Qué se sabe?

—No, no. No está loco —respondió el pastor, y se calló. Era un charlatán con los conocidos, y callado y taciturno con los desconocidos.

—¿Se trata de Chinney, el porteador de la estación?

—Ese es, señor. —Las doncellas y los hombres que ordeñaban en silencio no se perdían una palabra de la conversación, dirigiendo los chorros de leche suavemente hacia los cuencos.

Owen ya no podía contenerse y, aunque temía el ridículo, dijo:

—Todos me miran con expresión extraña, como si tuviera que ver conmigo. ¿Es así, o me equivoco?

—Señor, usted sabrá mejor que nadie si lo que ha pasado tiene que ver con usted.

—¿Qué ha pasado?

—Pero ¿no lo sabe? Está confesándose con el cura Raunham.

—¿Confesando qué? Hable, buen hombre.

—Si de verdad no lo sabe, se lo diré. Estaba de servicio en la estación la noche del incendio del año pasado, o de otro modo no lo habría descubierto.

—¿Descubierto qué? ¡Por el amor de Dios, hombre, hable!

Las dos verjas del prado se abrieron a la vez, una al este y otra al oeste, y se cerraron con violencia simultáneamente. El párroco venía por una, Springrove por otra, y ambos cruzaban el prado apresuradamente.

Edward llegó primero y dijo, en voz baja:

—¡Su hermana no está legalmente casada! ¡La esposa de Manston aún vive! No sé cómo ni por qué, pero así es.

—¡Aquí está, señor Graye, gracias a Dios! —dijo el párroco, sin aliento—. He estado buscándole: he ido a la vieja casa del molino y luego a ver a la señorita Aldclyffe. Ha pasado algo... algo extraordinario. —Hizo un gesto a Owen, con la mirada incluyó a Springrove, y los tres hombres se juntaron en un corro aparte—. Se trata del porteador de la estación de ferrocarril. Es un hombre peculiar y llevaba nervioso todo el día, pero no quería ir a su casa. Su hermana, al parecer, fue amable con él esta misma tarde, antes de partir. Bien, una vez se fueron ella y su esposo, siguió acarreando maletas, pero estaba distraído, como si no supiera donde estaba, así que su supervisor le dijo que se fuera a su casa, si se encontraba mal. Le dijo que no, que quería ver al párroco, así que me fui a verlo. Algo pesaba en su corazón, me dijo, y me contó qué era. Más o menos cuando se produjo el incendio del mes de noviembre, estando solo en la salita de los porteadores, casi dormido, alguien quería de entrar en la estación. Salió y vio que se trataba de la dama que acababa de acompañar a Carriford esa misma noche, la señora Manston. Le preguntó si había otro tren a Londres, y él le dijo que el primero saldría a la mañana siguiente, a las seis y cuarto desde Budmouth, pero que era un tren rápido: no pararía en Carriford Road, no hasta Anglebury.

»—¿A qué distancia estamos de Anglebury? —preguntó ella.

»Se lo dijo. Ella le dio las gracias y se fue. Al cabo de un rato volvió y sacó su monedero.

»—Bajo ningún concepto, le ruego, diga a nadie del pueblo que he estado aquí, o que me ha visto. Me avergüenza haber venido.

»Así se lo prometió y ella le ofreció dos soberanos.

»—Júrelo encima de la Biblia de la sala de espera y le daré el dinero.

»El porteador fue a por el libro sagrado, juró, aceptó el dinero y ella se fue.

»Estuvo fuera de servicio hasta las cinco y media. Hasta ahora había guardado silencio; pero, últimamente, le atormentaba la conciencia. Y cuanto más se acercaba el día de la boda, más temía confesar. El matrimonio, una vez celebrado, le llenó de remordimientos. Dice que la dulzura de su hermana fue como un cuchillo clavado en su corazón. Pensó que era el causante de su ruina.

—Pero ¿qué podemos hacer? ¿Por qué no habló antes? —gritó Owen.

—Por lo visto fue a verme dos veces a mi casa ayer —continuó el párroco—, decidido a confesarse. En ambas ocasiones yo estaba fuera y no dejó ningún recado. Casi parecía aliviado, me han dicho, al saber que yo no estaba. Luego dijo que había decidido ir a verle a usted ayer noche, que se acercó incluso a su puerta, hizo ademán de llamar, pero tuvo miedo y se retiró de nuevo.

—Menuda historia para los chismosos del condado —se lamentó Owen, amargamente—. ¡Que no abriera antes la boca! ¡Qué vergüenza, qué delito!

—Es la inconsistencia de una naturaleza débil. Pero, ahora que se sabe, la verdad más probable es que la mujer escapó de las llamas, no murió quemada...

—Supongo que irá a buscar al señor Manston, para pedirle explicaciones, ¿verdad? —interrumpió Edward.

—¡Por supuesto que sí! Manston no tiene ningún derecho a llevarse a mi hermana, a menos que estén casados —dijo Owen—. Voy a separarlos de inmediato.

—Es lo correcto —dijo el párroco.

—¿Dónde está el porteador?

—En su casa.

—No tiene sentido ir a verlo. Tengo que salir lo antes posible para encontrarlos. Hablaré con Manston y le pediré pruebas de la muerte de su esposa. Supongo que no tardará el próximo tren.

—¿Dónde han ido? —preguntó Edward.

—Se dirigen a París. Planeaban llegar a Southampton esta tarde, para salir mañana por la mañana.

—¿En qué lugar de Southampton se alojan?

—La verdad es que no lo sé. En algún hotel, supongo. Solo tengo su dirección de París. Pero lo averiguaré, no será difícil.

El párroco había sacado su libreta de notas y la abrió por la primera página, donde pegaba cada mes los horarios de tren, recortándolos del diario.

—El tren rápido de la tarde acaba de salir —dijo, desplegando la página— y el siguiente tren a Southampton pasa a las seis menos diez de la tarde. Graye, le aconsejo que venga conmigo a la casa del porteador, donde redactará un resumen de lo sucedido y lo firmará, para que usted pueda llevárselo. De ese modo, cuando encuentre a Manston y a su hermana, podrá plantear su exigencia con más solidez que si refiere un rumor o lo que le han contado.

Parecía una buena idea.

—Sí, tendré tiempo antes de que llegue el tren —dijo Owen.

Edward se paseaba arriba y abajo, inquieto.

—Déjeme ir a Southampton en su lugar. Después de todo, su pierna... —le propuso súbitamente a Graye.

Este respondió fríamente:

—Se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. El señor Manston es un hombre honrado y es mejor que yo me entreviste con él.

—No hay duda de que él estaba convencido de la muerte de su esposa —convino el párroco Raunham.

—Por supuesto que sí —ratificó Owen— y debe recibir la noticia, así como la solicitud de pruebas de su estado conyugal, de alguien amistoso. No sería apropiado que el señor Springrove interviniera.

Su tono de voz era frío; el recuerdo de la relación entre Springrove y su hermana seguía dejándole mal sabor de boca.

—Jamás le encontrará —razonó Edward—. Usted no ha estado nunca en Southampton, mientras que yo conozco los barrios al dedillo.

—Eso no importa —añadió el párroco—. Irá en carruaje y estoy de acuerdo en que el señor Graye es la persona que debe encargarse del asunto.

—Les mandaré un telegrama para que me esperen en la estación cuando llegue el tren —dijo Owen—. Es decir, si su tren todavía no ha llegado.

El señor Raunham comprobó de nuevo su libreta.

—El de las dos y media llegó a Southampton hará un cuarto de hora.

Era demasiado tarde para encontrarse con ellos en la estación de Southampton. Sin embargo, el párroco sugirió que valdría la pena enviar un telegrama a «todos los hoteles respetables de la ciudad» y así ahorrar las numerosas idas y venidas a Owen.

—Yo me encargaré de los telegramas, mientras usted va a ver al porteador —se ofreció Edward, y Owen aceptó. Graye y el párroco se dirigieron a casa del desgraciado.

Edward, a fin de enviar los telegramas lo antes posible, corrió hacia la estación, dándole vueltas a todas las posibilidades. Owen actuaba bajo la certeza de que Manston había cometido bigamia de buena fe, es decir, que ignoraba que su esposa no había muerto. Y, por tanto, estaría dispuesto a participar en la pesquisa para aclarar el misterio. «Pero supongamos, Dios me perdone, —reflexionó Edward—, no puedo evitar suponerlo, que Manston no sea un hombre honrado. Entonces, ¿qué hará un

hombre joven e inexperto como Owen enfrentado a su astucia malévola? Seguro que le tomará el pelo, le engañará con un cuento, todo para que Manston pueda gozar de la pobre Cytherea hasta que se canse de ella. Y, cuando la verdad sea revelada, la reputación de ella y de su hermano quedarán para siempre manchadas y su futuro irremediablemente perdido».

A pesar de sus dudas, se dispuso a ejecutar las órdenes. Es decir, redactó una sencilla petición, de Owen a Manston, para que Manston se reuniera con él en la estación de Southampton y esperase la llegada de Owen, si en algo estimaba su reputación. El mensaje estaba dirigido a los hoteles que el párroco había sugerido y Edward confirmó al encargado de enviar el telegrama que los gastos relacionados con el envío serían abonados a su debido tiempo por Owen.

Sin embargo, en cuanto se envió el mensaje, Edward tuvo el negro presentimiento de que habían cometido un grave error. Si Manston no era inocente y sabía que su esposa estaba viva, el mensaje era un aviso que le permitiría derrotar la misión de Owen con más comodidad.

Mientras la máquina seguía golpeteando su mensaje, Edward oyó un gran ruido fuera de la cabina, seguida de un largo y sonoro crujido. Era un tren, arribando lentamente a la estación, y se dirigía al sur. Sonó la campana. Un tren de pasajeros.

La ventanilla de venta de billetes estaba cerrada.

—Oh, oh, John, diecisiete minutos de retraso y solo tres estaciones. ¿Otra vez la cuesta? —Era la voz del jefe de la estación y la réplica parecía venir del guarda.

—Sí, del otro lado. Al deshacerse el hielo, ha subido la niebla y, por si fuera poco, los raíles resbalan como si fueran de vidrio. Tuvimos que parar dos veces.

—¿Alguien más para el tren exprés de las cuatro cuarenta y cinco? —se oyó.

Los escasos pasajeros que habían cruzado al otro lado ya estaban instalados.

De repente, Edward experimentó una súbita convicción y luego un profundo deseo. La convicción, tan repentina como estremecedora, era esta: que Manston era un villano, alguien que sabía desde hacía tiempo que su esposa estaba viva, y la había sobornado para obtener su silencio y poseer a Cytherea. Y el deseo: subir de inmediato al tren que ahora partía, encontrar a Manston antes de que recibiera el telegrama (si es que lo recibía) y, antes de la llegada de nadie desde Carriford, acusarle abiertamente del crimen y confiar en la subsiguiente confusión del administrador (si era culpable) para solucionar el aprieto, ¡y liberar a Cytherea de sus cadenas!

La taquilla seguía cerrada, pues ya había expirado el tiempo para la compra de billetes. Edward corrió cuando sonó el silbido del guarda, abrió la puerta de uno de los vagones y se metió dentro. El tren partió y desapareció de la estación.

Springrove había cruzado hacía tiempo la peculiar frontera de los que se enamoran, el inicio absoluto de la pasión completa, el anhelo de adorar, al pasar la mujer, en su mente, de objeto de admiración a compañera. Cuando así sucede, la amada cambia en tono, matiz y expresión. Si antes el objeto de amor era «ella», ahora

se transformaba en «nosotros». Los ojos que antes debían ser conquistados, ahora despertaban preocupación y cuidado; el cerebro que debía someterse, ahora se convertía en objeto de ternura y afecto; los pies que danzaban hasta el amanecer, ahora debían descansar; y el acento, figura, porte y vestidos, que al principio se criticaban, se convertían en emblema del amante.

## VI. De las cinco a las ocho de la noche

En camino, más calmado, Edward reparó en que no tenía nada que mostrar, ni autoridad legal de ningún tipo para interrogar a Manston o interponerse entre él y Cytherea como marido y mujer. Cayó en la cuenta de que el párroco tenía razón al convencer a Owen de obtener una confesión firmada del porteador. El documento quizá no tendría valor legal, no era una confesión en el lecho de muerte, pero sería Owen quien lo tendría entre sus manos y, al ser el protector de Cytherea, podía separar a los recién casados argumentando la probabilidad, aún por demostrar, de que la esposa de Manston estuviera viva. En el caso de Edward, la confesión del hombre podía considerarse la alucinación de un idiota. Sin embargo, estaba convencido de que era verdad, y se paseaba por el solitario compartimiento del tren, que avanzaba por las oscuras praderas y la masa de bosques que gemían a su paso, decidido a golpear a Manston y acusarle del crimen como cuando se había subido al tren. Su intención era llegar antes de la recepción del telegrama, o justo después, pero antes de la llegada del tren de Owen. Confiaba en las circunstancias para decidir qué haría o diría después, pero resolvió ponerse a las órdenes de Owen en cualquier emergencia que pudiera producirse.

A las siete y treinta y tres estaba en el andén de la estación de Southampton, una hora antes de la llegada del tren de Owen.

Preguntó en la estación por los Manston; en su estado de impaciencia no pudo hacer una indagación cuidadosa y se dirigió a la ciudad.

En media hora había visitado siete hoteles y posadas, grandes y pequeños; en todos recibió la misma respuesta; nadie con ese nombre y descripción se alojaba allí. Y le dijeron que un muchacho de la Oficina de Telégrafos había preguntado por las mismas personas, con idéntico resultado.

Reflexionó y cayó en la cuenta de que quizá, en el último momento, Manston había cruzado el Canal en el *ferry*, esa misma noche. Se dirigió a otros distritos para seguir investigando, en hoteles más tradicionales y tranquilos. Su apariencia cansada y descuidada le granjearon poca atención de los responsables de la recepción, lo que dificultaba su tarea. Visitó tres hoteles de un mismo vecindario, sin éxito. Entraba en la puerta del cuarto cuando el reloj de la iglesia más cercana daba las ocho.

—¿Se alojan aquí un caballero alto llamado Manston y su joven esposa? —volvió a preguntar, con palabras que de puro repetir las le sonaban grotescas.

—¿Una pareja de recién casados, dice usted?

—Lo son, aunque no lo he dicho.

—Sí, se alojan en la habitación número 13.

—¿Se encuentran en el hotel?

—No lo sé. ¡Eliza!

—Sí, señora.

—Ve a ver si el caballero y su esposa están en la número 13.

—Sí, señora.

—¿Ha llegado algún telegrama para ellos? —preguntó Edward, cuando la doncella fue a ver si la pareja estaba en la habitación.

—No, que yo sepa.

—Alguien preguntó si el señor y la señora Masters, o un nombre parecido, estaban alojados aquí —dijo otra voz desde el fondo de la oficina.

—¿Y recibieron el mensaje?

—Por supuesto que no. No estaban aquí, llegaron media hora después. El hombre no dejó recado. Cuando llegaron les dije que alguien había venido preguntando por ellos, pero no entendieron bien el motivo y lo dejaron pasar.

Regresó la doncella.

—El caballero no está, pero la dama sí. ¿A quién anuncio?

—A nadie —dijo Edward.

Era imperativo reflexionar sobre el mejor modo de proceder. Su deseo al ir a Southampton, aparte de ayudar a Owen, era ver a Manston, exigirle una explicación y confirmar que habían recibido el mensaje de Graye en presencia de Cytherea, para impedir que el administrador urdiera alguna excusa para zafarse o evitara la llegada de su hermano. Pero se encontraba frente a dos importantes alteraciones de la situación. El telegrama no había llegado y Cytherea se encontraba en el hotel, sola.

Vaciló; no era apropiado presentarse ante ella en ausencia de Manston. Además, la mujer al pie de la escalera se daría cuenta —pues su llegada había sido bastante notoria— y Manston podía regresar en cualquier momento. Podía esperar a que volviera el administrador y acusarle en cuanto cruzase el umbral, como había sido su intención inicial. Pero se trataba de un recurso de dudosa eficacia, basado en la hipótesis de que Cytherea no estaba casada legalmente. Si la mujer de Manston estaba muerta, después de todo, aunque la idea le daba náuseas, Cytherea era la esposa del administrador, y quizá no ahora, pero más adelante, se vería sujeta a la indignidad del reproche por la visita de su antiguo amor, en su primera noche de recién casada.

Sí, quizá era mejor que su hermano Owen se ocupara; al fin y al cabo, su llegada era inminente.

Pero, al darse la vuelta, vio que la escalera, el pasillo y el rellano estaban desiertos. Nadie le prestaba la menor atención, se habían olvidado de su presencia. Nada se interponía entre Cytherea y él. La razón había perdido; tenía que verla, fuera o no injusto para Manston, de ser este inocente, o una ofensa para su hermano. Serían sus labios quienes le contarían lo sucedido. ¿Quién la amaba tanto como él? Subió las escaleras de dos en dos y siguió el pasillo hasta la puerta marcada con el número trece.

Llamó suavemente; nadie contestó.

No había tiempo que perder si quería hablar con Cytherea antes de que Manston regresara. Giró el pomo de la puerta y miró el interior de la habitación. La lámpara de

la mesita estaba encendida, aunque arrojaba poca luz. Había papel de carta a su lado. El foco de luz principal provenía del fuego del hogar y la silueta que se dibujaba contra las llamas era dulcemente familiar para Edward, y tan querida como siempre.



## VII. Las ocho y cuarto de la noche

Hay una actitud, llamada pensativa, en la que el alma, especialmente de mujer, expresa su presencia con tanta fuerza que la esencia intangible se asemeja al propio cuerpo. Esa era la expresión de Cytherea. ¿Recordaba los tiempos en Budmouth, los dorados atardeceres? Su ensoñación hizo que no advirtiera la llegada de Edward hasta que este dijo, suavemente:

—¡Cytherea!

Dejó caer la mano, giró la cabeza, pensando que el recién llegado no podía ser otro que Manston, pero sorprendida por la voz. Springrove no pudo contenerse. Olvidó su posición y la de ella, puesto que había venido a pedirle a Manston pruebas de que, en efecto, era un viudo; lo olvidó todo y saltó a la conclusión final.

—¡No estás casada, Cytherea! Ven conmigo. ¡Su mujer vive! —exclamó, con un agitado susurro—. Owen está en camino.

Ella se levantó a medias. Su cerebro registró primero la información y luego al portador de la noticia.

—¿No soy su mujer? Oh, por Dios, cómo, qué... ¿Quién está viva? —Poco a poco, cobraba conciencia—. ¿Qué debo hacer? ¿Edward, eres tú de verdad? ¿Por qué has venido? ¿Dónde está Owen?

—¿Qué documentos te ha mostrado Manston de la muerte de su mujer? ¿Qué pruebas? Di, habla rápido.

—Nada. No hemos hablado de eso. ¿Dónde está mi hermano? ¡Quiero verlo!

—Está a punto de llegar. Ven conmigo a la estación, allí nos espera —imploró Springrove—. Si Manston viene, te lo impedirá, porque no soy nadie —añadió, amargamente, tras notar el sutil reproche de las palabras de Cytherea.

—El señor Manston ha salido a enviar una carta que acaba de escribir —dijo ella y, sin ser plenamente consciente, miró en derredor en busca del abrigo y su sombrero y empezó a ponérselos, pero, de repente, se detuvo y soltó un grito espasmódico.

—No, no me iré contigo —exclamó, quitándose las prendas. Salió de la habitación y se plantó en la recepción—. Deme una habitación, una habitación individual, por favor.

—La doce es individual y no está ocupada, señora —respondió alguien, asombrado.

Sin esperar que la acompañaran, Cytherea se apresuró a subir las escaleras, se metió en la habitación indicada y cerró la puerta. Edward oyó sus sollozos desde fuera.

—¡No quiero hablar con nadie, excepto con Owen!

—No tardará en venir —dijo Springrove, y bajó las escaleras. La había visto, estaba sola. Era suficiente. Se apresuró a reunirse con Owen en la estación.

Cytherea no sabía qué pensar. Oyó el eco de los pasos de Edward alejándose y hundió la cabeza en la almohada. Su primer impulso había sido ocultarse. Estaba

agotada, física y mentalmente, después de lo sucedido aquel largo día. Por eso se sentía más vulnerable y frágil de lo que naturalmente habría estado. Pensó una y otra vez en lo que le habían dicho, que la señora Manston aún vivía, hasta que su cerebro pareció a punto de estallar, tan fuerte latía la sangre en sus venas. Gradualmente, la noticia hizo nacer la sospecha de traición por parte de su marido, una cuestión de mera inferencia. Y así nació el miedo hacia su persona.

«¿Y si llegara y me forzara? ¿Sería capaz?». La sombra de la suposición se convirtió con los minutos en un horror, en repugnancia hacia él y especialmente de su intensa mirada. Así se agitaba su espíritu; y era una alteración verdadera, aunque sin la compañía de una lágrima. No, no quería ver a Manston a solas; solo aceptaría verlo al lado de su hermano.

Casi delirando, se apresuró a correr el pestillo para impedir que nadie desviara su propósito con una mirada o una palabra, convenciéndola de que debía serenarse.

## VIII. Las ocho y media de la noche

Cytherea se acercó a oscuras a la cabecera de la cama y tiró de la campana para llamar a la doncella. Se presentó la dueña del hotel, cuya curiosidad por los vaivenes de los recién casados la devoraba por dentro, e intentó girar el pomo de la puerta. Cytherea no abrió el pestillo.

—Le ruego informe al señor Manston, cuando regrese, de que me encuentro mal —dijo, desde el otro lado de la puerta— y no puedo verlo.

—Claro que sí, señora —respondió la mujer—. ¿Quiere que le encienda el fuego?

—No, gracias.

—¿Ninguna luz, tampoco?

—No, no quiero, gracias.

—¿No necesita nada?

—Nada, gracias.

La mujer se retiró; la joven quedó tendida en la cama, casi desquiciada.

Manston llegó cinco minutos más tarde y subió a la habitación, esperando hallar allí a su esposa. Al no verla llamó a recepción. Le comunicaron el encargo de Cytherea: no se encontraba bien.

—Está en la habitación número doce —añadió la doncella.

Manston, alarmado, se dirigió a la puerta y llamó.

—Cytherea.

—No me encuentro bien. No puedo verte —dijo ella.

—¿Te encuentras mal, querida? No será grave, espero.

—No es grave.

—Entonces déjame entrar y llamaremos a un médico.

—No, no quiero ver a un médico.

—No quiere abrir la puerta, señor, a nadie —explicó la doncella, que no se había perdido detalle de la escena.

—¡Cállate y fuera de aquí! —ladró Manston.

La doncella desapareció.

—Venga, Cytherea, esto es una tontería... Vamos... ¡Negarte a abrir la puerta! No entiendo qué te pasa. Y un médico no podrá examinarte a menos que le dejes entrar.

La voz de la muchacha temblaba más cada vez que respondía lo mismo, pero nada podía obligarla a salir y enfrentarse a Manston. El administrador, que odiaba las escenas, regresó a su habitación, irritado y perplejo.

Desde su estancia, Cytherea le oía pasear a un lado y otro. Pensó, aterrada: «¿Y si insiste en verme? ¡Seguro que es capaz de echar la puerta abajo!». La idea se abrió paso en su espíritu atemorizado y se quedó en un rincón, sin atreverse a dormir, atenta a cualquier ruido. Estaba convencida, irracionalmente, de que al otro lado de la puerta Manston esperaba que saliera para burlarse de ella o algo peor, con los demás ocupantes del establecimiento.

## IX. De las ocho y media a las once de la noche

Mientras tanto, Springrove esperaba en el andén de la estación. A las ocho y media, cuando el tren de Owen tendría que haber llegado, aún no había aparecido.

—¿Cuándo llegará el tren de las ocho y media? —preguntó a un hombre que barría las escaleras.

—Aún no.

—¿Por qué el retraso?

—En Navidad siempre es igual. La gente va con prisas para ver a la familia y los trenes van cargados desde la semana anterior y hasta una semana después.

Edward siguió dando vueltas arriba y abajo, bajo un techo destartalado. Era incapaz de abandonar el lugar. Estaba tan obcecado en reunirse con Owen e informarle del paradero de Cytherea que no pensó que Owen podría salir de la estación sin ser visto, en un momento de descuido, y perderse por las calles de la ciudad.

Pasó una hora. Eran las diez.

—¿Cuándo llegará el tren? —insistió Edward al oficinista de la taquilla.

—En treinta y cinco minutos. Ahora está en L... Hay muchos pasajeros y hoy la línea va con retraso.

Por fin, a las once menos cuarto, llegó el tren.

El primero en bajar fue Owen, pálido y con aspecto de tener frío. Distraídamente miró al andén casi desierto en busca de la salida y vio a Edward. Al verlo, se quedó boquiabierto, sin saber qué decir.

—Aquí estoy, señor Graye —dijo Edward alegremente—. He visto a Cytherea y lleva esperándole dos o tres horas.

Owen tomó la mano de Edward, la apretó y lo miró en silencio. Tan concentrado estaba en su hermana que hasta varios minutos después no pensó en preguntarle a Springrove cómo había llegado allí antes que él.

## X. Las once de la noche

Al llegar al hotel, Springrove y Graye convinieron que entraría el hermano de Cytherea y Edward le esperaría fuera. Owen recordó lo que su amigo frecuentemente olvidaba: que todavía existía la posibilidad de que su hermana fuera, en efecto, la mujer de Manston, y la prudencia le aconsejó no precipitarse, para no crear un incidente que más tarde lamentaría.

En la habitación encontró a Manston sentado en la silla que Cytherea había ocupado cuando Edward la visitó, hacía tres horas. Antes de que Owen dijera una palabra, Manston se levantó y cerró la puerta. Parecía agitado, y más preocupado de lo que podrían explicar las circunstancias que aún desconocía.

No tenía ni idea de por qué Owen estaba allí, pero intuyó que tenía relación con el encierro de Cytherea.

—Todo esto es muy extraño, sea lo que sea —declaró.

—No piense que vengo crear enemistad —dijo Owen, cuidadoso—, pero escuche lo que voy a leerle y piense qué podría haber hecho sino presentarme aquí.

Sacó del bolsillo la confesión de Chinney, que el párroco había transcrito, y la leyó en voz alta. A medida que escuchaba, el rostro de Manston se transformaba; al principio, mostró una oscuridad y misterio que podría imaginarse que ningún engaño quedaba lejos del dueño de esos impulsos, si no fuera porque, al término de la lectura, su cara exhibió una única e irreprimible emoción: la de una honestidad fuera de duda. El administrador, a juzgar por su semblante, acababa de recibir la noticia con absoluto asombro. Así lo vio Owen, al levantar la mirada. Eso le confirmó lo que ya creía: que Manston era inocente y que nada había ocultado, al contrario de lo que Edward pensaba.

No cabía la menor duda de que, si la señora Manston vivía, su esposo no lo había sabido hasta entonces. Lo que temía al escuchar a Owen, que su expresión de malevolencia había prefigurado, era inútil adivinarlo.

—No dudo por un instante que usted ignoraba lo sucedido; no imagine que pienso lo contrario —expuso Owen al terminar de leer la carta—. Pero ¿no le parece adecuado que Cytherea y yo regresemos juntos, hasta haberse aclarado el asunto? De hecho, en estas circunstancias, no me queda otra alternativa que pedírselo.

Fueran los que fueran los sentimientos de Manston, hizo gala de una gran irritación y de esta pasó a la furia. Caminó a un lado y otro de la habitación hasta dominarse. Luego, en un tono de voz normal, respondió:

—Desde luego que no sé más que usted o los demás. Es un agravio de su parte insistir en que no había dudado de mí. ¿Por qué debería haber dudado de mí, usted o cualquier otro?

—Bien. ¿Dónde está mi hermana? —preguntó Owen.

—Se ha encerrado en la habitación de al lado.

Su propia respuesta alertó a Manston: Cytherea debía haber sabido la noticia por medios que ignoraba.

Owen se dirigió a la puerta de la habitación de Cytherea.

—Cytherea, querida. Soy Owen —dijo, desde la puerta. Se oyó el frufrú de un vestido, unos pasos suaves y una voz desde el interior.

—¿Eres tú, Owen? ¿De verdad?

—Soy yo.

—Oh, por favor, ¡ayúdame!

—Siempre.

Abrió la puerta y dio un paso atrás. Manston se adelantó con una vela desde la otra habitación cuando Owen entraba.

Los ojos asustados de Cytherea se habían agrandado y brillaban como estrellas en la oscuridad, iluminados por la vela. Saltó hacia Owen con energía, extendiendo sus esbeltos dedos como las hojas de una yedra. Rodeó su cuello con manos frías y temblorosas y se estremeció.

La estampa de Cytherea volvió a encender la pasión de Manston.

—No se irá con usted —sentenció, dando un paso hacia adelante—, a menos que demuestre que no es mi esposa. ¡Y no puede hacerlo!

—Esto es prueba suficiente —respondió Owen, mostrando el papel.

—No demuestra nada —exclamó Manston, alterado—. No es una confesión en el lecho de muerte, y solo eso tendría validez jurídica.

—Entonces, mande a buscar un abogado —replicó Owen— y que él nos indique el curso a seguir.

—¡No me importa la ley! ¡Quiero irme con Owen! —gritó Cytherea, aún abrazada a su hermano—. ¡Déjeme ir con mi hermano! ¿Me dejará, verdad? ¿Me dejará irme con él? —suplicó a Manston.

—Se hará como es debido —dijo Manston, más calmado—. No tengo ninguna objeción si su hermano requiere la presencia de un abogado.

Ya eran casi las doce, pero el dueño del hotel no se había retirado a causa del misterio del primer piso, nada habitual en un alojamiento como el que regentaba, familiar y tranquilo. Owen miró la barandilla de la escalera y lo vio de pie en el rellano. Pensó que era mejor informarle de la situación, apelar a su honor de caballero para que buscara un abogado en Southampton y así evitar que el incidente se hiciera público y terminara, Dios no lo quisiera, en la prensa. Así lo hizo: llamó al propietario y le contó lo sucedido. Por suerte, se trataba de un hombre tranquilo, temeroso de Dios y fumador reflexivo.

—Conozco precisamente al hombre adecuado —afirmó, mirando pensativamente la vela—. Es agudo como un zorro, y no demasiado rico. Timms le sacará del brete, no se preocupe.

—Pero seguramente ahora estará durmiendo —repuso Owen.

—Eso no importa. Timms me conoce y yo a él. Vendrá como un favor personal. Espere aquí. Quizá esté en alguna fiesta, pues es un hombre agradable, jovial y agudo, ya se lo he dicho, como un zorro. No le quepa duda: es un zorro.

Bajó las escaleras, se puso el abrigo y salió del hotel. Dejó a los presentes en la habitación inmóviles, incómodos y en silencio. Cytherea se imaginó la larga espera que tendría que soportar mientras despertaban a un hombre soñoliento para una consulta legal y casi no podía soportar la angustia; la paciencia no era una de sus virtudes. Owen estaba molesto porque Manston no había querido arreglar el asunto discretamente con él; y Manston, porque Owen se había decantado por la opción del abogado, como si fuera la piedra de toque de lo infalible.

Las respectivas reflexiones se interrumpieron con el ruido de pasos; al momento entró el dueño del hotel acompañado de su amigo.

—El señor Timms no estaba en la cama —dijo—. Acababa de regresar de una cena con amigos, así que no le hemos molestado en absoluto. Para ganar tiempo, le he contado el problema mientras veníamos de camino.

Tanto Owen como Manston pensaron que, si el señor Timms venía de cenar y beber con sus amigos, su exposición de la ley sería algo brumosa.

—Tal y como lo veo —explicó el abogado, bostezando y concentrándose a la fuerza—, estamos ante una situación que requiere un acuerdo entre las partes, sean estas las que fueren, al menos por el momento. Hablo más como padre que como jurista, cierto es, pero, por el momento, es más prudente que la dama se quede con su hermano, o protector, para protegerla de una posible ruina hasta que el misterio se aclare, sea este misterio que fuere. Si los indicios que apuntan a un perjuicio se demuestran falsos, o son una artimaña para separar a los recién casados, entonces el marido podría demandarles por los perjuicios sufridos por la demora.

—Sí, sí —convino Manston, que ya había recuperado el control de sí mismo y el sentido común—. Mejor arreglémoslo entre nosotros. Y se volvió a Cytherea, susurrando tan suavemente que Owen no le oyó: —Querida, ¿deseas volver con hermano y dejarme aquí solo y triste o te quedarás con tu marido?

—Quiero irme con Owen —respondió Cytherea en voz alta.

—Está bien —se resignó Manston, sin alterarse; luego añadió, taciturno—: Recuerda, Cytherea, que soy inocente en este asunto, tanto como lo eres tú. ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—No tenía la menor noticia de que mi esposa estaba viva. ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—Está bien. Buenas noches, pues —concluyó, abriendo la puerta y despidiéndose educadamente de los presentes, dando a entender que no tenían que permanecer en su habitación—. En tres días, reclamaré a mi esposa.

El abogado y el dueño del hotel se retiraron. Owen recogió la ropa de su hermana de la habitación, le ofreció su brazo y salieron tras ellos. Nadie se acordó de Edward,

a quien ella ahora todo se lo debía, que había esperado como un perro en la calle. Owen pagó al dueño del hotel y al abogado por su ayuda y se dirigió a la salida. Pidieron un coche, pero ya había uno esperando frente al hotel y en él estaba el equipaje de Cytherea.

—¿Sabe de algún hotel cerca de la estación que pueda atendernos a esta hora? —preguntó Owen al conductor.

—Tienen ustedes una reserva en el Unicornio Blanco, y el caballero que la ha hecho me ha encargado que les entregue esto.

—La reserva es de Edward, claro está, y él también habrá reservado el coche —se dijo Owen. Leyó las líneas escritas a lápiz, apresuradamente, a la luz de la farola: «He vuelto en el tren del correo. Es mejor que no esté aquí. Dile a Cytherea que siento haberle causado tanto dolor innecesario, pero ya no puedo remediarlo. E. S.».

Owen ayudó a su hermana a subir al vehículo y dio órdenes al cochero de partir hacia el nuevo alojamiento.

—Pobre Springrove, me temo que no nos hemos portado bien con él —le dijo a Cytherea, y repitió las palabras de la nota.

Un escalofrío de placer recorrió el pecho de la joven al escucharlas. Era el auténtico reproche de un amante a su amada, pues la frialdad de la reacción de ella solo podía haberle herido si era más que un amigo. Pero, mientras gozaba del dulce pensamiento, se olvidaba de sí misma y de su posición.

¿Era la esposa de Manston? La idea era terrible y su futuro aún podía albergar incontables horrores y tristezas. Pues ahora, después de ese incidente en su noche de bodas, una vida con Manston, que solo habría sido de tristeza, se convertiría en una cruel carga de pena insoportable.

Pensó en los rumores y el escándalo si la esposa de Manston estuviera viva y ella no fuera legalmente su mujer. Las maledicencias de la gente, las sospechas... Al menos, podía estar agradecida por una cosa: Edward conocía la verdad.

Llegaron a la tranquila posada, escogida con cuidado y ternura por un hombre que la amaba. Se instalaron para una noche y acordaron ir a Budmouth en el primer tren que partía el día siguiente.

En ese momento, Edward Springrove se acercaba al condado en el tren del correo nocturno.



# **PARTE XIV**

## **LO ACAECIDO EN CINCO SEMANAS**

## I. Del 6 al 13 de enero

Evidentemente, Manston no quería actuar con precipitación.

Su intención no era despertar en Cytherea sentimientos de aversión hacia él. Después de que su estallido de decepción se manifestara en el hotel de Southampton, se había dado cuenta de que era mejor perderla una semana que perder su respeto para siempre.

«Será mía, lo juro; la reclamaré como mía», insistía para sí. Y se pasó horas reflexionando sobre el método más adecuado para evitar los obstáculos que pudieran presentar las personas relacionadas con los hechos.

Regresó a Knapwater al día siguiente, y se disponía a visitar a la señorita Aldclyffe cuando consideró que no ganaría nada con ello. No, sus actos debían ser públicos y vistos por todos, y a ser posible, con el crédito de la religión. En consecuencia, fue a visitar al párroco y le comunicó sus intenciones.

—Sin duda es mejor proceder con franqueza y justicia, o caerán sospechas infundadas sobre su persona —convino el señor Raunham—. En mi opinión, debería usted tomar medidas urgentes.

—Haré todo lo que esté en mi mano por aclarar este misterio y silenciar los rumores que el incidente ha hecho caer sobre mí. Pero ¿qué puedo hacer? Dicen que el hombre que desató esto ya no está en el pueblo: me refiero al porteador.

—Lamento decirle que así es. Cuando regresé de la estación la última noche, después de acompañar a Owen Graye, volví a la casita donde se alojaba para informarme con más detalle. Pero ya no estaba allí; se había ido al atardecer, y dijo que regresaría pronto, pero aún no ha vuelto.

—Dudo que volvamos a verle.

—Si lo hubiera sabido, habría dejado un retén para que no se quedara solo, pero, claro, no tenía ni idea de lo que sucedería... ¿Por qué no pone un anuncio para avisar a su esposa, como paso preliminar, y, mientras tanto, consulta a un abogado?

—Un anuncio. Lo pensaré —accedió Manston, que se recreó en la palabra—. Sí, parece adecuado, una idea muy sensata.

Marchó a su casa y se encerró, taciturno, todo el día y el día siguiente. De hecho, estuvo encerrado casi una semana. Entonces, una tarde, cuando se ponía el sol, salió sin saber bien qué dirección tomar, pero acabó en la parroquia. Allí estaba el señor Raunham, quien le preguntó:

—¿Ha llevado a cabo alguna gestión?

—No, no lo he hecho —respondió Manston, ausente—. Pero no voy a demorarlo más. —Vaciló, como si estuviera avergonzado, a punto de confesar una debilidad—. Mi propósito al venir a verlo era preguntarle si había recibido noticias de Budmouth de mi... De Cytherea. He pensado que, como usted la tiene cariño, quizá sabría algo.

El tono de Manston era realmente triste y el párroco hizo una pausa para sopesar sus palabras.

—No sé nada de ella directamente —dijo con amabilidad—. Pero su hermano se ha comunicado con algunas personas de la parroquia...

—Los Springrove, supongo —dedujo Manston, deprimido.

—Sí, y me dicen que se encuentra mal, que lleva enferma varios días. Me apena decírselo.

—Pero... en ese caso ¡debo ir a verla! —gritó Manston.

—Le aconsejo que no lo haga —respondió Raunham—. Mejor las pesquisas que le aseguren la situación real de su esposa. Entienda, señor Manston, que este es un pueblo aislado, no una ciudad, y nadie se ocupa del bien de la comunidad; Cytherea y su hermano están socialmente demasiado necesitados para poder avanzar en cualquier gestión en este asunto; mayor motivo para que usted actúe desinteresada y rápidamente.

El administrador murmuró su asentimiento. Aun así, transpiraba indecisión, que no era hija de la debilidad, sino de una consciente perplejidad.

Al regresar Manston de su entrevista con el párroco, pasó frente a la posada del Sol Naciente. Quiso encender un cigarro, pero no tenía cerillas y se encontraba a tres cuartos de milla de casa; así que entró en la taberna para procurarse fuego. No había nadie en la parte exterior de la sala, pero el espacio de la chimenea estaba protegido por un biombo, y oyó una conversación. Los que hablaban no se habían percatado de su entrada.

Reconoció a uno de ellos: era el ladrón, el hombre que le había dado la noticia de la muerte de su esposa la noche del incendio. El otro parecía un extraño que practicaba la misma profesión. La conversación tenía el tono enfático y confidencial de los hombres cuando se emborrachan; hablaban de una experiencia inexplicable que uno de ellos había tenido la noche del fuego.

Lo que oyó el administrador fue más que suficiente para renunciar al motivo de su entrada, y tuvo un efecto poderoso en su persona. Salió sin ser visto de la taberna.

Una vez fuera, entró por la puerta del parque y caminó bajo los árboles hasta su casa. Se sentó frente a la chimenea y reflexionó, dejando pasar los minutos. Se quemó la vela hasta la base y empezó a desprender un desagradable olor. Manston ni se dio cuenta. Luego, el fuego se apagó y tampoco reparó en ello. Se le enfriaron los pies, pero seguía ensimismado.

Vale la pena advertir que una dama, un año y cuarto antes, también había exhibido en iguales circunstancias, es decir, presa de una profunda reflexión, el mismo comportamiento que el caballero. Esa dama era, naturalmente, la señorita Aldclyffe.

Eran las doce y media pasadas cuando Manston se movió, como si hubiera tomado una decisión.

A la mañana siguiente fue a Knapwater House. Allí le dijeron que la señorita Aldclyffe no se encontraba bien para recibirlo. Desde la confesión del porteador Chinney, había sufrido una ligera hemorragia y estaba encamada. El administrador no

se ofendió por la negativa y fue a la estación, donde tomó un tren a Londres, no sin antes dejar una carta para la señorita Aldclyffe donde le informaba de que la razón de su viaje era averiguar el rastro de su esposa.

Durante la semana se publicaron noticias en los periódicos locales, detallando el singular suceso. Los autores, con alguna excepción, se centraban en un aspecto que había escapado a la atención de los vecinos, incluyendo al señor Raunham: que, si lo dicho por Chinney era verdad, parecía probable que la señora Manston hubiera dejado su reloj y sus llaves a propósito, para hacer creer que había muerto en el incendio. Por tanto, era poco probable que quisiera ser descubierta, excepto bajo una fuerte presión. Los periodistas añadían que la policía estaba buscando al porteador, que posiblemente había huido temiendo que su tardanza en contar la verdad fuera susceptible de delito; finalmente exponían que el señor Manston, el marido, estaba desplegando una encomiable energía para aclarar el asunto.

## II. Del 18 a finales de enero

Cinco días después de su partida, Manston regresó de Londres con aspecto cansado y pensativo. Le explicó al párroco y a otras personas que sus pesquisas en la hostería donde él y su esposa, y luego su esposa, se habían alojado, habían resultado infructuosas.

Pero parecía inclinado a llegar al final, una vez iniciada la investigación. Pasados unos días, procedió a cumplir lo prometido al párroco y puso un anuncio en tres periódicos de la capital para localizar a su esposa. El anuncio fue cuidadosamente redactado para obtener la máxima difusión, calculado para convencer al lector y a cualquier mujer con la cualidad femenina de la comprensión.

No hubo respuesta.

Tres días más tarde volvió a poner el anuncio, con el mismo resultado.

—Nada más puedo hacer —dijo Manston, quejumbroso, al párroco, el público de sus gestiones—. Señor Raunham, se lo diré con franqueza: no amo a mi esposa, sino a Cytherea, y esta búsqueda de mi mujer va en contra de lo que siento. Espero por Dios no volver a verla jamás.

—Pero ¿cumplirá con su deber, al menos? —preguntó Raunham.

—Creo que ya lo he hecho —objetó Manston—. Si existe un hombre en la faz de la tierra que ha cumplido su deber con una mujer ausente, soy yo, esté viva o muerta. Al menos —añadió, corrigiéndose— desde que he vivido en Knapwater. Sé que antes de venir aquí no fui buen marido. Lo confieso y no me duelen prendas admitirlo.

—Si estuviera en su lugar, buscaría otra manera de averiguar su paradero, en caso de que el anuncio no sirva de nada, a pesar de sus sentimientos —señaló el párroco, con intención—. Pero, en cualquier caso, ponga el anuncio otra vez. Así lo habrá intentado tres veces.

Cuando Manston abandonó su estudio, el párroco se quedó contemplando el fuego un buen rato, perdido en sus propias reflexiones. Abrió su diario privado, y tras varias pausas, en las que sumergía la pluma en el tintero, la secaba, la limpiaba en su manga y volvía a sumergirla, anotó lo siguiente:

25 de enero. El señor Manston ha venido a verme por tercera vez para hablar de su esposa perdida. He aquí las peculiaridades de las tres entrevistas:

La primera. Mi visitante, aunque expresa gran ansiedad por hacer lo posible por recuperarla, muestra en su actitud que está convencido de que no la verá nunca.

La segunda. Se fue fingiendo preocupación por comportarse correctamente con su esposa, y después me preguntó por el bienestar de Cytherea.

La tercera (la más notable). Parecía haber perdido toda consistencia. Aunque expresaba su amor por Cytherea (que, ciertamente, es fuerte) y exhibía su habitual indiferencia por la suerte de la señora Manston, ha sido incapaz de ocultar la intensidad con la que deseaba que yo le aconsejase que pusiera un nuevo anuncio para buscar a su mujer.

Una semana después del segundo anuncio, Manston puso el tercero. Se añadió un párrafo en el que se informaba que sería la última aparición del anuncio.

### III. El 1 de febrero

A las once, el cartero trajo una carta para Manston, escrita con caligrafía femenina.

Un amigo soltero del administrador, llamado señor Dickson, que era un poco charlatán, *plenus rimarum*<sup>[17]</sup>, y que hacía gala de un sinfín de amistades, había venido desde Casterbridge el día antes; la invitación fue una agradable sorpresa para el propio Dickson, porque Manston generalmente lo tachaba de zote casi en su cara. Se había quedado toda la noche y desayunaba con su anfitrión cuando llegó la importante misiva.

Manston no intentó ocultar el asunto de la carta ni el nombre de su autora. Echó una mirada a sus páginas y leyó en voz alta:

Marido mío:

Te imploro que me perdones.

En los últimos trece meses me he repetido cien veces que nunca sabrías lo que ahora te voy a decir; es decir, de que estoy viva y en perfecto estado de salud.

He visto tus anuncios. Solo tu persistencia ha logrado conquistarme de nuevo. Sin duda, pensaba, debe amarme aún. ¿Por qué, si no, iba a preguntar tan incansablemente por una mujer que, fiel en la muerte como lo fue en vida, ya no puede ayudarle, socialmente, a conseguir nada? Más bien al contrario.

Sabes bien lo que pienso, lo mismo que tú: que solo podemos reunirnos y convivir, con una esperanza razonable de felicidad, si consentimos los dos en enterrar el pasado y nuestras diferencias. De corazón y sinceramente te digo que te perdono y que estoy dispuesta a olvidar. Tú harás lo mismo, como sin duda tus actos demostrarán.

Tendremos tiempo de explicar los hechos relacionados con mi huida la noche del incendio. Someramente, he aquí lo que pasó: me ofendió que no fueras a buscarme, y, aún más que tu ausencia de la estación, fue tu ausencia de la casa que debía acogerme lo que me irritó. De camino a la posada, me debatía por el desaire que me habías infligido. Cuando me indicaron mi habitación, esperé y pensé que vendrías a por mí, hasta que el dueño se retiró a descansar. Como no venías, decidí marcharme. Estaba a medio vestir, pero volví a enfundarme en mi ropa y olvidé con las prisas mi reloj (y supongo que se me cayeron también las llaves, aunque ignoro cómo o cuándo), al salir. Entonces...

—Menuda tontería —exclamó el señor Dickson, interrumpiéndole.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —saltó Manston, enrojeciendo.

—Eso de olvidarse el reloj y de que se le cayeran las llaves.

—No veo que sea extraño. Cualquier mujer estaría alterada en sus circunstancias.

—Si escapase de un incendio, o de un naufragio, o de otro peligro no digo que no. Pero no me parece creíble que una mujer, en su sano juicio, que decide dejar una posada, sea tan olvidadiza.

—Basta con recordar que en ese momento no debía estar en su sano juicio, porque eso sucedió. ¿De qué otra manera podrían haberse hallado esos objetos en el incendio? Además, su carta es honesta —insistió Manston, perentorio.

—Sí, sí, ya lo sé. Solo digo que me parece raro.

—Bueno —dijo Manston, y siguió leyendo:

... salí de la posada. El montón de ascuas brillaba, pero ni se me pasó por la cabeza que la casa pudiera correr peligro; no se me ocurrió que podía prender.

Esperé en el camino tras el bosque hasta que pasó el último tren, porque no tenía ganas de ver gente. Mientras estaba allí, vi que se incendiaba la posada; me sorprendió. Pero, aun así, no quería quedarme allí. Me fui a la estación, que estaba desierta de pasajeros, y le pedí al solitario encargado el horario de los trenes. Hasta que me despedí de él no caí en la cuenta del efecto que el fuego tendría en mi historia. También, que el incendio atraería la atención de los vecinos sobre la posada y, quizá, si dudaban de que había muerto, irían en mi búsqueda. De repente, me aterrorizó la idea de regresar a Knapwater, un lugar que desde el principio se había mostrado inhóspito conmigo, y decidí volver a la estación y sobornar al porteador para que no revelara que me había visto sana y salva. Luego caminé hasta Anglebury y esperé en las afueras hasta que llegó el primer tren. Lo tomé, llegué a Londres, donde me alojé, y aquí he vivido desde entonces, realizando labores de punto y tratando de ahorrar dinero para un pasaje que me lleve de regreso a América, mi hogar, aunque no he tenido éxito. Sin embargo, todo eso ha cambiado ahora. ¿Y cómo no he de ser feliz? Lo soy, y quedo pendiente de tus instrucciones. Créeme cuando te digo que soy tu fiel esposa,

Eunice

Mis datos son:

Señora Rondley

79 Addington Street

Lambeth

El nombre y la dirección iban en un papel aparte.

—Así que todo está aclarado —concluyó el amigo de Manston—. La mujer, después de todo, está vivita y coleando. No pareces muy preocupado por la jovencita que tanto ha sufrido por este lío. Me sorprende que seas capaz de dejarla ir con tanta frialdad.

El que así hablaba miraba los parteluces de la ventana, observando que algunos eran romboides y otros, cuadrados; de otro modo, se habría dado cuenta de la expresión de desesperanza en el rostro del administrador al oír sus palabras. No lo vio, y Manston respondió al cabo de unos instantes. La manera en que habló de la joven que había creído que era su esposa, a quien días antes idolatraba, y a la que seguía amando en secreto, en la medida en que esa forma de amor podía darse en su naturaleza, demostró que, ya fuera por estrategia u otros motivos, su intención era estar a la altura que exigía lo que el destino le tenía reservado.

—Eso no importa —dijo—. Tengo que tener un comportamiento honorable, y no hay más de que hablar.

—Sí. Aunque creía que tu primera mujer te importaba un comino.

—Desde luego, así era hace tiempo. A veces uno se cansa de las mujeres diabólicamente correctas, como era ella. Pero, en fin, así son los cambios: Abigail está perdida, pero hemos recuperado a Michael. Parece increíble, pero suena como si quisiera ser una nueva novia; como si hubiera regresado de veras de entre los muertos, en lugar de hacerlo virtualmente.

—¿Vas a decirle a la jovencita de piel sonrosada que la otra viene o que vendrá?

—¿*Cui bono*<sup>[18]</sup>? —meditó el administrador, mostrando sus dientes regulares, intensamente blancos, entre los labios rojos. Añadió—: Nada de lo que yo diga le

interesa. Sería extraño volver a verla o comunicarme con ella. Lo mejor es que las cosas sigan su curso. Ya se enterará.

Después, Manston se quedó a solas unos minutos. Hundió el rostro entre sus manos y murmuró:

—¡Oh, mi amor perdido! ¡Oh, Cytherea mía! Que tenga que verme en este duro trance. «Tierra de oscuridad, lóbrega Como sombra de muerte, sin orden, Y que parece la oscuridad misma».

Así era: la apariencia que adoptaba, desde que había oído la conversación de la posada, desapareció al estar solo, y se consagró a llorar a Cytherea.



## IV 12 de febrero

Estamos en Knapwater Park y son las once de una mañana clara, tranquila y cubierta de niebla y barro; una mañana sin cielos azules, sin sombras. La tierra está animada y vivificada por el espíritu de un sol invisible, más que por su presencia.

Es día de caza en la finca, y, frente a la residencia del administrador, se han reunido los cazadores; es la reunión de la temporada, que la señorita Aldclyffe celebra para disfrute propio y de sus amigos.

Desde las ventanas del primer piso, observando la vivaz estampa de casacas rosas y negras, de briosos caballos y espuelas chispeantes, se encuentra la recuperada, largo tiempo perdida, señora Manston.

Los ojos de los miembros del brillante grupo se desvían de vez en cuando hacia la mujer, mostrando que sus aventuras son tema de conversación, más o menos como las probabilidades de éxito de la partida. La señora Manston no se arredra con el escrutinio; más bien al contrario, parece disfrutarlo, y sus ojos se encienden con un resplandor de exultante satisfacción, aunque contenida, para ajustarse a su posición de mujer casada.

Es una mujer atractiva, al menos desde la distancia de sus observadores; tan atractiva como las tiendas de Kedar. Pero, para el que pudiera contemplarla de cerca, no cabía duda de que Dios no había terminado la tarea. Parecía siete años mayor que Cytherea, aunque probablemente le sacaba catorce; pero era ducha en la aplicación de los artificios que daban a su rostro una apariencia sana y natural. Su forma era rotunda y destacaba su voluptuosa madurez en contraste con la esbelta doncella que era Cytherea.

Parece regla universal que la mujer que ha frecuentado, o eventualmente frecuentará, la compañía de caballeros como un peligro para su honor, no puede abstenerse de repartir miradas significativas cuando dicha mirada es solicitada; aunque su vida y su futuro dependa de lo que ese instante contiene.

Así, un marido cauto y rendido a los pies de su mujer, que hubiera visto la manera en que esos ojos negros flirteaban con un galán u otro ataviado de rojo bajo la ventana, habría pasado días preso de una agonía de celos y dudas. Pero Manston no era ese marido y estaba ocupado al otro lado de la finca.

El administrador había ido días antes a buscar a su esposa sin el menor dramatismo. Paseó con ella por el pueblo, a la mañana siguiente, y puso fin de golpe, con esa exhibición, los rumores del pueblo y del condado sobre su situación. Algunos decían que era una mujer más vulgar que la bella Cytherea, como la tierra comparada con el cielo; otros, que era más madura y más sabia y pensaban que Manson tenía suerte de haberse quedado con ella y no con Cytherea, dominada por impulsos juveniles e inexperta como esposa. Así murió la curiosidad. Sucede en Carriford lo mismo que en otros sitios: cuando la evidencia circunstancial se sustituye por pruebas

directas, los cortesanos bostezan, emiten su veredicto y se habla de otra cosa que permita acrecentar la especulación.

# **PARTE XV**

## **LO ACAECIDO EN TRES SEMANAS**

## I. Del 12 de febrero al 2 de marzo

Profesionalmente hablando, la recuperación de Owen Graye de la enfermedad que tanto tiempo le había incapacitado, fue el amanecer de una gozosa etapa, en todos los sentidos, aunque el cambio fue gradual, con sus movimientos y esfuerzos poco más que mecánicos. A medida que se alargaban los días y se reactivaba la construcción de edificaciones de cara a la temporada, se vio a sí mismo, por primera vez, en un camino, que, si lo recorría con cuidado, le llevaría a percibir unos emolumentos que podrían garantizarle en el futuro una cómoda situación económica. Le quedaba, sin embargo, camino que recorrer.

El primer encargo que se le confió en el nuevo año comenzó un mes después de su regreso de Southampton. El señor Gradfield le había hecho regresar al conocer su recuperación y ofrecido la supervisión, como encargado de las obras, de la reconstrucción de una iglesia en Tolchurch, un pueblo a unas quince o dieciséis millas de Budmouth, y a la mitad de distancia de Carriford.

—Cobro ahora ciento cincuenta libras al año —le dijo a su hermana en un estallido de alegría—; ya no tendrás que estar al servicio de una dama tiránica el resto de tu vida. No llores ni pienses en lo sucedido, querida hermana; no ha manchado tu reputación. Regocíjate; aún puedes convertirte en la esposa de un buen hombre.

No mencionó a Edward Springrove porque, para su decepción, se había enterado de que el amigo a quien Cytherea tanto debía estaba a punto de emigrar a Australia. Sin embargo, eso fue antes de que la incertidumbre sobre la señora Manston se dispersase; con su aparición, se había modificado la confusa situación de Cytherea respecto a su antiguo amor. El resultado, pues, tendría que haber sido delicioso, excepto por lo que ahora se revelará.

Cytherea seguía pálida como consecuencia de su reciente enfermedad y el desánimo que no la había abandonado. Hasta el regreso de la señora Manston permanecía encerrada durante el día, sin atreverse a salir, excepto al atardecer. No se resolvía a dar un paseo ni conciliaba el sueño por temor a que el hombre al que semanas antes había llamado marido viniera a reclamarla. Y pensar que hacía tan poco había aceptado su futuro con resignación, e incluso un tanto animada...

Sin embargo, al desvanecerse su ansiedad por el señor Manston —gracias a la llegada de su esposa y, en consecuencia, a su inmediata libertad—, apareció otro motivo de preocupación. Circulaban detalles ficticios y deleznable sobre cómo habían encontrado a Cytherea y Manston, y era inevitable que llegasen a sus oídos. La libertad, por tanto, no trajo la felicidad y parecía difícil que la joven volviera a ser la criatura alegre y brillante que había sido, «digna de encandilar a un dios».

Por primera vez, Owen decidió ocultar a su hermana sus verdaderos sentimientos sobre la desgraciada transacción. En secreto, se retorció por la humillación a la que les habían sometido; a veces, el resentimiento de no poder desahogarse se hacía insoportable y le empujaba a un estado de ánimo lleno de amargura, poco favorable

para la perseverancia y energía necesarias para garantizar las comodidades de un hogar para ambos.

Al comenzar las obras en Tolchurch, dejaron su alojamiento en Budmouth y se instalaron en el pueblo, en una vieja granja, no muy lejos de la torre de la iglesia cubierta de yedra, lo que quedaba de la estructura original. El largo e inclinado techo de su pintoresca casa caía prácticamente hasta el suelo, y las viejas tejas estaban repletas de un musgo de color verde profundo. Las tejas nuevas que, de dos en dos o de tres en tres, habían sustituido a las viejas, tapando los agujeros que la decadencia había causado, iluminaban la superficie formando un todo extrañamente armonioso, con puntos de color escarlata brillante.

Las principales particularidades de esa agradable vivienda eran una amplia chimenea, enormes armarios, un banco marrón y dibujos en el marco de la chimenea, grabados con la punta de un atizador caliente, que representaban ancianos andando muy erguidos, con un perro de cola retorcida tras ellos.

Tras una o dos semanas en Tolchurch, y de pasear por los tranquilos parajes que rodeaban el pueblo, la joven recuperó algo de su antigua calma, y Graye esperaba que fuera el prefacio de su completa recuperación. Cytherea parecía dispuesta a vivir retirada el resto de sus días en compañía de su hermano; su voz se oía cantando temblorosa en la casa:

Si existe la paz en este mundo  
un corazón humilde puede hallarla hoy.

## II. El 3 de marzo

Su convalecencia había llegado a este punto cuando, cierta tarde de finales de invierno, tras regresar Owen de la obra, mientras se cambiaba las botas embarradas y se calzaba las zapatillas antes de sentarse a tomar té con tostadas, alguien llamó a la puerta con insistencia y discreción.

La única persona que llamaba así era el nuevo vicario, impulsor de la reconstrucción de la iglesia, que esa noche cenaba con el señor del condado.

Cytherea se alteró un instante, sin saber bien por qué, tal vez por la debilidad de sus nervios tras la enfermedad. En lugar de abrir la puerta, salió de la sala, escaleras arriba.

—¡Por Dios, Cytherea! No seas tonta —la amonestó su hermano, que acudió a abrir la puerta.

Edward Springrove se hallaba allí, expuesto a la luz de un grisáceo atardecer.

—¡Espléndido! No se ha ido a Australia, por lo que veo, y supongo que no piensa irse —se alegró Owen—. ¿Qué sentido tiene ir a un lugar así? Jamás creí que lo haría.

—Vuelvo a Londres mañana —dijo Springrove— y venía a despedirme antes de partir. ¿Dónde está...?

—Acaba de subir a su habitación. Venga, entre, no se preocupe de las formalidades. Somos gente sencilla, ya ve: suelo de piedra, un rincón para bostezar frente a la chimenea, todo eso.

—La señora Manston apareció —dijo Edward, torpemente, y se sentó frente a la chimenea.

—Sí, así es.

Tras esta respuesta, ante la mención de un fantasma del pasado, Owen perdió su fingida jocosidad y se sumió en un silencio incómodo.

—La historia de su desaparición es muy sencilla.

—Mucho.

—¿Sabe? Siempre me había preguntado, cuando mi padre me contó lo sucedido la noche del incendio, cómo era posible que una mujer pudiera dormir profundamente sin darse cuenta de la horrible situación, hasta que fuera tarde para gritar o avisar a alguien.

—Bueno, podía ser; venía de un largo y cansado viaje. La gente en un incendio muere asfixiada en la cama antes de despertarse. Pero es más improbable que su cuerpo se redujera a cenizas, aunque no se tuvo en cuenta en ese momento. ¡Y con qué seguridad decretó el forense que esos pedazos de hueso eran de mujer! ¿Cómo es posible? No se puede creer. No puedo negarlo: si alguna vez se encarnó la estupidez, fue en ese jurado de Carriford. Ahí se instaló de pleno en doce cabezas, sin que una sola se diera cuenta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Springrove.

—¿Quién? Oh, mi hermana... Gracias. Sí, casi está recuperada. Voy a llamarla.

—Espere un momento. Antes quisiera hablar con usted.

Owen volvió a sentarse.

—Usted sabe, sin que tenga que decírselo, que sigo amando a Cytherea con tanto amor como siempre. Y creo que ella también me ama, ¿no es así?

Owen tenía la sabiduría sobre emparejamientos y alianzas de cualquier padre o protector; por tanto, su respuesta fue prudente. Como era cinco años más joven que Edward, el efecto era extraño.

—Bueno, es posible que sí —admitió, como si dudara de sus palabras.

Springrove se vino abajo. Había esperado un sencillo «sí», al menos. Siguió hablando, aunque con un tono menos animado.

—Suponiendo que aún me quisiera —dijo—, no sé si sería justo para ella y usted que le propusiera matrimonio, en las duras circunstancias en las que me hallo. Viviríamos unos años con estrecheces, hasta pagar una gran deuda que mi honor y el deber me obligan a satisfacer. Mi padre, a causa del incendio, está endeudado con la señorita Aldclyffe. Es un anciano y no tiene la energía de antaño. Yo hago lo que puedo para aligerar esa carga y eso hace que mi situación económica sea, en estos momentos, poco favorable. Y, por otra parte —prosiguió—, la posición de Cytherea, si bien inocente, es incierta por el desafortunado y nulo matrimonio con Manston. Si se casa conmigo, aún en las condiciones materiales poco halagüeñas que acabo de decir, sería feliz; le daría, al menos, un lugar en el mundo. Si quisiera alejarse del condado que tanta desgracia le ha traído, estaría dispuesto a mudarme a cualquier parte de Inglaterra. A emigrar, incluso. En suma, haría lo que fuera.

—Llamaré a Cytherea —declaró Owen—. Solo ella puede decidir.

No lo dijo con calidez. Su orgullo no podía soportar la piedad que la visita de Edward y el objeto de la misma tácitamente implicaban. Sin embargo, en cuando a la deuda, su corazón estaba con Edward; también él pagaba las deudas de su progenitor.

—Cythie, el señor Springrove ha venido a verte —anunció, al pie de la escalera.

Su hermana bajó pisando los crujientes peldaños con suave y tembloroso paso y se quedó en pie frente al hogar. Tendió la mano hacia Springrove y le dio la bienvenida con un breve movimiento de los labios, apartando la vista; se trataba de una costumbre que había adoptado desde la difamación de su nombre y su enfermedad. Owen abrió la puerta y salió, dejando a la pareja a solas. Era la primera vez que se veían después de la memorable noche en Southampton.

—Iré a por una vela —dijo ella, algo avergonzada.

—No, por favor. Cytherea —respondió Edward, suavemente—. Ven aquí y siéntate a mi lado.

—Oh, sí. Perdón, tendría que haberte preguntado... —replicó tímida—. Todo el mundo se sienta en el rincón de la chimenea. Ponte en ese lado, yo me pondré en el otro.

En la chimenea había asientos tallados en piedra, uno a la izquierda y otro a la derecha, y ahí se sentaron, frente a frente, en los bancos que encajaban en ambos huecos, con el fuego resplandeciente a sus pies. Su rojiza luz se reflejaba en la parte inferior de sus rostros y se extendía por el suelo con la horizontalidad del sol poniente, alumbrando cada irregularidad de la superficie de piedra con una larga sombra, hasta la puerta.

Edward contempló a su pálido amor a través de las volutas de humo azulado que ascendían como bucles entre ambos, y, al verla así, le sugirió la apariencia de un fantasma. Nada atrae más la mirada escondida de una mujer que el silencio discreto del hombre que quiere perderse en sus ojos, y así el paciente Edward logró convocar los ojos de Cytherea. Después de contemplar la chimenea un rato, y esperar en vano una palabra suya, la joven levantó la vista y lo miró. Edward estaba listo para recibirla.

—Cytherea, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó.

No podía esperar sentado a que contestara. Cruzó la distancia que lo separaba de ella, al otro lado de la chimenea, se arrodilló a sus pies y buscó su mano. Ella seguía en silencio.

—Edward, no puedo ser la esposa de nadie —repuso ella, triste y firmemente.

—Piénsalo —suplicó él—. Piensa con tu corazón. Y cuando el amor ya no tenga razón, piensa que es un paso muy sensato. Por el momento solo puedo ofrecerte mi pobreza, pero deseo, ansío tanto protegerte del desagradable pasado... A menudo te lo recordarán, si optas por vivir una vida solitaria, como la que llevas ahora; una vida de pureza, si quieres, pero a ojos del mundo una vida de soledad obligada, para evitar el rechazo y la burla; los maledicentes no pierden el tiempo y ya están inventándose un motivo para tu reclusión.

—Lo sé —respondió, rápidamente—. Y por ello debo negarme. Tú y Owen sabéis la verdad; sois las dos personas que más amo en este mundo, y eso me basta. Pero el escándalo se repetirá y no quiero dar a nadie la ocasión de decirte que tu esposa, que yo... —se vino abajo y se echó a llorar.

—¡No, mi querida Cytherea! ¡No!

—Por favor, vete. Seremos amigos, Edward, lo sabes bien. Pero no insistas; he tomado una decisión. No me casaré contigo, ni con otro hombre, en estas extrañas circunstancias. No lo haré jamás. Ya lo he dicho: ¡jamás!

Quedaron en silencio. Él contempló sin vida la oscuridad iluminada de la casa, donde largos añicos de hollín colgaban de las barras de la garganta de la chimenea, como deshechos de banderas de antiguos castillos; en la apertura cuadrada, en el cielo, una o dos estrellas brillaban en el gris cielo de marzo. La stampa pareció animarlo.

—En cualquier caso, ¿me amarás? —susurró.

—Sí. Siempre. Para siempre.



La besó una vez, dos, tres veces, y se levantó lentamente, apartándose a duras penas para dirigirse a la puerta. Cytherea permaneció inmóvil, con la mirada fija en el hogar. Edward marchó entristecido, pero sin haber perdido totalmente la esperanza.

Olió el aroma de un cigarro e inmediatamente vio la pequeña estrella roja contra la oscuridad del seto. Graye paseaba frente a la casa, fumando. Springrove le contó la conversación con Cytherea.

—Eres un buen hombre, Edward —dijo—. Pero creo que mi hermana tiene razón.

—Ojalá creyeras, como yo, que Manston es un villano —dijo Springrove.

—Sería absurdo decir que me gusta; después de lo que ha pasado, no puedo. Pero honestamente, no lo considero una mala persona.

Edward no pudo contenerse y le contó a Owen cómo había sido víctima del chantaje de Manston, mediante la señorita Aldclyffe, con las casas incendiadas.

—Y eso no es todo —añadió—. ¿Qué dices a esto? He sabido que fue a la oficina de correos de Budmouth a buscar una carta el día antes de publicarse el primer anuncio buscando a su mujer. La carta estaba escrita por su mujer, y puedo demostrarlo. No sucedió hasta después de casarse con Cytherea, es verdad, pero si el asunto de los anuncios (como parece) fue una farsa, cabe suponer que el resto también lo fue.

Owen estaba atónito y no sabía qué contestar. Dejó caer el cigarro, y miró fijamente a su compañero.

—¡Hablas de una conspiración!

—Así es.

—¿Con su mujer?

—Sí, con su esposa. Estoy convencido de ello.

—¿De qué pruebas dispones?

—Fue a Budmouth a buscar una carta de ella el día antes de que pusiera el primer anuncio fingiendo buscarla. ¿Te parece poco?

Graye reflexionó.

—¡Ah! Será difícil demostrarlo. La escritura podría ser falsa, y si es culpable, habrá destruido la carta.

—Tengo más indicios...

—Sí, pero ¡espera! —exclamó Owen, que hasta ahora no se había recuperado lo suficiente para revisar la situación bajo esta nueva luz—. Se vio obligado a separarse de Cytherea antes de la llegada de esa carta, y no supo de la existencia de su esposa hasta después de la boda. Habría jurado entonces que estaba convencido de que había muerto. Su actitud no delataba otra cosa.

—Abrigo otras sospechas —insistió Edward— y si tuviera el derecho... Si fuera su marido, o su hermano, ya le habrían detenido por bígamo.

—No era necesario que me lanzaras ese reproche —dijo Owen, ofendido—. ¿Qué puedo hacer yo, un hombre sin amigos ni dinero, mientras Manston cuenta con la señorita Aldclyffe y el respaldo de su fortuna? Dios sabe qué hay entre esa dama y su

administrador; pero, si es cierto lo que sospechas, puedo imaginar lo peor, incluso lo que nunca hubiera admitido como una posibilidad.

### III. El 5 de marzo

La revelación de Edward tuvo la virtud de empujar a Owen Graye a pensar en una dirección completamente nueva.

El lunes posterior a la visita de Springrove, Owen subió al cerro de Tolchurch; era un lugar salvaje, sin siquiera un nombre, al lado de un prado yermo donde nunca se adentraba el verano. En la intensidad de su meditación sobre el tema perdurable, se sentó en un mojón castigado por los elementos y miró los lejanos valles; veía la silueta imaginaria de Manston.

¿Habían jugado con el destino de su hermana? Esta pregunta atormentaba su espíritu. Su negativa a casarse con Edward estaba dictada, lo sabía bien, por la humillación de que Cytherea no tenía la reputación adecuada para el matrimonio. Esa vergüenza era fruto de la maledicencia que corría por el condado, que se refería a la situación en la que supuestamente la habían hallado en Southampton. Su retiro no hacía sino alimentar los rumores. ¿No era cierto, como Edward había señalado, que su hermano no había defendido correctamente el honor de su hermana, pues, mientras Manston vivía tranquilamente sin dar explicaciones, Cytherea se escondía y bajaba la cabeza sin haber cometido falta alguna?

¿Era posible que Manston fuera tan malvado de prever, antes de casarse con Cytherea, el regreso de su esposa, por si se aburría de ese juguete? ¿Había creído que al manipular las circunstancias que la fortuna había dispuesto podría escapar de la sospecha de saber que su mujer todavía vivía? Solo un hecho del que Owen tenía constancia permitía suponerlo. Era una cosa sencilla: si bien su hermana poseía una belleza natural, su situación como humilde doncella de una dama no era suficiente para justificar que un hombre tan egoísta como Manston quisiera convertirla en su esposa, a menos de que dispusiera de una estratagema para deshacerse de ella, cuando la hubiera gozado.

«Sin no haber mediado la sucia jugada de Manston contra los Springrove, —pensó Owen—, Cythie sería ahora la feliz esposa de Edward, de eso no cabe duda». Es cierto que la influencia de Manston sobre la señorita Aldclyffe era una suposición de Edward, pero había motivos para creerle.

Volvió a casa, y preguntó a su hermana:

—La noche del incendio, ¿quién fue el primero que dijo que la señora Manston había muerto?

—No lo sé.

—¿Fue Manston?

—No, no fue él. Las dudas se aclararon cuando él llegó al lugar de la tragedia. Todo el mundo sabía que la señora Manston no había salido al incendiarse la casa, y no pensaban que podría haberse ido antes del incendio; habría sido muy improbable.

—Sí, hasta que la historia del porteador, que contó lo irritada y confusa que estaba, hizo que pareciera una reacción natural.

—En la investigación judicial —explicó Cytherea—, lo que determinó el resultado fueron las pruebas que aportó el señor Manston, cuando afirmó que el reloj que habían encontrado era de su mujer.

—Estaba seguro de eso, ¿verdad?

—Creo que dijo que sí.

—Podría ser cierto que fuera suyo y lo olvidara en su huida, como dicen. Aunque parezca imposible al oírlo por primera vez. Pero, sí, en conjunto puede que creyera que estaba muerta.

—Sé que entonces, y algún tiempo después, Manston se convenció de su muerte. Ahora creo que antes de la confesión del porteador sabía algo más, aunque no que estuviera viva.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que me dijo la noche de nuestra boda, cuando me había encerrado en la habitación del hotel, después de la visita de Edward. Debió de sospechar que sabía algo, porque estaba irritado, en un estado de agitación e incertidumbre. «Supongo que no pensarás que mi esposa ha resucitado, ¿no?». En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho, pareció ansioso por borrar la impresión que me había causado.

—Qué extraño —convino Owen.

—Sí, a mí también me lo pareció.

—Aun así, cabe pensar que lo dijera desesperado por tu comportamiento y buscara un motivo. Sí, seguimos sin saber lo más importante: si dudaba de la muerte de su esposa antes de casarse contigo. No puedo evitar pensar que es así, aunque esa noche parecía tan asombrado por la noticia como nosotros. Edward jura y perjura que debía saberlo.

—Quizá lo supo poco tiempo antes —dijo Cytherea—, cuando ya no podía echarse atrás y romper el compromiso conmigo.

—Eres siempre tan justa como compasiva, Cytherea. No hables de ti en esos términos. Si pudiera arruinar su reputación, declararle ante el mundo un bígamo convencido (suponiendo que lo sea), moriré feliz. Eso es lo que debemos descubrir, con métodos honestos o arteros. ¿Es bígamo Manston?

—No sirve de nada intentarlo, Owen. Tendríamos que contratar un abogado y no podemos permitirnoslo.

—Lo sé muy bien, está fuera de mi peculio. Pero, por el momento, no es necesario un abogado, al que hay que presentarle pruebas. Y ahora no tenemos ni pruebas ni dinero, y hasta no encontrar lo segundo, no tiene sentido pensar en lo primero. Quizá cuando dispongamos de pruebas ya tengamos dinero. Lo único que perdemos al ponernos manos a la obra es tiempo; el fruto que una mente madura en doce meses forma un todo más organizado que doce mentes pensando furiosamente un mes, especialmente si se trata del interés de una persona dedicada con ahínco a investigar, y no doce que trabajan por dinero. Además, no me ocuparé yo solo: tú eres una mujer inteligente, Cytherea, y Edward, un aliado leal. Cuando obtengamos

suficientes datos para sustentar una investigación criminal, presentaremos el caso a la Corona.

—No sé si quiero, Owen —murmuró ella—. ¿Qué sacaremos de todo esto?

—En términos puramente egoístas, será bueno para nosotros: se conocerán los pormenores de tu viaje a Southampton y pondremos fin al escándalo. Manston deberá pagar por su comportamiento. Es un acto de justicia para ti, y para otras mujeres, y para Edward Springrove.

Le contó la obligación que los Springrove habían contraído con la señorita Aldclyffe a raíz del incendio y su conocimiento de que Manston había sido el primer interesado en que su ruina económica fuera total. Cytherea enrojeció al oírlo.

—Ahora —añadió Owen— nuestro primer cometido es averiguar dónde vivió la señora Manston durante la separación; después, conocer las comunicaciones entre ella y su marido, tras el incendio.

—Si contáramos con la ayuda y el respaldo de la señorita Aldclyffe, ¡cuánta fuerza tendríamos! —exclamó Cytherea—. Me pregunto qué poder tiene sobre ella, para doblegar su voluntad a placer. Me cuentan que me echa de menos; eso dice la señora Morris, que la señorita Aldclyffe rezó por mí, que la oyó llorar. No le importó que una vieja amiga como la señora Morris se diera cuenta. Pero, en cambio, ¡qué contraste su silencio y su inacción en todo lo sucedido!

—Es un misterio, sin duda, pero no te preocupes ahora de eso —atajó Owen, decidido—. Veamos, el alojamiento de la señora Manston. Debemos averiguar dónde se alojó la primera parte de su separación, cuando Manston llegó aquí; porque allí recibió la primera carta sobre su traslado a Knapwater, antes del incendio. Esa dirección fue su punto de partida cuando vino a ver su marido, ¿recuerdas?, la vez que vine a verte y regresé a primera hora de la mañana, cuando se descubrió que también él había recibido una visita. ¡Oh! ¿Se lo podríamos preguntar a la señora Leat, la encargada de la oficina de correos de Carriford? Ella recordará la dirección a la que mandaba las cartas de la señora Manston, seguro.

—Jamás le mandó las cartas desde esa oficina; lo supe después. Quizá esa información se encuentre en el informe de la investigación que se publicó en el *Chronicle* de Casterbridge por esas fechas. Los periódicos publicaron muchos detalles de la investigación.

Su hermano asintió vigorosamente.

—¡Buena idea! ¿Quién puede tener un ejemplar del periódico?

—El señor Raunham suele conservarlos —recordó Cytherea—. Y está, creo, bien dispuesto hacia mi persona.

Owen no podía abandonar su trabajo en las obras de la iglesia hasta el sábado por la noche; por tanto, para no perder tiempo, decidieron que Cytherea iría en busca de la información.

—Lo hago bajo tus órdenes, Owen —asintió Cytherea, cabizbaja.

# **PARTE XVI**

## **LO ACAECIDO EN UNA SEMANA**

## I. 6 de marzo

A la mañana siguiente se realizó el movimiento de apertura de este juego. Cytherea, provista de un grueso velo, alquiló un transporte y se dirigió a la distancia de una milla de Carriford. Volvió a deprimirse al ver paisajes familiares de su estancia bajo el techo de la señorita Aldclyffe: el contorno de los cerros, los riachuelos cruzando los prados, los viejos árboles del parque. Se apresuró por un sendero solitario hasta la rectoría y preguntó por el señor Raunham.

Este caballero, aunque soltero, era hombre galante y cortés con las mujeres, tanto como los antiguos hispanos; y sentía gran afecto por Cytherea, más de lo que ella había sospechado. Dado que visitaba con poca frecuencia a su pariente, la señorita Aldclyffe, excepto por asuntos de la parroquia, y que la dama a su vez le visitara menos, Cytherea no había tenido relación con el párroco cuando vivía en Knapwater. El párroco estaba emparentado con la señorita Aldclyffe por parte de padre, descendiente de la rama pobre de la familia, y la dama nunca había sentido simpatía por los parientes más desafortunados. Cuando reflexionamos sobre nuestra estirpe, caemos en el error de atribuir mayor vitalidad al más pudiente donde ha habido matrimonios desiguales en la cadena familiar.

Desde la muerte del viejo capitán, la relación del párroco con Knapwater House había sido la de un extraño, circunstancia que era el último en lamentar. Esta educada indiferencia era tan fría por ambas partes que no incluía en sus sermones a la señorita Aldclyffe, lo cual es mucho decir en un párroco; por su parte, la dama no se preocupaba de criticarlo, lo cual, en una cínica como ella, era aún más notable.

Aunque apenas tenía cincuenta años, su pelo era blanco como la nieve y contrastaba con el tono rojizo de su piel, tan saludable como la de un muchacho. Los ojos brillantes, recatados y discretos de Cytherea, que le observaban domingo tras domingo en la misa, le habían distraído de los humores saturninos que se deslizan en un corazón vacío en las horas de una vida solitaria. Sin embargo, en cuanto Cytherea abandonó el condado, procedió a suplantarlos por otro par. En suma, había estado a punto de sentir hacia la joven una pasión a la que su digna autoestima no consentía en llamar por su nombre, ni siquiera en la intimidad de sus pensamientos.

La recibió con amabilidad, aunque Cytherea no se sentía inclinada a ser franca con él. Así lo percibió el párroco: la joven había optado por la discreción y, por tanto, el caballero, con buen gusto y mejor disposición, no hizo ningún comentario sobre la petición de ver los ejemplares del periódico del último año. Los colocó frente a la joven en su escritorio, con tanta timidez como la de la muchacha, y la dejó sola.

Cytherea los revisó hasta encontrar el primer titular: «Desastre: incendio y pérdida de una vida en Carriford».

Al leer la frase que había tenido un impacto tan calamitoso en su vida, se mareó y por un instante apenas podía descifrar las letras. Se recuperó, se obligó a centrarse en

la tarea y leyó la columna con atención. El relato no le aportó ningún dato que no supiera.

Pasó página y encontró otro artículo sobre la investigación del incendio. Tras una rápida lectura no halló más información de la dirección de la señora Manston que lo siguiente: «Abraham Brown, de Hoxton, Londres, en cuya casa se había alojado la mujer fallecida». Nadie había venido de Londres para la investigación. Se levantó para irse y se detuvo a agradecer la gentileza del señor Raunham, que estaba atareado en su jardín. El párroco clavó la azada en el suelo y la acompañó hasta la puerta.

—¿Puedo ayudarla en algo, Cytherea? —preguntó, empleando su nombre de pila con la intuición de que, si la llamaba señorita Graye, después de haberse despedido de ella como señora Manston tras la boda, abriría la puerta de recuerdos nefastos. Cytherea se dio cuenta del detalle y lo agradeció en silencio, aunque replicó, evasiva:

—Vivo en la duda y el temor.

El párroco la miró con franqueza.

—Prométame que, si necesita ayuda, y yo pueda dársela, no dudará en acudir a mí.

—Lo haré —respondió ella.

La verja se cerró entre ambos.

—¿Está segura de que no necesita mi ayuda, Cytherea? —insistió.

Si hubiera dicho lo que sentía, esto es: «Quiero ayudarla, Cytherea, de veras quiero ayudarla, y he estado vigilando a Manston por usted», la muchacha habría aceptado su oferta con alivio. Pero sus palabras la dejaron perpleja y levantó la vista; no tan inocente como antes de su desgracia, pero sí tan modestamente, y con el mismo brillo de antes, dijo:

—No, gracias.

Cytherea regresó a Tolchurch, cansada, después de estar todo el día fuera. Owen la saludó ansioso:

—¿Y bien?

Le entregó los datos extraídos del artículo, apuntados en un papel.

—Ahora tenemos que encontrar la calle y el número —dijo Owen.

—Owen —le interrumpió—, perdóname por lo que voy a decir. No creo que pueda; quiero decir que no puedo participar en esta investigación. Creo que no es útil y no creo que mi deber sea vengarme del señor Manston. —Añadió, más seria—: Está por debajo de mi dignidad como mujer hacerlo; llevo todo el día pensándolo.

—Está bien —asintió Owen, escueto—. Lo haré yo solo, pues. Y sí, hay dignidad en la justicia. —Reparó en el rostro cansado y pálido de su hermana, en los ojos grandes y abiertos; cuando tenía miedo, los abría mucho. Prosiguió más cálido, dándole un beso—: Querida hermana, no volverás a agobiarte tanto, te lo prometo. Pero, por mi parte, no dejaré este asunto sin resolver.



## II. 10 de marzo

El sábado por la tarde, Graye se dirigió a Casterbridge a visitar al periodista del *Chronicle*. Este se encontraba en casa y recibió a Graye en la puerta. Owen le explicó quién era y su propósito, y le pidió ver sus notas de la investigación de Carriford, que tuvo lugar el año anterior en diciembre. Añadió que una conexión familiar, de la que sin duda el reportero estaría informado, le impelía a certificar ciertos detalles relacionados con el suceso.

—Claro que sí —convino el otro, sin dudar—, aunque me temo que no tengo mucho más, excepto lo que ya se publicó en su día. Déjeme ver: mis viejas libretas de notas están en un cajón en la oficina, en la redacción; si es tan amable de acompañarme, se las entregaré.

Cruzaron la calle, pues allí se encontraban las oficinas del periódico, y entraron en una sala interior. Tras una breve búsqueda, encontraron la libreta en cuestión. La dirección exacta, que no se había incluido en el artículo, pero que el periodista había apuntado, era:

Abraham Brown. Dueño de la pensión.  
41, Charles Square,  
Hoxton

Owen copió los datos y le entregó una pequeña cantidad al periodista.

—Me gustaría que no se hiciera público que estoy realizando estas comprobaciones —dijo, vacilante—. Quizá se hará cargo de por qué; le agradecería que respetara mis deseos.

El periodista asintió.

—Las noticias son mi trabajo, y, cuando puedo evitarlas, me siento muy feliz.

Era ya de noche y la antesala del periódico estaba iluminada por farolas de gas. Después de proferir la afirmación anterior, el periodista salió en compañía de Graye y, mientras este le agradecía su discreción, repitió que no había problema. Al decirlo cerró tras él la puerta que conectaba ambas sabías, aún con la libreta en la mano.

Frente al mostrador de entrada esperaba un hombre alto, que hablaba cuando salieron. Le decía al joven que le atendía:

—Ya que estoy aquí, me llevaré el periódico de esta semana y así no tienen que enviármelo por correo.

El extraño giró la cabeza, vio a Owen y lo reconoció al instante. El joven pasó a su lado sin ver a Manston. Este miró al periodista, que, después de acompañar a Owen a la puerta, regresó a la sala a ordenar sus libretas, absorto en sus reflexiones. Manston no tuvo que preguntar qué era el volumen de bordes arrugados que sostenía en la mano; estaba claro: una libreta de notas. Levantó la mirada y observó el rostro del periodista; revelaba que la entrevista que acababa de mantener se relacionaba con el contenido de su libreta, y esta, a su vez, con la vida del administrador. Manston no

dijo nada, pero tomó su periódico, siguió el camino de Owen hasta la calle y desapareció en la oscuridad.

Edward Springrove volvía a estar en Londres, y esa misma noche, antes de irse de Casterbridge, Owen le escribió una carta explicándole lo que había llegado a su conocimiento y suplicándole, por la estima en que tenía a Cytherea, que llevara a cabo una discreta consulta. Bajo una farola, a unos metros de la oficina de correos, un hombre alto le observó echar la carta al buzón.

Esa misma noche, por motivos relacionados con el encuentro fortuito con Owen Graye, el administrador pensó en dirigirse en el tren nocturno de correos a Londres, que partía de Casterbridge a las diez de la noche. Pero recordó que las cartas enviadas después de la hora en que Owen había obtenido su información —fuera la que fuere— no se entregarían en Londres hasta el lunes por la mañana, así que cambió de opinión y se dirigió a Knapwater. Allí mantuvo una conversación confidencial con su esposa y resolvió partir en el tren nocturno el domingo por la noche.

### III. 11 de marzo

A la mañana siguiente, el administrador partió hacia la iglesia varios minutos antes de lo habitual en él y caminó pausadamente por la vereda en dirección al pueblo hasta que el anciano Springrove le alcanzó. Manston hizo unas educadas observaciones sobre la mañana y el clima y le preguntó al granjero por su barómetro, y cuándo era probable que cambiase la dirección del viento. No estaba en la naturaleza del señor Springrove, que también iba a la iglesia, responder a esas preguntas con menos que la más exquisita educación, aunque los acontecimientos de los últimos meses habían cambiado su opinión sobre el administrador. Siguieron hablando con gran corrección.

—Debe de estar más tranquilo, señor Springrove, después del terrible desastre de aquella noche de noviembre.

—Sí, aunque no sé si la tranquilidad describe bien mi estado, señor Manston. Jamás olvidaré la vieja ventana en el rincón de la chimenea de la casa. Ahora no tengo ese ventanal en la casa donde vivo; me había acostumbrado a ella durante cincuenta años. Ted dice que es una pérdida para mí y sabe exactamente cómo me siento.

—Creo que su hijo ya cuenta con un buen trabajo —dijo Manston, imitando la curiosidad por los asuntos de los vecinos que se confunde con la buena educación.

—Sí, señor. Espero que lo conserve, o que, si encuentra otro, no lo pierda.

—Esperemos que sea persistente.

—Siempre lo ha sido —respondió el anciano, con leve ironía.

—Sí, bueno, quería decir intelectualmente. La exuberancia intelectual necesita un buen terreno de estricta moralidad para crecer.

—¡Una cosecha intelectual! Bueno, Ted es persistente, eso seguro.

—Claro, claro que sí. ¿Tiene residencia fija? Mi experiencia me demostró que eso es muy importante para un joven en Londres.

—Warwick Street, Charing Cross. Allí vive.

—¡Vaya, qué casualidad! Un buen amigo mío vivía en el número cincuenta y dos de esa calle.

—Edward vive en el cuarenta y nueve. ¡Qué cerca! —exclamó el anciano, complacido.

—Pues sí —convino Manston—. Bueno, tenemos que apretar el paso, señor Springrove: la campana está sonando.

Y murmuró para sí:

—Número cuarenta y nueve.

## IV. 12 de marzo

Edward recibió la carta de Owen a tiempo, pero debido a sus compromisos no pudo hacer nada hasta las cinco de la tarde. Llamó a una calesa y se apresuró a ir de la oficina, en Westminster, hasta Hoxton. Minutos más tarde llamaba a la puerta del cuarenta y uno de Charles Square, el antiguo alojamiento de la señora Manston.

En ese instante, un hombre alto, que habría mostrado facciones agradables si no estuviera envuelto en unas ropas anticuadas, permanecía en pie, discreto, en la esquina de la plaza. Acababa de bajarse de un coche que seguía al de Edward por Old Street. Sonrió, tranquilo, al ver a Springrove. Nadie contestó la llamada. Edward insistió.

Dos personas aparecieron: una, en la puerta a la que llamaba; otra asomó la cabeza en la puerta de al lado.

—¿Está el señor Brown? —preguntó Springrove.

—No.

—¿Cuándo llegará?

—No es seguro.

—¿Puede decirme dónde encontrarlo?

—No. Oh, aquí viene. Ese es el señor Brown.

Edward miró la calle, en la dirección que la mujer señalaba, y vio a un hombre acercándose. Se adelantó unos pasos y le interceptó.

Edward era impaciente y, en cierto sentido, tenía costumbres provincianas; no dominaba, como los hombres de ciudad, el impulso de decir lo que pensaba, sin el menor preámbulo. Así que le dijo al extraño:

—Querría hablar con usted. ¿Recuerda una dama que se alojó en su pensión y alquiló una habitación, llamada señora Manston?

El señor Brown entrecerró los ojos como si mirara por el extremo equivocado de un telescopio. Después de observarlo un rato, respondió:

—Jamás he tenido una pensión.

—¿No asistió usted a una investigación judicial, hará cosa de un año y medio, en Carriford?

—No conozco ese lugar, señor, y en cuanto a lo de alquilar, en los últimos treinta años he comprado terrenos aquí y allá, pero jamás he alquilado nada.

—Supongo que debe de ser una confusión —se excusó Edward, y dio la vuelta. Él y el señor Brown estaban frente a la puerta que había al lado, donde la mujer seguía allí, después de escuchar el interrogatorio y el resultado de la conversación.

—Debe de ser el otro señor Brown, el que solía vivir allí, a quien usted busca —observó—. El señor Brown por el que preguntaron el otro día.

—Es probable —asintió Edward, con reavivado interés.

—No podía ganarse la vida con la pensión y se fue a Cornualles, de donde venía y donde vivía su hermano. Este le había insistido en que volviera. Pero no fue

afortunada su decisión, porque después de Londres, por lo visto, no podía soportar los vientos y la lluvia del oeste y murió el mes de diciembre. ¿Quiere usted entrar?

—Qué mala suerte —exclamó Edward, aceptando la invitación—. Pero ¿quizá recuerda usted a la señora Manston, la dama que se alojaba en la casa de al lado?

—Oh, sí —respondió la señora, cerrando la puerta—. Es la que se supone que murió horriblemente y que, en cambio, estaba viva. La vi el otro día.

—¿Desde el incendio en Carriford?

—Sí. Su marido vino a preguntar si el señor Brown aún vivía aquí, igual que acaba de hacer usted. Parecía nervioso; y luego, otra noche, una semana o diez días después, volvió, y ella estaba con él. No hablé con la dama, porque se quedó atrás, como si fuera tímida. Yo tenía curiosidad, claro, porque el viejo señor Brown me lo había contado todo de ella cuando regresó de la investigación.

—¿Conocía a la señora Manston? ¿La había visto antes de ese día?

—No. Solo estuvo con el señor Brown dos o tres semanas y yo no me enteré de que se alojaba ahí hasta que estuvo casi a punto de irse. Aquí, en Londres, no nos fijamos en los vecinos... Lamenté no haberle hecho más caso, cuando supe lo que le había pasado.

Por eso, el señor Brown y yo hablábamos mucho de ella, después de lo del incendio. Poco me suponía que volvería a verla, vivita y coleando.

—¿Y cuándo dice que vinieron los dos?

—No me acuerdo exactamente del día, aunque sí que soñé algo muy bonito la noche anterior... ¡Ah, nunca lo olvidaré! Carretadas de gente que quería alojarse en la plaza, traídas por ángeles alados con hermosos soberanos de oro, dispuesto a pagar precios del West End. No aceptaban darme menos dinero, no...

—Ya. ¿Sabe si la señora Manston dejó algo, documentos, papeles, cuando se fue la primera vez? —preguntó Edward; presentía que se le habían adelantado. Manston y su mujer habían estado antes allí, limpiando el rastro.

—Siempre he dicho que no —respondió la mujer—, teniendo en cuenta que, si me obligaban a jurar, no podía decir nada. Pero ahora que hablamos usted y yo, y que lo pasado, pasado está, creo que sí, que se dejó algunas cosas (aunque no sé si papeles) en una cajita que tenía, porque habló de eso con el señor Brown, y también se enfadó bastante; verás, es que la señora tenía un genio de mil demonios, así que no quise recordarle el incidente cuando vino el otro día con su marido.

—¿Una caja?

—Parece que la señora Manston tenía objetos y muebles que no deseaba conservar y que puso a la venta. Entre ellos, dos cajitas muy parecidas. Pues el caso es que una sí era para vender y la otra, no, y el señor Brown, al recogerlas, se equivocó y puso a la venta la que no era.

—¿Qué había dentro de la caja?

—Nada en especial o de valor: algunas cuentas, sus cosas de labores, creo que nada más. No se preocupó de recuperarla; dijo que las facturas le importaban un

pepino, pero que le hubiera gustado conservar la cajita, porque su marido se la había regalado cuando se habían casado y que, si se enteraba de que se había deshecho de ella, se molestaría.

—Y cuando la señora Manston vino la última vez, con su marido, ¿mencionó la caja, preguntó por ella?

—No, y la verdad es que me extrañó. Parecía haberla olvidado: no abrió la boca, se quedó detrás de su marido. Seguro que no le había dicho nada.

—¿Quién compró los artículos que se pusieron a la venta?

—¿El subastador? Era el señor Halway. Está en el número tres, girando al final de esa calle. Todos saben dónde está su tienda, se llama igual que él.

Edward siguió la pista con un apresuramiento más dictado por su perruna persistencia que por la esperanza de obtener algún fruto. Al desaparecer, el hombre alto y envuelto en la capa, que había estado observando, se acercó a la puerta de la mujer fingiendo haber llegado corriendo.

—¿Ha venido un caballero preguntando por la señora Manston?

—Sí, acaba de irse.

—¡Vaya por Dios! Tengo que hablar con él.

—Se ha ido a Halway s.

—Creo que puedo darle la información que busca. ¿Paga bien?

—A mí me ha dado media corona.

—No está mal. Soy pobre, a ver qué me paga por lo que tengo que decirle. Pero igual usted ya se lo ha contado: ¿dónde vivía antes de llegar aquí?

—No tengo ni idea de dónde vino la señora Manston, ¡ay, no! Solo sé lo que el señor Brown me contó. Parecía un hombre agradable, o no le habría contado tantas cosas.

—Bueno, a ver si le encuentro en Halway s —dijo el hombre, y se fue tan deprisa como había venido.

Mientras tanto, Edward había llegado a la tienda del subastador. Allí tuvo algunas dificultades para obtener la información que necesitaba, como sucede cuando uno se enfrenta a la inercia de los que solo actúan por órdenes de los demás, pero por fin la consiguió. El libro del subastador indicaba que la señora Higgins, sita en el número 3 de Canley Passage, era la compradora del lote que incluía la caja de la señora Manston.

Allí se dirigió Edward, seguido por el hombre. En la puerta había cuatro botones, como en una casaca, y Edward pulsó el primero.

—¿Qué quiere? —preguntó una vocecilla.

Edward miró arriba y a su alrededor. No vio a nadie.

—¿Qué quiere? —dijo la voz de nuevo.

Descubrió que el sonido procedía de la reja de la ventana del sótano. Miró entre las barras y vio la carita blanca de una criatura.

—¿Qué quiere? —repitió la voz, con la misma inflexión lánguida.

—Busco a la señora Higgins.

—Es el tercer botón —señaló la voz, y desapareció.

Edward llamó al tercer botón y otra niña la dejó entrar, la hija de la mujer que buscaba. Le dio a la niña seis peniques y preguntó por su mamá. La niña le condujo al piso de arriba.

La señora Higgins era la mujer de un carpintero que, estando desvalida y sin trabajo, decidió casarse en invierno. Después, los dos cónyuges se dieron a la bebida y sus circunstancias se hicieron más difíciles. En la salita trasera del tercer piso había unas cuantas sillas y una mesa; era el principal mobiliario de la estancia. En el suelo yacía un rollo de tela y a su lado una cucharita y un cuenco con restos de papilla. En la pared había un reloj holandés desequilibrado, que, por tanto, daba las horas enloquecido, con las entrañas abiertas bajo su facha blanca y sus manecillas, como las heces de una arpía («*foedissima ventris proluvies, uncaeque manus, et pallida semper ora*<sup>[19]</sup>»). Una criatura lloraba agarrada a las patas de una silla y la familia, de seis o siete niños, era tan menuda que podía caber en una bañera. La señora Higgins estaba sentada, en actitud abandonada, enfundada en un vestido de numerosos ojales y ganchitos para cerrar el corsé, pero tan mal cerrados que apenas cubría su pecho como una pantalla. No se veía ninguna caja.

Era una estampa deprimente de la vida hogareña de los pobres de la ciudad. Marido y mujer gozaban de una genuina alegría una hora de las veinticuatro del día. Por la noche, cuando tras la venta de alguna pieza del mobiliario, se emborrachaban con un cuarto de ginebra.

De todas las sátiras ingeniosas y crueles que desde el principio de los tiempos se han clavado como cuchillos en la condición femenina, no hay ninguna más lacerante para ellas, y para los que las aman, que la pura y triste verdad de que hasta el hombre más desgraciado puede encontrar, en menos que canta un gallo, una esposa dispuesta a ser aún más desgraciada por estar con él.

Edward se apresuró a explicar el objeto de su visita.

Resultó que la señora Higgins había empeñado la caja, y otras piezas de madera igualmente inútiles. Edward se ofreció a comprar su recibo y fue a la casa de empeños.

En la parte trasera de una tienda mohosa, entre los heterogéneos artículos y olores que invariablemente caracterizan un lugar así, exhibió el recibo y, con una satisfacción inconmensurable, y desproporcionada en relación al valor real de su adquisición, se hizo con la caja y la puso bajo el brazo. Trató de abrirla mientras caminaba por la calle, pero comprobó que estaba cerrada con llave.

Cuando llegó a su casa ya atardecía. Entró en la pequeña sala de estar del apartamento que daba a la calle, encendió la luz y procedió a examinar si la caja tenía alguna marca. Forzó la cerradura con un pequeño cincel y levantó la tapa, observando su interior. No había nada.

Descubrió al instante un pequeño sobre o bolsillo pegado en la parte inferior de la tapa. Lo abrió y deslizó su mano en el interior. Había algo. Primero sacó una docena de hilos de seda y de algodón. Después, un breve listado de cuentas caseras, un capullo de rosa seco y un par de antiguas fotografías. Una de ellas era la imagen de la señora Manston (debajo, alguien había escrito «Eunice» con pluma) y la otra, del propio Manston.

Se sentó, desanimado. Esto era cuanto había logrado la tarde de sus pesquisas: ni una carta, fecha o dirección que pudiera ayudarle. ¿Qué probabilidades tenía de avanzar en su investigación?

Sin embargo, pensó que, de todos modos, debía mandar el magro resultado a Graye, para que viera que se había empeñado en la tarea, y se dispuso a escribirle una nota. Guardó los objetos en un sobre aparte, excepto los hilos de seda y de algodón. Vio que faltaban veinte minutos para las siete; si añadía un sello al sobre, podría salir en el correo esa misma noche. Escribió la dirección y corrió a la oficina de correos de Charing Cross.

A su vuelta, volvió a tomar la cajita de madera y la examinó más detenidamente. Descubrió que había otra cavidad en la bandeja bajo la almohadilla de los alfileres, y que se podía acceder retirando un pedacito de tela que la sujetaba. Al abrirlo, vio una ramita aplastada de mirto y un pedazo de papel arrugado. En él había unos versos, escritos por la mano de un hombre. Reconoció la letra de Manston, pues había visto numerosas cartas y facturas del administrador en casa de su padre. El poema era halagador, y describía a la mujer que era ahora la esposa de Manston.

A Eunice:

Quien durante horas o largos días  
puede contemplar sus rayos cambiantes  
y luego apartarse de ella, no podrá jamás  
ver una galaxia con los mismos ojos;  
iluminada por la luz de los suyos azules  
como los días de los cielos de verano:  
sus dulces cambios parecen  
una melodía dibujada,  
u no una estatua inmóvil.

A.M.

Por mucho que la agitó, la golpeó y la examinó por todos los medios, hasta casi destrozarla, Edward no pudo extraer nada más de la caja.

—¡Menuda decepción! —exclamó, y arrojó la caja, el papel y la ramita a un lado.

Sin embargo, a pesar de su falta de valor, reflexionó y rectificó, considerando que valdría la pena cumplir lo que le había dicho a Graye en su carta, que le había mandado todo lo que contenía excepto los hilos de coser. Por ello, incluyó el poema, la ramita y las fotografías en otro sobre, indicando que se le habían pasado por alto en



su primer examen de la caja, y puso el sobre encima de la mesa para enviarlo al día siguiente.

Al entrar en la casa y encender la luz, absorto en su objetivo, Springrove no había corrido las cortinas. Por tanto, sus actos habían sido visibles desde la calle. Como normalmente nadie pasaba por la calle, tranquila a esa hora de la noche, no se preocupó cuando comprobó el desliz al día siguiente.

El hombre alto se había colocado frente a la ventana de la casa de Edward y había sido testigo privilegiado de sus actos. Cuando Edward salió a echar la carta a Correos, el hombre lo siguió y vio su proceder. El extraño, no obstante, no se preocupó de seguir a Springrove de vuelta a su casa.

Ahora Manston sabía que la caja de su esposa contenía alguna fotografía, y aunque no había podido ver de quién era, lo adivinaba. Y con una rápida deducción, supuso a quién se las había enviado Edward. Se detuvo un minuto bajo el pórtico de la oficina de correos, observando los ómnibus partiendo o deteniéndose delante de él. Fue al Strand, a través de Holywell Street, hasta Old Boswell Court. Se deshizo de los zapatos con alzas, que empezaban a importunarle, y torció por el estrecho pasaje hasta la oficina central de correos. Pidió que le dejaran ver el directorio de los condados del suroeste de Inglaterra.

El encargado le entregó un volumen y Manston se retiró con él a una mesita. Comprobó el condado y luego la parroquia de Tolchurch. Al final de la descripción topográfica e histórica del pueblo se indicaba: «Encargada de la oficina de correos: señora Hurston. Las cartas se reciben desde las 6:30 por cartero a pie desde Anglebury».

Devolvió el volumen y dio las gracias, abandonando la oficina. Desde allí fue a una pequeña cafetería cerca del Strand, donde almorzó. Sin embargo, no podía descansar. Un propósito absorbente parecía animarle. Pagó la cuenta, tomó su bolsa y salió a pasear por las calles, cerca del río, hasta que llegó la hora de salida del tren nocturno del correo en la estación de Waterloo, que tenía intención de tomar.

Cuando un hombre se ocupa en la cuestión esencial de su vida, en la antesala de la mente hay pensamientos casuales paseando a intervalos aleatorios, antes de ser desechados. Así, a pesar de su concentración, Manston percibía los seres de la animada vida del Strand: hombres altos que parecían insignificantes, hombres pequeños con semblante grave y profundo, mujeres perdidas de nula reputación con aspecto de ser tan felices como el día es largo, y esposas, supuestamente felices, con caras largas y tristes. Todos eran iguales a sus ojos: seguían una vida solitaria como los hilos que tejen una bandera, y todos eran inconscientes del mundo que hacían avanzar.

A las diez llegó a Lancaster Place, cruzó el río y entró en la estación, donde tomó asiento en el tren nocturno que le llevó a él, y a la carta de Springrove a Graye, lejos de Londres.

## **PARTE XVII**

### **LO ACAECIDO EN UN DÍA**

## I. 13 de marzo de las tres a las seis de la mañana

El tren llegó a la estación de Anglebury en la madrugada; el mortecino reloj de las taquillas señalaba las tres menos veinticinco. Manston recorrió el andén y observó la descarga de las sacas de correos; reparó, como un pasatiempo oportuno, que pedazos de cera de innumerables sellos se pegaban en el cierre de las sacas. El guarda las puso en una carreta y las llevó a la oficina de correos.

La mañana era cruda, húmeda e incómoda, aunque aún no llovía mucho. Manston tomó un trago del frasco de licor que llevaba consigo, se alejó de la estación y avanzó en la semioscuridad hasta la entrada del pueblo, a unos doscientos metros de la última casa de la calle.

Allí se demoró unas dos horas, sin oír ni ver un alma. Sonó el reloj del mercado, tocando las cinco de la mañana, y poco después unos rápidos pasos por el pavimento. Era el cartero de Tolchurch. Llegó al final de la calle, se reajustó la bolsa que le colgaba del hombro, dejó el pavimento y se dirigió con brío a campo abierto.

Manston dio la espalda al pueblo y caminó despacio. En dos minutos, una luz parpadeó sobre él y el cartero le alcanzó. El recién llegado era un hombre bajito, encorvado, de unos cuarenta y cinco años, cargado con las pesadas bolsas de cuero y con una pequeña linterna atada al pecho que le iluminaba el camino.

—¡Menuda mañana para viajar! —saludó el cartero, alegre, sin girar la cabeza ni aminorar su marcha.

—Así es —respondió Manston, y aceleró sus pasos para caminar al lado del hombre—. Aunque usted lleva cada día el mismo camino.

—Pues sí, y no es corto; aunque son dieciséis millas en línea recta, es decir, ocho hasta el punto más lejano y ocho de vuelta; entre que voy y vengo y entrego en cada casa, termino andando veintidós. ¿Cuánto al año? Lo sabía, pero ya no me acuerdo. Mejor no lo pienso; después de tantos años ¡lo nota la espalda!

Así iniciaron la conversación y el cartero le contó la concatenación de hechos que lo había llevado a ese punto. Manston le escuchó amigablemente. Al cabo de un buen rato, dijo:

—Amigo mío, no sé cuál es la costumbre aquí, pero, entre usted y yo, llevo un frasquito de licor cuando voy de viaje y hoy hace frío. ¿Quiere probarlo? —le invitó, tendiéndole el frasco de *brandy*.

—No, muchas gracias. Hace cinco años que no tomo estimulantes.

—Nunca es tarde para rectificar.

—Además, va contra las normas.

—¿Quién lo va a saber?

—Cierto, nadie se enteraría. Pero, aun así, es mejor ser honrado.

—Claro, muy cierto. Bueno, gracias a Dios, es el primer trago que tomo esta mañana. ¿No irá a dejar solo a un compañero de viaje?

—Bueno, es muy temprano, pero si se trata de acompañarle, no diré que no a una gotita.

Bebió un trago y Manston hizo lo mismo, aunque en menor cantidad. Cinco minutos después, al llegar a la primera verja, volvió a sacar el frasco.

—¡Qué bueno estaba! —exclamó el cartero, empezando a notar su efecto—, pero, por mi alma, ¡no puedo tomar más!

—No, a menos que sepa aguantar el licor —añadió Manston—. Se puede beber y ser buena persona, incluso religiosa, al mismo tiempo.

—Ay, los hay que pueden, tipos escurridizos y hábiles, sí, pero a mí nunca se me dio bien.

—Bueno, no se preocupe, porque hay gente de mente superior que no es nada religiosa: tienen tanto sentido común que se arriesgan a jugar con fuego.

—¡Bien dicho!

—De hecho, conozco a un hombre sin más Dios que su voluntad y que amaba devotamente a la esposa de su prójimo: afirma que ser creyente es un grave error.

—Claro, claro. Aunque, bien mirado, hay poca gente que incurra en el error de creer en Dios.

—Qué gran verdad.

—Ni un solo cristiano de esta parroquia caminaría media milla bajo la lluvia para saber si las Escrituras le condenan o le salvan.

—Ni en la mía tampoco.

—Y no dudarían un segundo en deshacerse del Señor, aunque lleven muchos años con Él.

—Nunca se sabe lo que hará la gente.

—Y después irían a por la Reina. ¡Eso sí que sería un buen lío! ¿Qué inscripción pondríamos en las cartas? Y el hombre honrado que paga sus impuestos sería igual que el vagabundo que recorre los caminos. ¡Qué país!

—Cuidado, que se va a poner usted melancólico. ¡Anímese, hombre! Tenga, tenga la botella.

—Muy agradecido, compañero.

El cartero volvió a beber y se animaba más según transcurrían los minutos. Hasta obsequió con una canción al administrador, que no dudó en sumarse al coro:

Y arrojó su mazo contra la pared  
y dijo: «¡El Señor erigió iglesias y capillas y se caen a pedazos  
para que todos tengamos trabajo!».  
¡Cuándo la cerveza de Joan estaba fresca,  
chicos,  
cuando la cerveza de Joan estaba fresca!

—Sabe, yo antes era masón —confesó el cartero—. No le ofenderá, porque supongo que no será usted un cura, ¿verdad?

—De ninguna manera —respondió Manston.

La lluvia empezaba a caer con más fuerza, pero siguieron con paso firme. El producto de los campos de cultivo por los que transcurría el sendero lo indicaba el sonido de las gotas al caer. Un siseo empapado proclamaba que pasaban por unos pastos y un tamborileo anunciaba que caían sobre una hortaliza de grandes hojas; otras, el chapoteo revelaba un terreno pendiente de arar. Mientras, el leve sonido del viento bajaba y subía con cada pendiente y cerro que recorrían.

Además de las bolsas privadas de las familias del condado, que estaban selladas, el cartero llevaba una saca general con el correo de la región. En cada pueblo o villorrio, el cartero rebuscaba el paquete de cartas correspondiente y lo depositaba en la apertura destinada a tal efecto en la puerta, pues a esa hora las señoras de cierta edad, encargadas de la oficina de correos, no se habían levantado, aunque las luces de las ventanas mostraban que los obreros, mozos de establo y conductores de carros trajinaban desde hacía un buen rato.

A estas alturas, el cartero iba ya bastante bebido, pero aún consciente de su deber para permitirle a Manston registrar su bolsa. El administrador no le quitaba la vista de encima, sorprendido ante su probidad, y, de vez en cuando, en ciertos puntos solitarios del recorrido, clavaba sus pupilas en la figura bajita y encorvada que caminaba a su lado, como si cavilara emprender una acción arriesgada.

Las casas de los granjeros y los párrocos quedaban a poca distancia del sendero que seguía el cartero. Para ahorrar tiempo, en la intersección del camino con la carretera principal, la verja disponía de un buzón donde el cartero depositaba las misivas por la mañana y, al regresar por la tarde, recogía las cartas que la gente dejaba. Las parroquias de Tolchurch y Farmstead, alejadas de la calle principal, se atendían así. El administrador se enteró hablando con el cartero y vio que el descubrimiento tenía no poca importancia, pues le indicaba el modo de actuar.

Habían llegado a afueras del pueblo. Manston insistió en que el cartero se tomara otro trago antes de seguir. Después, se acercaron a la iglesia, a la parroquia y a la granja donde residían Owen y Cytherea.

El cartero se detuvo, rebuscó en la bolsa, sacó media docena de cartas y la linterna y se dispuso a clasificarlas. No podía.

—¡Ay, los años no perdonan! Ya no aguanto el licor —suspiró, tambaleándose.

—No está usted bebido, solo un poco alegre —le animó Manston.

—¡Bien dicho! En fin, no me extraña: he perdido vista, no veo las nubes, no digamos las direcciones. Que Dios se apiade de mi alma, porque si alguien se lo cuenta al supervisor, terminaré juzgado en el Parlamento por alta traición, me pondrán una multa, y ¿quién pagará por este pobre desgraciado? ¡Ay de mí!

—Confíe en el Señor, Él pagará seguro.

—¿Él? ¿Por qué, si el que ha bebido más de la cuenta soy yo? ¡Pagar el Señor la multa! Pero ¿me toma usted por imbécil?

—Bueno, bueno, cálmese. No tenía intención de herir sus sentimientos. ¿Cómo iba yo a saber que era usted tan sensible a la bebida?

—Es verdad, no lo sabía. ¡Madre mía, qué lío de cartas! Por el amor de Dios, ¿qué voy a hacer?

Manston se ofreció a ayudarlo.

—Tiene usted que separarlas —dijo el otro.

—¿Cómo?

—Estas, las que van al pueblo, hay que llevarlas allí. Las que van a la parroquia o a la granja de la parroquia hay que ponerlas en el buzón de la verja, ese de ahí. No hay ninguna para la parroquia, pero cuando salí esta mañana vi que había una para el encargado de las obras de la iglesia. Es esta, ¿verdad?

Sostenía un gran sobre en la mano, con la dirección escrita con la letra de Edward Springrove: «Señor O. Graye, encargado de obra. Tolchurch, Anglebury».

El buzón colgaba de un poste de madera de roble. No había ninguna ranura donde insertar las cartas, porque en un lugar solitario los hijos de los campesinos lo llenarían de mil cosas, a cual más desagradable; había una puertecilla de hierro, sujeta por un gancho también de hierro. Un lado estaba pintado de blanco y el otro de negro, y el sentido en el que quedaba el color indicaba si había cartas o no.

El cartero había sacado una llavecita del bolsillo y trataba de meterla en la cerradura del buzón. No acertaba: arriba, abajo, a un lado.

—Déjeme ayudarlo —se ofreció Manston, tomando la llave de manos del cartero. Abrió el buzón y estiró la mano para tomar la carta de Owen.

—Oh, no. No, no, no —dijo el cartero—. Soy un funcionario de Su Majestad y no puedo dejar las cartas en manos de nadie —afirmó, y lenta, solemnemente, introdujo la carta en la pequeña cavidad—. Ahora, ciérrelo —concluyó, empujando la portezuela del buzón.

El administrador colocó el gancho con el lado negro hacia fuera, indicando que el buzón estaba vacío, y giró la llave.

—No, no, el lado está mal. Eso es si está vacío el buzón —dijo el cartero.

—Se me ha caído la llave y no puedo cambiarlo —dijo Manston, tras dejar caer la llave.

—Pero ¡qué raro!

—Sí que es raro.

Ambos se arrodillaron buscando la llave, pero entre manos y piernas terminaron por aplastarla aún más en el suelo. El cartero se quitó la bolsa y la dejó a un lado para buscar mejor, y la lluvia seguía cayendo, gris y pesada; las nubes que poblaban el cielo parecían demorar la llegada del amanecer. Los destellos de la linterna se veían en la espesa niebla, y parecían tangibles al atravesarla, después de iluminar el rostro y las rodillas de las dos figuras inclinadas y empapadas, y de sus bártulos: la capa y las bolsas del cartero, y el maletín del administrador, reluciente como si estuviera barnizado.

—Cayó en la hierba —dijo el cartero.

—No, en el barro —apuntó Manston.

Siguieron buscando.

—Con tan poca luz no encontraremos nada —concluyó el administrador, limpiándose los dedos embarrados con la hierba del lado del camino.

—Me temo que no —suspiró el otro, levantándose.

—Le diré qué vamos a hacer: pasaré por aquí dentro de una hora, y como ha sido culpa mía buscaré la llave. A la luz del día seguro que la encuentro y la esconderé aquí para que usted la encuentre —señaló un lugar detrás del poste—. Será demasiado tarde para mover el gancho y las personas que viven aquí solo tardarán un día en recibir la carta; no creo que sea una tragedia. Si alguien repara en ello, puede usted decir que colocó mal el gancho, sin fijarse, y no pasará nada.

El cartero aceptó esa solución, dadas las circunstancias, y los hombres siguieron andando. Pasaron el pueblo y llegaron a un cruce, y allí el administrador anunció a su compañero que sus caminos divergían y se desvió en dirección a Carriford.

En cuanto desapareció el cartero, Manston regresó al buzón de la parroquia, evitando el pueblo, por un sendero entre los campos. Allí, sacó la llave del bolsillo, donde la había tenido todo el tiempo, y extrajo la carta de Owen. Hecho esto, se marchó a su casa y, gracias a la muda de ropa que llevaba en la maleta, arregló su apariencia para que nadie se percatara de que había caminado dos horas bajo la llovizna.

Tras caminar hora y media, llegó a la puerta de su casa en Knapwater Park.

## II. Las ocho de la mañana

En su despacho, humedeció el sobre de la carta robada y esperó pacientemente a que el pegamento se desligara. Sacó la nota de Edward, los recibos, la flor seca y las fotografías y observó el botín con el máximo interés y ansiedad. Volvió a colocarlo todo en su sitio, excepto las fotografías, que tomó entre el índice y el pulgar y las acercó al fuego del hogar. Allí las sostuvo medio minuto, reflexionando.

—Es un riesgo muy grande, incluso para este resultado —murmuró.

De repente, una nueva idea se apoderó de él, se levantó de un salto y salió de su despacho. Tomó un álbum de fotografías que había en la mesa y buscó imágenes de la dama que había desplazado a Cytherea, intercaladas en la colección, y las observó cuidadosamente. Estaban tomadas en distintas actitudes y estilos y las comparó con la que sostenía en la mano. Escogió una, la más parecida a la que había extraído de la carta en tamaño y actitud, y volvió al despacho con ella.

Volcó un poco de agua en un platito y colocó allí los dos retratos. Se sentó a leer durante un rato.

Al cabo de un cuarto de hora, tras varios intentos infructuosos, despegó la fotografía del cartón. Hecho esto, arrojó al fuego la imagen original y pegó en el cartón la otra imagen, la que había extraído del álbum. La secó frente al fuego y la colocó en el sobre, con los demás retazos de información.

Así pues, el resultado era el siguiente: en el sobre había dos fotografías, ambas con el mismo nombre del fotógrafo en la parte posterior del cartón, y números de registro consecutivos. Al pie de cada el nombre de él y de su esposa; en el centro, la imagen de la dama que había cambiado.

La señora Manston entró en la habitación y le pidió que fuera a desayunar. Así lo hizo. En la colación le contó lo que había hecho, sin omitir el mínimo detalle, y le mostró el resultado de su labor.

—Es un gran riesgo, verdaderamente —admitió ella, sorbiendo té.

—Pero sería mayor no hacer nada.

—Sí.

Cerró el sobre y lo guardó en el bolsillo al salir. Poco después lo vieron a caballo en dirección a Tolchurch. Trató de evitar la carretera y utilizó los senderos entre los prados la mayor parte del trayecto y dejó la carta en el buzón como había planeado. Al hacerlo, vigiló que no hubiera nadie cerca. Depositó la llave en el lugar convenido y regresó a su casa dando un nuevo rodeo.



### III. Tarde

Owen Graye recibió la carta esa misma tarde; uno de los criados del párroco abrió el buzón con una llave duplicada, como de costumbre, para dejar el correo. El hombre descubrió que por la mañana el gancho estaba mal colocado, por primera vez desde que él estaba allí, pero no prestó atención. Owen estudió el contenido del sobre y lo dejó a un lado, estimando que eran inútiles.

La mañana siguiente llegó la segunda carta de Springrove, cuya existencia Manston ignoraba. Al ver la escritura de Edward de nuevo, los hermanos pensaron que había más noticias; Owen abrió el sobre y sacó la ramita y el poema.

—Nada que podamos utilizar —se quejó—. Seguimos lejos de tener una sombra de prueba legal que demuestre que era consciente de bigamia; si bien estoy moralmente seguro de que, al casarse contigo, sabía que su esposa estaba viva.

—¿Qué ha mandado Edward? —preguntó Cytherea.

—Una vieja poesía que Manston escribió a su mujer. Imagínate —dijo, con amargura—. Así la cortejaba. Supongo que igual que a ti. Le tendió el poema y lo leyó en voz alta:

A Eunice

Quien durante horas o largos días  
puede contemplar sus rayos cambiantes  
y luego apartarse de ella, no podrá jamás  
ver una galaxia con los mismos ojos;  
iluminada por la luz de los suyos azules  
como los días de los cielos de verano  
sus dulces cambios parecen  
una melodía dibujada,  
y no una estatua inmóvil.

A.M.

Una extraña expresión se había extendido por la cara de Cytherea. Rápidamente se transformó en angustia. Arrojó el papel, tomó temblorosa la mano de Owen, y cubrió su rostro con ella.

—¡Cytherea! ¿Qué tienes, por el amor de Dios?

—Owen, ¡Dios mío! Imagina que... ¡oh, no!

—¿Qué? ¡Habla!

—«La luz de los suyos azules...» —repitió con labios cenicientos.

—¿Qué pasa con esa frase? —preguntó, asombrado por la actitud de su hermana.

—La señora Morris me dijo en su carta que sus ojos eran negros.

—La señora Morris debió equivocarse.

—No se equivocaba.

—Quizá en esta fotografía se puedan ver —dijo Owen, sosteniendo la imagen que llevaba el nombre de la señora Manston.

—Unos ojos azules jamás parecerían tan oscuros como estos —dijo Cytherea—. No, aquí son negros, completamente negros.

—Bueno, Manston se dejó llevar por la fiebre poética.

—¿Cómo? Un hombre enamorado olvida su nombre, pero no el color de los ojos de la mujer a quien está cortejando. Además, si ella hubiera leído el poema, le habría pedido que lo cambiara.

—Eso es verdad —musitó Owen—. Entonces, Cytherea, es sencillo: la señora Morris debió equivocarse, puesto que no hay otra alternativa.

—Debe ser así...

Pero su expresión no confirmaba sus palabras.

—Entonces, ¿qué te ha alterado tanto? —preguntó Owen de nuevo.

—¡Es que no puedo creer que la señora Morris se haya equivocado!

—Pero, Cytherea: si la mujer tenía los ojos azules dos años atrás, también los debe tener ahora, sin importar lo que diga la señora Morris. Por Dios, por lo que dices, ¡pareces convencida de que Manston es capaz de cambiar los ojos de una mujer!

—Así es —afirmó, y se detuvo, indecisa.

—¿Sí? ¿Lo crees tan poderoso? —respondió Owen, impaciente.

—¡Porque cambió a la mujer! —exclamó Cytherea—. ¡Oh, Owen! ¿No ves el horrible plan? ¿La terrible verdad? La mujer que vive con Manston no es la señora Manston. ¡Su esposa sí murió quemada! Y eso, eso... ¡me convierte en su esposa legal!

Trató de mantenerse erguida ante el peso de la sospecha, pero la inesperada revulsión que la realidad le causó fue tan grande que se arrojó en brazos de su hermano y buscó el consuelo de su pecho.

Antes de reflexionar sobre el asunto, Graye acompañó a su hermana a su habitación y la conminó a echarse. Fue a la ventana y miró el camino, tratando de hallar una solución al fantástico enigma que se planteaba. La sospecha de Cytherea parecía increíble, pero era tan convincente que tendría que encontrar una prueba, para evitar que el temor a que fuera verdad acabara con la salud de su hermana.

—Cytherea —dijo, volviéndose hacia ella—. No podemos seguir así. Quédate aquí esta tarde. Iré a Carriford y lo aclararé todo, te lo juro.

—¡No, hermano! ¡No vayas! —imploró ella.

—Entonces, si no esta tarde, pronto —dijo él, comprendiendo que no convenían las prisas y debía ser prudente.

Sin embargo, cuanto más reflexionaba, más se convencía de que lo correcto era perseverar para disipar los temores de su hermana. Cualquier cosa era mejor que la absurda duda sembrada en su mente. Decidió esperar al domingo, el primer día en que podría coincidir con la señora Manston sin despertar recelos. Mientras tanto escribió una carta a Edward Springrove, pidiéndole que volviera a visitar la antigua residencia en Londres de la señora Manston.

## **PARTE XVIII**

### **LO ACAECIDO EN TRES DÍAS**

## I. 18 de marzo

Llegó la mañana del domingo y Owen recorrió las seis millas de cerros y valles que separan Tolchurch de Carriford.

La respuesta de Edward a su última carta, en la que Owen expresaba su asombro por la contradicción entre los versos y la información de la carta de la señora Morris, había consistido en visitar otra vez a la vecina del difunto señor Brown; de ella había obtenido una descripción más detallada de la señora Manston. Era una mujer alta, de hombros anchos, pecho abundante y nariz alargada y grande. La informadora no recordaba el color de los ojos; apenas se había cruzado con la dama. Añadió un confuso comentario: que casi no la había visto en la ocasión que vino acompañada de su marido, pues llevaba un velo. No sabía dónde había vivido antes de Hoxton y Edward no pudo obtener ninguna pista adicional, ni de ella ni de otra fuente.

Owen llegó a la puerta de la iglesia minutos antes de tocar las campanas. No había nadie en el recinto y anduvo por los pasillos de la iglesia. Gracias a la descripción de Cytherea sobre dónde se situaban ella y los demás asistentes a la misa, sabía el asiento de Manston; tras dos o tres intentos fallidos, encontró el libro de plegarias con el nombre «Eunice Manston» anotado en el interior. Era un ejemplar reciente y la fecha de la inscripción de un mes antes. Al menos habían descubierto algo: que la mujer que vivía con Manston se presentaba a ojos del mundo como su esposa.

Los apacibles lugareños de Carriford no necesitaban hacer un donativo para obtener un espacio en el lugar de culto: tenían sus propios asientos y los foráneos se sentaban donde buenamente podían. Graye se instaló en la nave, en el lado norte, cerca del pilar que dividía el pasillo asignado a la señorita Aldclyffe, sus granjeros y criados. El banco del señor Manston estaba detrás. La posición de Owen era un poco más adelantada que la de Manston; de esta manera, inclinándose, podría contemplar el rostro de los ocupantes de esa zona, aunque, si se enderezaba, quedaba oculto por el pilar.

Con el objeto de mantenerse oculto de Manston cuanto fuera posible, Owen permaneció sentado sin girar la cabeza, mientras la congregación iba entrando en la nave. Un fruncido de sedas por el pasillo en dirección al asiento de Manston le indicó que había entrado una mujer, acompañada de pisadas masculinas: era Manston con su esposa.

En cuanto se levantaron, distinguió a la dama de pie en el extremo del banco más cercano a él. Veía también parte de la silueta de Manston, al otro lado de la mujer. En dos rápidos vistazos, Graye escudriñó las características de la dama: alta, de hombros anchos y pecho abundante. Parecía la mujer de la fotografía, pero no podía discernir el color de los ojos.

Preocupado, se retiró a su rincón y siguió atentamente el servicio, aunque concentrado en que, contrariamente a la sospecha que había empujado a su hermana a

creer que era una impostora, lo que emanaba de ella tendía a la conclusión opuesta. Allí tenía al original de la fotografía: ¿acaso necesitaba más pruebas? Cytherea sí. Los ojos de Eunice Manston eran azules, y los ojos de la mujer al lado del administrador también tenían que ser azules.

El trabajador burdo desperdicia su energía golpeando con una potencia diez veces mayor que un técnico habilidoso, que la emplea en la trayectoria adecuada. Así se sentía Owen, o así veía sus intentos y los de Edward por seguir la pista que tenían. Por mucho que se esforzaba, no se le ocurría cómo obtener una prueba con el atributo indispensable de la discreción; así, en caso de que la dama fuera la dueña legal del nombre que ostentaba, evitaría una posición insostenible.

Era imposible ver los ojos de la señora Manston desde donde se encontraba ni podía efectuar ningún examen en ese momento. Por lo demás, la señorita Aldclyffe le hubiera reconocido, aunque Manston no, y pensó que era indispensable ocultar al administrador el propósito de su visita e incluso su presencia en el pueblo; al menos, hasta el anochecer.

Al abrirse las puertas, Graye abandonó la iglesia y se alejó por los campos a reflexionar. No podía visitar al granjero Springrove, como había sido su intención, hasta haber solucionado el dilema. Transcurrirían dos horas entre la plegaria de la mañana y la misa de la tarde.

Habían pasado dos horas y Owen seguía buscando, desesperado, una manera de hacer su comprobación; correría el riesgo de presentarse en casa del administrador y preguntar por la señora Manston. Ya se había acercado y estaba en el camino, desde donde obtenía una vista parcial de la entrada del edificio, cuando empezaron a tocar las campanas convocando al servicio de la tarde. Mientras Graye esperaba, dos personas salieron de la puerta de entrada de la residencia medio oculta y vio que se trataba de Manston y de su mujer. El administrador llevaba su viejo sombrero de jardinero y una revista mensual bajo el brazo. Al cruzar el portal del jardín, se separó de la dama y se dirigió a la colina, con la evidente intención de pasear y leer. Su esposa, en cambio, se encaminó a la iglesia para asistir al oficio.

Owen decidió aprovechar la oportunidad. Se apresuró hacia la iglesia, rodeó el sendero en un ángulo abrupto y regresó por otro camino, el que había enfilado la señora Manston para ir a la iglesia.

Tres minutos después apareció sin velo. Owen se percató, a medida que se acercaba, de una dificultad en la que no había caído; que no es fácil distinguir el color de los ojos en un encuentro casual. Para ello tendría que estar muy cerca de la señora Manston, y no solo eso; era preciso que la dama le mirase fijamente, si quería conseguir su objetivo.

Articuló un plan. Quizá no tuviera éxito; si era afortunado, sus intenciones quedaban discretamente ocultas. Cuando la señora Manston estuvo cerca, se le acercó y dijo:

—Podría decirme, por favor, ¿qué camino debo tomar para Casterbridge?

—El segundo a la derecha —contestó la señora Manston.

Owen fingió no comprenderla. Se llevó la mano a la oreja, fingiendo estar un poco sordo.

La dama se le acercó y repitió en voz más alta:

—El segundo a la derecha.

Owen enrojeció un poco. Creía haber logrado averiguar lo que quería. ¿O le habían engañado sus propios ojos?

Repitió una vez la artimaña, atrayendo a la dama, y con una mirada avergonzada dejando claro que le apuraba la molestia que le causaba.

—¡Madre mía, está sordo como una tapia! —murmuró la señora Manston para sí misma, y, alzando la voz, repitió—: ¡El segundo a la derecha!

El fingimiento repugnaba a Owen; como ya había resuelto la incógnita, adoptó su expresión natural antes de que la dama se alejara y la miraba como si leyera su alma, transmitiendo la cualidad más apta de los ojos, aparte de la emoción: la indagación.

El semblante de la mujer cambió de expresión. El tono natural de las zonas más claras se volvió gris; el rosado de sus mejillas, rojo encendido. Era el resultado de la sangre abandonando el rostro de una mujer de piel morena artificialmente maquillada con polvo de perlas y carmín.

Giró la cabeza y se apartó, murmurando una rápida despedida que correspondía a la de Owen. Con un gesto nervioso levantó la mano y se arregló los bucles del pelo, que era de color castaño claro.

«Es una peluca, —pensó Owen—, o se ha teñido el pelo. Su pelo hacía juego con sus ojos».

A pesar de lo que había dicho la vecina del señor Brown sobre reconocer a la señora Manston en su reciente visita, que podía significar mucho o nada; a pesar de la fotografía y de su previa incredulidad; del poema, de su silencio y torpeza en la visita a Hoxton con Manston y de su apariencia y extraño comportamiento, Graye se convenció de que la mujer que había visto era una impostora.

¿Qué razón podría tener Manston para una burla de esas proporciones? No podía imaginarlo.

Cambió la dirección de su paseo en cuanto la mujer desapareció de su vista y emprendió el camino de regreso a Tolchurch.

Deseoso de calmar el terror de Cytherea a ser requerida al lado de Manston como esposa, e impelido por la dificultad de creer que la señora Manston había muerto como se suponía, se le ocurrió una idea, a pesar de la investigación y del veredicto. ¿Era posible que la señora Manston, que había nacido en Filadelfia, hubiera regresado en tren a Londres, como el porteador de la estación había dicho, y luego abandonado el país con nombre falso, para escapar de un destino peor que la viudedad, el vínculo con un hombre traidor y voluble?

Cytherea quedó sumida en una complicada angustia con la información de su hermano y pensó en su amigo, el rector de Carriford. Le habló a Owen del cálido

afecto que el párroco le había mostrado y de sus reiterados ofrecimientos de ayuda.

—Es un hombre sensato además de bueno. Y no nos iría mal tener a alguien como él de nuestra parte.

—Y es un magistrado —convino Owen. También él pensaba que era bueno confiar en el rector, pero había un obstáculo: tanto él como Cytherea debían estar presentes en la conversación con el señor Raunham, pero no era prudente visitarlo juntos, pues los vecinos de Carriford se percatarían de su presencia.

El problema se resolvía escribiéndole una carta.

Dicho y hecho. Redactaron una misiva, pidiéndole consejo sobre el asunto lamentable que los acuciaba. Le suplicaban que aceptara su aseveración de que existía una justificación real para una petición más, que, en lugar de recibir su visita, se desplazara él a verlos una tarde a su casa, en Tolchurch.

## II. 20 de marzo de las seis a las nueve de la noche.

Dos noches más tarde, con la consiguiente molestia que representaba para su hora de la cena, el señor Raunham apareció en la puerta de los Graye. Su llegada fue recibida con auténtica gratitud. Amarraron el caballo en el palenque, hicieron entrar al párroco en la casa y lo instalaron en el sillón.

Graye procedió a contarle los detalles de la historia, recordándole que sus primeras sospechas habían sido distintas y que, al intentar hallar una prueba que las sostuviese, se habían topado con indicios que les conducían a nuevas incertidumbres, más increíbles que las primeras, pero más sólidas.

El corazón de Cytherea desbordaba ansiedad; se comportaba con una confianza arrolladora, que aplastaba toda formalidad. El señor Raunham tomó su mano, apiadándose de la joven.

—Es una acusación muy seria —dijo, como si arrojara una ramita al vacío por el que sus ideas se precipitaban—. Suponiendo que pudiera realizarse esa sustitución con circunstancias que la facilitaran, ¿qué motivo podría tener el señor Manston para correr un riesgo tan grande? Ni el más malvado libertino habría dado ese paso tan increíble en una crisis de ese tipo, por el placer de contar con una nueva compañera.

Owen se había dado cuenta de que el motivo era un obstáculo; Cytherea, no.

—Desafortunadamente para nosotros —prosiguió el rector—, no es posible obtener más información del porteador, Chinney. Supongo que saben lo que le pasó. Se fue a Liverpool y allí se embarcó; pagó su billete a América trabajando en el barco, pero cayó por la borda durante el viaje y se ahogó. No cabe dudar de la verdad de su confesión; de hecho, su conducta no hace sino reafirmarla; ni hay duda moral de que la señora Manston abandonó el pueblo esa mañana en el primer tren. De ser así, entonces, si la mujer con la que convive Manston no es su esposa legal, ¿por qué no respondió al anuncio la señora Manston? La información que contenía el anuncio hacía que fuera imposible suplantarla, de no ser en connivencia con ella.

—Creo que ese argumento puede echarse abajo —respondió Graye— si recordamos que ella odiaba a su marido, y estaba harta del vínculo con él. Si quería volver a empezar y, si suponemos que estaba casada de nuevo, en algún lugar lejano, guardaría silencio por su propio interés.

—Es verdad que es la única respuesta —admitió el señor Raunham, golpeándose la rodilla con el dedo—. Eso elimina la segunda dificultad. Pero el motivo de él sigue siendo tan misterioso como al principio.

Los temores que Cytherea albergaba no le permitían seguir la conversación. De repente, exclamó:

—¡Está muerta, está muerta! ¡Oh, sí! Murió quemada, así debió ser.

—No creo que eso sea factible, después de lo sucedido —indicó el rector.

Obsesionada por las peores consecuencias, Cytherea replicó:

—Entonces, quizá la señora Manston no era su esposa, y yo sigo siéndolo.



—Se casaron, y hay abundantes pruebas de eso —dijo Owen.

—En conjunto, les aconsejaría que soliciten de la manera más directa pruebas legales de que la mujer que convive con el señor Manston es su esposa. Es lo que deberían haber hecho desde el principio, en mi opinión. —Se volvió a Cytherea, y le preguntó por qué había abandonado a su esposo de manera tan tajante. Pero la muchacha era incapaz de revelar al rector su aversión por Manston, ni su amor por Edward. Acostumbrado al púlpito, y a contestar sus propias preguntas, el rector añadió—: Debía estar aterrorizada. Pero, en un pacto tan solemne como el matrimonio, que comporta consideraciones tan importantes, era su obligación disponer de una información comprobada. Sin duda, el señor Manston dispone de documentos a tal efecto, pero le corresponde a usted establecer públicamente la identidad de la dama (y, al no hacerlo, parece que creyera implícitamente en ella); quizá por eso no se ha preocupado de exhibirlos. Nadie se ha molestado en demostrar algo que no tiene el menor efecto en sus vidas: así es el mundo. En cambio, ustedes dos, los primeros interesados en aclarar la situación, optaron por inhibirse.

—En parte fue decisión mía —confesó Owen.

La misma explicación, su falta de afecto por Manston, era válida, pero Cytherea no quería confesarlo.

—No importa —añadió el párroco—, pues al fin y al cabo eso honra su delicadeza femenina. Bueno, quizá sería buena idea que su hermano escriba al señor Manston, afirmando que desea usted obtener certeza legal (por ejemplo, por querer usted contraer nupcias), y no me cabe duda de que les atenderá. ¿O prefieren que le escriba yo?

—¡Oh, no! ¡Por favor, no! —suplicó Cytherea, palideciendo, con la respiración entrecortada—. Por favor, no haga nada. Déjeme vivir aquí en paz con Owen. Tengo miedo de que nuestras pesquisas me obligue a volver a Knapwater y ser su esposa, y no lo deseo. Por favor, sea discreto con lo que le hemos contado. Que siga con su engaño: al fin y al cabo, es mejor para mí.

El señor Raunham dedujo que el amor de Cytherea por Manston, si alguna vez había existido, se había transformado en un sentimiento muy distinto.

—En cualquier caso —les dijo, mientras se despedía y montaba su yegua—, estaré pendiente de ustedes. Quédese tranquila, señorita Graye, no pienso crearle ninguna dificultad.

—Por favor, le ruego que sea discreto —suplicó la joven.

—Veremos. Aunque tengo un deber que cumplir, como comprenderá.

—¡No, no! Se lo suplico, por favor —le miró desesperada, iluminando sus ojos y su cara de preocupación con la vela que sostenía.

—Lo pensaré —respondió el señor Raunham, conmovido. Tiró de las riendas de su caballo, se despidió amablemente de los hermanos, y se fue.

El rector de Carriford trotaba de vuelta a casa bajo el frío y claro cielo de marzo, donde las incontables estrellas parpadeaban como pajarillos brillantes. La escena, sin

embargo, le era ajena. Tratando de olvidar el impacto del triste rostro suplicante de Cytherea, reflexionó sobre la entrevista.

Las sospechas de Cytherea y Owen eran honestas y no descabelladas: eso había que admitirlo. Pero ¿debía él, un hombre de iglesia, un magistrado y hombre de fe, ceder a las peticiones de Cytherea y guardar silencio, porque la muchacha temía verse obligada a regresar con Manston? ¿Tenía derecho a pedírselo? Si se atenía a lo que creía en esos momentos, sin ninguna prueba en un sentido u otro, nunca podría casarse honestamente con otro hombre el resto de su vida. Y si Cytherea era la esposa de Manston, ¿quería eso decir que la primera mujer había muerto en el incendio? La bigamia de Manston sería cosa demostrada y, en opinión del señor Raunham, una muestra de crueldad suficiente para denunciar el caso. Y si la mujer era, como decía, la esposa superviviente del señor Manston, ¿entonces qué? Cytherea, como mujer soltera, estaba a salvo y su matrimonio con Manston era nulo. Si resultaba que la mujer no era la esposa de Manston y la primera seguía viva, en América u otro lugar, como Owen había sugerido, Cytherea tampoco tenía de qué preocuparse.

La primera suposición abría el peor escenario. ¿Estaría a salvo, como esposa de Manston? Era dudoso. Pero, sea como fuere, la dulce e indefensa muchacha, a la que nadie parecía defender, tenía que enfrentarse a ese hombre. Solo tenía una vida por delante y la altivez con la que el mundo la miraba debía ser compensada, en alguna medida, por el hombre cuya despreocupación, en el mejor de los casos, la había causado.

El señor Raunham se convenció de que su deber era ayudar. Tenía que profundizar en el asunto, sin dilación. En su casa escribió una carta franca y sincera a la señora Manston que hizo entregar de inmediato. Luego se dejó caer en su sillón y siguió meditando. ¿Serían ciertas las sospechas de los hermanos? No, no era posible. Un hombre inteligente no hace nada sin un motivo; ¿con qué objeto se comportaría de esa manera Manston? Aunque fuera un corintio y acechado la virginidad como el dragón de san Jorge, no se habría metido en ese fantástico laberinto de mentiras para tener una mujer que, además, era inferior a Cytherea en todos los aspectos, físicos y mentales.

Por otra parte, al analizar lo sucedido, resultaba extraño que una mujer que se oculta de su esposo más de doce meses acepte volver a su lado por un anuncio. De hecho, todo había transcurrido con facilidad como para ser una secuencia de hechos no premeditada. Era como la resolución de los embrollos de una obra de teatro, indiscriminada y rápida. Y luego estaban el reloj y las llaves. La manera en que la mujer justificó habérselos olvidados parecía forzada. La explicación sugerida por los periodistas, que los dejó allí para fingir que no había escapado, entraba en contradicción con la posibilidad de que un anuncio la hiciera reaparecer, como había sucedido. También estaban los dos huesos calcinados. El párroco ordenó los papeles y los libros de su estudio y se paseó por la habitación, reflexionando incansablemente sobre el tema. Entró la doncella.

—El joven señor Springrove, de Londres, está aquí y querría verlo, señor.

—¿El joven Springrove? —exclamó el párroco, sorprendido.

—Sí, señor.

—Claro que puede verme. Hazlo pasar.

Edward entró con tanta impaciencia que puso de manifiesto que la breve espera entre su llamada y el acceso al señor Raunham le habían irritado. Se quedó en el umbral con el mismo maletín negro en la mano y la misma capa gris sobre los hombros que llevaba quince meses antes, cuando apareció la noche del incendio. Su apariencia transmitía la realidad concreta de su persona: se había convertido en un hombre estancado. Pero ahora la animación brillaba en sus ojos.

—Acabo de llegar de Londres —dijo, en cuanto la puerta se cerró tras él.

Un presentimiento, como los que acompañan los momentos críticos, hizo decir al señor Raunham:

—¿Trae novedades de los Graye y de Manston?

—Sí. Esa mujer no es la señora Manston.

—Demuéstrelo.

—Puedo demostrar que es otra persona: se llama Anne Seaway.

—¡Entonces lo que sospechan los Graye es cierto!

—Y puedo hacer más aún.

—¿Sabe usted por qué lo hizo Manston?

—Puedo adivinarlo; mi hipótesis encaja tan perfectamente que no se me ocurre otra explicación.

La actitud de Edward era plenamente inconsciente de sí mismo; una característica propia de los animales salvajes, y que experimentan los hombres sensibles en momentos de intensa concentración. El párroco comprendió que lo que iba a decirle no era trivial.

—Siéntese —le invitó el señor Raunham—. Llevo toda la tarde dándole vueltas a este tema, tratando de imaginar cómo encajan las piezas, sin éxito. ¿Ha hablado usted con Owen Graye?

—No, aún no. No quería arriesgarme a escribir ninguna carta, ni siquiera a usted; la situación es tan complicada que solo puede explicarse de palabra.

Los dos hombres se sentaron. La conversación, que hasta ese momento se oía desde cualquier punto de la estancia, bajó de volumen y apenas era audible para los interlocutores, con frases que vacilaban en terminarse. Transcurrieron tres cuartos de hora. Edward se levantó, salió del estudio del párroco y se puso la capa. En lugar de retirarse a su casa, pasó por la estación de Carriford Road a poner un telegrama y después enfiló el camino hacia la casa de su padre por primera vez desde que llegara al pueblo.

### III. De las nueve a las diez de la noche

La siguiente escena tiene lugar en el interior de la residencia del administrador, la noche del día que nos ocupa. Manston se encuentra sentado frente a la chimenea, leyendo la carta que había recibido del párroco. Frente a él se encontraba la mujer que, frente al pueblo y los vecinos, era la señora Manston.

—Las cosas se están poniendo complicadas —dijo él, taciturno. La suya no era la preocupación del hipocondríaco, sino la legítima angustia que origina un silogismo. Dijo esas palabras y le tendió la carta a la mujer.

—Casi esperaba la noticia —replicó ella, más indiferente—. Sabía que el joven que preguntó el otro día en la iglesia sospechaba de mí. Lo habría jurado.

Manston guardó silencio un rato. Su rostro estaba surcado por las arrugas, demacrado; últimamente no iba tan erguido.

—Si logran demostrar que... Quién eres... Sí, si lo consiguen... —murmuró.

—No deben descubrirlo —interrumpió ella, en tono más seguro, mirándole—. Pero si lo consiguen, no me parece que sea tan grave para justificar tu mirada horrible, brutal y miserable. Me pone la piel de gallina; es como la muerte. —Como no replicó, la mujer continuó—: Si demuestran que Eunice está viva, y, querido mío, sabes que lo está, seguro que volverá.

El comentario pareció despertarle y causarle tal irritación que le impulsó a hablar. Una vez más, como había hecho desde que convivían, categorizó los acontecimientos relacionados con el incendio en la posada. Repasó cada detalle de esa noche y se preocupó, con una ansiedad extraordinaria en las circunstancias actuales, de demostrar que su esposa había perecido devorada por las llamas. La mujer se levantó, cruzó la alfombra y se dispuso a calmarlo. Luego murmuró que no estaba convencida.

—Vamos, imagina que escapara; supón que lo hiciera. ¿Dónde estaría? —preguntó, insistente.

—¿Por qué eres tan curiosa? —contestó Manston.

—Porque soy una mujer y quiero saberlo. ¿Dónde estaría?

—En la Isla de San Borondón.

—La crueldad irónica es la peor de todas. Bueno, si se encuentra en Inglaterra, ten por seguro que volverá.

—No está en Inglaterra.

—Pero ¿volverá?

—No, no volverá... Vamos, vamos —dijo, levantándose—. No pienso contestar más preguntas.

—Ah, ah, ah... No está muerta —repitió la mujer, fingiendo lamentarse.

—Lo está, te lo aseguro.

—No lo creo, amor mío.

—¡Te digo que murió en el incendio! —exclamó él.

—Bueno, para complacerme, admite la posibilidad de que esté viva, solo eso, la posibilidad.

—Oh, sí, para complacerte, ¡eso haré, lo admito! —contestó rápidamente—. Solo para complacerte, admitiré la posibilidad de que esté viva.

Ella lo miró con absoluta perplejidad. Era imposible que sus palabras no fueran burlonas y, sin embargo, las había dicho en un tono que ni remotamente parecía una broma. La cara de Manston se enfrentó a la suya, pero nada pudo leer en sus ojos.

—Es natural que sea curiosa —se justificó, como una niña—, si me parezco tanto a ella como dices.

—Tú eres más atractiva —respondió Manston—, aunque de la misma altura y talla. Pero no te preocupes. Tienes que saber que estás unida en cuerpo y alma a mí, aunque solo vivas conmigo.

—Soy tu esposa —recordó ella, ligeramente molesta ante el matiz—, porque no puedes echarme de aquí sin perder tu reputación y tu posición, y sin incurrir en graves penalizaciones.

—Lo confieso. No es un error lo que he dicho, pero me he equivocado.

—No quieras confundirme con tus juegos de palabras. Vamos, dime: ¿por qué te has arriesgado trayéndome aquí?

—Por tu belleza —respondió él.

—La señora agradece el cumplido, pero no lo acepta. Vamos, dime la verdad.

—Tu inteligencia.

—No, no. Si fuera inteligente, sería tu esposa de verdad.

—Tu virtud.

—Tampoco eso.

—Te diré la verdad: fue tu belleza.

—Pero no soy sorda ni ciega, y si lo que dice la gente es cierto, no soy ni de lejos tan bella como Cytherea, que, además, es bastante más joven que yo.

La expresión de Manston le confirmó su intuición y la entristeció aún más.

—Si me quisieras, o me amaras —resumió ella—, no te habrías presentado por sorpresa, con tu fingida pasión. Ya habías ido a Londres varias veces entre el incendio y tu matrimonio con Cytherea y no me habías ido a ver, como si mi existencia te importara un comino, o mi situación o mi pobreza. Pero la semana posterior a tu boda y a tu separación, sales corriendo y me declaras amor eterno, aunque primero no fuiste a verme, sino que pasaste por muchos sitios...

—No muchos.

—Sí, tú me lo dijiste: que fuiste al alojamiento donde tu mujer se había hecho llamar señora Manston, que cuando descubriste que el dueño de la pensión se había ido y estaba muerto, y que nadie allí tenía una idea clara del aspecto físico de tu mujer, me propusiste nuestro trato: que yo la sustituyese. Así que esas vueltas, idas y venidas demuestran que te movía algo más que la pasión.

—Tonterías. ¿Qué estás diciendo? Cuando Cytherea no quiso quedarse conmigo después de la boda, no me gustó quedarme solo. ¿Es eso raro?

—No.

—Y todos esos aspectos que mencionas, como que la gente no conocía a mi mujer, me parecía que era como si la Providencia intercediera por mí, y para nuestro beneficio, para arreglar a la perfección un impulso: llamarte para ocupar el lugar de mi esposa y evitar el escándalo que se produciría si no hubieras venido en calidad de tal.

—Amor mío, no te creo. Si la señora Manston murió en el incendio, Cytherea se vería obligada a vivir contigo, como tu esposa legal, y sé muy bien que la prefieres a ella. Y si tu mujer no murió en el incendio, ¿para qué te ibas a arriesgar a la posibilidad de que apareciera y denunciara la superchería, causara tu ruina y malograra tu reputación?

—Bueno, quizá te quiero lo bastante para arriesgarme (suponiendo que no muriera en el incendio, cosa que niego).

—No, no. El riesgo lo corrías en el sentido contrario. Era mejor para ti arriesgarte a estar casado con Cytherea como tu segunda esposa, que conmigo, suplantando su personalidad.

—Tú eras más fácil, recuerda.

—No tanto, teniendo en cuenta lo mucho que te costó enseñarme todos los pormenores de la vida de tu mujer. Que era oriunda de Filadelfia y tenía que leerme una guía sobre la ciudad y las costumbres de la vida en Norteamérica; y el lugar de nacimiento y los antecedentes de Eunice, por si alguien los descubría en este pueblo, por improbable que fuera esa posibilidad. ¿Y qué decir de la caligrafía, que tuve que aprender a imitar, y lo de teñirme el pelo y maquillarme para parecerme a ella? ¿De verdad crees que eso fue más fácil que arreglar las cosas para que Cytherea creyera ser tu esposa ante Dios y viviera contigo?

—Eras una aventurera que necesitaba dinero y que haría cualquier cosa por encontrar placer y una vida cómoda, y yo he sido lo bastante estúpido como para...

—¡Por Dios! ¿Acaso te pedí que pusieras anuncios en los periódicos en busca de tu mujer y que me hicieras pasar por ella? ¿Te pedí que me enviaras la carta para copiarla y enviártela, cuando salió el tercer anuncio, en la que me presentaba como tu esposa perdida y te ofrecía un detallado recuento de mi huida y de mi vida posterior, todo fruto de tu imaginación? Me engañaste e hiciste que me enamorara de ti para traerme a este rincón del mundo. ¡Ah, y otra cosa! ¿Cómo sabías que tu esposa no respondería a los anuncios, desbaratando con ello tus planes?

—Porque sabía que había muerto en el incendio.

—Entonces, ¿por qué no obligaste a Cytherea a vivir como tu esposa? Vamos, amor mío, confiesa que te he pillado. Ya puedes confesar: ¿para qué me has traído aquí, haciéndome pasar por tu esposa?

—¡Silencio! —gritó él.

Durante un par de minutos la mujer obedeció, pero luego siguió murmurando:

—¿Por qué la señorita Aldclyffe permitió que su doncella favorita, Cythie, fuera arrojada a un lado y suplantada sin demostrarle un ápice de afecto? Sabes que estoy convencida de que ejerces poder sobre esa dama. Y ella siempre me evita, como si yo compartiera ese poder. ¡Una pobre desgraciada como yo, poderosa!

—Cree que eres la señora Manston.

—Eso no explica por qué me evita.

—Sí lo explica —contestó él, impaciente—. ¡Dios, ojalá estuviera muerto, muerto!

Se había levantado al proferir esas palabras, y paseaba cansado por el extremo de la estancia. Regresó más decidido y la contempló.

—Tenemos que irnos si Raunham sospecha, y creo que así es —dijo—. La petición de Cytherea y de su hermano quizá sea solo para obtener una prueba legal que la libere de cualquier obligación, pero podría ir más lejos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Bueno, bueno. No importa, cariño —dijo ella, acercándose para reconciliarse con él—. No te alarmes, ¡cualquiera creería que tú eres la mujer y yo el hombre! Supón que descubren quién soy: siempre podemos irnos de aquí y seguir viviendo como hasta ahora. La gente dirá que tu primera mujer murió en un incendio, o que huyó a América, la versión que te parezca mejor. Que te casaste por segunda vez y luego dejaste a tu segunda esposa por Anne Seaway. Cosas que pasan todos los días, ¡nada grave, después de todo!

Manston hizo un movimiento impaciente.

—Hagamos lo que hagamos, nadie debe saber que no eres Eunice. Y ahora déjame pensar cómo voy a arreglar esto.

Se retiró a su despacho, y allí permaneció encerrado el resto de la noche.

**PARTE XIX**  
**LO ACAECIDO EN UN DÍA Y UNA NOCHE**



## I. 21 de marzo por la mañana

A la mañana siguiente, el administrador hizo vida normal. Brevemente, le contó a su Anne que ya había pensado en algo y le contaría los detalles a su regreso esa noche. Afortunadamente, la carta del párroco no pedía una respuesta inmediata, por lo que tenía tiempo para reflexionar sobre su siguiente movimiento.

Anne Seaway procedió a realizar las tareas de la casa. Además de supervisar cada día a la cocinera y la doncella, una de sus funciones era quitar personalmente el polvo, de vez en cuando, del despacho de Manston, para evitar que la criada cambiara el orden de los libros y documentos del administrador. Fue de la mesa a la estantería con el plumero en la mano, y se quedó en medio de la habitación mirando si quedaba alguna mota de polvo.

Advirtió una leve capa sobre el estante de un anticuado gabinete de madera de castaño de estilo Renacimiento francés, colocado en un hueco cerca de la chimenea. A pocos más de un metro del suelo, la parte superior se hundía, formando la repisa. En cada extremo se abrían dos puertecillas y el espacio central lo ocupaba un panel de tamaño similar, formando un tercer cuadrado. El polvo del estante estaba al nivel de los ojos de la mujer y, aunque era insignificante, era muy visible a causa de su situación oblicua. En el panel del centro había marcas de círculos en el polvo, lo que indicaba que se abría, como las otras puertas. Alguien lo había abierto hacía poco, causando la concentración de polvo en la repisa inferior.

Su curiosidad se veía levemente compensada. Pues lo cierto es que Anne se había lanzado a explorar el despacho de Manston para averiguar el motivo que había llevado al administrador a recluirse allí tras la carta del párroco y la conversación, más que el deseo de dejar la casa impoluta. Aun así, nada de extraño tendría la repisa polvorienta de no ser por un detalle. Casualmente, Manston le había dicho que a cada puerta lateral correspondía la mitad del espacio del medio, y que el panel era ornamental, para igualar los cuadrados de madera. Tal vez abriera el compartimiento la noche anterior a la luz de la vela y no vio las marcas que había dejado en el polvo; de otro modo, las habría borrado, para no ser pillado en una mentira. Anne balanceó su peso sobre una pierna, luego sobre la otra, y se quedó reflexionando. Pensó que era desagradable e injusto por parte de Manston ocultarle sus secretos, teniendo en cuenta su especial conexión. Fue derecha al gabinete. No había ninguna cerradura: debía ser posible, pues, abrir la puerta, sin más. Los círculos en el polvo le indicaban dónde debía aplicar la presión. Tiró con la punta de los dedos, pero el panel no se abría. Fue a buscar una silla y observó la parte superior del mueble, pero no vio ningún cerrojo, ni apertura, ni resorte.

—¡Qué más da! —se resignó, indiferente—. Se lo preguntaré, y me lo dirá.

Se bajó de la silla y se apartó. Observó otra vez el mueble y pensó que era una tontería que algo tan ínfimo fuera una molestia tan grande. Volvió sobre sus pasos y

abrió un cajón bajo la repisa del gabinete. Introdujo la mano, palpando la parte interior de la madera.

Allí detectó una breve hendidura circular y la apretó. No sucedió nada. Retiró su mano y se miró la punta del dedo: tenía la marca del círculo y una línea que lo cruzaba diametralmente.

—Qué estúpida: es la cabeza de un tornillo.

Fuera cual fuera el misterioso mecanismo para abrir el armario, se había roto hacía tiempo y lo había sustituido por ese burdo artificio. Su curiosidad estimulada ya no le permitía echarse atrás. Fue a por un destornillador, retiró el tornillo, abrió la puertecilla con una navajita y encontró una cavidad de unos sesenta centímetros cuadrados. Y en ella, varias cartas de mujeres, con firmas desconocidas, solo nombres propios (pues los apellidos debían despreciarse en la isla de Pafos<sup>[20]</sup>).

Cartas de su esposa Eunice. Cartas de la propia Anne, que escribió en respuesta a su anuncio. Un pequeño libro de notas. Unos pedazos de papel.

Miró sin demasiado interés las cartas de las extrañas con nombres cariñosos y las apartó. Eran semejantes a su propia ilusión, que ahora lamentaba, y la curiosidad exige el contraste para seguir viva.

Examinó las cartas de su esposa. Se remontaban al primer encuentro de Eunice con Manston; las primeras misivas de antes del enlace contenían las habituales efusiones propias de una mujer en ese momento de su vida. Poco tiempo después estaban casados; cuando Manston se instaló en Knapwater, volvieron a cartearse; el contenido de las cartas más recientes le pareció más interesante. Cerró el gabinete, se llevó las cartas a su salita, se sentó en el sofá y las leyó atentamente en el orden en el que estaban fechadas.

JOHN STREET,  
17 de octubre de 1864

Querido esposo:

Recibí tu nota apresurada de ayer y, por supuesto, me alegró mucho. Pero ¿por qué no me dices tu dirección, en lugar de pedirme que envíe mis respuestas a la oficina de correos de Budmouth? Me parece un misterio y creo que deberías contarme la verdad. No imagino que tu actual trabajo sea del mismo tipo de los que tenías antes. Está claro que obedeceré tus instrucciones y me quedaré aquí hasta «ver cómo van las cosas». Pero sí, como dices, no habrían contratado a un hombre casado, y por eso debías mantener mi existencia en secreto para conseguir el puesto, ¿por qué aceptaste ese trabajo?

La verdad es que mantener nuestro matrimonio en secreto es un problema, una molestia y no me gusta. Veo a las mujeres pobres de la calle orgullosas de decir el nombre de sus maridos, viviendo con ellos con normalidad. ¿Por qué yo no puedo? Ojalá volviéramos a Liverpool.

Hoy me he comprado un abrigo impermeable gris. Creo que es un poco largo para mí, pero era barato, para la calidad de la prenda. Hace un tiempo horrible y aburrido, y hasta esta mañana no he podido salir de casa, desde que te fuiste.

Por favor, dime cuándo puedo ir.

Con afecto,  
Eunice

JOHN STREET,

Querido esposo:

¿Por qué no me escribes? ¿Acaso me odias? No he sabido nada de ti en la última semana. Que tu esposa se encuentre en una situación semejante, y su marido sin problemas económicos, ¡es inaudito! Me he visto obligada a dejar mi primer alojamiento por deudas, porque, entre otras cosas, me querían cobrar un *brandy* que te aseguro no probé. Luego me fui a Camberwell, y allí me descubrieron. Tuve que escapar casi a escondidas de allí y cambiar mi nombre por segunda vez. Ahora me hago llamar señora Rondley. Pero el nuevo sitio era horrible, lo más espantoso que había visto, así que solo me quedé un día. Me alojo en el número 20 de la misma calle en la que me dejaste al principio. Durante la noche, la ventana de guillotina crujía tan tremendamente que no me dejaba dormir, pero no tuve la energía suficiente para levantarme y arreglarla. Esta mañana he salido a pasear, no sé hasta dónde, y al volver me dolían los pies. He visto, desde fuera, dos o tres teatros; me intimidan cuando pienso en entrar como actriz en busca de trabajo. Aunque me dijiste que debía abandonar el teatro, no creo que te importase mucho verme actuar. Sin embargo, no soy actriz por naturaleza y el arte no me transformará en actriz. Soy demasiado tímida y discreta: mi destino es ser la esposa de un caballero de provincias, o de un granjero pudiente. Desde luego no pienso volver a actuar mientras viva aquí. ¡Llegar a esta gran ciudad, tan lejos de mi tierra natal, para que me dejen sola! ¿Por qué no me dejaste en Liverpool? Quizá pensabas que allí le habría dicho a alguien que mi apellido es Manston. Como si tuviera amigos a quién decírselo. ¡No tengo esa suerte! De hecho, mi amigo más cercano es lo más parecido a lo que la gente califica de extraño. Debería decirte que una semana antes de escribirte la última carta, tras desear que mi tío y mi tía de Filadelfia (los únicos parientes vivos que tenía) no hubieran dejado este mundo, me decidí a mandarle una misiva a mi primo James, que, según creo, aún vive en el mismo barrio. No me ha vuelto a ver desde que éramos niños. No le hablé de mi matrimonio, porque supuse que no te gustaría; le di mi nombre de soltera, y una dirección de envío en la oficina de correos más cercana. Pero Dios sabe si recibirá mi carta. Contéstame, te lo ruego, o mándame algo.

Tu esposa que te quiere,  
Eunice

Viernes, 28 de octubre

Querido esposo:

Acaban de llegar las diez libras que me mandaste y me alegro mucho. Pero ¿por qué me escribes con tanto reproche? Bueno, si hubiera tenido dinero ya estaría camino de América a estas alturas, así que no creas que quiero aburrirte. ¿A quién has podido conocer en un sitio tan recóndito como ese? No lo digo con maldad, pero desde luego los hechos demuestran que me has abandonado. Sé que eres inconstante, lo sé perfectamente. Pero ¡oh!, ¿por qué? Ahora que te he perdido, te amo a pesar de tu olvido. Soy débil de carácter, y te tengo cariño: soy así. Me temo que he echado a perder mi vida. Sé que otra mujer ocupa mi lugar en tu corazón. Lo sé muy bien. Vuelve a mí, querido. Vuelve.

Eunice

41, CHARLES SQUARE, HOXTON  
19 de noviembre

Querido Aeneas:

Aquí estoy de vuelta, tras mi visita. ¿Por qué te irritó tanto que descubriera tu dirección? Cualquier mujer lo hubiera intentado, lo sabes bien. Y nadie habría soportado vivir con un nombre falso tanto tiempo como yo. Te repito que no me hice llamar señora Manston hasta que llegué aquí, a principios de mes. ¿Qué esperabas de mí?

No tenía medios, de no ser porque la fortuna me sonrió inesperadamente. Me echaste de tu casa al amanecer y no pensé que la indignidad de mi salida fuera a llevarme a ninguna parte. Pero, al cruzar el parque, tuve la suerte de escuchar casualmente la conversación entre un joven y una mujer que

también habían madrugado. Ella, estoy segura, es la muchacha que te ha conquistado y apartado de mí. Bueno, pues la conversación trataba de ti y de la señorita Aldclyffe, y el tono era bastante peculiar. Lo más notable era que tú mismo, sin darte cuenta, me contaste algo que, junto a la conversación que oí, me reveló un secreto que ninguno de los dos comprendéis. Dos negativos jamás dieron un positivo tan claro. Una pista más, y te darías cuenta. Solo me contengo porque, sinceramente, dudo si tu ignorancia era real, o fingiste no saberlo para, una vez más, engañarme.

Por favor, sé educado.  
Eunice

41, CHARLES SQUARE  
Martes, 22 de noviembre

Querido esposo:

El lunes es un día espléndido para mí y he hecho exactamente lo que me has indicado. He vendido mis escasas posesiones en la casa de subastas de la calle de al lado. Este movimiento y agitación me parecen deliciosos, después de las semanas de monotonía que he tenido que soportar. Me alivia despedirme de Londres, que siempre me ha parecido más ajena que Liverpool.

El tren del mediodía el lunes me parece perfecto, y esperaré tu llegada el domingo por la noche con ansiedad.

Espero de veras que no estés enfadado porque le escribiera a la señorita Aldclyffe. No lo estás, ¿verdad? Perdóname.

Tu esposa que te quiere,  
Eunice

Esta era la última carta de la esposa a su marido. Había otra, con la caligrafía de la señora Manston en el mismo paquete, con una dirección distinta.

POSADA DE LOS TRES MERCADERES, CARRIFORD  
28 de noviembre de 1864

Querido primo James:

Muchas gracias por contestar mi carta tan rápidamente. Cuando fui ayer a la oficina de correos, no imaginaba que recibiría contestación. Pero debo apresurarme. Me encuentro en una de las situaciones más tristes e inconcebibles que pueda imaginarse.

No te conté en mi anterior carta que soy una mujer casada. No me culpes: fue por mi esposo. No sé ni por dónde empezar. Nos habíamos separado un tiempo, y luego me pidió que me reuniera con él (esta última semana) y me alegró hacerlo. Y esto fue lo que pasó: prometió venir a buscarme y no lo hizo. Dejó que hiciera el viaje sola. Prometió recibirme en la estación, pero no se presentó. Tuve que caminar en la oscuridad hasta su casa; la puerta estaba cerrada y él, fuera. Ahora estoy en una posada, obligada a escribirte desde una habitación extraña en un pueblo desconocido. Y te escribo ahora para tratar de olvidar mi tristeza. Uno se complace en el dolor cuando escribe sobre él: es un pequeño y mísero placer.

Pero quiero saber algo, y me avergüenza decirlo así, aunque no me queda más remedio. Me haría muy feliz seguir tu sugerencia, y regresar a casa y ser tu ama de llaves, pero no tengo dinero para el pasaje de vuelta. James, ¿quieres ayudarme, te apiadas lo suficiente de mí para mandarme ese dinero? Puedo sobrevivir en Londres con lo que obtuve de la venta de mis enseres durante un mes, o seis semanas. ¿Me mandarás el dinero a esta misma dirección, en la oficina de correos? Pero ¿cómo sé que...

Así terminaba la carta. Por el papel era fácil deducir que su autora, al llegar a este punto, se había arrepentido y había arrugado la carta entre sus manos. ¿Quería

escribir otra carta u olvidarse del asunto?

Anne Seaway cayó en la cuenta de que la historia fragmentada que había logrado extraer de Manston sobre su esposa, que supuestamente había abandonado Inglaterra para regresar a América, podía ser cierta, según esas dos cartas y la evidencia que el porteador había alegado. Y, sin embargo, Manston había jurado y perjurado que su esposa había perecido en el incendio.

Si así fuera, esta carta, escrita en su habitación, guardada para desecharla, también se habría quemado con ella. Eso era seguro.

Entonces, ¿por qué decía que la mujer había muerto entre las llamas y no le había mostrado a ella esa carta?

La cuestión planteó otra pregunta aún más extraña e intrigante y despertó el asombro de la mujer. ¿Cómo había llegado Manston a adueñarse de esa carta?

El hecho de que la poseyera era en verdad lo más notable del asunto de la epístola, y quizá tenía que ver con el motivo por el que no le había revelado su existencia.

Sabía, por varios motivos, que antes de casarse con Cytherea y hasta la confesión del porteador, Manston estaba convencido, honestamente, de que Cytherea sería su esposa legal y, por tanto, que su mujer, Eunice, estaba muerta. Así que no era posible que hubiera ningún contacto entre ambos desde que la creyó muerta, la noche del incendio, hasta el día de la boda. Y, sin embargo, tenía esa carta. ¿Cuándo se hizo con ella?

La existencia de la carta, tanto o más que su contenido, implicaba que la señora Manston no había muerto en el incendio y que el administrador creyó en el fin de su desgracia cuando obtuvo la carta, si no antes. ¿Cuál era la solución del acertijo, que Anne ahora vislumbraba, el verdadero secreto? ¿Se había comunicado con su esposa antes de su llegada o había hablado con ella desde que ella vivía con él?

Era de todo punto improbable que una esposa que hubiera abandonado a su marido aceptara sin quejarse un plan para suplantarla, estuviera en América, en Londres o en Knapwater.

Volvió a plantearse la pregunta: ¿por qué Manston arriesgaba su reputación, y todo lo que había conseguido, con la estratagema de que ella suplantara a su mujer? No podía ser mera pasión, como sostenía él desde el principio. Recordó la carta del señor Raunham, pidiendo una prueba de la identidad de la señora Manston. No había manera de escapar. Ciertamente, su peor alternativa era realmente grave o así se lo parecía a ella: que le tachasen de promiscuo y libertino, aparecer frente a un tribunal en un proceso de divorcio y los perjuicios económicos. Un escándalo así podía perjudicar su situación profesional. Para él se trataba de una alternativa tan terrible como la muerte.

Devolvió las cartas al armario del gabinete, echó una última mirada a los papeles y los recuerdos y, sin obtener más información, cerró las puertas y lo dejó todo en su lugar.

No estaba tranquila. Deseaba más que nunca no haber conocido a Manston. Cuando el dueño de una moral dudosa posee grandes atractivos físicos e intelectuales, el mero sentido de lo incongruente añade un motivo más para estremecerse. La extraña actitud del hombre aterrorizaba a Anne igual que había aterrorizado a Cytherea; pues, aunque Anne tuviera defectos, no había descendido a las simas de la depravación para participar en ningún crimen. Ni siquiera había sabido que existía una esposa, a la que sustituía, hasta que su llegada a Knapwater hizo imposible la retirada. Había asumido la suplantación como una manera de subsistir ligeramente más deseable que la pobreza y la soledad, después de llevar una vida relativamente cómoda y vivaz como ama de llaves en una casa alegre.

*Non illa colo calathisque Minervae  
foemineas asueta manus*<sup>[21]</sup>.

## II. Tarde

A estas horas, el señor Raunham y Edward Springrove habían puesto en marcha un proyecto del que esperaban notables resultados.

El párroco estuvo inquieto y reflexionando toda la mañana. Quedó claro, hasta para los criados que le rodeaban, que la información de Springrove había sido más grave que ninguna otra que hubiera recibido el viejo magistrado en los últimos meses, o años. El hecho era que, tras alcanzar el punto de su existencia en el que es posible contener el propio juicio, ahora se veía obligado a ponerlo en práctica, y no sin cuidadoso esfuerzo.

Hasta la tarde, no se decidió a visitar a su pariente, la señorita Aldclyffe, y tratar de descubrir cautelosamente lo que ella sabía del tema al que tanto tiempo había dedicado. No ignoraba que la solitaria mujer estaba encariñada con Cytherea. La señorita Aldclyffe se había puesto en contacto con él para averiguar el estado de ánimo de su antigua doncella y hasta percibía cierta tristeza cuando la nombraba. En su opinión, eso demostraba que, fuera cual fuera el motivo que había impulsado a la dama a renunciar a su favorita, no sentía indiferencia por su destino.

—¿Ha tenido alguna vez motivos para suponer que su administrador no es un hombre decente? —le preguntó sin rodeos.

—Nunca. ¿Y usted? —replicó ella, reservada.

—Yo sí.

—¿Qué motivos?

—No puedo hablar, porque aún no dispongo de pruebas. Pero tengo sólidas sospechas.

—¿Como, por ejemplo, que trató fríamente a su esposa y fue muy injusto al abandonarla? Sé que lo fue, pero creo que su reciente conducta ha suavizado su anterior negligencia.

El párroco observó a la señorita Aldclyffe. Era patente que hablaba con sinceridad y que no tenía ni idea de que la mujer que vivía con el administrador podía no ser la señora Manston, ni lo que esa suplantación suponía.

—No se trata de eso. Ojalá. En primer lugar, creo que la mujer que vive con él no es la señora Manston.

—¿Cómo?

—Así es.

La señorita Aldclyffe miraba boquiabierto al párroco.

—¿Cómo que no es la señora Manston? ¿Y quién, si no, puede ser?

—Una mujer de dudosa reputación, llamada Anne Seaway.

El señor Raunham, como otras personas, había percibido la extraordinaria preocupación que la señorita Aldclyffe mostraba por el bienestar de su administrador y trataba de hallar una explicación. Pero se dio cuenta, al ver el impacto de su información sobre la dama, que el entendimiento entre ella y el señor Manston no la

convertía en cómplice o partícipe de sus secretos, si bien la relación que le unía a él no se vio alterada por la revelación de la falsa señora Manston. El señor Raunham había albergado dudas respecto a la relación entre la señorita Aldclyffe y Manston, y ahora, al comprobar que estaba equivocado, lamentó no haberse dejado guiar por su propio juicio. Sin embargo, era demasiado tarde para callar y siguió hablando. Explicó a la señorita Aldclyffe con detalle los motivos de su sospecha.

Antes de terminar, la señorita Aldclyffe volvió a adoptar la actitud reservada con la que había recibido su primer comentario.

—Después de una argumentación tan elaborada, quizá me convencería de que está usted en lo cierto —replicó—, si no fuera por un detalle, que apunta en la dirección opuesta tan obviamente que, excepto una prueba aplastante, nada puede contradecirlo. Es este: no hay ningún motivo concebible que pueda inducir a un hombre, y no digamos a alguien de la claridad mental y la integridad del señor Manston, a comportarse así; ningún motivo bajo el sol.

—Esa era mi opinión hasta que me visitó un amigo la pasada noche, un amigo mío y de la pobre Cytherea.

—Ah, y en cuanto a Cytherea —prosiguió la señorita Aldclyffe, como si se aferrara a una idea tras oír su nombre—, sé muy bien que Manston amaba a Cytherea, que la ama aún, devota y locamente, y puedo jurarlo por mi vida. Cytherea es mucho más joven que la señora Manston y, tal como la considero, dos veces más dulce que ella y tres veces más hermosa. ¿Cree que la habría sacrificado por alguien como... por una...?

¡Señor Raunham, su historia es una monstruosidad y me niego a creerla!

Su negativa era resplandeciente y magnífica, sincera. El párroco podría haberle aclarado el motivo, pero decidió no hacerlo por razones personales.

—Muy bien, señora. Solo espero que los hechos confirmen su fe en el señor Manston. Pregúnteselo, si quiere, pregúntele si la mujer que vive con él es su esposa y verá su reacción.

—Eso haré mañana mismo, no lo dude —respondió ella—. Siempre expongo la podredumbre a la luz del día; es la única manera de acabar con ella.

Pero, en cuanto el párroco se fue, la semilla que había plantado creció hasta convertirse en un árbol. Estaba tan impaciente por acallar su inquietud que apenas podía esperar la llegada de la noche, que ocultaría sus movimientos. Lo hizo con gran dificultad. En cuanto se puso el sol, antes de la oscuridad completa, se envolvió en una capa, abandonó discretamente la casa y caminó erguida por el parque sombrío, hacia la casa del administrador.

En ese momento, dos personas se sentaban en el salón de la casa del párroco, para compartir la cena que este habitualmente comía a solas. Una era un hombre con aspecto de funcionario común, excepto por su mirada. El otro era Edward Springrove.

El descubrimiento de las cartas ocultas preocupaba a Anne Seaway. Su naturaleza femenina estaba convencida de que Manston no tenía derecho a ocultarle lo sucedido



con su mujer. La perplejidad cedió a la irritación; esta, al resentimiento. La curiosidad no la había abandonado. Durante la mañana se aliaron resentimiento y curiosidad.

El administrador habló poco con su compañera en la comida. Parecía no importarle las apariencias y se mostró indiferente ante lo que le reservaba el destino. Su proceder traicionaba la certeza de que algo portentoso iba a suceder y no dio ninguna explicación. Observando cada gesto, como solo una mujer puede hacerlo, llegó al convencimiento de que quería huir en secreto. Temió por su seguridad; no sabía nada de la ley ni de la justicia y pensó que podrían acusarla si él desaparecía.

Por la tarde, Manston salió y ella lo observó alejándose en dirección al pueblo. Sintió ganas de ir con él y, al cabo de media hora, así lo hizo, a pie, a pesar de la distancia; simuladamente, para ir de compras.

Fue a la droguería a comprar algo. Cerca de la tienda estaba el banco del condado. Miró el escaparate y, entre las botellas de cristales de color, vio a Manston bajar los peldaños de la institución, retirando la mano de su bolsillo y subiéndose el cuello del abrigo para protegerse del frío.

Es una costumbre universal, cuando se deja un banco, ajustarse con cuidado los bolsillos si se ha recibido dinero; en cambio, si se ha abonado, las manos se balancean suavemente. El administrador acababa de sacar dinero, con toda probabilidad y, posiblemente, en nombre de la señorita Aldclyffe, como solía hacer. Y tal vez había retirado una cantidad personal, como haría un hombre a punto de abandonar el país.

### III. De las cinco a las ocho de la tarde

Anne llegó a casa a tiempo de dirigir los preparativos de la cena. Manston llegó media hora más tarde. La lámpara estaba encendida, los postigos cerrados; se sentaron. Estaba pálido y con aspecto cansado, casi demacrado.

La cena transcurrió en silencio, apenas interrumpido. Si las preocupaciones superan la combinación de una velada con una compañía placentera, la escena debe ser notablemente vivida. Cuando Anne se levantaba de la mesa, llamaron a la puerta.

Antes de que la doncella atendiera, Manston cruzó la sala y abrió la puerta. La visita era la señorita Aldclyffe.

Manston regresó al comedor y, en voz baja, le dijo a Anne:

—Te agradecería que te retiraras a tu habitación un rato.

—Es una noche agradable y estrellada —respondió ella—. Si no te importa, iré a dar una vuelta, si quieres hablar en privado con la señorita Aldclyffe.

—Haz lo que te venga en gana —respondió él. Intercambió frases convencionales y educadas con la señorita Aldclyffe, y Anne subió a por un abrigo y un sombrero. Bajó, abrió la puerta y salió.

Miró a su alrededor para empaparse de la noche. Todo estaba oscuro, tranquilo, triste. Se quedó paralizada. Desde que Manston le había pedido que se retirara, un fuerte y ardiente deseo de enterarse de su conversación con la señorita Aldclyffe la devoraba. No era solo curiosidad, sino la sospecha que albergaba desde su hallazgo de la mañana. La convicción de que su futuro dependía de su capacidad de enfrentarse a un hombre que, en circunstancias desesperadas, no sería su cómplice, la empujó al estratégico movimiento de averiguar el secreto que ahora se debatía. La mujer pensó y pensó y observó los negros árboles, reflexionando sobre cómo conseguirlo.

Abrió la puerta de entrada con sigilo y se deslizó en el vestíbulo, lentamente, para no ser descubierta; luego, poco a poco, se acercó a la puerta de la salita en la que Manston y la señorita Aldclyffe conversaban. No se oía nada, ni a través de la cerradura ni de los paneles de madera. Arriesgándose, giró suavemente el pomo y abrió la puerta un centímetro. Lo hizo con tanta delicadeza que tardó tres minutos en completar la acción. En ese instante, la señorita Aldclyffe dijo:

—Hay corriente. Creo que la puerta está entreabierta.

Anna se ocultó bajo el hueco de la escalera. Manston se acercó y cerró la puerta. No podía intentarlo de nuevo y reflexionó sobre sus opciones. La salita donde tenía lugar la entrevista tenía postigos exteriores, como es habitual en las casas de campo antiguas. Clavados a ambos lados de la apertura de la ventana, se acoplaban en el medio, donde se cerraban con una banda que los unía entre sí y con el parteluz inferior. El cerrojo se fijaba por la parte interior con una clavija, que raras veces se usaba hasta que Manston o ella se retiraban a dormir, y no siempre.

Si volvía frente a la puerta de la sala corría el riesgo de ser descubierta, pero podía escucharles desde la ventana, que daba a una parte del jardín que nadie recorría por la noche. Allí estaría a salvo de cualquier intromisión. Valía la pena intentarlo.

Se deslizó hacia la ventana, tomó la clavija entre el dedo índice y el pulgar y la soltó suavemente hasta retirarla por completo. Los postigos no se movieron; pero, como el mecanismo que los unía se había abierto, contaba con un orificio de más de un centímetro de diámetro, a través del que podía vislumbrar la habitación. Miró por el agujero.

La señorita Aldclyffe y Manston estaban de pie. Manston, de espaldas a la ventana, y su acompañante, frente a ella. El rostro de la dama era severo, con una mirada altiva y censora. No podía ver nada más. Anne se giró, apoyó el hombro contra los postigos y acercó la oreja al orificio.

—Ya sabes dónde —decía la señorita Aldclyffe—. ¿Cómo has podido caer en un doble engaño, un hombre como tú?

—Los hombres hacemos cosas extrañas, a veces.

—¿Por qué lo hiciste? Dime.

—Por un mero capricho.

—Podría creerte, si la mujer fuera más atractiva que Cytherea, o si llevaras un tiempo casado con la muchacha y te hubieras aburrido de ella.

—¿Y no puedes creer que, casado con Cytherea, tuve que abandonarla porque mi esposa seguía viva, y se negaba a regresar conmigo? ¿Que, para evitar que Cytherea, a la que sigo amando, no quedara arruinada y su reputación por el fango si mi esposa me denunciaba, opté por buscar una doble y llevarla a vivir conmigo?

—No, no lo creo. Tu amor por Cytherea no fue del tipo que implica una excusa como la que acabas de inventarte. Para ti, era Cytherea o nadie. En tanto que objeto de pasión, desde luego que no deseas a esa Anne Seaway; y, desde luego, no tanto para jugarte tu reputación, trayéndola aquí como lo has hecho. Estoy segura de eso, Aeneas.

—También yo —contestó él, brutalmente.

La señorita Aldclyffe soltó una exclamación; la confesión era como un golpe, tan súbita había sido. Empezó a reprochárselo, amargamente y con lágrimas.

—¿Cómo pudiste dar al traste con mi plan y hundir la vida de la única muchacha por la que me he encariñado, haciendo algo tan inexplicable? ¡Esa mujer debe irse lo antes posible, y quizá abandonar el país! Por el amor de Dios, ¡la verdad se sabrá en un día o dos!

—No tiene que hacer nada y, por el momento, tenemos que evitar que la verdad salga a la luz, aunque ahora no sepamos cómo. Si me quedo aquí, o voy a otra parte como Aeneas Manston, esa mujer vivirá conmigo como mi esposa ¡o estoy condenado!

—No te permitiré que la conserves a tu lado, sea cual sea el motivo.

—Tienes que hacer algo —murmuró él—. Sí, tienes que hacerlo.

—No lo haré —respondió ella—. Es un crimen.

La miró fijamente.

—¿Acaso vas a dejarme solo en este engaño? ¿No ves que mi vida depende de ello? ¿No piensas ayudarme?

—¡Tonterías! Será un escándalo, de acuerdo, pero esa mujer tiene que irse. La cosa tarde o temprano, y más vale que nos enfrentemos a ello ahora.

Manston repitió con el mismo tono lúgubre:

—Mi vida depende de que me ayudes. ¡Mi vida!

Se acercó a ella, y le susurró algo al oído. Al hacerlo, sostenía la cabeza de ella cerca de sus labios. Una retahíla de expresiones, a cuál más extraña, sombreó la cara de la señorita Aldclyffe; las muecas que deformaban sus labios eran horrendas. Él seguía aferrándola y hablándole.

Las palabras que Anne Seaway oyó, pues los susurros los apagaba el gemido del viento y el rugido de la cascada del jardín, fueron dichas temblorosamente por señorita Aldclyffe:

—No tienen dinero. ¿Qué pueden demostrar?

Se esforzó en oír la respuesta, pero fue en vano. El resto del diálogo dejó clara una cosa para Anne, y por deducción: que la señorita Aldclyffe, a raíz de la revelación de Manston, iba a dedicarse en cuerpo y alma a salvarlo del peligro que corría.

La señorita Aldclyffe no tenía ya motivos para quedarse, pero permaneció en la sala como si le doliera dejar solo a Manston. Cuando finalmente la alicaída y agitada dama se dispuso a retirarse, Anne insertó la clavija en el cierre de los postigos, corrió hacia el arco de entrada del jardín y descendió por los peldaños hasta el parque. Allí permaneció oculta cerca de un gran tronco de lima, que la tapaba por completo.

Minutos después divisó a Manston con la señorita Aldclyffe de su brazo, cruzando la pradera que tenía delante en dirección a la residencia. Los observó subir y avanzar, como dos puntitos negros, hacia la mansión. La aparición de un espacio de luz oblonga en la oscura masa de paredes y muros indicó que se había abierto la puerta. La silueta de la señorita Aldclyffe se recortó contra ella; la puerta se cerró y todo volvió a la oscuridad. La silueta de Manston, regresando solo, era lo único que se perfilaba en el negro jardín, y pasó cerca del escondrijo de Anne.

Esperó un cuarto de hora, para no despertar sospechas, y, transcurrido ese tiempo, regresó a la casa.

## IV. De las ocho a las once de la noche

Manston se mostró muy agradable esa noche. Era evidente para ella, ahora que había averiguado parte de lo que sucedía, que hacía un denodado esfuerzo para disimular su verdadero estado de ánimo.

Sin embargo, seguía aterrorizada por su causa. Cuando se sentaron a cenar, Manston habló animadamente. Pero ¿hay acaso mirada más sagaz que la de una mujer desconfiada? Frente a eso, la astucia de un hombre es como la armadura de Sisara contra el clavo vengador de Jael<sup>[22]</sup>. Descubrió que, a pesar de su habilidad, Manston no solo quería ocultarle su estado, sino distraer su atención con un juego de manos.

¡Qué momento para ella! Todo su cuerpo se alertó. No le dejó el más mínimo resquicio. Todos experimentamos esa sensación duplicada, cuando la existencia se divide en dos: el inocente habla normalmente y el otro oculta a un timorato espía.

Manston jugaba a eso, pero de manera más tangible. La comida casi había terminado cuando se le ocurrió cómo lograr su objetivo. Se echó hacia atrás en la silla como si reflexionase y miró el reloj de la pared frente a él. Sentenciosamente, dijo:

—Pocas cosas expresan más con mayor simplicidad que un reloj. Se puede ver en él una variedad de incentivos: desde la seducción más sutil a la negligencia, pasando por las sugerencias más potentes para actuar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Anne. No desentrañaba el sentido de sus palabras.

—Mira, por ejemplo, el aspecto frío, metódico, funcional y nada romántico de las posiciones de las manecillas del reloj. Casi parecen obligar a un hombre a trabajar, a su pesar. Y piensa en la incitante timidez de la esfera cuando las manecillas se superponen. Varias actitudes implican un lema, algo así como «¡Vamos!».

Ese vamos de la una menos diez difiere del vamos de las doce menos diez, igual que la juventud es diferente de la edad adulta y de la vejez. «Arriba y adelante», parecen decir las once menos veinticinco. El mediodía o la medianoche expresan que lo hecho, hecho está. ¿No te habías fijado?

—Pues sí, ahora que lo dices.

Siguió hablando, con pretendido encanto:

—El paso de las siete y diez, la locura desatada de las siete y cuarto, el cansancio agotador de las siete y veinticinco: seguro que todos se han fijado en eso.

—Aunque sea verdad, debes que admitir que tu imaginación contribuye a esas observaciones —puntualizó ella.

Manston seguía observando el reloj.

—En general, el acabado de la esfera tiene un gran efecto sobre la mirada. Esta de aquí, de cobre y bastante antigua, con la parte superior arqueada, y la división de media luna para el día del mes, y un barco meciéndose en la parte superior, me hace

pensar en un viejo cínico que arquea las cejas, con pensamientos que oscilan entre el bien y el mal.

De repente a Anne se le ocurrió que, como el reloj estaba detrás de él, Manston quería que se girase a contemplarlo. Temía hacerlo; pero, para no despertar sospechas, lo hizo, aunque sin bajar la guardia: miró rápidamente hacia atrás durante su parlamento y rápidamente volvió a enderezarse. Manston no había tenido tiempo de hacer nada.

—Ah —exclamó el hombre, mientras vertía vino en la copa de ella—, hablar de relojes me ha recordado que hay que darle cuerda. ¿Te importaría hacerlo, querida?

No había forma de evitarlo. Se dio la vuelta con decisión para realizar la operación: cualquier cosa antes de que sospechara. Era un reloj tradicional, cuyo mecanismo y ornamentación encajaba con los antiguos muebles que Manston había acumulado en su casa; al darle cuerda, el mecanismo chirriaba.

Anne había abandonado la esperanza de observar a Manston en ese intervalo y el ruido le impidió discernir si hacía algo a sus espaldas. Pero, mientras se ocupaba con el reloj, vio su sombra reflejada en la pared, a la altura de su mano derecha.

¿Por qué se había levantado? Vio que la silueta vertía algo en su copa de vino. Antes de que ella hubiera terminado, Manston había completado su misión. Metódicamente, la mujer cerró la caja de cristal del reloj y se volvió; parecía que no se había movido de la silla.

En una agradable estampa familiar resulta difícil comprender que un detalle añadido que no la modifica se transforme en algo terrible. La mujer estaba convencida de que Manston quería envenenarla y, pese a ello, no sintió miedo.

Al reflexionar sobre esa consecuencia, otra suposición la hizo desechar el temor, por absurdo además de improbable. Sería una locura acabar con su vida, siendo tan fácil de descubrir; el acto de un loco, a menos que Manston albergara una razón más importante para cometer el crimen.

Quizá quería asegurarse de que esa noche Anne dormiría profundamente. Eso encajaba con su sospecha inicial: su intención de huir en secreto. En todo caso, era seguro que se disponía a poner en marcha un plan decisivo y ella quedaba al respecto en la más completa oscuridad. La dificultad estribaba en esquivar el vino.

Con un pretexto u otro, evitó su copa cinco minutos, pero Manston la observaba atentamente para impedir que arrojara su contenido a la chimenea o en una maceta. No tuvo más remedio que tomar un sorbo. Lo hizo, y rápidamente depositó discretamente el líquido en su pañuelo.

Estaba claro que Manston no contaba con que ella estuviera alerta. Parecía satisfecho con su estratagema y se volvió a atizar el fuego. Anne tomó el vaso y vertió el contenido en su corsé. Cuando se volvió, la mujer sostenía la copa vacía como si acabara de bebérsela.

Llegada la hora de retirarse, Manston cerró las puertas y aseguró los postigos. Ella se ocupó de otros detalles de la casa, y minutos después ambos se retiraron a

descansar.

## V. De las once de la noche a la medianoche

Cuando Manston se convenció de que Anne Seaway estaba dormida, tras escuchar su respiración profunda, hábilmente fingida por la mujer, se levantó con sigilo y se vistió en la oscuridad. Durante la operación, no dejó de prestarla atención; sacó algo de su bolsillo, lo puso en el cajón de la mesita de noche, fue a la puerta y bajó las escaleras. Anne salió de la cama y vio lo que había depositado en la mesita. Había devuelto a su lugar un vial que solía guardar allí. En la etiqueta ponía «Solución de opio Battley». Se sintió aliviada al descubrir que no había intentado acabar con su vida, que se trataba de una droga para dormirla. No tenía un minuto que perder. Le siguió en bata hasta el pie de la escalera, a tiempo de verlo entrar en su despacho y cerrar la puerta. Vio la luz encendida. Se acercó a la puerta, pero no se atrevía a abrirla, ni siquiera levemente. Colocó la oreja contra la madera y oyó que sacaba y movía documentos; un instante después, una luz más brillante y fugaz que procedía del interior le indicó que los estaba quemando. Un suave ruido de pasos en la madera reveló que se acercaba a la puerta. Anne subió las escaleras a toda prisa y volvió a meterse en la cama.

Manston regresó a la habitación poco después y entró a oscuras. Se quedó un instante de pie, asegurándose de que seguía dormida, se acercó al cajón donde guardaban el dinero de los gastos diarios y extrajo la bolsa. Anne oyó claramente el crujir de billetes y el repicar del oro cuando los sacó de la bolsa y se lo introdujo en el bolsillo. El resto lo devolvió a su sitio. Se quedó un rato pensando, como si valorara una posibilidad. Al hacerlo, vio su propio rostro reflejado en el espejo: una imagen pálida y espectral, en la penumbra. Eso pareció decantar su decisión: exhaló un profundo suspiro, salió de la habitación y bajó a la planta baja. Anne le oyó abrir la puerta trasera y salir al patio.

Se sintió segura de saber que no tenía intención de regresar a la habitación y se levantó y vistió apresuradamente. Al intentar salir, descubrió que había cerrado la puerta. «Una precaución, nada más», murmuró. Pero la extrañó y emocionó aún más su curiosidad. Si se disponía a irse de inmediato, no se habría tomado la molestia de encerrarla, creyendo que aún dormía por efecto de la droga. El cierre encajaba en una ranura, así que no podía abrir la puerta. ¿Cómo iba a seguirlo? Fácilmente: en la habitación, un armario se abría al exterior. Era bastante grande; se había utilizado como vestidor o incluso baño, pero, al no tener salida al rellano, habían optado por no usarlo. La ventana de la habitación daba al techo del porche, llano y forrado de plomo. Anne cogió un cojín de la cama, abrió suavemente la ventana y salió al exterior. Allí, inclinándose sobre el parapeto que decoraba el porche, tiró el cojín al camino de gravilla y se deslizó por el parapeto hasta quedar colgada a unos centímetros del suelo. Desde esa posición, se dejó caer ágilmente sobre el cojín, y quedó en pie en el camino.



Desde el paseo nocturno a primera hora de la noche había salido la luna, pero las espesas nubes que se extendían sobre el cielo apagaban su luz, gris y ubicua. Parecía un atributo del aire. Anne avanzó sigilosa por la parte trasera de la casa, escuchando con atención. El administrador había salido unos diez minutos antes que ella. Esperó a contar cincuenta y oyó ruidos en la parte exterior de la casa; en concreto, en la construcción adyacente al edificio principal. Se trataba de una estructura auxiliar compuesta de una habitación y antesala, que antaño había sido la cocina y la despensa, antes de que se derribaran los pasillos que la conectaban con la casa. Ahora se utilizaba como destilería y taller, respectivamente, la única manera de acceder era pasando por la destilería. La puerta exterior de la sala solía estar cerrada con un candado. Había un candado, pero no cerrado. Evidentemente, Manston estaba dentro.

Anne abrió ligeramente la puerta. El interior de la destilería estaba envuelto en penumbra, pero una luz llegaba desde el suelo del interior del espacio, o de la puerta del taller, que no estaba totalmente entornada. Se trataba de una luz inesperada, pues no entraba un asomo de resplandor por alguna rendija o agujero. Al mirar con mayor atención, vio que había colocado sábanas y tapetes por las diversas aperturas y colgado un saco de tela en la ventana, para evitar el menor rayo de luz. También vio que, desde donde estaba, la barra de luz caía sobre el recipiente de cobre de enfrente de la puerta interior y sobre él había dejado la llave del dormitorio. El interior iluminado del taller era visible desde su posición. Manston estaba vaciando un armario grande, apartando herramientas, botellas y hierro acumulado. Cuando lo vació se hizo con un cincel y con él retiró los ganchos y clavos que sostenían el armario contra la pared. Una vez soltados, levantó el armario y lo depositó en el suelo a su lado.

La porción de pared que el armario ocultaba quedó al descubierto. Se trataba, al parecer, de una zona enyesada más recientemente que el resto de la estructura auxiliar. Manston aflojó la superficie de la plancha de yeso, arrojando los pedazos a un cubo según se deshacía de ella. Después de vaciar unos veinte centímetros cuadrados de pared, insertó una palanca entre las juntas de los ladrillos de abajo, moviéndolos con cuidado hasta que se soltaron. Había dejado al descubierto la boca de un antiguo horno que, al parecer, estaba ahí insertado aprovechando el espesor de la pared y, tras caer en desuso, estaba tapiado con ladrillos. Se había construido siguiendo el viejo estilo de construcción de hornos, una cavidad sin chimenea.

Manston estiró el brazo hacia el interior del horno y sacó una bolsa de gran peso y tamaño que dejó en el suelo. Se trataba de un saco de maíz común, casi lleno, cerrado por la parte superior, como de costumbre.

Una o dos veces el administrador había levantado la cabeza, como si oyera ruidos, y ahora sus movimientos eran casi felinos. De repente, apagó la luz. Anne no había hecho el menor ruido, pero se había oído algo del exterior, en la estructura auxiliar. Ella también lo había oído. «Ratas», pensó.

Pronto se recuperó de la alarma y cambió de táctica. No encendió la luz de la vela, sino que siguió trabajando a oscuras. Anne ahora solo podía guiarse por los ruidos de sus esfuerzos; a juzgar por ellos, apilaba los ladrillos de la boca del horno para colocarlos como estaban. Durante este tiempo, Anne se preguntaba cómo regresaría a su habitación. Ya tenía la solución. Mientras Manston colocaba de nuevo el armario en su sitio, se deslizaría al interior de la destilería, tomaría la llave del recipiente, correría hasta arriba, abriría la puerta y traería la llave de vuelta; si Manston volvía a la cama, cosa improbable, pensaría que el cerrojo no había encajado bien. Con esa idea, Anne dejó a un lado la curiosidad que la hubiera llevado a averiguar el sentido de la tarea de Manston en el taller.

Se movió de lado por la primera puerta y la cerró en silencio. Avanzó en la oscuridad hacia la segunda, poniendo en sus pasos la máxima discreción y cuidado para que el suelo de tierra no crujiera bajo sus pies. Llegó al recipiente de cobre, muy cerca de la puerta de la estancia donde se hallaba Manston. Desde su posición le oía respirar pesadamente, a causa de los esfuerzos, pero demasiado oscuro para verlo.

Su principal preocupación era hacerse con la llave y, por tanto, alargó la mano para cogerla. Pero, en su lugar, sus dedos palparon la bota de un ser humano.

Casi se desmaya y un sudor frío le cubrió la nuca. Era el pie de hombre o de mujer, sobre el recipiente de cobre, donde había visto la llave. Un pie cálido, cubierto con una bota.

El asombroso descubrimiento la llenó de espanto y no pudo reprimir un leve gemido. Apartó la mano con la velocidad de una flecha. Como apenas había rozado la piel de la bota, parecía que su dueño no había percibido el roce y el ruido de la labor de Manston había apagado el frufrú de su vestido y su exclamación.

No era el administrador, eso estaba claro: aún se oía el ruido de la reconstrucción de la pared de ladrillos. Se trataba de alguien que, como ella, aprovechando la oscuridad, había aparecido de algún rincón de la casa auxiliar y observaba la misma pared. El miedo que al principio la había paralizado dejó paso al reconocimiento de su desesperada situación: tenía que lidiar con las consecuencias. La figura inmóvil tampoco sabía, como Manston, que ella estaba allí, y volvió a alargar la mano, esquivando el pie, hasta encontrar la llave. Al retirar la mano, la punta de su dedo meñique rozó el dobladillo de unos pantalones.

Era, pues, un hombre. Anne no podía ir directamente hacia la puerta, así que, con mucho cuidado, se retiró a un rincón y esperó allí. La relativa seguridad de su posición, comparada con la posibilidad de que la hubieran descubierto, le devolvió algo de calma y pudo aplicar la lógica a su reflexión, de la que dedujo lo siguiente: en primer lugar, el hombre había aprovechado la oscuridad para entrar; en segundo lugar, tenía que haberse ocultado antes de que ella llegara, porque no daba muestras de advertir su presencia. Finalmente, vigilaba a Manston por motivos propios, y con premeditación.

Por los ruidos, estaba claro que Manston había vuelto a colgar el armario y terminaba su tarea. Le oyó devolver a su interior los objetos que contenía, botella a botella, herramienta a herramienta. Después salió a la destilería, se acercó a la ventana y quitó las telas que la cubrían; pero, como la ventana era pequeña, apenas entró luz en el interior del cobertizo. Volvió al taller, se colgó algo al hombro y buscó en la habitación. Una vez hallado, cruzó la puerta interior, atravesó la destilería y se plantó en el jardín exterior. En cuanto salió, Anne pudo ver su silueta contra la débil luz de la luna, oculta por las nubes. Llevaba el saco colgando de un hombro y una pala en la otra mano.

Anne esperó en su rincón, casi sin atreverse a respirar, para ver cómo procedía el otro hombre. En menos de medio minuto oyó que descendía con cuidado del receptáculo de cobre y la apertura de la puerta mostró su silueta cuando salió siguiendo a Manston. Se trataba de un hombre de anchas espaldas, envuelto en un largo abrigo. Desapareció detrás del administrador.

La mujer exhaló un suspiro de alivio y se dispuso a seguirlo. Pero, en ese momento, vio que el observador también era observado: alguien le seguía.

Se trataba de una mujer. Anne Seaway volvió a ocultarse. La desconocida avanzó desde el lado opuesto del jardín y vaciló un rato. Era alta, de pelo oscuro y envuelta en una capa; se erguía como un ciprés. Se movió, cruzando el jardín con el mayor sigilo, y siguió a los demás.

Anne esperó otro minuto. Llegó su momento y siguió a la mujer.

Sin embargo, estaba tan impresionada con las personas que se seguían mutuamente que, al salir del cobertizo, giró la cabeza para ver si también ella tenía un perseguidor. No vio a nadie, pero en el ángulo del establo vio el caballo y el cabriolé de Manston, listo para partir.

Por tanto, su intención era huir, después de todo. Debía haber preparado el caballo en el intervalo entre su salida de la casa y el momento en que Anne salió por la ventana de su habitación. Pero no tenía tiempo de ponderar los hechos acaecidos durante la noche. Dio la vuelta y siguió la dirección que habían seguido los otros tres.

## VI. De la medianoche a la una y media de la madrugada

Todo transpiraba intensidad; hasta la noche parecía una observadora.

Los cuatro extraños avanzaron por el prado hacia el parque, a unos sesenta metros de distancia entre sí. El suelo, cubierto de follaje, contaba con una espesa capa de musgo tan suave como terciopelo. El primer observador, es decir, el hombre que seguía a Manston, se quedó un poco atrás; Anne, que conocía bien el terreno, dio un rodeo entre los árboles y se colocó detrás del administrador, que, como acarreaba el saco, iba más despacio. La otra mujer parecía ahora situada frente a Anne, o quizá un poco adelantada, pero al otro lado de Manston.

Manston llegó a una zanja, a medio camino entre la cascada y el cobertizo del motor. Allí se detuvo, se limpió la frente y escuchó.

Se trataba de un lugar con incontables hojas muertas, lleno de una masa fibrosa de hojas de robles, hayas, castaños, podridas o recientes. Manston descendió hasta la mitad de la zanja, dejó el saco en el suelo y apartó las hojas en un enorme montón. Sacó la pala y empezó a cavar. Anne se aproximó lentamente, se ocultó tras un arbusto y giró la cabeza para ver a los demás; había perdido de vista al primer observador. Supuso que también él se había ocultado y se concentró en el segundo, la mujer; esta se había acercado al punto donde Anne se escondía y se colocó detrás de un árbol, más cerca del administrador de lo que estaba Anne.

El crujido de la pala clavándose en el suelo vegetal solo se oía cuando el motor del cobertizo quedaba en pausa y soplaba la brisa y coincidía con la calma del sempiterno rugido de la cascada del otro lado de la orilla. Manston tardó unos veinte minutos en cavar un agujero de más de metro y medio de profundidad. Colocó el saco dentro sin perder un instante y volvió a depositar encima la tierra, pisándola con cuidado. Finalmente volvió a colocar el montón de hojas sobre la zanja, ocultando la tierra y dejándolo como estaba.

Se trataba de un lugar perfecto para un escondrijo. La espesa acumulación de hojas, que llevaba siglos sin perturbación, tal vez tardaría un siglo en moverse mientras las capas inferiores siguieran pudriéndose y se añadiera al moho de la superficie.

Cuando terminó, había más luz en el cielo y Anne pudo ver el rostro de la mujer, que estiraba su cabeza detrás de su escondrijo sin demasiado cuidado, absorta en la contemplación de la acción del administrador. Su expresión era pálida e inmóvil.

Era imposible que Manston no la descubriera. Al terminar su tarea, se dio la vuelta y la vio.

—¡Estás aquí! —exclamó.

—No creas que te espío —susurró ella, implorante. Anne reconoció la voz de la señorita Aldclyffe.

La temblorosa dama añadió otra frase, que no pudo oír por el crujido del motor. El primer observador, si seguía en el mismo sitio, estaba demasiado lejos para

discernir esta parte del diálogo por el rugido de la cascada, que llegaba a él desde la cercana orilla del río. Sin embargo, estaba claro que la señorita Aldclyffe le había advertido a Manston sobre el primer observador, pues este, con la pala en la mano, corrió hacia él y, antes de que pudiera evitarlo, le golpeó en la cabeza. El hombre cayó al suelo.

—¡Corre, vete! —le gritó la señorita Aldclyffe. Manston desapareció entre los árboles. La señorita Aldclyffe se marchó en la dirección opuesta.

Anne Seaway se disponía a imitarlos y, al darse la vuelta, contempló al hombre caído. Estaba inmóvil.

Muchas mujeres de dudosa reputación exhiben una notable generosidad al encontrar a alguien en un aprieto. Actuar correctamente, porque es nuestro deber, es lo apropiado, pero una buena acción, que no es resultado de reflexión, tiene más mérito. Anne se acercó al hombre, le dio la vuelta con suavidad y empezó a dar señales de vida. Gracias a su ayuda, pronto recobró la conciencia y se levantó por su propio pie.

Miró a su alrededor, sorprendido, tratando de organizar sus ideas.

—¿Quién es usted? —preguntó a la mujer, mecánicamente.

No era inteligente seguir con la superchería.

—Soy la supuesta señora Manston —dijo ella—. ¿Y usted?

—Un detective empleado por el señor Raunham para desentrañar el misterio y sus posibles consecuencias criminales —respondió, estirando los miembros y llevándose las manos a la cabeza, para comprobar su estado. Gradualmente se dio cuenta de no haber sido muy discreto—. Pero no importa quién soy yo. Bueno, ahora ya no, pues no será un secreto mucho tiempo.

Se inclinó a recoger su sombrero y echó a correr en la dirección que había seguido el administrador; al cabo de un minuto regresó.

—Después de todo, solo es una agresión con agravantes —dijo rápidamente— hasta que descubramos qué hay enterrado ahí. Quizá solo sea un saco de ladrillos, o algo más. Venga, ayúdeme a cavar.

Agarró la pala con la torpeza de un hombre de ciudad y fue a la zanja, mientras proseguía:

—No sirve de nada que vaya tras él. Seguro que ya está lejos. Lo mejor es averiguar qué hay aquí dentro.

El detective tardó menos tiempo en reabrir la zanja de lo que Manston había empleado cavándola. Apartó las hojas y arrastró el saco hacia fuera.

—Sostenga esto —le ordenó a Anne, a quien la curiosidad mantenía cerca. Abrió la luz de una linterna de mano que traía consigo y se la entregó.

Cortó el cordel que ataba el saco. Cogió el saco por abajo y derramó su contenido. Apareció un paquete de gran tamaño, cuidadosamente envuelto en lona impermeable y bien cerrado. Estaba a punto de abrirlo, cuando un hilo de color pálido que caía por fuera llamó su atención. Lo tocó; era fibroso, se adhería a su mano.

—Acerque la linterna, por favor —pidió.

Así lo hizo Anne. Levantó la mano hacia el cristal y ambos miraron con atención el filamento casi intangible que sostenía entre índice y pulgar. Era un cabello largo, de mujer.

—¡Dios mío! No podía creerlo, no podía —susurró el detective, horrorizado—. Y he perdido la pista del hombre porque no creía que... Vamos a un lugar seguro. Espere un momento, mientras lo confirmo.

Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un diminuto paquete de papel marrón. Lo abrió y descubrió en su interior otro cabello largo, pegado en el papel. Era el cabello que el ama de llaves había encontrado en la almohada de Manston nueve días antes del incendio de Carriford. Sostuvo ambos cabellos contra la luz de la linterna; los dos eran de color marrón claro. Los colocó uno al lado del otro y estiró los brazos: eran de la misma longitud. El detective se volvió hacia Anne.

—Pertenece al cuerpo de su primera esposa —dijo en voz baja—. La asesinó como el señor Springrove y el párroco sospechaban, pero cómo y cuándo solo Dios lo sabe.

—¡Y yo! —exclamó Anne Seaway, pues, con la rapidez de un relámpago, en su mente apareció una probable y natural secuencia de acontecimientos relacionados con el crimen, prefigurados por la carta que Manston tenía de su mujer, la renuncia a Cytherea y el hecho de que la hubiera traído a Carriford.

—Ah —dijo el detective, acercándose y poniéndole unas esposas—. Señora, tiene que venir conmigo. Si sabe algo de este asesinato, eso la convierte en cómplice. Que Dios conozca nuestros pecados no la convierte a usted en su igual —añadió, mirándola fija y amenazadoramente.

—¡Bah! Lléveme adonde quiera —respondió ella, altiva— y no pierda a su principal sospechoso desperdiciando el tiempo con una segundona como yo.

El detective aflojó la mano y, ofreciéndole el brazo, la ayudó a salir de la zanja. Caminaron juntos hasta la residencia del párroco. Allí había luz y un ayudante del detective lo esperaba con un caballo listo, atado a un carro.

—Ojalá me hubieras avisado de que estabas aquí —se quejó el detective, enfadado—. Bueno, lo he echado todo a perder: ha salido corriendo y, si hubieras estado conmigo, como te había pedido, ahora lo tendríamos. Me delató esa mujer, la señorita Aldclyffe: me había estado siguiendo. —Procedió a dar instrucciones en voz baja a su ayudante, y concluyó—: Ve a ver al párroco; está despierto y esperando. Después, detienes a la señorita Aldclyffe. Mientras tanto, iré a Casterbridge con esta mujer, y a pedir ayuda. Cuando amanezca, le cazaremos, seguro.

Ayudó a Anne a subir al vehículo y partieron. La carretera seca y despejada se abría ante ellos y la hierba húmeda de los parterres de ambos lados semejava una orilla blanca. Avanzaron fácilmente. Llegaron a un punto en el que un denso bosque de abetos envolvía el camino. La oscuridad cayó sobre ellos.

Se oyó un golpe seco y una caída. En mitad del camino, donde la carretera empezaba a descender por una colina, el detective había chocado con tanta fuerza que casi los derribó.

El hombre se recuperó y colocó a Anne en el asiento. Estiró la mano. Una rueda del carro parecía enganchada con algo.

—¡Eh! —gritó el detective.

No respondió nadie.

—¡Eh, usted, el de delante! —repitió.

No hubo respuesta.

—Qué raro. Bueno, eso pasa por viajar en carro sin lámpara, por confiar en el amanecer. —Saltó al suelo y encendió la linterna.

Delante había un cabriolé, contra el que había chocado, en mitad de la carretera. El caballo, agotado, seguía atado al vehículo, pero no había rastro del conductor.

—¿Sabe de quién es? —preguntó a la mujer.

—No —dijo ella, malhumorada. Pero había reconocido el coche de Manston.

—¡Juraría que es de él! Vamos, salta a la vista por cómo lo ha dicho. Bueno, no hace falta que diga nada que la pueda incriminar. ¡Qué precavido ha sido, cómo ha planeado cualquier posibilidad! Debía de tener el cabriolé y el caballo listos antes de empezar a moverse.

Prestó atención por si oía ruido entre los árboles. No le llegó nada, excepto el corretear de un conejo sobre las hojas marchitas. Dirigió la luz de la linterna hacia un agujero en el seto de arbustos, pero no distinguió nada más allá de los impenetrables matorrales. Estaba claro que Manston no se encontraba muy lejos, pero la cuestión era cómo encontrarlo. El detective no podía hacer nada, con el carro y con Anne. Y si probaba a adentrarse en el bosque, en busca del criminal, sin ayuda, probablemente Manston le mataría con facilidad y sin el menor remordimiento. La verdad era que Manston tenía buenas razones, en las circunstancias actuales; así que, sin el menor atisbo de cobardía, su perseguidor estimó que era arriesgado quedarse allí.

Rápidamente ató el caballo de Manston a su vehículo, para privar al administrador del cabriolé y obligarlo a viajar a pie, y así llegó con su prisionera a la capital del condado. Dejó a la mujer en la comisaría y tomó medidas inmediatas para capturar a Manston.

**PARTE XX**  
**LO ACAECIDO EN TRES HORAS**



## I. 23 de marzo a mediodía

Habían transcurrido treinta y seis horas desde la huida de Manston.

Era día de mercado. Los granjeros que, tanto dentro como fuera del recinto, vendían sus cosechas examinando las muestras de trigo, pasándolas con ojo crítico de una palma a la otra, en realidad pensaban y hablaban de Manston. Los dependientes detrás de sus mostradores, en lugar de preguntar, «¿Qué más se le ofrece?, —decían—: ¿Sabe si ya lo han apresado?». Los lecheros y pastores se erguían al lado de sus rebaños, estiraban las piernas, se ajustaban las gorras, hundían las manos en la profundidad de sus bolsillos, observaban a sus animales con la intensidad que el ojo humano puede concitar y decían: «Seguro que lo cazan antes de que se ponga el sol».

Ese día, más tarde, Edward Springrove pasaba apresuradamente por la calle, con expresión ansiosa. Un conocido se le acercó y Edward le preguntó:

—¿Se sabe algo más?

—Lo han rastreado hasta aquí —le contó el otro—. Primero, un vagabundo dijo a la policía que Manston había pasado delante de un pajar al amanecer, donde el hombre descansaba. Siguieron el rastro que les indicó, llegando a unos peldaños. Al otro lado había un montón de barro endurecido, apartado del camino. Sobre la superficie, donde la pala lo había aplastado, estaba impresa la forma de la mano de un hombre, los botones de su chaleco y la cadena de su reloj, lo que indicaba que, al cruzar los escalones, había tropezado con el barro y caído encima. La cadena allí grabada demuestra que se trataba de Manston. Siguieron su rastro hasta a un vado cubierto de piedras y, al cruzarlo, hallaron las mismas pisadas de los peldaños. Todo indicaba que se dirigía a Budmouth. Siguieron la pista y la siguiente revelación llegó de la mano de un pastor. Les contó que, cuando un rebaño pasta tranquilamente y hay tres o cuatro metros de vacío, quiere decir que alguien ha cruzado por ahí hace poco. A las doce eso precisamente había pasado en su rebaño. No se supo nada más de él y la policía llegó a Budmouth. El vapor que cruzaba el Canal salía a las once de la noche y llegaron a la conclusión de que viajaría a Francia vía Jersey y Saint-Malo: era su única posibilidad, pues las estaciones de tren estaban vigiladas. —El joven siguió hablando—: Entraron al barco y no le encontraron. Volvieron a las diez y media y no estaba allí. Colocaron dos hombres apostados en la entrada, otro en la oficina de billetes, y uno o dos más en Mary Street, la calle que da al puerto. A las once menos cuarto cargaron los sacos de correo. Mientras la gente se distraía observando la maniobra, desde Mary Street llegó un hombre andando rápidamente. Parecían sus zancadas, por la altura y la velocidad, pero no sus ropas. Cruzó a la parte más sombría de la calle observado por alguna gente. Supongo que eso le alertó, porque no emergió de las sombras. Observaron y esperaron, pero no había señales del administrador. Dieron la alarma, registraron el pueblo de arriba abajo: no le encontraron. Llevan registrando las calles toda la mañana, sin éxito. Sin embargo, ha perdido la oportunidad de cruzar el Canal. Dicen que lleva ropas de obrero.

Durante la narración, Edward había observado a un hombre de aspecto descuidado, vestido con un blusón y botas ligeras, que iba calle abajo con un haz de paja sobre los hombros, tan grande que le ocultaba la cabeza. Era normal ver un hombre acarreado paja de esa esta guisa, y que anduviera calle abajo. Cruzó el puente que separaba el pueblo de la campiña, colocó el pesado fardo a un lado del camino y lo dejó allí.

Springrove se despidió de su conocido y fue hacia el puente. Contempló el camino hasta la bifurcación y reparó en un hombre que saltaba un seto de arbustos a unos doscientos metros de distancia, cruzaba el camino y se metía por los matorrales del otro lado. Parecía el hombre que había acarreado el montón de paja. Edward observó el fardo: seguía donde lo había dejado.

Su cerebro conectó los hechos: habían visto a Manston llevando un blusón de obrero, de color marrón. El hombre que había visto también vestía así y ocultaba la cara con un fardo con la mayor naturalidad.

El camino que había tomado el hombre llevaba a Tolchurch, entre otros sitios; allí vivía Cytherea.

Si, como decían, la señora Manston había sido asesinada la noche del incendio, Cytherea era la esposa legal del administrador. Acorralado, sin pensar en las consecuencias, posiblemente Manston iba a por ella, para llevársela o para hacerle daño.

Para un hombre que amaba a Cytherea como Edward era una horrenda suposición, pero no podía desecharla. Empezó el camino a Tolchurch sin dudarlo.

## II. De la una a las dos de la tarde

Ese mismo mediodía, mientras Edward se dirigía a Tolchurch por un sendero que cruzaba los campos, Owen Graye había dejado la granja y cabalgaba por la carretera hacia el pueblo, a fin de averiguar si era cierto el rumor relativo a Manston. No quería preocupar a su hermana y por ello nada le había dicho sobre el asunto.

Cytherea leía sentada junto a la ventana. Desde su posición veía el camino de acceso a la parroquia a unos cien metros. En aquel rincón retirado, los paseantes eran tan escasos que, cuando aparecía uno, invariablemente el residente próximo a la ventana no podía evitar contemplarlo, como una novedad.

Un hombre con un blusón marrón dio la vuelta a la esquina y se dirigió a la casa. Al ser día de mercado en Casterbridge, el pueblo estaba casi desierto y más la antigua granja donde Owen y su hermana se alojaban; que, además, estaba alejada de las demás casas del pueblo. El hombre no parecía un caballero; Cytherea se levantó y echó el cerrojo a la puerta.

Por desgracia, estaba lo bastante cerca para verla cruzar la sala. Se acercó a la puerta, llamó y, al no recibir respuesta, fue hacia la ventana. Acercó su rostro al cristal, escrutando el interior.

Probablemente, lo que sintió Cytherea era lo más terrible que una dama puede experimentar. Reconoció el rostro, pues pertenecía al hombre con el que se había casado.

No pudo moverse, ni exhalar ninguna exclamación. Tenía miedo; pero, si hubiera sabido la verdad, esto es, que el hombre, convencido de no tener nada que perder, estaba desesperado, su terror se habría traducido en un grito de espanto.

—Cytherea —dijo—. Déjame entrar. Soy tu marido.

—No —replicó ella, aún sin comprender la magnitud del peligro—. Si quiere hablar con nosotros, tendrá que esperar a que vuelva mi hermano.

—¿No está contigo? Cytherea... ¡No puedo vivir sin ti! Todos mis pecados los he cometido porque te amaba. ¿No quieres venir conmigo? Tengo dinero suficiente para que podamos vivir tranquilos. Ven conmigo, solo te pido eso.

—No, ahora no. No.

—Soy tu marido, te digo. ¡Déjame entrar!

—No puedes —replicó ella, débilmente. Las palabras de Manston empezaban a aterrorizarla.

—¡Entonces me abriré paso yo mismo! —exclamó, decidido—. ¡Lo haré, aunque tenga que morir en el intento!

Las ventanas eran de bisagra, con cristales encajados en cuadrículas de plomo. Rompió un panel con una piedra y metió la mano por el agujero, soltando el pasador que la cerraba. Empezó a abrir la ventana por fuera.

De golpe, los postigos se cerraron con un ruido infernal cuando Cytherea los trabó desesperada desde el interior.

—¡Maldita seas! —gritó él.

Manston corrió a la parte trasera de la casa. Furioso e impaciente, golpeó con el puño la ventana de la despensa y la abrió como había intentado abrir la otra, antes de que la muchacha, presa del pánico, comprendiera que había rodeado la casa. Al momento se metió en la cocina y llegó a la sala donde se encontraba Cytherea, que intentaba aún cerrar los postigos. Manston estiró los brazos para agarrarla.

En momentos de terrible dolor, Cytherea solía palidecer como la cera o encenderse como una hoguera, presa de la fiebre, según la constitución del instante. Ahora ardía como el fuego, de pies a cabeza, y eso impidió que se desmayara.

La agilidad de la joven nunca le había sido tan útil como en esa ocasión. Había una pesada mesa rectangular en mitad de la sala. Corrió al otro lado, tratando de utilizarla como obstáculo entre ella y Manston. Tenía los ojos abiertos y aterrorizados y las pupilas dilatadas se clavaban en las de Manston, tratando de adivinar si se lanzaría sobre ella desde la derecha o desde la izquierda.

Ni siquiera el monstruo, en aquel momento de pasión, podía soportar la expresión de indescriptible agonía que desprendían los ojos de Cytherea. Era la manera que Dios le había concedido a la joven de defenderse. De ahí que Manston siguiera persiguiéndola, pero sin mirarla.

Loco, desesperado, ciego en todo excepto en sujetar a su esposa, se arrojó bajo la mesa; la joven saltó por encima como un gamo. Allí fue tras ella, y Cytherea se metió por debajo y salió por el otro lado. «Una confía en su juventud y en sus miembros ágiles, / el otro en su tamaño y en su sinuosidad». Pero estaba escrito que la fuerza ganara la partida, a largo plazo. Cytherea se sentía cansada; le faltó aliento; soltó un grito aterrador y su estremecedora intensidad pareció oírse en millas a la redonda.

Su pelo se soltó y cayó sobre sus hombros. La menor tensión basta para confundir la inteligencia más entregada. Lo perdió de vista un momento y él aprovechó para asirla.

—¡Por fin! ¡Cytherea, mi amor! —exclamó él, que volcó la mesa, saltó sobre ella y agarró una trenza de la muchacha para atraerla. La abrazaba, mientras ella se debatía entre sus brazos hasta caer exhausta al suelo. Por fin, Manston podía relajarse. La tomó en brazos y la depositó en el sofá, exclamando—: Descansa aquí, pajarillo asustado, querida mía.

Y aquí terminó su triunfo. Alguien le agarró del cuello y lo apartó con una fuerza militar contra la chimenea. Springrove, enloquecido, rojo y sin aliento, había saltado por la ventana abierta y se interponía entre marido y mujer.

Manston se puso en pie al momento. Una mirada de fiera se enfrentó a otra de justicia sin piedad. De nuevo, el encuentro en el viñedo de Naboth, el jezeelita: «¿Me has hallado, enemigo mío? —Y él respondió—: Hete encontrado, porque te has vendido a mal hacer delante de Jehová».

Dio comienzo una lucha desesperada. Manston era más alto, pero Edward tenía buena musculatura, de la que carecía el delicado administrador. Volaron juntos como

guepardos. En un minuto, rodaban por el suelo, agarrados tan firmemente como si formaran un mismo organismo en lucha consigo mismo. Edward trataba de apresar los brazos de Manston con una correa que había sacado del bolsillo y Manston intentaba hacerse con su cuchillo.

Dos ruidos característicos se oían en la casa. Uno, la respiración combinada de los dos hombres, tan parecida que era indistinguible; otro, los golpes de sus talones y pies, rodando con el cuerpo y los miembros contorsionados por la lucha.

Cytherea no había perdido del todo el conocimiento. Saltó sin percatarse de que Edward era su salvador, abrió la puerta y corrió al exterior, pidiendo ayuda.

Tres hombres, a unos veinte metros, se sorprendieron al verla. Se apresuraron a acercarse y preguntaron:

—¿Ha visto a un hombre con un blusón marrón?

Cytherea solo podía señalar la puerta de su casa y ellos entraron.

Manston había logrado liberarse de Edward y, en ese momento, parecía querer acabar el conflicto con un desesperado final.

—¡Renuncio a todo por la vida! —gritó, con una risa sorda—. Un hombre temerario tiene una docena de vidas, ¡veréis cómo os engaño una vez más!

Se levantó y echó a correr, pero no fue lejos. Fue su última fanfarronada. En un momento, los tres hombres le redujeron.

Edward se puso en pie e inspiró profundamente para recuperar el aliento. Sus pensamientos nunca se alejaban de Cytherea y su primer deseo fue ir a buscarla. No estaba lejos. La encontró recostada en un banco en la carretera, donde había ido a refugiarse, completamente exhausta.

Corrió hacia ella, la levantó en sus brazos, y así ella pudo tenerse en pie, aferrándose a él. ¡Qué no habría dado Springrove por poder besarla!

Caminaron lentamente hacia la casa. La angustiada duda sobre su estado civil no disminuía el placer que sintió Springrove al oír a Cytherea agradeciéndole su acción y el gesto confiado de su bracito en busca de apoyo. Así la acompañó con cuidado, de regreso a su hogar.

Un cuarto de hora más tarde, cuando aún se encontraba en el salón, recuperándose y medio dormida en un sillón, mientras Edward esperaba la llegada de Graye, vieron un carro frente a la puerta. Restos de barro de lluvia desfiguraban sus costados y las ruedas; el barniz y la pintura se habían caído y apagado; no exhibía ninguna decoración. Tres hombres estaban en el pescante y, en medio, Manston. Tenía las manos atadas, los ojos clavados y perdidos; su expresión era pálida, dura, como de piedra.

Springrove le contó a Cytherea el crimen de Manston con brevedad. Dijo, solemnemente:

—Le colgarán.

—Y no pienso llorar por él —admitió ella, estremeciéndose, cubriéndose el rostro con las manos.

En el silencio que siguió a esas frases, Springrove contempló el carro doblando la esquina y oyó el crujir de sus ruedas apagándose a medida que se alejaba en dirección al pueblo.

**PARTE XXI**  
**LO ACAECIDO EN DIECIOCHO HORAS**

## I. 29 de marzo al mediodía

Exactamente siete días después de que Edward Springrove viera pasar al hombre del blusón marrón con el haz de paja por las calles de Casterbridge, el anciano señor Springrove estaba en el mismo pavimento hablando con el granjero Baker.

Se hizo una pausa en la conversación. El señor Springrove miraba calle abajo; algo había atraído su atención.

—¡No somos nada! —murmuró.

El otro le imitó.

—Qué gran verdad, señor Springrove, qué gran verdad.

Dos hombres avanzaban uno tras otro en mitad de la calle, y a ellos se referían los comentarios. Eran carpinteros; sobre sus hombros cargaban un ataúd vacío, cubierto por un paño negro.

—Siento siempre satisfacción al ver algo así —explicó Springrove, contemplando la triste carga de los hombres—. Es como una medicina.

—Vaya si lo es... ¿Conoce a alguien que haya estado enfermo últimamente? Parece que el finado hubiera muerto de repente.

—Tal vez. Ay, Baker, de repente, dice usted. Pero no hay diferencia entre esa muerte y otras. No hay nada como un final abrupto de una vida que debía durar más. Simplemente, llega la luz al final del túnel y esa luz estaba en el mismo sitio desde el principio, aunque no la veíamos.

—Nuestra mente descubre la luz, así es, pero el Señor sabe que está ahí.

—Sí, señor. Inesperado final, pero nada más.

—Pues no sé si me creerá, pero esa estampa me alivia la angustia de la que le hablaba, del trabajo con el grano. Podríamos reposar, ver la razón de nuestra vida antes de terminar en el agujero, donde todo se olvidará.

—Es normal que piense eso, pero no se apure. El mundo es como es y nosotros tenemos que esforzarnos, aunque sea para quedarnos en el sitio en el que estamos. Pero mire, Baker, giran hacia aquí con el ataúd.

Los carpinteros habían enfilado una estrecha calle, cerca de los ancianos. Estos, y otros curiosos, los observaban.

—Es un ataúd de hombre, y de un hombre alto —dijo el granjero Springrove—. De tamaño notable, fuese quien fuese.

—Una caja sencilla para el pobre hombre, de olmo barato, fíjese.

El paño negro se había doblado y permitía ver la madera del ataúd.

—Pues, sí, debía ser pobre. Bueno, la muerte será, para él, un agravio menor. A menudo he pensado que los ricos, en estos casos, tienen un aspecto más lamentable que los pobres. Quizá lo que más reconcilia al hombre con la pobreza, y hablo por experiencia, es la tranquilidad que la incertidumbre muestra con más regularidad que de costumbre.



Springrove enmudeció cuando los portadores del ataúd cruzaban la plaza de gravilla frente a ellos, hasta un arco de aspecto lúgubre y pesado. Se detuvieron debajo, llamaron y esperaron.

En el arco, en mayúsculas, rezaba: «Prisión del Condado».

Se abrió una portezuela rectangular, enmarcada en dos enormes hojas de hierro. Los dos hombres entraron, arrastrando su melancólica carga por la abertura, al patio de la prisión, y desaparecieron de escena.

—¿Un preso, quizá?

—Sí, así es —asintió un niño, que pasaba silbando.

—¿Saben quién es el muerto? —preguntó Baker a uno que contemplaba la escena.

—Sí, en el pueblo no se habla de otra cosa. ¿No lo sabe usted, señor Springrove? Es Manston, el administrador de la señorita Aldclyffe. Lo encontraron muerto a primera hora de la mañana. Se había colgado tras la puerta de su celda, utilizando su pañuelo o un retazo de su ropa. El vigilante dice que sus facciones eran las mismas, con el sol de primera hora y las barras de la celda sobre él. Ha dejado escrita su confesión del asesinato y lo que hizo después. Así ha terminado.

Y era verdad: Manston estaba muerto.

El día anterior le habían dado conformidad para utilizar papel y pluma y había pasado siete horas redactando la siguiente confesión.

Mis últimas palabras:

Tras llegar a la conclusión de que la vida de un hombre es endiabladamente complicada, renuncio a ella y, para no causar más problemas, dejo escritos los hechos relacionados con mi conducta.

Después de dar gracias a Dios, al volver a casa, la noche del incendio en Carriford, al haberme liberado de una mujer a la que detestaba, regresé a la escena del desastre y, tras comprobar que allí nada podía hacer, volví a casa en compañía del señor Raunham.

Se despidió en los peldaños de mi porche y regresó a su parroquia. Estando aún en las escaleras, reflexionando sobre mi extraña suerte, vi que una figura venía hacia mí bajo las sombras de los árboles del parque. Se trataba de una mujer.

Cuando estuvo cerca, la luz de la luna me reveló su atuendo: una capa cubría su vestido, un espeso velo tapaba su rostro. Sin embargo, su altura y su silueta, y un destello de intuición debido a las circunstancias, me reveló que se trataba de mi esposa, Eunice.

Apreté los dientes, desesperado. Había perdido a Cytherea; a cambio, tenía una mujer que carecía de belleza, quejica, de mente superficial, aficionada al *brandy*. La repulsión por ella era infinita. La Providencia, a la que acababa de dar las gracias, parecía burlarse de mí, atormentándome. Enloquecí.

Se acercó más, sorprendida de verme allí, esperándola, y lo primero que hizo al abrir la boca fue cubrirme de reproches por la incomodidad que le había causado, sin yo quererlo; era una parte de la maldición que debía soportar mientras viviera. Le respondí furioso; mi tono cambió el suyo, pues de la queja pasó a la irritación. Me reveló que conocía un secreto que nos concernía a mí y a la señorita Aldclyffe. Me sorprendió que lo supiera, pero disimulé.

—¿Cómo has podido tratarme así? —me desafió, apestando a licor—. Amas a otra, lo sé perfectamente. ¡Qué manera de despreciarme! He ido a la estación, con la intención de dejarte para siempre, y aquí me tienes, dispuesta a perdonarte una vez más.

Una exasperación indescriptible se apoderó de mí, una mezcla de furia y arrepentimiento. Sin saber lo que hacía, levanté la mano con intención de golpearla. Se giró para evitarlo, pero se descuidó. Al moverse, expuso su nuca al golpe de mi mano, que cayó con toda su fuerza, como la mano del cazador al golpear una liebre para matarla. Me quedé helado. El golpe debió darle en las vértebras; cayó a mis pies, se retorció unos segundos y emitió un gemido largo y gutural.

Fui a la casa a por agua y vino, y sangré su brazo con mi navaja, pero seguía inmóvil. Comprobé que estaba muerta.

Tardé en comprender mi terrible situación. Durante unos minutos no pensé en evitar las consecuencias. De repente, se hizo la luz. ¿La habían visto salir de la posada? Todos estaban convencidos de que había muerto en el incendio. Jamás me descubrirían.

Y, a partir de entonces, todo lo que hice trataba de ocultar su muerte.

Pensé en deshacerme del cadáver. El impulso me inclinaba a enterrarla en la zanja, entre el cobertizo del motor y la cascada, pero no tenía tiempo antes del amanecer. Eran ya las cuatro de la mañana; los obreros pronto saldrían a sus trabajos, y los campesinos, a los campos. Debía retrasar el entierro hasta la noche siguiente. La llevé dentro de la casa.

Al convertir, a principios de temporada, la casita auxiliar en un taller, había descubierto, al poner un clavo para fijar un armario, que la pared estaba hueca. Al examinarla, vi que tras el yeso había un viejo horno en desuso, sellado tras una pared de ladrillos, cuando reformaron la casa por mi llegada.

Tardé poco en reabrir el horno. Pensando en retirarlo la noche siguiente, coloqué el cuerpo en un saco, lo empujé al interior, recoloqué los ladrillos y el armario, y allí lo dejé.

Me fui a la cama. Allí elucubré sobre la posibilidad de que pudieran sospechar que mi mujer no había muerto en el incendio. Vi que el mayor riesgo era que no se encontrara ningún rastro de mi esposa entre los restos del incendio.

Hubiera sido magistral transportar el cuerpo y colocarlo entre las ruinas de la casa consumida por el fuego, pero no podía hacerlo; había hombres limpiando los restos y vigilando que no se propagaran las llamas. Y, además, eso revelaría que no había muerto asfixiada. Solo podía hacer una cosa.

Volví a levantarme y fui al cobertizo. Saqué el armario, reabrí el horno, recuperé el saco y del cadáver extraje unas llaves y un reloj. Volví a dejarlo como estaba.

Con esos objetos en el bolsillo, salí al jardín y fui al camposanto de la iglesia, entrando por la verja de atrás. Palpé con cuidado hasta dar con el rincón donde se apilaban los pedazos de hueso de las tumbas recientes, detrás de los arbustos de laurel. Esperaba encontrar un cráneo, pero, aunque solía haber alguno, tuve que contentarme con unos pedazos de huesos de piernas: eso pude llevarme.

Con los huesos en la mano, crucé la carretera, me metí por detrás de lo que quedaba de la posada, donde la pila de brasas aún humeaba. Oculto tras los matorrales, podía ver a tres o cuatro hombres que vigilaban el lugar.

Arrojé los huesos por encima de las ramas, más allá de donde estaban los hombres. Cayeron sin ruido sobre las ascuas ardientes. Después tiré las llaves y luego el reloj.

Regresé a casa y me dormí cuando salía el sol. Exultante, pensaba que Cytherea volvía a ser mía.

A la hora del desayuno, pensé: «¿Y si a alguien se le ocurre mover el armario?». Fui al cobertizo de los constructores cuando los hombres desayunaban y me hice con un puñado de mortero. Lo llevé al cobertizo, y enyesé la boca del horno. Volví a colocar el armario tapando la superficie, y esperé a la noche siguiente para enterrar el cuerpo; con mis precauciones estaba bien oculto.

A la llegada de la noche estaba más nervioso que la velada anterior. No quería ni tocar el cuerpo. Me fui al cobertizo, pero, en lugar de abrir el horno, puse unos grandes clavos para fijar el armario a la pared. «Mañana la enterraré, sin falta», me dije.

A la noche siguiente sentía el mismo asco de tocar el cuerpo. Y mi reticencia crecía cada día que pasaba con el cadáver allí. Después de todo, era improbable que el horno se abriera mientras yo estuviera vivo.

Me casé con Cytherea Graye, y no hubo un recién casado que abandonara la iglesia con el corazón más pleno de amor y felicidad, ni cerebro más decidido a comportarse debidamente, como yo lo hice esa mañana.

Cuando el hermano de Cytherea apareció en el hotel de Southampton, con la extraña evidencia de la confesión del porteador, me quedé mudo. Pensé que habrían encontrado el cuerpo. «¿Van a detenerme, voy a perderla ahora?», pensé. Caí en la cuenta de que no era así, y comprendí que debía comportarme como un hombre honorable. Así que acepté su petición, y reflexioné sobre cómo recuperar a la mujer a la que tenía derecho de llamar mi esposa, sin revelar la verdadera razón que me hacía poseedor de ese derecho.

Volví a Knapwater al día siguiente, y, durante una semana, estuve indeciso, sin saber qué hacer. No se me ocurría cómo demostrar que mi esposa había muerto sin comprometerme.

El señor Raunham me aconsejó que intentara descubrir su paradero con un anuncio en la prensa. No quería ceder a esa farsa, pero una tarde entré por casualidad en la posada del Sol Naciente. Allí dos

conocidos ladronzuelos charlaban sin ser vistos. Bebían y hablaban con el tono solemne y enfático de los borrachos; hablaban de mí.

El resumen de lo que decían es el siguiente: la noche del incendio de Carriford, mandaron a uno a buscarme para informarme de que mi esposa había muerto. Lo hizo, pero no le pagué por la noticia y se fue con ganas de vengarse. Cuando el incendio se hubo apagado, se reunió con su camarada. La noche les sugirió la posibilidad de procurarse alguna ganancia delictiva antes del amanecer. Se les ocurrió probar en mi corral y hacerse con alguna de mis aves. Creían que yo estaba en la rectoría, con el señor Raunham. El otro declinó la oferta y el primero fue solo.

Eran alrededor de las tres. Había llegado cerca de los setos de la pared norte de la casa, donde creyó oír, además del rumor de la cascada, ruidos al otro lado del edificio. Los describió así: «Bocas fantasmales, una caída y un gemido, y luego el agua de la cascada y el ruido del motor». Se le ocurrió una explicación: la casa estaba encantada. Y fueran voces de vivos o muertos, le importaba poco a quien, como él, había venido con propósito criminal; regresó por donde había venido.

Como su objetivo allí era inconfesable, no habló de su aventura. Tampoco sospechó la verdad, hasta que apareció el porteador y sorprendió a todos con su extraña confesión. Entonces se preguntó si esos horribles sonidos habían sido verdaderos, es decir, si pertenecían a una conversación que yo había tenido con mi esposa viva.

El otro hombre dijo:

—¿Por qué no trata de encontrarla, si está viva?

—Muy cierto —dijo el primero—. No me olvido de lo que oí y, si no aparece, me apuesto lo que quieras, y lo juraré ante la Biblia, que él la mató, y se lo diré al rector, aunque me caigan seis meses de trabajos forzados por estar donde no tenía que estar.

—¿Y si aparece viva?

—Entonces me habré equivocado; además de ladrón, seré imbécil, y me guardaré mucho de decir nada.

Salí de la posada con una capa de sudor frío en la espalda. La única amenaza que podría obligarme a renunciar a Cytherea se había hecho realidad: la posibilidad de morir ahorcado por asesinato.

Esa noche reflexioné sobre las posibles estrategias. La manera de protegerme era sencilla: tenía que encontrar una sustituta que se hiciera pasar por mi mujer, antes de que las sospechas de aquel vagabundo me perjudicaran seriamente.

La dificultad estribaba en encontrar una candidata adecuada.

La única mujer a mi disposición era una criatura inocente y sin amigos, Anne Seaway, a la que había conocido de joven y que había sido ama de llaves de una dama en Londres. Al morir la dama, Anne había quedado en una situación económica precaria. No era la mujer más adecuada para mi plan, pero no tenía alternativa. Poseía una cualidad importante: era discreta. Fui a Londres al día siguiente, visité el alojamiento donde se había hospedado mi esposa en Hoxton (el único lugar donde la habían conocido como señora Manston) y comprobé que no sería difícil suplantarla. Las circunstancias me favorecían. Visité a Anne Seaway, le hice el amor y le propuse mi plan.

Vivimos tranquilos hasta el domingo antes de mi detención. Anne llegó de la iglesia y me contó que un joven la había interpelado de manera sospechosa, con demasiada intención. No podía hacer otra cosa que esperar. Llegó la carta de Raunham. Por primera vez en mi vida, sentí algo parecido a la indiferencia sobre lo que me reservaba el destino. El día siguiente pensé en escapar, pero no me decidí. En cualquier caso, lo mejor era enterrar de una vez el cuerpo de mi mujer, pues cualquiera podría abrir el horno. Fui a Casterbridge para organizar algunas cosas. Esa noche, la señorita Aldclyffe (a la que me une un secreto que no deseo revelar) vino a mi casa y sus palabras me alarmaron aún más. Dijo que, por la actitud del señor Raunham, que la había visitado esa tarde, creía que sospechaba algo más grave de lo que había dado a entender, y que algunos forasteros se alojaban en la rectoría, no sabía con qué propósito.

Imaginé la terrible sospecha, y decidí revelarle la verdad hasta cierto punto, para obtener su ayuda. Le dije que había matado accidentalmente a mi esposa la noche del incendio, y no olvidé resaltar la ventaja de que la única persona que conocía su secreto había muerto.

Su terror, y el miedo de lo que pudiera sucederme, la llevó a vigilar la rectoría esa noche. Vio al detective abandonando el lugar y lo siguió hasta mi casa. Me lo contó después de cavar la tumba de mi esposa en la zanja. En ningún momento sospechó del contenido del saco.

Me dispongo a entrar en mi estado natural, pues vivimos sin saberlo en nuestra propia tumba. Cuando observamos la estela de la raza humana, es extraño que no reparemos en que es una larga retahíla de hombres muertos, y siempre ha sido así.

La confesión del administrador, junto a las diversas evidencias que se habían reunido, liberó de responsabilidad a Anne Seaway y a la señorita Aldclyffe, que fueron exoneradas de complicidad con el asesino.

## II. Las seis de la tarde

Era el día, tras la puesta de sol, en que había muerto Manston.

En la casita de Tolchurch se habían reunido Cytherea, su hermano, Edward Springrove y el padre de este. Sentados cerca de la ventana, comentaban los extraños sucesos. En los ojos de Cytherea brillaban rayos de esperanza, aunque su piel seguía tan pálida como una flor.

Mientras conversaban, mirando la luz amarilla del atardecer sobre los setos, los árboles y la torre de la iglesia, una berlina dobló la iglesia y apareció por el camino. Los brillantes paneles del vehículo reflejaban los rayos del sol y los radios de las ruedas proyectaban, como bayonetas, la misma luz. El conductor tiró de las riendas y gritó el alto en la puerta de Owen. Los caballos, sudorosos y cansados, se detuvieron.

—¡Es el carruaje de la señorita Aldclyffe! —exclamaron todos.

Owen salió.

—¿Está la señorita Graye? —preguntó el conductor—. Traigo una nota para ella y espero respuesta.

Cytherea leyó la misiva, escrita por el rector de Carriford.

Querida señorita Graye:

La señorita Aldclyffe está enferma, aunque no corre grave peligro. Continuamente repite su nombre, y desea verla. Si le resulta posible, le ruego que venga en el carruaje que lleva esta nota.

Sinceramente,

John

—¿Enferma? ¿Qué tiene? —inquirió Owen.

—Se enfrió al pasar mucho tiempo fuera, de noche, cuando el administrador se escapó —explicó el cochero—. Desde entonces, hasta esta mañana, se ha quejado de un dolor del pecho y siente una opresión que no se le va. Esta mañana la doncella le ha contado que Manston se ahorcó en la prisión y, tras soltar un grito aterrador, ha sufrido un derrame y se ha desmayado. Dicen que ha tenido varias hemorragias internas y que ya está mejor. Bueno, eso dicen los médicos: ella dice que no. Que ya sabe lo que tiene y que es el final.

Cytherea se arregló en un momento y subió al carruaje sin perder tiempo.

### III. Las siete de la tarde

Aunque los pasos de Cytherea en los pasillos de Knapwater House eran suaves, la inteligencia alerta de la mujer enferma reconoció a su antigua doncella. La muchacha entró en la habitación de la dama conteniendo el aliento.

Todo estaba quieto, como si el ambiente, enrarecido por la solicitud y los cuidados, fuera la acción del pensamiento, y el intento de vivir de la señorita Aldclyffe una lucha silenciosa contra el poder del universo. No había nadie excepto el señor Raunham; la enfermera había salido al llegar Cytherea y el médico y el cirujano susurraban en la habitación de al lado. Habían diagnosticado que la paciente se hallaba fuera de peligro.

Cytherea se acercó a la cama de la señorita Aldclyffe. ¡Qué cambio! La dama, confinada en una cama, entre almohadones. Pero era un cambio a mejor: la debilidad había conferido dulzura a su aspecto y borrado la altivez de su delgada y frágil expresión. Una plácida calma, más suave, había ocupado su lugar.

La señorita Aldclyffe indicó al párroco que quería quedarse a solas con Cytherea.

—¿Cytherea? —murmuró en cuanto se cerró la puerta.

Cytherea tomó la mano de su señora y se arrodilló a su lado.

La señorita Aldclyffe volvió a susurrar:

—Dicen que viviré, pero yo estoy segura de mi final.

—Confío en lo que dicen los médicos.

—Yo sé mejor que nadie cómo me encuentro, pero dejémoslo. Cytherea, ¡oh, Cytherea! ¿Podrás perdonarme?

Su compañera apretó su mano.

—Pero no lo sabes, no lo sabes —murmuró la enferma—. Te pido perdón por cómo intenté que pensaras mal de Edward Springrove, y te imploro perdón por haberle obligado, prácticamente, a abandonarte. ¡Fue el principio de tus incontables desgracias!

—Lo sé todo, señora. Todo. Y la perdono de corazón. No lo digo impulsivamente, para retirar mis palabras cuando la emoción se calme, sino deliberada y sinceramente: como yo espero ser perdonada, yo la perdono.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de la señorita Aldclyffe y se mezclaron con las de su joven compañera, que no pudo contener las suyas, por pura empatía. De la pobre mujer, que tenía el espíritu roto, brotaron expresiones de gran cariño solo interrumpidas por la conmoción.

—Pero ignoras por qué lo hice. Si lo supieras, ¡te compadecerías de mí!

Cytherea no quebró la pausa que siguió a estas palabras y la dama se calmó con un esfuerzo sobrehumano. Habló con una voz débil como brisa de verano, con numerosas interrupciones; sin embargo, su intención era firme y le exigía un tono de voz tenaz a fin de sobrellevar con dignidad la vergüenza de su explicación.

—Cytherea, escúchame antes de morir —empezó—. Hace muchos años, casi más de treinta, una joven de diecisiete fue cruelmente traicionada por su primo, un oficial de veintiséis de temperamento apasionado. Él se fue a la India y allí murió.

»Una noche, después de un viaje con sus padres por Alemania, donde había nacido su bebé, tomó todo el dinero que poseía, lo puso en una bolsa en la cuna del niño, con una carta en la que indicaba el nombre con el que le gustaría que bautizaran al pequeño y, tras envolver con cuidado a la criatura, la llevó a Clapham. Allí eligió una casa, en una calle discreta, y colocó al bebé en el portal. Llamó a la puerta y echó a correr antes de que pudieran verla. Y luego se quedó observando para asegurarse de que recogían al bebé y lo llevaban dentro.

Había abandonado a su hijo; la joven no cesó de culparse amargamente su egoísmo y deseó haber seguido el consejo de sus padres: contratar una niñera y conservar la criatura. Ansiaba ver a su hijo y no sabía qué hacer. Escribió con un nombre falso a la mujer que lo había adoptado y le pidió poder ver al niño en citas acordadas de antemano. En hoteles o cafeterías de Chelsea, Pimlico o Hammersmith. La mujer aceptó, pues lo hacía a cambio de un buen dinero, y no preguntó. En uno de los encuentros, en una posada de Hammersmith, llegó sin el niño y le dijo a la muchacha que el bebé estaba enfermo, tan grave que no sobreviviría a esa noche. La noticia hizo que la muchacha se desmayara...

En este punto, la señorita Aldclyffe se echó a llorar, desconsolada, y se alteró mucho. Cytherea, pálida y asombrada por lo que acababa de oír, lloró con ella, la abrazó y le suplicó que guardara silencio, si tanto le afectaba hablar.

—Pero debo seguir —protestó la dama, sollozando—. ¡Seguiré! Y debo contártelo todo con franqueza... Tienes que saberlo, antes de que muera, Cytherea. —La muchacha volvió a sentarse, atónita—. El nombre de la mujer que cuidaba al niño era Manston. Era la viuda de un maestro de escuela y dijo a sus amigos que había adoptado al hijo de una pariente. Solo un hombre descubrió quién era la verdadera madre: el dueño de la posada en la que se desmayó, y obtuvo su discreción a cambio de una jugosa compensación monetaria. Pasaron doce meses, quince, y la triste muchacha conoció a un hombre en casa de su padre, llamado Graye: así es, Cytherea. Era tu padre, que entonces estaba soltero. ¡Qué hombre! La muchacha inexperta se dio cuenta de lo que era ser amada en cuerpo y alma, verdaderamente. Pero era demasiado tarde, pues, de saber su secreto, la habría apartado sin dudar. Decidió ser ella la que pusiera fin al incipiente romance, con gran esfuerzo y dolor. Años después, la muchacha entró en posesión de una gran fortuna y de las propiedades de la familia, y, a resultas de la muerte de su padre, decidió traer a su hijo, que en vida de su padre se le había prohibido reconocer. Cytherea, ya debes adivinar quién era la mujer de la que te hablo. Hice traer a Manston y le contraté como administrador. Y quería verlo casado contigo, querida mía: convertirlo en el marido de la hija de mi verdadero amor. Era un sueño dulce... ¡Perdóname y

compadécete de mí, querida! No podría soportar morir sin nadie a mi lado que me quisiera. Porque yo amé mucho a tu padre y aún hoy le sigo amando.

Esta había sido la triste carga de Cytherea Aldclyffe.

—Y ahora supongo que debes irte. Siempre te vas y me dejas sola —dijo, después de un largo silencio sosteniendo la mano de la joven.

—No me iré. Me quedaré, si es lo que quiere.

La señorita Aldclyffe, incluso a las puertas de la muerte, seguía siendo la señorita Aldclyffe, aunque la antigua llama ya no brillara con tanta luz.

—¿Sigues viviendo con tu hermano?

—Sí.

—Entonces, no puedes quedarte, así como así... Vuelve a tu casa, o no sabrá qué hacer. Regresa mañana por la mañana, querida mía, por favor. Mandaré el carruaje a buscarte. No puedes quedarte y descuidar a Owen. No, no, eso sería absurdo.

La preocupación por la rutina diaria, que a menudo se manifiesta en los enfermos, no era una excepción en la señorita Aldclyffe.

Cytherea se comprometió: volvería a su casa, y regresaría al día siguiente para quedarse indefinidamente.

—¿Hasta que muera, me lo prometes? Sí, eso haremos. Y yo me esforzaré en seguir viva mañana.

—Todos esperamos que se recupere.

—Pero yo sé mejor que nadie cómo estoy, querida niña. Ven a las seis de la mañana, ¿me lo prometes?

—Tan pronto como pueda —prometió Cytherea, tiernamente.

—Las seis es muy pronto, ahora que lo pienso. Tienes que preparar el desayuno de tu hermano. Quedemos en que saldrás de Tolchurch a las ocho, ¿de acuerdo?

Cytherea aceptó. La señorita Aldclyffe no se habría enterado si la joven hubiera pasado allí la noche, a pesar de los deseos de la dama; pero la honestidad de Cytherea se rebeló contra el engaño cariñoso que hubiera implicado.

Acordaron que Cytherea volvería a casa con la calesa pequeña, en lugar del carruaje; el segundo vehículo esperaría en la granja de Tolchurch toda la noche, y estaría dispuesto a primera hora de la mañana para llevarla a Knapwater House.



#### IV. 30 de marzo, al amanecer

La última vez que Cytherea se vio sometida a los intermitentes pánicos nocturnos relacionados con el nombre y la sangre de los Aldclyffe sucedió ese día.

Serían las cuatro de la mañana cuando la muchacha, probablemente dormida, creyó despertarse y sintió una especie de embrujo que la asombró más que la asustó. A los pies de la cama, con una expresión de súplica que las palabras no pueden describir, se hallaba la silueta de la señorita Aldclyffe, demacrada pero distinguible. No se movía; solo la ansiedad y el anhelo, el más profundo anhelo estaba escritos en su cara.

Cytherea creyó que estaba despierta y que, sin el menor género de duda, la señorita Aldclyffe estaba frente a ella, en carne y hueso. La razón no estaba suficientemente alerta para preguntarse cómo había sucedido algo así.

—¡Me habría quedado con usted, si me lo hubiera permitido! —exclamó Cytherea. De repente la ilusión se quebró y se despertó de verdad. La figura había desaparecido.

Era el momento en que el amanecer está aún pintado de gris. La muchacha tembló, sudando, y no podía comprender que su hermano siguiera dormido. Fue a su habitación y llamó a su puerta.

—¡Owen!

Su hermano tenía el sueño ligero y ya era casi la hora en que se levantaba.

—¿Qué quieres, Cytherea?

—No debería haberme ido de Knapwater House ayer por la noche. Ojalá me hubiera quedado. Creo que tengo que volver ahora mismo. Que me necesita. Lo sé.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y poco más.

—Mejor espera la hora que concertaste con ella. Tendríamos que despertar al conductor, entre otras cosas.

Cytherea se dejó convencer y no se atrevió a actuar por un presentimiento. Regresó a la cama.

Una hora más tarde, cuando Owen empezaba a levantarse, llamaron a la puerta. Al cabo de un minuto se oyó gravilla golpeando la ventana de la habitación de Owen. Esperó, y el ruido volvió a producirse.

Cruzó la habitación, subió la persiana y miró fuera. Un rostro grande y solemne, blanco y serio, la observaba desde el camino, aguzando la vista para percibir a la primera persona que acudiese a su llamada. Era uno de los criados de Knapwater, montado a caballo.

Owen comprendió lo que sucedía. Hay una expresión idéntica en el rostro de los que traen noticias luctuosas. Graye abrió la ventana.

—La señorita Aldclyffe... —dijo el mensajero, y se detuvo.

—¿Ha muerto?

—Así es.

—¿Cuándo?

—A las cuatro y diez, después de otro ataque. Sí que tenía razón, la pobre señora. He venido enseguida, por indicación del párroco.

## Epílogo

Han pasado quince meses. Nos encontramos en la víspera de San Juan, en 1867. Estamos en el interior del viejo campanario de la iglesia de Carriford, a las diez de la noche.

Bajo la luz de una vela clavada, en la pared, en un soporte de madera, se han reunido seis hombres de Carriford y un forastero. Los seis de Carriford son conocidos campaneros de las afinadas campanas en clave de fa, que llevan deleitando más de cuatrocientos años los oídos de los habitantes de la parroquia de Carriford y distritos adyacentes. El forastero es un asistente, llegado de Dios sabe dónde.

Los seis oriundos del pueblo, en mangas de camisa y sin sombrero, tiran y recogen frenéticamente las cuerdas de las campanas y sus cabellos se balancean a causa de la brisa que crean sus rápidos movimientos; el forastero, que está a cargo de la campana más ligera, hace lo mismo, con la chaqueta puesta. Las sombras cambiantes se mezclan en la pared en una variedad caleidoscópica y los ojos de los hombres están religiosamente clavados en un diagrama parecido a una gran suma, escrito a tiza en el suelo.

En vivo contraste con la luz amarilla de la vela sobre las paredes de piedra, y sobre los rostros y ropas de los hombres, la escena puede verse a través de la rejilla bajo el arco de la torre. Al final de la larga y misteriosa arteria de la nave y la capilla se divisa la luz de luna de la ventana del este de la iglesia, azul, fosfórica, fantasmal.

Previamente al acontecimiento que iba a celebrarse en la iglesia, se llevó a cabo una profunda reparación de la maquinaria de las campanas y sus accesorios. Cambiaron las cuerdas y cada campana se extrajo cuidadosamente de su soporte, para lubricar los pivotes. En lugar de los viejos y gastados nudos, en el extremo de las cuerdas resplandecían brillantes y rojas borlas de lana, suaves al tacto y fáciles de agarrar. Esa novedad hacía más evidente, si cabe, el aspecto envejecido de la masa que los rodeaba.

Habían terminado el toque mayor y los campaneros se limpiaban el sudor de la cara y se desenrollaron las mangas de las camisas, no sin antes asegurar las cuerdas y cerrar el recinto.

—¡Madre mía! Cuarenta minutos —exclamó un hombre sudoroso, resoplando. Era uno de los encargados de la campana tenor.

—Nuestro amiguito no ha hecho mal papel, teniendo en cuenta que acaba de llegar —dijo el señor Crickett, soltando la segunda cuerda, dirigiéndose al hombre de la chaqueta negra.

—Así es —corearon todos.

—Me lo he pasado bien —dijo el otro, modestamente.

—No sé qué habríamos hecho sin usted. El hombre que debía ocupar su puesto estaba borracho como una cuba, tras dar buena cuenta de dos galones de sidra.

—Y ahora nos toca a nosotros —añadió el quinto hombre, sin perder comba—; nos merecemos hasta la última gota de hidromiel y sidra del condado, y luego todos a casita, en fila india.

—¡Muy bien dicho! —exclamó Crickett—. Y que venga el Señor y diga si he cumplido con el bueno de Teddy Springrove.

—Y los demás también —afirmaron todos, pasándose la botella.

—Ah, sí, con las campanas también, pero yo hablaba del sentimiento espiritual. Porque ha sido mejor casarse con ella aquí, en esta capilla, que en ese pueblo de segunda que es Budmouth. Vaya que sí.

—Pues, sí, y el señor Crickett ha cobrado lo suyo por la gentileza, ¿eh?

—Bueno, el dinero es dinero, es así, siempre lo he dicho. Pero ha sido una bonita ceremonia. El muchacho se puso rojo, como si fuera la novia.

—No es de extrañar; no es poca cosa para un hombre jugar con fuego.

—Ni para una mujer —añadió el administrador de la parroquia, distraídamente.

—Está usted pensando en su señora —le dijo Gad Weedy—. Ya volverá a jugar, no se preocupe, ¡cuándo esté usted criando malvas!

—Bueno, que haga lo que quiera, Dios la bendiga. Soy el tercer marido, después de todo. Que Dios se apiade del cuarto... Bueno, pues Teddy por fin tiene lo que quería. Qué orejitas tan blancas tiene la muchacha, ¡lo que yo diga! Hay que elegir a la señora como a los cerdos: ¡una oreja pequeña da problemas pequeños! Esa broma contaba yo cuando bromeaba, ¡hace años! Pero Teddy se la ha quedado por fin. Pobre hombre, se estaba poniendo delgado como un palo, de tan triste. Como ella.

—Quizá engorde ahora.

—Es verdad, puede ser. Es ley de la naturaleza, y no hay hombre que pueda contradecirla. Bueno, eso le dije al párroco Raunham sobre tu madre, que llegó aquí con siete chicos, esa semana, cuando yo era un muchacho: «¿Y cuántas hijas tiene ese pobre Weedy?, —me preguntó—. Seis, señor, —le dije yo—, ¡y cada una tiene un hermano!». «Pobre mujer, —dijo él—, doce hijos». Y me dio medio soberano para ella. Al cabo de cinco minutos, cuando se me pasó la risa, descubrió que era broma, pero... Bueno, ya está. En la iglesia el hombre pierde la agudeza, porque la agudeza no es nada sin un pelín de pecado.

—Si Teddy y su señora no se hubieran podido casar, se habrían muerto —soltó Gad, de repente.

—Ahora en lugar de muerte, habrá más vida —respondió el administrador.

—Todo fue bien —sonrió el quinto campanero—. No se fueron a ningún lugar babilónico, ellos no. —Imitó la posición del novio—. Aquí estaba el señor Springrove, así, de pie; y allí la mujer ya casada, a su lado. Y fueron andando a Knapwater House, y todos brindaron en el gran salón.

—Sí, una bonita boda, y muchos invitados —añadió el administrador—. La propia dama, encarnada como una flor; el señor Springrove, con aspecto de tener ganas de salir corriendo, aunque los hombres siempre ponen esa cara, ¡almas de

cántaro! Las mujeres son mejores en esto; la joven estaba hermosa como una mañana de gloria. Aunque es tan tímida que solo resplandecía, callada como es ella. ¡Ah, así es!

—Y estaban Tim Tankins y sus cinco obreros, de puntillas, mirando desde las ventanas de la capilla —recordó Gad—. Y el lechero Dodman, con su nuevo carro, que lo sacó para venir a verlos nada más, látigo en ristre. Luego los dos sastres del pueblo. Y Christopher Runt, con su pico y su pala. Y todas las señoras y los hombres del pueblo, arriba y abajo, frente a la iglesia, hasta dejar marcado un sendero, fíjate, de lo mucho que pasaban tratando de verlos, que casi se les caían los bebés al echar un vistazo. Y eso sin contar a las damas y caballeros empingorotados que estaban dentro de la iglesia. Vi al señor Graye, vaya que sí, vestido como un señorito, y le saludé desde el muro de la iglesia, pero no me contestó, porque es orgulloso; fingió que no me oía. Pero Teddy sí me oyó y se giró y dijo; «¡Todo bien, Gad!», y se rio como un muchacho. Vale un potosí, ese Teddy.

—Bueno —lo interrumpió el administrador Crickett, volviéndose hacia el hombre de la chaqueta negra—, ahora que lleva usted un buen rato con nosotros y que nos conoce mejor, ¿por qué no nos cuenta qué lo trae a estos lares?

—No tengo ningún motivo para estar aquí —dijo el hombre, sonriendo—, excepto ver el paisaje.

—No será usted uno de esos endemoniados de traje negro —quiso saber otro de los campaneros, que aún no había hablado.

—No, la verdad es lo que les digo, que he venido paseando porque hace un día muy bonito —insistió el hombre, parpadeando.

—Vamos, es hora de irnos, amigos —dijo Crickett.

Sacaron la vela de la madera, y salieron al jardín de la iglesia. La luna brillaba; faltaban tres días para que fuera llena. Sus rayos caían sobre unas tejas del lado sureste de la iglesia, que se erguía en la monótona oscuridad con la atmósfera iluminada a sus espaldas.

—Buenas noches —se despidió el administrador de la parroquia de sus camaradas, una vez cerraron la puerta—. Yo voy por el parque, atajando el camino.

—También yo —dijo el forastero—. Voy a la estación.

—Por supuesto. Vayamos.

Los dos hombres salieron por una verja al oeste, y el resto del grupo tomó el camino opuesto.

—Así pues, el romance ha terminado bien —suspiró el acompañante del clérigo, mientras avanzaban por la hierba—. Pero ¿cómo queda la propiedad de la finca?

—Veamos, amigo —dijo Crickett—, dígame a qué se dedica y por qué ha venido hoy aquí y yo le daré los detalles de la boda.

—Está bien. Lo haré, cuando me lo cuente.

—En un santiamén, porque es muy sencillo. Cuando abrieron el testamento de la señorita Aldclyffe, descubrieron que lo había redactado el mismo día que Manston

(su bebé secreto) se había casado con la señorita Cytherea Graye. Y he aquí lo que hizo esa mujer astuta. ¿Astuta, digo? Más lista que el hambre. Dejó todas sus propiedades, personales e inmobiliarias, a «la esposa de Aeneas Manston» (con una salvedad); si esta hubiera muerto, a su marido; y si él hubiera muerto, a sus herederos; y si estos faltaran, a ella y a sus herederos; y si estos faltaran, al párroco Raunham, y hasta aquí. ¿Se da cuenta de lo lista que fue? Porque, aunque parece que se lo dejara todo a la señorita Cytherea, al utilizar la palabra «esposa» y no el nombre de la muchacha, sería la esposa de Manston en ese momento la que lo recibiría todo. ¿A que fue ingeniosa? Por supuesto, lo hizo para que su hijo Aeneas, pasara lo que pasara, fuera el dueño de la propiedad, sin que se supiera que era su hijo, como se habrían deducido si le hubiera nombrado directamente heredero.

—¡Pues sí, muy lista! ¿Y cuál era la salvedad?

—El pago de un legado a su pariente, el párroco Raunham.

—Y como la señorita Cytherea era la viuda de Manston y su única pariente viva, lo ha heredado todo, absolutamente, ¿no es así?

—Así es. Dicen que no quería, porque no le gustaba la idea de obtener nada a través de su relación con Manston. Lo cual es natural, pobre chica. Así que decidió cederlo al párroco Raunham. Pero, vamos, si hay un hombre al que le importe un comino la tierra, bueno, si existe ese hombre, es nuestro párroco. Es como un caracol, pobre hombre. Ha crecido bajo el techo de su rectoría y de allí no piensa moverse. Así que vuelta a empezar: «Es suyo, señorita Graye, —dice él—. No, es de usted, —le responde ella—. No, mío no», replica él. Hasta la Corona le echó un vistazo al caso, con intención de quedarse la propiedad por implicación en un crimen; pero, como la señorita Aldclyffe nada tuvo que ver, también la Corona desechó la finca. ¿A que es increíble? Tres personas: hombre, mujer y la mismísima Corona, y ninguno loco, pero todos se pasaban la propiedad como una nuez o una manzana. Bueno, pues la cosa terminó así. El señor Raunham se lo quedó: el joven Springrove fue nombrado agente y administrador y reside en Knapwater House, como si fuera su propia casa. Hace lo que le parece, porque el señor Raunham jamás interfiere, y allí ha llevado hoy a su nueva esposa, Cytherea. Y han redactado un acuerdo según el cual los hijos, herederos y etcéteras de la pareja heredarán la finca tras la muerte del señor Raunham. Así que puede decirse que la fortuna ha sonreído a los justos. El hermano también está mejor. Lo contrataron en un estudio de arquitectura, entre muchos candidatos, para llevar las riendas y está a punto de mudarse a Londres. Mire, allí está la casa. Saliendo de los arbustos, la veremos mejor.

Y así fue, al emerger de los matorrales en dirección al lago y por la colina sur. Al llegar al otro lado de la mansión, se detuvieron.

Era la imagen perfecta de una casa campestre inglesa. El frontal, severamente regular, con sus columnas y sus cornisas, era de piedra blanca de superficie suave, y bajo la luz de la luna parecía tan pura como el mármol del monte Pentélico. Los

únicos elementos que rivalizaban con la belleza de la fachada eran una docena de cisnes deslizándose por el lago.

En ese momento se abrió la puerta principal en lo alto de las escaleras y dos figuras avanzaron bajo la luz de la luna. Eran dos siluetas bien distintas: una mujer joven y esbelta, ataviada con un vestido ligero de color claro, y un hombre joven, con un traje negro clásico. Cytherea Springrove y su marido Edward. Permanecieron al pie de las escaleras mirando la luna, el lago y la belleza del paisaje.

—Ahí los tiene, esos son los recién casados. No se quejará, he ilustrado mi historia con los personajes en *cuestión*, *en carne* y hueso —susurró Crickett—. Y qué cerca están el uno del otro. ¡No cabe ni un alfiler entre ellos! Qué hermosa estampa, ya le digo... Pero este es un camino privado, mejor que no nos vean, porque mañana hay una fiesta de celebración, con baile y bebida para todos.

Los dos hombres se escabulleron con discreción, cruzaron el seto de arbustos y regresaron a la carretera. En la casa del administrador de la parroquia, en el límite del parque, se detuvieron para despedirse.

—Ahora le toca a usted —le dijo Crickett al forastero—. ¿A qué se dedica, y para qué ha venido?

—Soy periodista del *Casterbridge Chronicle*, y he venido a cubrir la noticia. Buenas noches.

Mientras tanto, después unos minutos contemplando el paisaje, Edward y Cytherea bajaron por la colina hasta el lago. Había un pequeño esquife en la orilla.

—Oh, Edward —dijo Cytherea—, ¡se me acaba de ocurrir algo que me haría muy feliz!

—Dime, querida. Lo que quieras.

—Vayamos al lago, aunque sea un rato, y paseemos en la barca, como hicimos en la bahía de Budmouth hará ya tres años.

Así hicieron: sin ruido, salieron de la orilla, y, a mitad de camino, entre los márgenes del lago, Edward se detuvo y la miró.

—Querida, recuerdo exactamente cómo te besé la primera vez —dijo Springrove—. Estabas tan bella como ahora. Solté los remos, así. Y luego me giré y me senté a tu lado, así. Y luego puse mi mano en tu nuca, ¿ves?

—Creo que la pusiste en la mejilla, así.

—Ah, sí, tienes razón. Luego te acercaste, con tus deliciosos labios rojos hacia los míos...

—Pero, querido, primero me abrazaste y, claro, no podía apartarme sin ser desagradable, y ya sabes que soy muy educada.

—Y puse mi mejilla contra la tuya, giré los labios hacia los tuyos, y te besé, así.



THOMAS HARDY (1840-1928) nació el 2 de junio de 1840 en Higher Bockhampton (Dorset), lugar que constituiría el condado imaginario de Wessex en el que se desarrollarían sus novelas.

Su padre, maestro de obras, le buscó un empleo como aprendiz con un arquitecto local que se dedicaba a restaurar iglesias antiguas. De 1862 a 1867, Hardy trabajó para otro arquitecto londinense y más tarde, de nuevo en Dorset, continuaría en la construcción a pesar de su enfermizo estado.

Durante todo aquel tiempo, se dedicó a escribir poesía, aunque con poco éxito, y posteriormente se inclinó por el género de la novela. A partir de 1874 empezó a vivir de la escritura, y ese mismo año contrajo matrimonio con su primera esposa, Emma Gifford, a quien conoció cuando trabajaba en Cornualles. Su unión duraría hasta la muerte de ella, en 1912. Dos años más tarde, en 1914, se casó con Florence Dugdale.

Thomas Hardy publicó un total de catorce novelas. Las dos primeras, *Remedios desesperados* (1871) y *Bajo el árbol del bosque* (1872), se publicaron de forma anónima. Las dos siguientes, *Unos ojos azules* (1873) y *Lejos del mundanal ruido* (1874), ya firmadas con su nombre, le granjearon un enorme éxito.

Entre sus obras más aclamadas destacan *El regreso del nativo* (1878), *El alcalde de Casterbridge* (1886), *Los habitantes del bosque* (1887), *Tess, la de los d'Urberville* (1891) y *Jude el oscuro* (1895). Su obra se caracteriza por la inclusión del determinismo biológico de Charles Darwin, la filosofía pesimista de Arthur



Schopenhauer, y la creencia en la existencia de un mundo en el que el destino de los individuos se ve fatalmente alterado por la suerte.

## Notas

[1] Sin elaboración. (N. de la T.). <<

[2] Robert Browning, *The Status and the Bust* (1855). (N. de la T). <<

[3] Christopher Wren (1632-1723). Supervisó la reconstrucción de los templos destruidos tras el incendio de Londres de 1666. (N. de la T.). <<

[4] El pintor francés Jean-Baptiste Greuze (1725-1805). (N. de la T.). <<

[5] Terencio, *El eunuco*: «El carácter de la mujer: cuando quiere no lo hace, y si no lo desea lo espera». (N. de la T.). <<

[6] Jeremías, 31-22 (N. de la T.). <<



[7] Shakespeare, *Cimbelino*. (N. de la T.). <<

[8] Amenaza de castigo. Virgilio, *Eneida*, I, 135. (N. de la T.). <<

[9] Manio Curio Dentato (m. 270 a. C.), héroe de la República romana, de vida incorruptible. (N. de la T.). <<

[10] «Mensajero de malas noticias». 2 Samuel, 18-20. (N. de la T.). <<

[11] En la mitología griega, la moira que decide la longitud de la vida. (N. de la T.).

<<

[12] Del poema *Al cuco*, de William Wordsworth (1770-1850). (N. de la T.). <<

[13] Antonio Allegri da Correggio (1489-1534), pintor italiano. (N. de la T.). <<

[14] Thomas de Quincey (1785-1859), autor de *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1822). (N. de la T.). <<



[15] 2 Reyes, 6, 24-27 (N. de la T.). <<

[16] Dioses babilónicos. (N. de la T.). <<

[17] Lleno de grietas. (N. de la T.). <<

[18] «¿Qué hacer?» (N. de la T.). <<

[19] Virgilio, *Eneida*, III, 215: «Nauseabundo el excremento de su vientre, manos que se hacen garras y rasgos siempre pálidos». (N. de la T.). <<

[20] Según la mitología griega, Afrodita nació en las orillas de la isla de Pafos. (N. de la T.). <<

[21] Virgilio, *Eneida*, VII, 805: «No como la que acostumbró sus manos a la rueca de Minerva». (N. de la T.). <<

[22] Jueces, 4, 17-22 (N. de la T.). <<